TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS I-III

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
ANTONIO FONTÁN

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

Diseño: Brugalla

ISBN 84-249-2463-0.
Depósito Legal: B. 5319-2000.

Impresión y encuadernación:
CAYFOSA-QUEBECOR, Industria Gráfica
Santa Perpètua de la Mogoda (Barcelona).

Impreso en España – Printed in Spain.

INTRODUCCIÓN GENERAL

TITO LIVIO

Contemporáneo de Augusto. Historiador de Roma

Tito Livio es uno de los escritores latinos que más influencia han ejercido en la cultura occidental. Si Cicerón ha sido el maestro de la prosa de todas las lenguas europeas, y Virgilio y Horacio los de la poesía, a Tito Livio le corresponden la gloria y el honor de ser el ejemplo y el modelo de los historiadores de naciones, reinos y ciudades.

Escribió una historia de Roma desde los orígenes de la ciudad (a. 753 a. C., según la cronología que se deduce de su obra) hasta la muerte de Druso, hijo adoptivo de Augusto, hermano del que luego sería el emperador Tiberio, y padre, abuelo y bisabuelo de los también emperadores Claudio, Calígula y Nerón. Druso, el prometedor príncipe de la casa de los Césares, murió en el campamento militar de la actual Maguncia el año 9 a. C., por una enfermedad que le sobrevino tras una caída de caballo, casi inmediatamente después de unas brillantes campañas en las fronteras del territorio de los germanos.

La historia de Tito Livio, a la que su autor llamó «Los libros desde la fundación de la Ciudad» *(Ab urbe condita libri),* comprendía ciento cuarenta y dos libros, en los que se

narraba la historia de los setecientos cuarenta y cuatro años transcurridos desde la legendaria fecha atribuida a la fundación del estado romano hasta el fallecimiento del todavía joven príncipe, que parecía llamado a tan altos destinos.

De este vasto conjunto se conservan treinta y cinco libros completos, a los que hay que añadir ochenta y cinco fragmentos de los que se han perdido y unos sumarios o resúmenes de todos los que componían la obra, menos dos.

Padua, la patria

Tito Livio nació en *Patavium,* la actual Padua, casi a orillas del Adriático en el territorio del Véneto, el 64 o el 59 a. C. y falleció en la misma ciudad el año 17 d. C., tres después que Augusto.

En aquellos tiempos *Patavium* era muy probablemente la localidad más importante y próspera del norte de Italia y la capital económica y social del territorio véneto y de toda la costa occidental del Adriático. El geógrafo hispano Pomponio Mela, que escribe bajo Calígula entre el 37 y el 41 d. C., dice que era una *urbs opulentissima,* categoría en la que sólo incluye, dentro de la península itálica, a la colonia romana de Bolonia, a Módena y a Capua, además de la misma Roma. Otro geógrafo, éste de tiempos de Augusto, el griego Estrabón, que falleció después del año 21 de la era cristiana, afirma que *Patavium* era la principal ciudad del Véneto y que en el censo del año 14 d. C. se registraron allí quinientos ciudadanos de condición «ecuestre», o del orden de los caballeros. Era un número que llamaba la atención porque en todo el imperio sólo se daba allí y en la colonia bética de Gades, aparte, por supuesto, de la capital del imperio. (Los «caballeros» eran una de las clases sociales superiores de la ciudadanía romana, la siguiente a la de los senadores, con los que frecuentemente estaban asociados por parentesco u otras afinidades de familia. Estos *equites* solían ser gente adinerada, que ordinariamente se dedicaban al mundo de los negocios o a la administración pública.)

Patavium era la gran plaza comercial de la región adriática. Bien comunicada con Roma, así como con el occidente peninsular por la ruta del Po, poseía una rica industria textil, famosa en todo el imperio. Muy próxima al mar, al que le acercaba una amplia red de canales, era un centro de distribución para las mercancías itálicas y para las importaciones procedentes de fuera a través del cercano puerto de la desembocadura de los dos ríos que bañaban la ciudad, el *Meduacus maior* y el *minor* (hoy Bacchiglione y Brenta).

Los patavinos estaban orgullosos de su ciudad y de los legendarios orígenes del pueblo de los Vénetos de Italia, que rivalizaba en antigüedad y prestigio mítico con los romanos del Lacio. Unos y otros, según una tradición generalmente aceptada por historiadores y poetas, provenían de los troyanos.

Sólo dos príncipes de Troya habrían escapado al severo castigo que los griegos impusieron a los vencidos en la guerra y a la destrucción de la ciudad y de su gente. El más famoso y destinado a más brillantes gestas era Eneas, hijo del noble troyano Anquises y de la diosa Afrodita (Venus), que tras errar costeando con una pequeña escuadra por el sur del Mediterráneo, llegó a las tierras del Lacio, dando comienzo a la protohistoria romana. Descendientes suyos, a dos siglos y medio de distancia, serían los gemelos Rómulo y Remo.

El otro se llamaba Antenor. Había sido siempre un «pacifista», partidario de evitar la guerra y de la devolución de Helena a su esposo, el aqueo Menelao. A este Antenor atri-

buía la tradición el establecimiento de los Vénetos en la región y la fundación de la ciudad de *Patavium*, que así sería incluso más antigua que la propia Roma. Los Vénetos de Antenor, según una tradición que, sin refutarla ni afirmarla, recoge el paduano Tito Livio, provendrían de Paflagonia, un territorio costero del norte de Anatolia (en la actual Turquía) a orillas del Mar Negro, donde eran conocidos con el nombre de Enetos. El rey de este pueblo, aliado de los troyanos, había muerto en la guerra contra los griegos. Antenor, al llegar escapado de Troya a esas tierras del norte de Anatolia se habría puesto al frente de la descabezada nación de los Enetos y les habría conducido por el norte del Mediterráneo hasta el rincón septentrional del Adriático. Allí, tras desalojar a los habitantes de la región, a los que Livio da el nombre de Eugáneos, y desplazarlos hacia el interior, se creó lo que enseguida sería el pueblo de los Vénetos.

En realidad, los Vénetos eran unos indoeuropeos a los que se suele asignar un origen ilírico, si bien esa migración de una orilla del Adriático a otra, no deja de ser discutida por algunos estudiosos modernos. En todo caso, esos Vénetos, vinieran de donde vinieran, ocupaban ya la región que llevaría su nombre antes de mediado el primer milenio a. C. Entraron en la historia en el siglo IV a. C., cuando se produjo la gran invasión de Italia por el pueblo celta de los Galos. De entonces arrancan, que se sepa, sus buenas relaciones con Roma.

Los Vénetos, especialmente los paduanos, habían estado siempre sobre las armas para contener asaltos de los Galos. Cuando éstos llegaron a Roma, en el año 390 a. C., y ocuparon la ciudad a excepción del Capitolio, los Vénetos atacaron el territorio itálico de los Galos y les obligaron a retroceder, haciendo posible la liberación de la urbe, según la versión del fidedigno historiador griego Polibio (c. 200-118 d. C.), a la que no hay referencias en Tito Livio. Los Vénetos habían dado ya antes muestras de su celosa voluntad de independencia al resistir la presión del imperialismo de los etruscos, cuando éstos extendieron su dominio de costa a costa de la península italiana.

Algún tiempo más tarde, en el año 301 a. C., los paduanos hubieron de hacer frente a otro ataque extranjero. Esta vez de los espartanos. Ocurrió cuando el caudillo lacedemonio Cleónimo (fl. 305-270 a. C.), tras haber sido puesto en fuga por el cónsul romano, se alejaba de las costas meridionales de Calabria, según asegura Livio haber leído él en algunas de sus fuentes. Después de rodear el promontorio de Brindis, Cleónimo y sus barcos fueron arrastrados por el viento hasta la costa de los Vénetos.

Al referir este episodio, Livio describe el territorio de Padua, el río *Meduacus maior*, navegable junto a la ciudad, y la disposición general de la región como alguien que la conoce bien. Cleónimo, vencido por la resistencia patavina, hubo de retirarse y sólo logró salvar una quinta parte de sus barcos.

Los patavinos colgaron en el templo de Juno las proas de las naves derrotadas y los despojos de los espartanos. Livio añade que «quedan muchos en Padua que los vieron. Como recuerdo de la batalla naval, todos los años en el mismo día en que tuvo lugar se celebra una brillante naumaquia en el centro de la ciudad». Se ha dicho que si no hubiera otros testimonios, la narración de estos hechos en el libro X de su *Historia* probaría que *Patavium* era la patria de Livio.

Amigos de Roma, pero independientes, los patavinos prestaron servicios políticos y militares a los romanos durante la segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Se adscribieron a la órbita política directa de Roma en el año 174 a. C.,

cuando el senado confió al cónsul Marco Emilio la misión de reprimir una sedición que había turbado la paz de *Patavium*, poniendo la ciudad al borde de la guerra civil. Livio añade a esta información que el cónsul, tras poner paz y con ello salvar a *Patavium* de un desastre, no teniendo ya nada más que hacer allí, se volvió a Roma. Pero los patavinos quedaron moral y políticamente vinculados a la Urbe.

En realidad, desde entonces Padua dependía de la república romana, si bien conservó cierta autonomía interna por lo menos hasta el año 49 a. C., cuando, siendo Tito Livio niño o muy joven, se constituyó en municipio romano. En el espacio de esos siglos, IV a I a. C., *Patavium* y su cultura —y todo el Véneto— fue progresiva e irreversiblemente romanizado.

El historiador Tito Livio vino al mundo en una ciudad y un territorio plenamente latinizado y romano no sólo en la lengua sino en sus sistemas social, religioso, cultural y económico. En Padua se vivía orgullosamente un patriotismo romano.

La vida del historiador

No son muchas las noticias concretas de la vida de Tito Livio que se poseen. Pero entre las que ofrece él mismo o se deducen de su obra, las que se hallan en otras fuentes y lo que se sabe del contexto cultural, político y social en que se desenvolvió su vida, más algunos testimonios epigráficos de probable relación con él, se puede reconstruir una cierta biografía.

Es una hipótesis razonable, que se desprende de su obra y de lo que de él dicen otros escritores contemporáneos o

posteriores, que Livio hizo sus primeros estudios en su ciudad natal y los prosiguió en Roma, con alguna probable estancia en Grecia, como los otros intelectuales y políticos de su generación: Virgilio, seis u once años mayor que él, el propio Augusto, nacido en el 63 a. C., Horacio, Tibulo, el hijo y el sobrino de Cicerón, etc.

Puede asegurarse que Livio sabía griego y que se manejaba con soltura con los historiadores y oradores de esa lengua. Opinaba sobre el estilo literario de Tucídides y criticaba o corregía a los declamadores o rétores griegos que actuaban en Roma en las escuelas o en actos sociales. En griego estaba escrita la obra de Polibio, que sería su fuente principal para la historia de la segunda guerra púnica, utilizada también para los libros siguientes a esa Tercera Década.

La estimación de Livio como escritor llegó a ser grande en su propia época. Séneca, el padre del filósofo, en su «Antología de la oratoria romana», menciona a Lucio Magio, un rétor de cierta notoriedad, yerno de Tito Livio, que más que por sus propios méritos era conocido por el prestigio del suegro.

Según una inscripción encontrada en Padua, que podría corresponder a la familia del historiador, éste habría sido hijo de Gayo y esposo de Casia Prima, y habría tenido dos hijos varones, Tito Livio Prisco y Tito Livio Longo, el mayor de los cuales habría muerto antes de la mayoría de edad del segundo que por eso pudo llevar el mismo «praenomen». También tuvo una hija, que es la que se casó con el orador Lucio Magio. Por lo que se sabe de nuestro autor, de su cultura y de sus relaciones sociales, más su plena dedicación a un trabajo de tan escaso rendimiento económico como el de escritor de historia, hay que suponer que Livio pertenecía a una clase social acomodada y que la suya debió

de ser una familia de «caballeros», tan numerosos en esa Padua que merecía ser llamada en aquellos años la segunda ciudad de Italia.

Tito Livio era conocido en muy diversos ambientes y en alejados rincones de provincias. En general, se le apreciaba como historiador, como prosista, como retórico y como persona. Las pocas anécdotas que de él se conocen apuntan a un carácter sociable pero serio.

Plinio el Joven (c. 61-c. 112 d. C.) cuenta que en cierta ocasión un ciudadano de la lejana Cádiz —la otra urbe de quinientos «caballeros» igual que *Patavium*— hizo un viaje a Roma para conocer a un *auctor* al que admiraba tanto. Después de satisfecho su interés, regresó a su ciudad de origen.

Pero era también serio y no hacía concesiones literarias ni históricas para ganar público. Claudio Eliano, un griego del siglo II-III d. C., cuenta que en los años de Augusto había habido en Roma dos historiadores que fueron famosos. Uno se llamaba Cornuto y el otro era Tito Livio. Existía entonces en los círculos literarios y sociales la costumbre de que los escritores dieran a conocer sus obras en lecturas públicas. Cornuto era rico y no tenía hijos. Siempre acudían en gran número a sus recitaciones los aspirantes a captar su herencia. Eran pocos en cambio los que iban a escuchar a Tito Livio. Pero el tiempo y la historia, sigue Eliano, dieron la vuelta a la situación. Al cabo de los años transcurridos, nadie se acordaba de Cornuto mientras Tito Livio gozaba de gran fama.

Yo entiendo que esta última anécdota, a la que Eliano llama «parábola», no se corresponde exactamente con la realidad. En sus propios días Livio fue ya muy altamente estimado. El gaditano de Plinio no era un caso aislado de titolivianismo. Séneca el Mayor, padre del filósofo, era pocos años más joven que Livio, y seguramente llegó a conocerlo en los círculos literarios o sociales de Roma. Lo cita elogiosamente varias veces en su «Antología de la oratoria». Pensaba que el historiador era hombre de buen natural, sabio juzgador de los grandes talentos, y que por eso decía que para alabar como merecía a Cicerón haría falta otro Cicerón.

Livio tuvo acceso a la casa imperial y a la amistad de Augusto, que le distinguía facilitándole algunas informaciones en exclusiva. Por ejemplo, en funciones de pontífice, Augusto había podido leer en las secretas dependencias del templo de Júpiter Feretrio una inscripción que aclaraba que un determinado personaje había sido «cónsul» y no «tribuno» cuando depositó allí los despojos de un caudillo enemigo. Eso lo cuenta Livio, remitiéndose al testimonio del príncipe en el libro IV, que debió de escribirse poco después del año 27 a. C.

La relación con los césares se mantuvo durante toda la vida del historiador. Augusto le llamaba «mi pompeyano» con familiaridad no exenta de ironía, seguramente porque en los libros que trataban de la guerra civil (que eran del CIX al CXVI, y debieron de escribirse unos treinta años después del IV) dejaba a Pompeyo en mejor lugar de lo que hubieran querido los cesarianos. También gustaba Livio de llamar «varones ilustres» a los grandes personajes de la historia política romana, como Escipión, pero sin regatear elogios a Casio y Bruto —que habían sido cabecillas del asesinato de César— y sin tacharlos de bandoleros o parricidas «como se les dice ahora».

Otra cuestión que tampoco podía ser muy del agrado de los centros oficiales es la que refiere Séneca el filósofo en un lugar de su obra *Sobre la naturaleza* que se planteaba Tito Livio como un tema de debate: si habría sido mejor para el estado romano que César naciera o no.

Pero las posibles discrepancias políticas no fueron obstáculo para que Tito Livio conservara su privilegiada relación con la casa imperial a lo largo de cuarenta años por lo menos. Se sabe que fue Livio el que alentó a Claudio, el futuro emperador, a escribir obras históricas, y que el entonces joven príncipe siguió sus consejos. Claudio había nacido el año 10 a. C. y no parece haber sido precisamente un hombre precoz. Sus primeros ensayos históricos inspirados o animados por Livio no pueden ser muy anteriores a la muerte de Augusto, que fue el 14 d. C.

Amigo de Augusto y de Claudio, Livio fue odiado por Calígula, que le atribuía excesiva verbosidad y falta de información y quiso retirar sus retratos de las bibliotecas públicas, igual que el de Virgilio, al que achacaba escaso talento y muy corta erudición.

La dilatada existencia de Tito Livio transcurrió entre Padua y Roma, más el viaje de estudios a Grecia que hemos dado por supuesto de acuerdo con los usos de la época para personas de su clase social y profesión literaria. También habría visitado en el sur de Italia la Campania y Tarento.

Los historiadores y críticos modernos de Tito Livio se reparten entre los que opinan que vivió preferentemente en Roma y los que se inclinan por que pasó mucho más tiempo en Padua y prefería trabajar y escribir allí. Libros habría en los dos lugares, si bien las bibliotecas de Roma, tanto la de palacio como la que había fundado Asinio Polión, invirtiendo en ella el botín ganado el año 39 a. C. en la campaña contra los Parthinos de Iliria (en la región norte de la actual Albania), eran sin duda más ricas.

Además de su obra principal por la que ha pasado gloriosamente a la posteridad, Livio escribió otros libros y fue apreciado por ellos. Séneca y Quintiliano mencionan algunos de esos escritos que no se conservan. Uno fue una carta a su hijo —*epistola ad filium*— en la que recomienda la lectura y el estudio de Cicerón y de Demóstenes como modelos literarios y de elocuencia, y de los autores que más se asemejen a ambos. Parece indudable que se trataba de un escrito de retórica. También publicó unos diálogos, de los que dice Séneca el filósofo que podrían adscribirse tanto a la historia como a la filosofía, así como unos libros propiamente filosóficos. De estas obras no se sabe nada más. Es razonable pensar que fueran escritas y publicadas antes que los primeros libros de la historia, que en tal caso aparecerían como la obra de un autor ya conocido en los círculos literarios y sociales de Roma, que se presentaba en este nuevo campo con la seguridad que se manifiesta en las páginas de su Prefacio.

Finalmente, según informa puntualmente San Jerónimo en su *Crónica,* Tito Livio murió el año 17 d. C. en la misma *Patavium* donde había nacido. Era el más ilustre de los romanos, hijo de la ciudad. Otros dos paduanos famosos de la antigüedad romana serían Asconio Pediano (9 a. C.-76 d. C.), retórico y escritor, y Trasea Peto, político y filósofo estoico, de tendencias republicanas, víctima de Nerón el 66 d. C.

LA ACUSACIÓN DE *«PATAVINITAS»*

Gayo Asinio Polión (76 a. C.- 4 d. C.) fue una importante figura política y cultural del s. I a. C. de Roma. Virgilio y Horacio le dedicaron poemas. Gracias a su intervención y a su influencia se le devolvieron a Virgilio las propiedades familiares que le habían sido confiscadas para repartir tierras a los soldados que se licenciaban. Fue colaborador de

Julio César y, tras el asesinato de éste, siguió unido a Marco Antonio durante casi todo el segundo triunvirato. Como gobernador de la Galia Cisalpina adoptó severas medidas contra *Patavium,* que ya era un municipio romano celoso de su autonomía. Esa fue la primera relación documentada de Asinio Polión con la ciudad sobre cuyo nombre construiría una palabra —*patavinitas*— que parece que hay que mencionar siempre que se dice o escribe algo sobre Livio. Quintiliano (s. I d. C.) en su «Tratado de Oratoria» *(De Institutione Oratoria)* cita por dos veces un reproche que Asinio Polión había dirigido, quizá en más de una ocasión, a Tito Livio. En contextos que parecen referirse a su latín o a su estilo literario, Polión le achacaba una cierta *patavinitas.* Quintiliano no comparte ese juicio y, al citar la crítica de Asinio Polión la contradice, calificando a Livio de escritor de «admirable elocuencia».

Lo más frecuente entre los críticos e historiadores de la literatura romana es que esa *patavinitas* sea interpretada como alguna característica o un conjunto de rasgos del lenguaje del historiador que al puntilloso y casticista romano que era Polión le resultaban «provinciales», o impropios del cuidado *sermo urbanus* que debían observar los buenos escritores.

No faltan, sin embargo, otros estudiosos de Livio que relacionan la *patavinitas* de Asinio Polión con el rigor y seriedad de costumbres y el modo de vida que en otros textos o autores, como el satírico Marcial *(c.* 40-*c.* 104 d. C.), se atribuye a los paduanos.

Pero también podría tratarse de un debate entre escuelas literarias. Por lo que se sabe de la prosa de Asinio Polión, de la que se conservan escasos fragmentos, éste era un celoso «aticista», a quien probablemente no gustaba el estilo más ciceroniano de la escritura de Livio.

Sea de ello lo que fuere, Livio fue muy apreciado por destacadas figuras literarias de las generaciones siguientes. Séneca el Mayor, que había nacido pocos años después de él aunque su «Antología de la Oratoria» sea muy posterior a la muerte de Livio, le llama *candidissimus,* es decir «brillantísimo» escritor. El *candor* es también la cualidad que en él destaca Quintiliano. Tácito lo elogia repetidamente: una vez le llama «elocuentísimo» y en otra ocasión el «primero de los historiadores por su elocuencia y su veracidad». Poetas y escritores del siglo siguiente al suyo se inspiraron en él, en su estilo o en sus noticias y relatos, de los que tomaron modelo o información: Valerio Máximo, Veleyo Patérculo y Quinto Curcio Rufo entre los prosistas del siglo I, Lucano y Silio Itálico entre los poetas, el griego Plutarco en la siguiente centuria, etc. También en el siglo II depende de Livio el historiador Lucio Floro, que más que un seguidor es un compendiador del paduano.

La *Historia* de Tito Livio se convirtió en la «Historia de Roma» por excelencia. Tanto los que cultivaban la historia política, como los que buscaban retratos de personajes, sucesos llamativos o episodios dramáticos para sus escritos encontraban en el *Ab urbe condita* del paduano un pozo sin fondo de informaciones. Después, a partir del siglo II y quizá finales del I, se empiezan a elaborar los resúmenes generales o temáticos de Livio, de los que comentaremos algo al ocuparnos de las llamadas «períocas».

LA «HISTORIA» DE LIVIO, SUS LIBROS Y SUS PARTES

Los ciento cuarenta y dos libros de la historia que escribió y publicó Tito Livio representan una ingente tarea de

investigación y escritura que probablemente se prolongó durante casi cuarenta y cinco años. En los libros I y IV se menciona a Augusto con este nombre, que fue el título que le otorgó el senado en el año 27 a. C. En la «períoca» —o sumario— del libro CXXI se dice que fue editado después de la muerte de Augusto, que ocurrió el 19 de agosto del 14 d. C. Esa noticia, tomada al pie de la letra, significaría que los veintidós últimos libros de la *Historia* se habrían publicado en tres años, ya que el autor falleció en el 17. Sería posible que al menos los primeros de esos veintidós libros estuvieran escritos en vida de Augusto y fueran dados al público después de su fallecimiento. No faltarían explicaciones para ello, pero siempre circulando por el escurridizo terreno de las hipótesis no comprobables.

Es muy probable que las sucesivas partes y libros de la *Historia* titoliviana fueran dados a conocer progresivamente con una cadencia bastante regular, como corresponde a una obra muy articulada y racionalmente dispuesta, cuyas siguientes entregas serían esperadas con interés por unos lectores que, como el autor había previsto en su Prefacio general, quizá gustaran menos de la historia de los orígenes de la ciudad y los tiempos inmediatos a ella, «presurosos por llegar a esta época moderna —*haec nova*— en que las fuerzas de un pueblo, ya de antiguo poderoso, se destruyen a sí mismas».

Es frecuente llamar «décadas» a la obra de Livio y a los conjuntos de diez en diez en que suele considerarse que están agrupados sus libros. La palabra es un helenismo ajeno no sólo a Tito Livio sino al latín de su tiempo. Aparece por primera vez en una carta del papa Gelasio del año 496, en la que se cita la «Segunda Década» de Livio, que comprendería los libros XI a XX, que precisamente forman parte de los ciento siete que se han perdido. Pero ese documento gelasiano indica claramente que a finales del siglo v los ejemplares de Livio estaban ordenados por grupos de diez libros, al menos en algunas de las secciones de su *Historia*. Hay otros indicios, o más bien pruebas, de que una disposición sistemática de diez en diez o de cinco en cinco de los libros de *Ab urbe condita* provendría de algún modo del propio autor y del ritmo seguido en las lecturas públicas y ediciones de los libros.

Los libros que se conocen

Los treinta y cinco libros de *Ab urbe condita* que se conservan son los siguientes:

Primera Década (libros I a X). Cubre desde los orígenes de Roma y la fundación de la ciudad (753 a. C.) hasta el año 292 a. C. En la primera mitad de este bloque de libros se distingue claramente el I, que es la historia de los reyes (753-510), de los II a V, que narran los años desde el principio de la república hasta la ocupación de Roma por los Galos y la liberación de la Urbe (510-390). Sin embargo, las primeras palabras del libro II subrayan enérgicamente la continuidad con el primero, de modo que se les puede considerar formando parte de un conjunto pentádico. La transición de uno a otro es más de contenido o asunto que literaria.

El libro VI, en cambio, tiene un prólogo de cierta extensión (una docena de líneas) que informa al lector de que se entra en un nuevo periodo de la historia romana. Se habla de un segundo origen o segunda fundación de la Urbe, liberada de la ocupación gala, tras la que sería posible acometer el futuro con renovado espíritu después de la desmoralización que siguió a los males que se acumularon con las derrotas

militares y la invasión de la ciudad. Pero también porque los historiadores empiezan a disponer desde entonces de nuevas fuentes de información, puesto que existen ya escritos, «únicos testigos fieles de la historia». Esto no significa que Livio los consultara, puesto que él trabajaba sobre la información de los historiadores y analistas anteriores. Las noticias que le ofrecían esos predecesores eran sin duda más fiables para Livio, porque sus autores habían podido disponer de esos documentos y de los archivos y registros oficiales políticos, religiosos, edilicios, cronológicos, etc.

Tercera Década (libros XXI a XXX). Es, fundamentalmente, la historia de la segunda guerra púnica o guerra anibálica, que comprende desde el año 218 (el año de Sagunto) al 201 (el de la derrota de los cartagineses en suelo africano con la batalla de Zama). Estos diez libros constituyen una evidente unidad, con un prólogo propio y bien diferenciado en los primeros capítulos del libro XXI.

El principio del XXVI, que se abre bruscamente con la mención de los nuevos cónsules —los del año 211—, podría significar una cesura «pentádica». También por su contenido: es el libro de la recuperación de Capua y de la entrada en la escena militar y política del joven Escipión (el futuro Africano), que nueve años y cuatro libros después sería el gran vencedor de toda la segunda guerra púnica.

Cuarta Década (libros XXXI a XL). Abarca desde el final del año 201 al 179 a. C. El libro XXXI se inicia con una reflexión del autor en que expresa su satisfacción por haber logrado llevar a término la historia de la segunda guerra púnica, una operación que ha sido para él tan laboriosa como si hubiera compartido las penalidades y los peligros con los que habían tomado parte en la contienda. En ese prólogo reitera el autor el propósito que había manifestado en el Prefacio general, que escribiría «toda la historia de Roma» —*res omnes Romanas*—, sin dejarse abatir por la fatiga que le produciría tan enorme trabajo.

En ese párrafo inicial del libro y de la década hay otras consideraciones del autor que son importantes para entender correctamente su obra. Ésta se compone de «partes» diferenciadas —*in partibus singulis*—. Una de ellas estaría formada por los «quince» primeros libros, que habían cubierto los cuatrocientos ochenta y ocho años desde la fundación de Roma hasta la primera guerra púnica (292 a. C.). Otra por los «quince» que narraban los sesenta y tres transcurridos entre esa primera guerra contra Cartago y su final. (Hay otro lugar de su *Historia* en que Livio emplea la expresión «una parte de mi obra». Es al principio del libro XXI, con el que se abre la «Tercera Década», la de la segunda guerra púnica: «en esta parte de mi obra...» —*in parte operis mei*—.)

Todo eso prueba que Livio concebía su *Ab urbe condita* como un conjunto de «partes» o secciones en las que el autor trata de reflejar las diversas épocas de la historia romana tal como él la veía desde el concreto momento en que escribía, que era el de los tiempos de Augusto, con sus crisis constitucionales y la consolidación del imperio. Parece también que estas partes solían estar compuestas de cinco libros o de múltiplos de cinco.

Los estudiosos han debatido largamente años sobre el rigor con que Livio aplicaba una articulación «pentádica» o «decádica» a la composición y a la edición de su obra, esforzándose algunos de ellos por extender el reconocimiento de esa práctica literaria a la totalidad de la obra, mediante el examen de los resúmenes o «períocas» de los libros perdidos (del XI al XX y del XLVI al CXLII). No hay un consenso generalizado sobre la naturaleza y extensión de las diferentes «partes», pero sí se reconoce comúnmente que la

historia de Tito Livio no es una mera yuxtaposición plana de períodos anuales, sino que sus diferentes secciones se articulan racionalmente con arreglo a criterios políticos y literarios. (Algunos estudiosos quieren advertir una estructura básicamente «pentádica» hasta lugares tan avanzados como los libros CV, e incluso CXXV, que terminarían en el año 54 a. C. y el mes de abril del 41, en cuyas respectivas líneas finales las períocas mencionan hechos tan importantes como el primer desembarco estable de César en Britania y la declaración de guerra de Marco Antonio a Octaviano.)

En el período que cubre la Cuarta Década, la presencia y la obra de Filipo V de Macedonia —y los asuntos relacionados con ese reino— acompañan el hilo general del relato, aunque más de una tercera parte de él se ocupe de asuntos interiores del estado romano de tanto alcance político y social como el proceso de los Escipiones y el escándalo de las Bacanales (libros XXXVIII y XXXIX respectivamente), y otras amplias secciones de los diversos libros expongan problemas militares y políticos del Occidente, en tierras de los ligures y en España.

Libros XLI a XLV. De lo que posiblemente fue la Quinta Década sólo se han conservado y con algunas mutilaciones y lagunas los cinco primeros libros, en un único códice del siglo v que no se leyó ni conoció hasta 1527, cuando lo descubrió por azar el humanista Simon Grynaeus. Su texto se imprimió por primera vez en 1531 con prólogo de Erasmo. Los años que en estos libros se tratan van del 178 al 167 a. C. y el historiador ha de prestar atención por tramos sucesivos, dentro casi de cada año, a los tres grandes escenarios en que se juega el destino de la república: Oriente (Macedonia y Perseo, luego Siria y Antíoco), Occidente (principalmente Hispania y los Celtíberos) y los asuntos políticos de Roma, donde el senado aparece como más protagonista que nunca

en el apoyo a los mandos militares y en el intercambio de embajadas con los reyes y pueblos de lo que entonces se entendía por Oriente.

Compendios, períocas, sumarios, extractos

Nadie en Roma había pensado nunca escribir una obra unitaria de 142 libros. Seguramente ni el propio Tito Livio cuando empezó con ella. Él mismo se asombra de las dimensiones que había alcanzado cuando comenzó el libro XXXI y vio que en ese momento le quedaban aún por historiar ciento ochenta años, suponiendo, como es bastante verosímil, que estuviera escribiendo ese libro XXXI en torno al año 20 a. C.

Resultaba una obra inabarcable y, sin embargo, era necesaria, porque era nada menos que la historia nacional de Roma. Pronto empezaron a editarse resúmenes o extractos. El satírico Marcial, a fines del siglo i, se ufanaba de tener ya en un pequeño códice de pergamino o vitela *(pellibus exiguis)* el *totus Livius,* que en el anterior formato no le cabía en su biblioteca. No hay que pensar que se trate de toda la obra, sino de un compendio. Otro hizo en el siglo ii el historiador Lucio Floro, añadiendo algunas informaciones de otras fuentes y coloreando un poco toda la historia casi *ad usum Delphini.* En las ocho columnas de un papiro de Oxirrhinco del s. iii se contienen pasajes de un resumen tomado de los libros XXXVIII a LV, más unas palabras sueltas que proceden probablemente del libro LVIII. Que haya noticias de estos compendios es indicio de que debieron de existir bastantes más en todo el imperio.

De uno de los epítomes de Livio que existían en torno al siglo IV se piensa que procede el *Libro de los prodigios* de Julio Obsecuente, que reúne setenta y dos «hechos prodigiosos» que anunciaban desastres y que estaban registrados en la *Historia* de Livio: algunos de ellos se pueden leer en los libros conservados y la mayor parte corresponden a los que se han perdido. Se piensa generalmente que esta obra representa un intento de justificación de las formas de fe —y de culto— del paganismo. Probablemente se compone en el ambiente de las polémicas religiosas del siglo IV como una afirmación de las creencias tradicionales o históricas de Roma.

Pero el compendio por excelencia de la *Historia* de Tito Livio es el constituido por las llamadas «períocas».

El último editor científico de estas «períocas», el francés Paul Jal, ha identificado hasta ochenta y siete manuscritos medievales de un extenso «epítome» o resumen de la *Historia* de Tito Livio, que en la edición de la colección Teubner ocupa tantas páginas como dos de los libros que se conservan íntegros.

El título de *Períocha* se halla en algunos de los manuscritos. La palabra es un helenismo, que en griego significa el envoltorio de algo, o la corteza de un fruto, y se utiliza, también en griego, con el valor de sumario o resumen. Hay «períocas» de todos los libros menos dos, que constituían ya una laguna en el arquetipo de la tradición manuscrita de la obra.

Es evidente que las «períocas» tuvieron una gran difusión durante la Edad Media, en la que apenas si a partir del siglo XIII empezara a extenderse el conocimiento del Livio completo —carolingio y precarolingio— que se había conservado en los viejos fondos de las bibliotecas monásticas o catedralicias y que los modernos poseen.

Actualmente se piensa que estas «períocas» fueron compuestas en el siglo IV, probablemente sobre un epítome más extenso de Livio. Seguramente en territorio itálico y por un solo autor. Son de extensión diferente: entre las cuatro líneas de las más cortas y las sesenta o setenta de las más largas que se hallan entre las de los primeros libros. Su estilo es bastante paratáctico, como si se quisiera ofrecer un índice ilustrado, pero que en la mayor parte de los casos no sigue el orden del texto de los libros. Las «períocas» son fuente histórica para asuntos o secciones en que falta otra documentación antigua. Permiten, además, formar una cierta idea no sólo del contenido de los libros, sino con mucha frecuencia de lo que podía ser el enfoque del historiador Livio sobre un suceso, de un personaje o una situación.

Los criterios del historiador

Las historia para Tito Livio, como para todos los grandes escritores clásicos de este género literario, era algo distinto de lo que entiende por ella un profesional moderno. El historiador antiguo perseguirá ante todo siempre una razón de utilidad. Tito Livio así lo proclama desde el Prefacio mismo de su obra.

Él imaginaba la Roma de los orígenes a la manera de la ciudad —y el imperio— de su época: con menos población, menos territorio, menos dioses y menos cultos. Pero con los mismos valores, nociones, usos sociales y estilo de vida.

Con un concepto lineal de la tradición política y cultural, Livio operaba como quien desde la realidad en que él vivía fuera tirando de los hilos de siete siglos de vida romana, hasta descubrir el cabo original del que procedían las

instituciones sociales o realidades de su época: magistraturas, asambleas, clases sociales y ejército; la ciudad, Italia y las provincias; los dioses y sus cultos; el derecho público y el privado; las costumbres y los mismos hábitos mentales. Sólo en el libro I se leen cincuenta pasajes en los que se explica el principio de algo que todavía se practicaba o existía en tiempos del historiador.

Tito Livio se contempla a sí mismo como el eslabón de una cadena. Pero, al mismo tiempo, su tarea de historiador no se reduce a una mera acumulación de noticias, sino que se eleva hasta convertirse en una fuente de regeneración política y moral en consonancia con el ambiente de la edad de Augusto.

Livio aplica al tratamiento de sus fuentes y de la información que éstas le suministran unos principios críticos y expositivos que podrían reducirse a los siguientes: racionalización, verosimilitud, ejemplaridad y elocuencia.

La racionalización implica establecer una ordenación lógica de causas y efectos, de hechos y consecuencias en las cuestiones militares, en los acontecimientos políticos y en las tensiones sociales. Así como también, frecuentemente, una actitud escéptica, no exenta de ironía, respecto de hechos antiguos y de otras noticias envueltas en un clima de lo maravilloso.

La verosimilitud exige una reflexión crítica sobre los personajes y su psicología, y sobre los datos, especialmente con los numéricos (por ejemplo de combatientes o de bajas) que ofrece la documentación disponible.

La ejemplaridad se asocia con el patriotismo romano, y con la demostración de que la honestidad en los propósitos y en las actuaciones es condición para el éxito, mientras que los vicios acaban concluyendo en el fracaso.

La elocuencia era la vocación del escritor Livio, que había aprendido en Cicerón que los historiadores romanos antiguos no pecaban por falta de veracidad, sino por rudeza y cortedad de lenguaje.

Livio había abrazado el oficio de historiador por tres razones principales de las que da cumplida cuenta. En primer lugar, por patriotismo. Como segunda razón añade que al verse obligado a enfrascarse en la contemplación del pasado, se apartaría su mirada de la penosa época presente, en la que el pueblo romano se debate entre los males que lo aquejan y los insufribles remedios con que desde el poder se pretende sanarlos. Al ocuparse de asuntos viejos su espíritu se reviste de los venerables sentimientos de sus mayores.

En tercer lugar, porque ha advertido que en la historiografía romana hay dos huecos que él está en condiciones de llenar. Falta una historia completa y bien escrita, un *illustre monumentum,* desde el que lo bueno y lo malo, cada uno en su lugar, ofrezcan sus enseñanzas al lector contemporáneo de modo atrayente y persuasivo. Falta también una explicación satisfactoria de la personalidad de los hombres y de la naturaleza de los medios políticos y militares que crearon e incrementaron el imperio.

La historia que cuenta Livio

Los antiguos, y especialmente los romanos, cultivaban la historia según dos modelos diferentes: el de la *historia perpetua* y el de las historias episódicas. Paradigma de la primera especie es la obra de Livio. Historias episódicas son las monografías de Salustio sobre Catilina y Yugurta.

La historiografía romana más antigua es de finales del siglo III y primera parte del II a. C. Los primeros autores eran políticos y senadores, algunos de tiempos de la segun-

da guerra púnica, y escribieron sus *annales* en griego, con el propósito de darlos a conocer en el mundo culto del Mediterráneo de la edad helenística, donde el griego era la lengua de cultura. Entre esos analistas se cuentan Fabio Pictor, Lucio Alimento, Acilio, Albino Postumio.

Después se compusieron «anales» en latín, a partir de Catón. Unos eran historias generales de Roma y otros verdaderas monografías como la de Valerio de Ancio sobre la segunda guerra púnica. Estos analistas latinos de los siglos II y I a. C. suelen considerarse alineados en varias generaciones, que llegan hasta los contemporáneos de Cicerón, que casi lo fueron de Tito Livio. Los libros de unos y de otros se han perdido todos. Sólo se conservan fragmentos procedentes de citas de autores posteriores.

Los escritos de los analistas están ordenados siguiendo la cronología de las magistraturas, que en Roma eran anuales, encabezadas por los cónsules que daban nombre al año. (El calendario romano no identificaba los años por ningún tipo de «era», sino por el nombre de los cónsules del periodo correspondiente.)

Tito Livio optó por escribir una historia perpetua, es decir, una narración toda seguida, analísticamente ordenada.

Dentro de cada periodo anual se narran los asuntos internos del estado romano —políticos, sociales, económicos, religiosos—, bajo el concepo general de asuntos domésticos, frecuentemente amparados bajo la expresión *domi*. Y, separadamente, alternando con ellos, los de la política exterior de la república: las guerras, la diplomacia, el comercio con otros pueblos, las crisis institucionales que daban lugar a guerras civiles o acontecimientos semejantes. Era el capítulo *militia*. Son más de veinte los lugares de Livio en que aparece la expresión *domi militiaeque* y pasan de ciento cincuenta los pasajes en que la voz *domi* ha de entenderse como política interior del estado.

Es práctica habitual de historiador que los hechos que narra estén precedidos o seguidos de discursos, compuestos conforme a las normas de la retórica, en que se exponen los antecedentes, se explican los propósitos o se extraen las consecuencias de un acontecimiento, o se alaba la personalidad de alguien que va a ocupar un cargo o del que hay que hacer una *laudatio* fúnebre.

En casi todos los años consulares, salvo algunos —muy pocos— de los que no se dice nada, o porque no ocurrió nada reseñable o porque no constaba en las fuentes de Livio, suelen agruparse, ordinariamente al final, unos párrafos a los que los críticos llaman usualmente «anticuarios» o «protocolarios» por su contenido y por su estilo. Son textos en que se da cuenta de las elecciones, las ceremonias religiosas, los prodigios y los medios empleados para conjurarlos, así como los anuncios de males o fortunas que en ellos se anunciaban, que se celebraron u ocurrieron en ese año.

Los episodios dramáticos

Esta *historia perpetua* de estructura analística de Tito está frecuentemente salpicada por brillantes pasajes «dramáticos». Son como unas estampas que otorgan relieve y viveza a la narración y a veces encierran lecciones políticas, sociales o humanas de aplicación universal. Muchos de esos episodios se han incorporado a la memoria viva de la cultura de Occidente. En cada uno de los treinta y cinco libros conservados se puede identificar por lo menos media docena de ellos.

En el libro primero la historia de Hércules y el ladrón Caco; el descubrimiento en las aguas estancadas del Tíber de los gemelos, que luego se llamarían Rómulo y Remo, y su crianza y educación por la loba primero y por los pastores después; el rapto de las sabinas para desposarlas con los romanos; la apoteosis de Rómulo, arrebatado a los cielos o, según una interpretación racionalista que también se lee en Livio, asesinado por los mismos senadores; la pelea de las dos parejas de trillizos, Horacios y Curiacios, y la lucha entre Alba y Roma por la supremacía en el Lacio; la honestidad y muerte de Lucrecia, etc. Igualmente en los libros siguientes: la fortaleza de Mucio Escévola, con su brazo carbonizado; la historia de Coriolano y su traición; el ejército privado de la familia Fabia, sus hazañas y fracaso final; la austeridad y sabiduría política de Cincinato, salvador de la ciudad; la dictadura de los decénviros, sus abusos y la trágica suerte de Virginia, muerta por su padre para salvar su honor; las hazañas de Horacio Cocles en el puente «Sublicio» defendiendo Roma; la de la joven Cloelia cruzando el río a nado con las doncellas romanas rehenes de los enemigos; los cisnes del Capitolio del libro III cuyos graznidos despertaron a la guardia que debía custodiar la ciudadela; las horcas caudinas del libro IX y la heroica *deditio* de Decio en el libro X; la destrucción de Sagunto en el XXI; la historia de la reina Sofonisba en el XXX; la conquista de Abidos tan semejante a la de Sagunto en el mismo libro XXX; la entrevista de Escipión y Aníbal del libro XXXV, en que Livio dice reproducir el relato del analista Claudio Qadrigario; el proceso de los Escipiones del libro XXXVIII; el escándalo de las Bacanales del siguiente, etc., etc.

Las períocas muestran con frecuencia que este hábito literario de la inserción de los pasajes dramáticos fue seguido por Livio hasta el final de su obra.

No pocos de estos pasajes dramáticos enseñan a interpretar los acontecimientos, igual que los retratos de personajes elaborados con las técnicas de la retórica y los discursos de generales o políticos en estilo directo o indirecto.

La lengua de Tito Livio se halla a medio camino entre la de Cicerón y la de los postclásicos. El léxico es más bien el de sus mayores y en particular el de su admirado Cicerón, con las adiciones técnicas que requieren los asuntos y las que aportan los «realia». En la sintaxis se advierte una cierta evolución: más agilidad en el uso de los participios y una marcada preferencia por emplear el subjuntivo como marca de la subordinación. También se observan innovaciones en las expresiones de la generalización y en los valores de las conjunciones.

Al fin de la Antigüedad Tito Livio —el Livio literal de los textos y sobre todo el de la obra completa— entró en una zona de penumbra. En la edad carolingia se copiaron repetidamente las décadas primera, tercera y cuarta, pero no era muy leído y apenas si se le cita hasta que Dante dice «come scrive Livio che non erra», y poco más tarde Petrarca recupera la mayor parte del Livio que se posee en las edades sucesivas. Pero esa penumbra —y casi eclipse— del texto no alcanza al pensamiento o al espíritu.

Roma, según Tito Livio, había seguido en su historia un proceso análogo al de los seres vivos. Los pueblos como los hombres individuales, nacen, crecen y al final decaen. Esta especie de biologismo histórico, que toma el modelo de la vida humana como pauta para la historia de las naciones, es uno de los legados de Livio a la cultura de Occidente.

ANTONIO FONTÁN

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

PREFACIO

Por qué una nueva historia de Roma

No sé con seguridad si merecerá la 1
pena que cuente por escrito la historia
del pueblo romano desde los orígenes de
Roma; y aunque lo supiera, no me atreve-
ría a manifestarlo. Y es que veo que es un 2
tema viejo y manido, al aparecer continuamente nuevos
historiadores con la pretensión, unos, de que van a aportar
en el terreno de los hechos una documentación más consis-
tente, otros, de que van a superar con su estilo el desaliño
de los antiguos. Como quiera que sea, al menos tendré la 3
satisfacción de haber contribuido también yo, en la medida
de mis posibilidades, a evocar los hechos gloriosos del pue-
blo que está a la cabeza de todos los de la tierra; y si entre
tan considerable multitud de historiadores queda mi nom-
bre sin relieve, me servirá de consuelo la notoriedad y el
peso de los que me harán sombra. La tarea es, además, 4
enormemente laboriosa; pues, de una parte, se retrotrae a
más allá de setecientos años y, de otra, arrancando de unos
principios muy modestos, ha llegado a cobrar tales propor-
ciones que ya se dobla bajo el peso de su propia grandeza.
Además, estoy seguro de que a la mayoría de los lectores
no les agradará gran cosa la relación de los hechos origina-
rios y subsiguientes, y tendrán prisa por llegar a estos acon-
tecimientos recientes en que la fuerza del pueblo largo

5 tiempo hegemónico se autodestruye. Yo, por mi parte,
espero, además, obtener esta contrapartida a mi esfuerzo:
apartarme, al menos mientras dedico toda la concentración
de mi mente a recuperar esta vieja historia, del espectáculo
de las desventuras que nuestra época lleva viviendo tantos
años, marginando cualquier preocupación que pudiese, si
no desviar mi ánimo de la verdad, sí al menos generar
inquietud en él.

6 Los hechos previos a la fundación de Roma o, incluso,
a que se hubiese pensado en fundarla, cuya tradición se
basa en fabulaciones poéticas que los embellecen, más que
en documentos históricos bien conservados, no tengo
7 intención de avalarlos ni de desmentirlos. Es ésta una con-
cesión que se hace a la antigüedad: magnificar, entremez-
clando lo humano y lo maravilloso, los orígenes de las ciu-
dades; y si a algún pueblo se le debe reconocer el derecho a
sacralizar sus orígenes y a relacionarlos con la intervención
de los dioses, es tal la gloria militar del pueblo romano que
su pretensión de que su nacimiento y el de su fundador se
deben a Marte más que a ningún otro la acepta el género
humano con la misma ecuanimidad con que acepta su
dominio.

8 Pero ni de estos extremos ni de otros similares, como
quiera que se los mire o se los valore, voy a hacer mayor
9 cuestión. Estos otros son, para mí, los que deben ser centro
de atención con todo empeño: cuál fue la vida, cuáles las
costumbres, por medio de qué hombres, con qué política
en lo civil y en lo militar fue creado y engrandecido el
imperio; después, al debilitarse gradualmente la disciplina,
sígase mentalmente la trayectoria de las costumbres: pri-
mero una especie de relajación, después cómo perdieron
base cada vez más y, luego, comenzaron a derrumbarse
hasta que se llegó a estos tiempos en que no somos capaces
10 de soportar nuestros vicios ni su remedio. Lo que el cono-

cimiento de la historia tiene de particularmente sano y pro-
vechoso es el captar las lecciones de toda clase de ejemplos
que aparecen a la luz de la obra; de ahí se ha de asumir lo
imitable para el individuo y para la nación, de ahí lo que se
debe evitar, vergonzoso por sus orígenes o por sus resulta-
dos. Por lo demás, o me ciega el cariño a la tarea que he 11
emprendido, o nunca hubo Estado alguno más grande ni
más íntegro ni más rico en buenos ejemplos; ni en pueblo
alguno fue tan tardía la penetración de la codicia y el lujo,
ni el culto a la pobreza y a la austeridad fue tan intenso y
duradero: hasta tal extremo que cuanto menos medios
había, menor era la ambición; últimamente, las riquezas 12
han desatado la avaricia, y la abundancia de placeres el
deseo de perderse uno mismo y perderlo todo entre lujo y
desenfreno.

Pero las lamentaciones, que ni siquiera en caso de ser
necesarias serán bien recibidas, dejémoslas a un lado al
menos en los inicios de la gran obra que va a comenzar. De 13
mejor gana empezaríamos —si entre nosotros se estilase
como entre los poetas— con buenos augurios y votos y
súplicas a los dioses y diosas para que nos lleven a feliz
término, habiendo empezado esta gran empresa.

LIBRO I

Sinopsis

Caps. 1-7, 3: De Troya a la fundación de Roma.
  Eneas, de Troya a Italia. Orígenes del pueblo latino. Muerte de Eneas (1-2).
  Alba Longa (3).
  Rómulo y Remo: orígenes (4-6, 2).
  Fundación de Roma (6, 2-7, 3).

Caps. 7, 4-16: Rómulo.
  Hércules y Caco. Primeras instituciones (7, 4-8).
  Rapto de las sabinas. Guerras subsiguientes (9-11, 5).
  La hija de Tarpeyo, en la guerra sabina. Veyos y Fidenas. «Muerte» de Rómulo (11, 6-16).

Cap. 17: El interregno.

Caps. 18-21: Numa Pompilio, rey pacífico y reformador.

Caps. 22-31: Tulo Hostilio.
  Tulo Hostilio, rey belicoso. Guerra con Alba (22-23).
  Los Horacios y los Curiacios (24-26, 1).
  La Horacia. Juicio popular (26, 2-14).
  Guerra contra Veyos. Metio ejecutado (27-28).
  Destrucción de Alba. Reformas. Guerra contra los sabinos (29-30).
  Prodigios, histeria religiosa. Muerte de Tulo (31).

Caps. 32-34: Anco Marcio.
  Anco Marcio, rey. Guerra con los latinos. Lucumón.

Eneas, de Troya a Italia. Orígenes del pueblo latino. Muerte de Eneas

1 Para empezar, está comúnmente admitido que, después de la conquista de Troya, hubo un ensañamiento contra todos los troyanos; únicamente dos, Eneas y Anténor, en razón del derecho de una antigua hospitalidad y por haber sido siempre partidarios de la paz y la devolución de Helena, fueron eximidos por los griegos de la aplicación de cualquier ley
2 de guerra. Después, su destino fue diverso. Anténor[1] y una multitud de vénetos que habían sido expulsados de Paflagonia en un levantamiento y andaban buscando asiento y jefe, tras haber perdido a su rey Pilémenes ante los muros de Troya, llegaron al más recóndito entrante del mar Adriático, desalojaron a los eugáneos que habitaban entre 3
el mar y los Alpes, y vénetos y troyanos ocuparon aquella zona. El lugar en que saltaron a tierra se llama Troya[2], y troyana desde entonces se denomina la comarca; los habitantes, todos ellos, se llaman vénetos. Eneas, exiliado de su 4
patria a causa del mismo desastre, pero impulsado por el destino hacia proyectos de mayor alcance, llegó primero a Macedonia, de allí fue empujado a Sicilia en busca de asiento, de Sicilia se dirigió por mar a las tierras laurentinas. También este lugar se llama Troya. En él desembarca- 5
ron los troyanos y, como andaban saqueando en los campos, pues nada, aparte de las armas y las embarcaciones, les había quedado de su vagar casi interminable, el rey Latino y los aborígenes, dueños entonces de aquellos parajes, llegan corriendo armados desde la ciudad y los campos para repeler la agresión de los intrusos. A partir de aquí la 6
tradición se bifurca[3]. Unos sostienen que Latino, derrotado, hizo un convenio de paz y, después, se unió en parentesco con Eneas. Otros, que, cuando los ejércitos estaban 7
frente a frente, antes de sonar la señal, Latino avanzó a primera línea y citó a una entrevista al jefe de los extranjeros; que preguntó, acto seguido, quiénes eran, de dónde, por qué circunstancia habían marchado de su patria y con qué objeto habían desembarcado en territorio laurentino, y 8
que al oír que todos aquellos hombres eran troyanos, que su jefe era Eneas, hijo de Anquises y Venus, y que exiliados de su tierra tras la reducción a cenizas de su patria, busca-

[1] El príncipe troyano Anténor aparecía relacionado con los vénetos en las leyendas griegas, muy antiguas, sobre el Adriático. Hubo culto a los Antenóridas en Cirene en el siglo V a. C. Una leyenda atribuía a Anténor la fundación de Padua.

[2] Cerca de Zingarini, la Troya del Lacio.

[3] La versión que presenta a Eneas como agresor es antidinástica. La segunda evita la derrota de los latinos y la agresión de los romanos.

ban asiento y lugar para fundar una ciudad, quedó impresionado ante un pueblo y un hombre tan nobles y ante una entereza por igual dispuesta a la paz que a la guerra, y tendió la mano a Eneas como aval de su futura amistad.
9 Acordaron, a continuación, un tratado los jefes, se saludaron los ejércitos y Eneas fue huésped en casa de Latino. Allí, ante los dioses penates, añadió Latino a la alianza pública otra de familia, al concederle a Eneas a su hija en
10 matrimonio. Este acontecimiento afianza, sin duda, en los troyanos la esperanza de poner término, al fin, a su peregrinar con un asentamiento estable y seguro. Fundan una ciudad; Eneas la llama Lavinio[4], por el nombre de su
11 mujer. Pronto hubo descendencia del nuevo matrimonio, un varón, al que sus padres pusieron el nombre de Ascanio.

2 Se vieron, después, aborígenes y troyanos atacados en una guerra. Turno, rey de los rútulos, al que había estado prometida Lavinia antes de la llegada de Eneas, llevó a mal el que se le hubiese pospuesto a un extranjero y declaró la
2 guerra a Eneas y Latino simultáneamente. Ninguno de los dos bandos salió contento de aquella confrontación: los rútulos fueron vencidos; los aborígenes y troyanos, vence-
3 dores, perdieron a su jefe, Latino. Entonces, Turno y los rútulos, desconfiando de la situación, buscan la acogida de los etruscos, pujantes y prósperos, y de su rey Mecencio. Ejercía éste el poder en Cere[5], ciudad opulenta por entonces, y ya desde un principio no le había alegrado en absoluto el nacimiento de una nueva ciudad; entonces, considerando que la potencia troyana se desarrollaba mucho más

[4] Actual Pratica di Mare.

[5] Actual Cervéteri. Al norte de Roma, a cinco kilómetros de la costa donde tenía el puerto de Agylla. Fue enclave importante de la Confederación etrusca. Se encontraron tumbas de *ca.* 700 años a. C.

de lo que convenía a la seguridad de sus vecinos, unió sus armas a las de los rútulos sin gran dificultad. Ante la ame- 4
naza de una guerra de tal calibre, Eneas, a fin de ganarse a los aborígenes y de que no sólo tuviesen los mismos derechos sino también el mismo nombre, llamó latinos al conjunto de ambos pueblos. A partir de entonces, los aboríge- 5
nes no les fueron a la zaga a los troyanos en adhesión y fidelidad al rey Eneas. Confiado en la actitud de estos dos pueblos cuya cohesión iba en aumento al paso de los días, aunque la potencia de Etruria era tal que su renombre se extendía no sólo por tierra sino también por mar a lo largo de Italia entera desde los Alpes al estrecho de Sicilia, Eneas, a pesar de que podía rechazar la agresión desde las murallas, hizo salir a sus tropas para presentar batalla. Se 6
siguió un combate favorable a los latinos, que para Eneas fue también la última de sus acciones como mortal. Está enterrado, cualquiera que sea el nombre que desde el derecho humano o religioso deba atribuírsele, a orillas del río Numico[6]. Lo llaman Júpiter Indígete.

Alba Longa

Ascanio, el hijo de Eneas, no estaba 3
aún maduro para el poder, pero este poder se le conservó sin merma hasta la pubertad; durante ese tiempo, gracias a la tutela de una mujer —tan grande era la capacidad de Lavinia—, se le mantuvo en pie al muchacho el Estado latino y el trono de su abuelo y de su padre. No voy a discutir —pues ¿quién puede estar seguro en un 2
hecho tan lejano?— si fue este Ascanio u otro de más edad que éste, hijo de Creúsa, nacido antes de la caída de Troya y que acompañó, después, a su padre en la huida, el mismo

[6] Actualmente se da por seguro que se trata del río Torto que discurre desde las colinas de Alba hasta la costa entre Lavinio y Árdea. Aparece en las formas latinas *Numicus* y *Numicius*.

3 Julo del que la familia Julia dice descender. Este Ascanio, donde quiera que naciese y de la madre que fuese (si hay certeza de que era hijo de Eneas), al encontrarse Lavinio muy poblada, dejó la ciudad, floreciente ya para aquella época y rica, a su madre o madrastra y él fundó al pie del monte Albano otra nueva, que por su asentamiento a lo largo de una loma recibió el nombre de Alba Longa[7].
4 Unos treinta años mediaron entre la fundación de Lavinio y la del traslado de una colonia a Alba Longa. Sin embargo, su poder había crecido tanto, sobre todo después de la derrota de los etruscos, que, ni siquiera al morir Eneas ni, después, durante la tutela de una mujer y las primeras experiencias del niño como rey, se atrevieron a tomar las armas Mecencio y los etruscos ni ningún otro
5 pueblo del entorno. El tratado de paz había estipulado que el río Álbula, el llamado Tíber actualmente, fuese la frontera entre etruscos y latinos.

6 Reina a continuación Silvio, hijo de Ascanio, nacido en
7 los bosques[8] por un azar; éste engendra a Eneas Silvio; éste, a su vez, a Latino Silvio. Puso éste en marcha algunas colonias, cuyos componentes se llamaron «antiguos lati-
8 nos». Les quedó, en adelante, el apelativo de Silvio a todos los que reinaron en Alba. De Latino fue hijo Alba; de Alba, Atis; de Atis, Capis; de Capis, Cápeto; de Cápeto, Tiberino, el cual, al ahogarse cruzando el río Álbula, le dio
9 a este río un nombre famoso entre la posteridad. A continuación reina Agripa, hijo de Tiberio; a Agripa le sucede Rómulo Silvio, que recibió el poder de su padre, y él,

[7] Situada donde el actual Castelgandolfo; la fundación de Alba guarda paralelismo con la de Roma. Los enterramientos descubiertos en el entorno apuntan a una antigüedad algunas décadas mayor que la de Roma.

[8] Posible referencia al paisaje del antiguo Lacio la relación del nombre con *silua* «bosque».

alcanzado por un rayo, dejó el poder directamente a Aventino. Éste, por haber sido enterrado en la colina que ahora forma parte de la ciudad de Roma, le dio su nombre a aquélla. El rey siguiente es Proca[9]. Engendra éste a Númitor y 10
Amulio, y a Númitor, que era el mayor de sus hijos, le deja el antiguo reino de la dinastía Silvia. Pero la fuerza prevaleció sobre la voluntad paterna y el respeto a la primogenitura: Amulio es rey tras desbancar a su hermano. Acumula 11
crimen sobre crimen: elimina la descendencia masculina de su hermano, y a su sobrina Rea Silvia, so pretexto de concederle un honor, la escoge para vestal, dejándola sin esperanza de tener hijos en razón de la virginidad perpetua.

Rómulo y Remo: orígenes

Pero tenía que ser, en mi opinión, cosa 4
del destino el nacimiento de tan gran ciudad y el comienzo de la mayor potencia después de la de los dioses. La vestal 2
fue forzada, dio a luz dos gemelos y, bien por creerlo así, bien por cohonestar la falta remitiendo su responsabilidad a un dios, proclama a Marte padre de esta dudosa descendencia. Pero ni lo dioses ni los hombres la 3
libran a ella ni a los hijos de la crueldad del rey: la sacerdotisa es encadenada y encarcelada, y se ordena que los niños sean arrojados a la corriente del río. Por un azar debido a 4
los dioses, el Tíber, desbordado, no permitía el acceso hasta el cauce habitual a causa de los estancamientos en remanso, y a los que llevaban a los recién nacidos les hizo concebir la esperanza de que éstos se ahogasen en esas aguas a pesar de estar remansadas. En la idea, pues, de 5

[9] No era del todo precisa la tradición sobre el número y el nombre de los componentes de la dinastía inventada para cubrir la laguna cronológica desde la caída de Troya hasta la fundación de Roma (en torno a los 400 años). La serie de reyes albanos aparece por vez primera en un autor de la época de Sila.

cumplir así el mandato del rey, abandonan a los niños en la primera charca, lugar en que actualmente se encuentra la higuera Ruminal [10], antes llamada Romular, según dicen.
6 Había, en esa zona, por entonces, extensos parajes solitarios. La tradición sostiene que, cuando el agua, al ser de poco nivel, depositó en seco la canastilla a la deriva en que habían sido colocados los niños, una loba, que había salido de los montes circundantes para calmar la sed, volvió sus pasos hacia los vagidos infantiles; que se abajó y ofreció sus mamas a los niños, amansada hasta tal punto que la encontró lamiéndolos el mayoral del ganado del rey —di-
7 cen que se llamaba Fáustulo—, y que el mismo los llevó a los establos y los encomendó a su mujer Larentia para que los criase. Hay quienes opinan que Larentia, al prostituir su cuerpo, fue llamada «loba» por los pastores y que
8 esto dio pie a la leyenda maravillosa. Tal fue su nacimiento y su crianza. Al llegar a la mocedad, él y los demás jóvenes no permanecían inactivos en los establos o junto al ganado:
9 recorrían los bosques cazando. Cobraron vigor con ello sus cuerpos y sus mentes, y ya no sólo acechaban a las fieras, sino que atacaban a los salteadores cargados de botín, se lo arrebataban y lo repartían entre los pastores, y se reunían con éstos para el trabajo y la diversión, siendo cada día más numeroso el grupo juvenil.

5 Por entonces se dice que existía ya en el monte Palatino
2 la Lupercal actual [11], y Evandro, asentado en aquella zona

[10] Las fuentes recogen dos distintas *ficus Ruminalis:* una en el ángulo sudoeste del Palatino, de la que Ovidio aseguraba que quedaban vestigios en su época, y otra en el *comitium.* Para los romanos, Ruminal derivaba de Rumina, diosa de la crianza de los niños de pecho *(ruma* «teta»). Actualmente se relaciona *Ruminalis* con el gentilicio etrusco *Rumlna,* al que, en último término, se habría de referir el nombre de Roma y los Romilios.

[11] El texto no corregido dice: «Por entonces se dice que existía ya en el

desde mucho tiempo antes, instituyó allí una fiesta importada de Arcadia en la que jóvenes desnudos hacían carreras en son de juego y diversión en honor de Pan Liceo, al que los romanos llamaron después Ínuo [12]. Cuando estaban 3
embebidos en estos juegos —la fecha de la fiesta era conocida—, unos salteadores, airados por la pérdida del botín, les tendieron una emboscada; Rómulo se defendió con la fuerza, a Remo lo cogieron y lo entregaron preso al rey Amulio acusándolo encima. Sobre todo, achacaban a 4
ambos el realizar incursiones en tierras de Númitor, y saquear en ellas, como si de enemigos se tratase, después de reclutar a una pandilla de jóvenes. Remo es así entregado a Númitor para que lo castigue. Desde un principio, Fáus- 5
tulo había tenido la sospecha de que eran de sangre real los niños que se criaban en su casa, pues sabía que los recién nacidos habían sido abandonados por mandato del rey y la fecha en que los había recogido coincidía con aquel hecho; pero no había querido descubrirlo prematuramente, a no ser que se presentase una oportunidad o lo forzase la necesidad. Se presentó primero la necesidad: bajo la presión del 6
miedo descubre el secreto a Rómulo. Coincidió que también a Númitor, que tenía preso a Remo y había oído que los hermanos eran gemelos, le había venido a la mente el

monte Palatino nuestra fiesta Lupercal, y el monte se llamó Palantio, de Palantea, ciudad de Arcadia, y después Palatio; allí Evandro, originario de aquella raza de arcadios...» La interpretación de Lupercal como fiesta, y no como lugar, da pie a la diferencia de tratamiento del texto. La fiesta se celebraba el 15 de febrero: uno de los rituales romanos más primitivos. Jóvenes patricios corrían desnudos por el foro golpeando a los circunstantes con correas de piel de cabra. Unos lo interpretan como una ceremonia de la fertilidad, otros de protección de la comunidad, y más modernamente, relacionándolo con *lupus* y *arceo,* como expresión de la inquietud por alejar de sus rebaños los lobos por parte de una comunidad de pastores.

[12] *Inuus,* nombre tal vez preitálico, identificado otras veces con Fauno. La *interpretatio graeca* lo identificó con Pan.

recuerdo de sus nietos al relacionar su edad y su talante
nada servil, y a base de indagar llegó a un extremo en que
7 estaba a un paso de reconocer a Remo. Se teje así desde
ambos ángulos una trama en torno al rey. Rómulo, no en
grupo, pues estaba en inferioridad para atacar abiertamente,
sino dando orden a los pastores de que se presentasen en el
palacio real cada uno por un camino distinto en un deter-
minado momento, lanza el ataque contra el rey; viene
Remo en su ayuda con otro grupo desde la mansión de
Númitor, y así matan al rey.

6 Al iniciarse el tumulto, Númitor, propalando el rumor
de que el enemigo había penetrado en la ciudad y atacado
el palacio real, había atraído a la juventud de Alba a la
ciudadela, para ocuparla y defenderla por las armas; y
cuando vio que los jóvenes, consumado el magnicidio, se
dirigían hacia él para felicitarlo, convoca inmediatamente
asamblea y pone de manifiesto los crímenes de su hermano
para con él, el origen de sus nietos, su nacimiento, su
crianza, el modo en que habían sido reconocidos; la
muerte, en fin, del tirano, y su propia responsabilidad en
2 ella. Los jóvenes se abren paso en grupo por entre la asam-
blea y saludan como rey a su abuelo: un clamor unánime
brota, acto seguido, de la multitud entera y le ratifica el
título y el poder de rey.

Fundación de Roma

3 Una vez devuelto de esta forma a
Númitor el trono de Alba, caló en
Rómulo y Remo el deseo de fundar una
ciudad en el lugar en que habían sido
abandonados y criados. Era sobreabun-
dante, por otra parte, la población de Alba y del Lacio, a
lo que había que añadir, además, a los pastores; el con-
junto de todos ellos permitía esperar que Alba y Lavinio
iban a ser pequeñas en comparación con la ciudad que iba
4 a ser fundada. En estas reflexiones vino pronto a incidir un

mal ancestral: la ambición de poder, y a partir de un pro-
yecto asaz pacífico se generó un conflicto criminal. Como
al ser gemelos ni siquiera el reconocimiento del derecho de
primogenitura podía decidir a favor de uno de ellos, a fin
de que los dioses tutelares del lugar designasen por medio
de augurios [13] al que daría su nombre a la nueva ciudad y
al que mandaría en ella una vez fundada, escogen,
Rómulo, el Palatino y, Remo, el Aventino [14] como lugares
para tomar los augurios.

Cuentan que obtuvo augurio, primero, Remo: seis bui- 7
tres. Nada más anunciar el augurio, se le presentó doble
número a Rómulo, y cada uno de ellos fue aclamado como
rey por sus partidarios. Reclamaban el trono basándose,
unos, en la prioridad temporal, y otros en el número de
aves. Llegados a las manos en el altercado consiguiente, la 2
pasión de la pugna da paso a una lucha a muerte. En aquel
revuelo cayó Remo herido de muerte. Según la tradición
más difundida, Remo, para burlarse de su hermano, saltó
las nuevas murallas y, acto seguido, Rómulo, enfurecido,
lo mató a la vez que lo increpaba con estas palabras: «Así
muera en adelante cualquier otro que franquee mis mura-
llas». Rómulo, por consiguiente, se hizo con el poder en 3
solitario; la ciudad fundada recibió el nombre de su
fundador.

Fortificó en primer lugar el Palatino, donde había sido
criado. Ofrece sacrificios, tal como había sido establecido

[13] El *augurium* era la técnica de la interpretación de los signos constituidos por los fenómenos naturales, el vuelo de las aves, etc., a través de los cuales había la creencia de que se manifestaba la voluntad de los dioses.

[14] En esta localización era coincidente la tradición posterior a Ennio; pero había otra versión más antigua: Rómulo en el Aventino. El cambio pudo deberse a que el Palatino fue ganando ascendiente y al hecho de no tener el Aventino el pomerio original.

por Evandro, a Hércules según el ritual griego, a los demás dioses según el albano.

Hércules y Caco. Primeras instituciones

4 Dicen que Hércules, después de dar muerte a Gerión[15], llevó sus bueyes, de admirable presencia, hacia aquellos parajes y, a orillas del Tíber, por donde había cruzado a nado llevando delante el ganado, se tendió en un lugar de hierba espesa, para que, con el descanso y el pasto abundante, los bueyes se recupe-
5 rasen, pues incluso él estaba cansado del camino. Al apoderarse de él, amodorrado por la comida y el vino, un profundo sueño, un pastor vecino de aquella comarca llamado Caco, altanero de su fuerza, seducido por la hermosura de los bueyes, quiso llevarse aquella presa; como, si arreaba la manada delante de sí hasta su cueva, las huellas mismas iban a orientar hacia allí la búsqueda de su dueño, arrastró por el rabo reculando hasta la cueva a los bueyes de mejor
6 aspecto. Hércules, al rayar el alba, espabiló del sueño, recorrió con la vista la manada y se percató de que faltaban algunas cabezas; se dirige a la cueva más cercana por si acaso hay huellas en aquella dirección; al ver que todas se dirigen hacia el exterior y que ninguna lleva en sentido contrario, confundido y desconcertado, comenzó a alejar
7 las reses de aquel lugar poco seguro. Al partir, algunas reses mugieron al echar de menos, como suelen, a las que faltaban, y los mugidos de respuesta de las que estaban encerradas en la cueva hicieron dar la vuelta a Hércules. Cuando éste se dirigía hacia la cueva, Caco intentó cerrarle

[15] El décimo Trabajo de Hércules consistió en robarle los bueyes a Gerión, el monstruo de tres cabezas que reinaba en Iberia. La leyenda de Hércules y Caco es la resultante de fusionar las versiones griega e itálica de un mismo mito para explicar el culto de Hércules en el *Ara Maxima*.

el paso a la fuerza, pero cayó muerto a golpe de maza, reclamando en vano la ayuda de los pastores. Por entonces 8
Evandro, un fugitivo del Peloponeso, mandaba en aquella comarca, más por su prestigio que por un poder legal; hombre respetable por algo fuera de lo común: su conocimiento de la escritura[16], algo nuevo entre hombres desprovistos de instrucción; y aún más respetable porque se creía que su madre, Carmenta, era una diosa[17] a la que aquellas gentes habían admirado como profetisa antes de la llegada a Italia de la Sibila. Evandro, pues, atraído por la aglome- 9
ración de pastores que se agitaban en torno al forastero, reo de un homicidio flagrante, se enteró, primero, del hecho y de su causa; después, al fijarse en el porte y el aspecto de aquel hombre, de más envergadura y más imponentes que los de un ser humano, le pregunta quién es. Cuando conoció su nombre, su padre y su patria, dijo: 10
«Hijo de Júpiter, Hércules, yo te saludo; mi madre, intérprete fiel de los dioses, me vaticinó que tú llegarías a engrosar el número de los moradores celestes y que te sería dedicado aquí un altar, al que el pueblo que un día será el más poderoso de la tierra dará el nombre de Máximo y celebrará el culto según el ritual que te es propio». Hércules 11
le tendió la mano, y dijo que aceptaba el presagio y que iba a llevar a cumplimiento los oráculos erigiendo y consagrando el altar. Entonces, por primera vez, echando mano 12
de la mejor vaca del rebaño, se celebró un sacrificio a Hércules, tomando como ministros de la ceremonia y del banquete ritual a los Poticios y a los Pinarios, las más ilustres familias de entonces moradoras de aquella región. Casual- 13

[16] Los romanos le atribuían a Evandro la introducción del alfabeto latino, que, sin embargo, no aparece antes del siglo VII a.C.

[17] No está esclarecida la función de esta antigua divinidad, *Carmenta*, cuya fiesta se celebraba en enero. El paso de Evandro a Roma hizo de ella el paralelo de Temis.

mente ocurrió que los Poticios llegaron a tiempo y se les
sirvieron las viandas consagradas, y que los Pinarios llega-
ron, consumidas ya éstas, al resto del banquete. Por eso
quedó estatuido, mientras perduró la familia de los Pina-
14 rios, que no probasen la carne del sacrificio. Los Poticios,
instruidos por Evandro, fueron sacerdotes de este sacrificio
durante muchas generaciones, hasta que, encomendado a
esclavos estatales el ministerio sagrado de la familia, el
15 linaje de los Poticios se extinguió por completo. Fue éste el
único culto que, por entonces, Rómulo tomó del extran-
jero, mostrándose ya a favor de la inmortalidad lograda
por el valor, hacia la cual le llevaban sus hados.

8 Una vez realizadas ritualmente las ceremonias religiosas
y convocada a asamblea la población, que únicamente a
través de lazos jurídicos podía cohesionarse como un solo
2 pueblo, le dio leyes; considerando que éstas serían inviola-
bles para aquellos hombres rudos únicamente si él mismo
se hacía respetable con los símbolos externos de la autori-
dad, resaltó su majestuosidad con los demás elementos de
su presentación externa, pero sobre todo con la autoads-
3 cripción de doce lictores. Creen, unos, que se atuvo a esta
cifra por el número de aves que habían presagiado en
augurio su reinado: yo, por mi parte, no dudo en unirme al
parecer de los que opinan que esta clase de servidores fue
importada de los etruscos limítrofes, de donde proviene la
silla curul y la toga pretexta, y no sólo la clase, sino tam-
bién el número; y los etruscos actuaban así, porque, al ele-
gir de entre doce pueblos un rey para todos ellos, cada uno
de los pueblos aportaba un lictor.

4 Crecía, entretanto, la ciudad incorporando con mura-
llas nuevos y nuevos espacios, pues construían el recinto en
previsión de la población futura, más que sobre la base
5 de los habitantes que había entonces. Después, para que
no quedase vacía una ciudad de aquellas dimensiones,

con el fin de incrementar la población mediante el viejo
recurso de los fundadores de ciudades, que reunían en tor-
no suyo una multitud oscura y de baja extracción con la
ficción de que de la tierra les había brotado descenden-
cia, abre un «asilo»[18] en el lugar en que actualmente hay
un cercado según se sube entre los dos bosques sagra-
dos. Desde los pueblos vecinos un aluvión de gentes de 6
todas clases, sin distinción de esclavos y libres, ansiosos
de novedad, acudieron a refugiarse allí, y ésta fue la
primera aportación sólida en orden a las proporciones
del trazado urbano. Satisfecho ya de sus fuerzas, dispo- 7
ne a continuación una organización para ellas. Crea cien
senadores, bien por ser suficiente este número, o bien
por haber sólo cien que pudiesen ser creados senado-
res[19]. En cualquier caso, recibieron la denominación
honorífica de Padres, y patricios sus descendientes.

[18] El monte Capitolino tenía dos cimas (en una, la ciudadela; en la otra, el Capitolio), cubiertas antiguamente de bosque. La palabra «asilo» era de uso religioso-político: lugar sagrado, inviolable, donde podía encontrar refugio una población marginal. El modelo griego de *ásylon* estaba relacionado con la adquisición del derecho de ciudadanía, y esta medida pudo ser interpretada como expresión de una política de fomento del crecimiento demográfico.

[19] Sigue sin esclarecerse el origen del Senado, del Consejo de Ancianos de los romanos. En la versión recogida por Dionisio de Halicarnaso, en lo que al número miembros se refiere, se atribuían 100 al Senado de Rómulo, cifra aumentada en 50 por Tito Tacio y doblada por Tarquinio Prisco. En otras versiones, Tarquinio añadió 100, y los cien intermedios se debieron o bien al influjo sabino o bien a la absorción de Alba. Según otros, el Senado no tuvo un número fijo de miembros, si se trataba de los cabezas de las principales familias.

Rapto de las sabinas[20]. *Guerras subsiguientes*

9 Roma era ya tan fuerte, que su potencial bélico estaba a la altura del de cualquiera de los Estados vecinos; pero, debido a la falta de mujeres, su grandeza estaba abocada a durar una generación, al no tener en sí posibilidad de perpetuarse ni existir matri-
2 monios con los pueblos del entorno. Entonces, por consejo del senado, Rómulo envió una legación a los pueblos circundantes a presentar una petición de alianza y de enlaces
3 matrimoniales con el nuevo pueblo: que también las ciudades, como lo demás, nacían de casi nada, pero, después, las que tenían a su favor su propio valor y a los dioses se
4 labraban un gran poderío y un gran nombre; que de sobra sabían que los dioses habían propiciado el nacimiento de Roma, y que el valor no iba a faltar; que, por consiguiente, no rehusasen, hombres como eran, mezclar su sangre y su
5 raza con otros hombres. La legación no fue escuchada favorablemente en parte alguna: hasta ese extremo despreciaban y, a la vez, temían, por sí mismos y por sus descendientes, a una potencia tan grande que se desarrollaba en medio de ellos. Y fueron despedidos entre las preguntas casi generales de si habían abierto algún asilo también para mujeres, pues eso, en definitiva, supondría matrimonios del
6 mismo nivel. La juventud romana tomó a mal este desaire y la situación comenzó a apuntar claramente hacia una salida violenta. A fin de proporcionar momento y lugar adecuado a esta salida, Rómulo disimula su resentimiento y dispone con toda intención unos juegos solemnes en

20 El trasfondo histórico de interés está en si la sociedad romana primitiva se debió a la integración de sabinos y latinos. Los datos arqueológicos apuntan a que, en los siglos VIII/VII, había comunidades separadas en Palatino, Esquilino y Quirinal, y están confirmados los elementos sabinos de la Roma primitiva.

honor de Neptuno Ecuestre: los llama *Consualia*[21].
Ordena, a continuación, que sean invitadas al espectáculo 7
las poblaciones vecinas; lo solemnizan con cuantos medios en aquella época se conocían o estaban en su mano, para
hacerlo famoso y despertar la expectación. Acudió mucha 8
gente, atraída, además, por la curiosidad de ver la nueva ciudad, pero sobre todo los de las cercanías: ceninenses,
crustuminos y antemnates[22]. De los sabinos acudió la 9
población en masa, mujeres e hijos incluidos. Fueron acogidos como huéspedes en las casas particulares, y al ver el emplazamiento, las murallas y la cantidad de viviendas de la ciudad, se asombran del desarrollo de Roma en tan poco
tiempo. Cuando llegó la hora del espectáculo y estaban 10
concentradas en él las miradas y la atención, se puso en marcha según lo previsto el golpe de fuerza: a una señal dada, los jóvenes romanos se lanzan a raptar a las donce-
llas. La mayoría de ellas fueron cogidas al azar por el pri- 11
mero que las tuvo a mano; algunas, especialmente hermosas, reservadas a los senadores más importantes, eran llevadas a casa de éstos por los plebeyos a los que se les
había encomendado esta misión. Una, que resaltaba nota- 12
blemente entre las demás por su atractivo y belleza, fue raptada por los hombres de un tal Talasio, según dicen, y como muchos preguntaban a quién se la llevaban, gritaban a cada paso, para evitar que fuese objeto de violencia, que se la llevaban «a Talasio»: de ahí pasó este grito a las bodas.

Desbaratado el espectáculo por el pánico, los padres de 13
las doncellas escapan entristecidos, quejándose de la viola-

21 *Consualia* eran las fiestas del 21 de agosto y 15 de diciembre en honor de *Consus*, dios itálico de la agricultura que aquí aparece identificado con Neptuno como dios creador del caballo.

22 De las tres comunidades, la única que subsistía en época clásica era la de *Antemnae*, situada junto a la desembocadura del Anio.

ción de las leyes de la hospitalidad e invocando al dios a
cuya fiesta y juegos habían acudido engañados por la apa-
riencia del respaldo de las leyes de la religión y la humani-
14 dad. En cuanto a las víctimas del rapto, no abrigan espe-
ranzas más halagüeñas sobre sus personas, ni es menor su
indignación. Pero Rómulo las iba visitando personalmente
y les hacía ver que lo ocurrido se debía al orgullo de sus
padres, que habían negado a unos vecinos la celebración de
enlaces matrimoniales; que ellas, sin embargo, iban a ser
sus esposas, iban a compartir todos sus bienes, su ciudada-
nía y lo que hay más querido para el género humano: los
15 hijos; que depusiesen ya su enfado y entregasen sus senti-
mientos a quienes el azar había entregado sus cuerpos; que,
a menudo, de sentirse ofendido se pasa al afecto; que van a
tener unos maridos tanto mejores cuanto que cada uno de
ellos pondrá empeño no sólo en cumplir los deberes especí-
ficos suyos, sino en llenar la nostalgia por la falta de padres
16 y de patria. A estas palabras se añadían las caricias de sus
maridos, que disculpaban el rapto atribuyéndolo al deseo y
al amor, excusas éstas de la mayor eficacia ante la manera
de ser de la mujer.

10 Los ánimos de las raptadas se habían ya aplacado
mucho; pero, precisamente entonces, sus padres con vesti-
mentas de luto, lágrimas y quejas trataban de sublevar a
sus compatriotas. Y no circunscribían su indignación a sus
lugares de residencia, sino que de todas partes venían a
congregarse en torno a Tito Tacio[23], rey de los sabinos; allí
confluían todas las legaciones, porque el nombre de Tacio
2 era el más sonado en aquellas comarcas. Los ceninenses,
crustuminos y antemnates eran parte afectada por aquella

[23] La forma *Tatius* es la latinización de un nombre sabino. La biografía de este personaje debió de elaborarse en el siglo III a. C., para dar cuerpo, tal vez, al elemento sabino de Roma, en la que existió una tribu *Tities*.

afrenta; les pareció que Tacio y los sabinos actuaban con
lentitud: ellos, los tres pueblos, preparan la guerra en
común. Ni siquiera los crustuminos y antemnates se mue- 3
ven con suficiente rapidez a ojos de los ceninenses enarde-
cidos de ira; en consecuencia, el pueblo cenino ataca él solo
el territorio romano. Cuando están extendiendo la devasta- 4
ción, se presenta Rómulo con el ejército y, con un ligero
choque, les demuestra la inutilidad de la cólera sin fuerzas:
derrota y pone en fuga a su ejército, y después de disper-
sarlo, lo persigue; mata al rey en combate singular y lo
despoja. Muerto el jefe enemigo, toma la ciudad al primer
asalto. Después de hacer volver al ejército victorioso, él, 5
tan grande por sus hazañas como jactancioso de sus
hechos, subió al Capitolio llevando los despojos del jefe
enemigo, al que había dado muerte, suspendidos de una
parihuela debidamente construida al efecto y los depositó
junto a la encina sagrada de los pastores; a la vez que hacía
esta ofrenda, trazó el emplazamiento de un templo de Júpi-
ter y añadió una nueva advocación al dios: «Júpiter Fere- 6
trio, dijo, yo Rómulo, rey vencedor, te traigo estas armas
de un rey, y en este recinto que acabo de delimitar en mi
mente te consagro un templo que ha de recibir los despojos
opimos que, después de dar muerte a los reyes y jefes
enemigos, mis sucesores te traerán siguiendo mi ejemplo.»
Éste es el origen del primer templo que fue consagrado en 7
Roma. Fue, en adelante, voluntad de los dioses que no
resultasen vanas las palabras del fundador del templo, con
las que proclamó que sus sucesores llevarían allí los despo-
jos, y que no se degradase la gloria de tal ofrenda al ser
muchos los que la consiguiesen. Después, en el transcurso
de tantos años, de tantas guerras, únicamente dos veces
hubo despojos opimos[24]; tan rara fue la suerte de un
honor como éste.

[24] Referencia a A. Cornelio Coso y a M. Claudio Marcelo, vencedor

11 Mientras los romanos realizan esto, el ejército de los
antemnates, aprovechando la oportunidad de que no había
nadie, irrumpe como enemigo en territorio romano. A
marchas forzadas las fuerzas romanas se dirigieron tam-
bién contra ellos y los sorprendieron desplegados por los
2 campos. Los enemigos se dispersaron al primer choque, a
los primeros gritos; su ciudad fue tomada. Hersilia, la
esposa de Rómulo, agobiada por los ruegos de las rapta-
das, le pide, cuando está eufórico por la doble victoria, que
perdone a los padres de aquéllas y les conceda la ciudada-
nía: de ese modo se consolidará la situación, con la reconci-
3 liación. Lo consiguió sin dificultad. Marchó después contra
los crustuminos, que habían roto las hostilidades. En este
caso la lucha fue aún menor, porque estaban desalentados
4 por las derrotas de los otros. Se enviaron colonias a ambas
ciudades[25]; aparecieron más voluntarios para ir a Crustu-
merio, debido a la fertilidad de su suelo. También hubo
abundante migración de esta ciudad hacia Roma, sobre
todo por parte de los padres y allegados de las que habían
sido raptadas.

5 La última guerra surgió del lado sabino y fue, con
mucho, la de mayor envergadura, pues en nada se dejaron
arrastrar por la ira o el apasionamiento ni dejaron traslucir
6 las hostilidades antes de romperlas. Al frío cálculo unieron,
además, la astucia. Espurio Tarpeyo estaba al frente de la

---

de los galos en el año 222 a. C. Los reclamó en el año 29 a. C. M. Licinio Craso, negándose Augusto. El silencio de Livio sobre este último dato ha dado pie a conjeturas diversas.

[25] Los pueblos vencidos debían ceder a Roma la tercera parte de sus tierras, que pasaban al *ager publicus* o se repartían entre los colonos que enviaba Roma. Sus habitantes emigraban a Roma o quedaban como *peregrini*.

La hija de Tarpeyo, en la guerra sabina. Veyos y Fidenas. «Muerte» de Rómulo

ciudadela de Roma. Su hija, una vestal,
es sobornada por el oro de Tacio para que
deje entrar en la ciudadela a unos hom-
bres armados —ella había salido casual-
mente fuera de las murallas a buscar
agua para las ceremonias del culto—. Cuando entraron, la 7
hicieron morir aplastándola con sus armas, bien para dar
la impresión de que la ciudadela había sido tomada por la
fuerza, o bien para dejar sentado el precedente de que los
traidores en ningún caso podrían confiar en los compromi-
sos. La leyenda añade que los sabinos llevaban, ordinaria- 8
mente, brazaletes de oro de gran peso en el brazo izquierdo
y anillos de gran belleza con joyas engastadas, y que
habían apalabrado con ella «lo que llevaban en la mano
izquierda»: por eso echaron sobre ella los escudos, en vez
de darle las alhajas de oro. Hay quien dice que ella, basán- 9
dose en el acuerdo de entregar lo que había en la mano
izquierda, pidió expresamente las armas y, al sospechar
que les tendía una trampa, la hicieron morir con su propia
recompensa[26].

El caso fue que los sabinos se hicieron con la ciudadela; 12
y, al día siguiente, a pesar de que el ejército romano había
cubierto en formación la planicie situada entre el monte
Palatino y el Capitolino, no descendieron al llano hasta
que los romanos, aguijoneados por la ira y las ganas de
recuperar la ciudadela, se lanzaron contra ellos desde
abajo. En cabeza de ambas formaciones animaban la lucha 2
Metio Curcio, del lado de los sabinos, y Hostio Hostilio,
del de los romanos. Éste sostenía a los romanos, en posi-
ción desventajosa, en primera línea con su coraje y valen-

---

[26] Circulaba también otra versión cuyo motivo era el amor al general enemigo. Se trata de una leyenda explicativa del nombre, etrusco en realidad, de la roca Tarpeya.

3 tía. Cuando Hostio cayó, automáticamente el frente
romano se repliega en desbandada. Arrastrado también
Rómulo por el revuelo de los fugitivos hasta la antigua
puerta del Palatino, dice levantando sus armas hacia el
4 cielo: «Júpiter, impulsado por tus auspicios asenté aquí en
el Palatino los primeros cimientos de Roma. Los sabinos
tienen ya en su poder la ciudadela, conseguida por una
traición; desde ella se dirigen en armas hacia aquí, ya han
5 rebasado el valle que hay en medio. Pero tú, padre de los
dioses y de los hombres, al menos de aquí aparta al ene-
migo; libera del pánico a los romanos y detén esta huida
6 vergonzosa. Yo prometo levantar en este lugar un templo a
Júpiter Stator, que recuerde a la posteridad que Roma se
7 salvó gracias a tu ayuda protectora.» Después de hacer esta
súplica, exclamó, como si hubiese percibido que sus ruegos
habían sido escuchados: «Romanos: Júpiter, el mejor, el
más grande, ordena que os detengáis y desde aquí reem-
prendáis el combate.» Los romanos se pararon como si se
lo hubiese ordenado una voz de lo alto; Rómulo en per-
8 sona se lanza a primera línea. Metio Curcio, en cabeza de
los sabinos, había bajado a la carrera desde la ciudadela y
había rechazado a los romanos en desbandada por toda la
extensión que ocupa el Foro. No estaba ya lejos de la
puerta del Palatino y gritaba: «Hemos vencido a estos pér-
fidos huéspedes, a estos cobardes enemigos; ahora saben ya
que una cosa es raptar muchachas y otra muy distinta
9 pelear con hombres.» Mientras está fanfarroneando de este
modo, Rómulo se lanza contra él con un grupo de jóvenes
de los más intrépidos. Casualmente, en ese momento,
Metio combatía a caballo; por ello, fue más fácil recha-
zarlo. Los romanos lo acosan en su retirada, y el resto del
ejército romano, enardecido por la audacia de su rey,
10 derrota a los sabinos. Metio se precipitó en una marisma,
al espantarse el caballo con el tumulto de los perseguido-

res; esta circunstancia atrajo la atención de los sabinos,
ante el peligro de un hombre tan principal. Y él, al hacerle
señas y llamarle los suyos, reanimado por el numeroso
apoyo, logra escapar. Romanos y sabinos reemprenden la
lucha en el valle que media entre las dos colinas: pero los
romanos estaban en ventaja.

Entonces, las mujeres sabinas, por cuyo agravio se 13
había originado la guerra, sueltos los cabellos y rasgadas
las vestiduras, sobreponiéndose ante la desgracia al enco-
gimiento propio de la mujer, se atrevieron a lanzarse en
medio de una nube de flechas, irrumpiendo de través, para
separar a los contendientes y poner fin a su furor; alterna- 2
tivamente, suplicaban a sus padres y a sus maridos que no
cometiesen la impiedad de mancharse con la sangre de un
suegro o de un yerno, que no mancillasen con un parricidio
el fruto de sus entrañas, sus nietos unos, otros sus hijos: «Si 3
estáis pesarosos del parentesco que os une, si lo estáis de
estos matrimonios, tornad vuestra ira contra nosotras;
nosotras somos la causa de la guerra, de las heridas y
muertes de nuestros maridos y nuestros padres; mejor
perecer que vivir sin unos u otros de vosotros, viudas o
huérfanas.» El gesto emociona a soldados y jefes. Se hace 4
un silencio y una quietud súbita; después, los jefes se ade-
lantan a estipular una alianza. No sólo establecen la paz,
sino que integran los dos pueblos en uno solo. Forman un
reino común, la base del poder para todos ellos la trasla-
dan a Roma, que se vio así duplicada, y para hacer tam- 5
bién alguna conceción a los sabinos, tomaron todos el
nombre de «quirites», por Cures[27]. Como recuerdo de

[27] No está clara la etimología de «Quirites». Cures era una ciudad sabina que apareció relacionada con las leyendas de la antigua Roma, que la hacían cuna de Numa. Situada sobre una colina en la margen izquierda del Tíber; no hay pruebas arqueológicas de su antigüedad.

aquel combate, el lugar en que el caballo dejó en tierra firme a Curcio después de salir de la profunda marisma se llamó Lago Curcio.

6 La alegre paz que inmediatamente sucedió a una guerra tan deplorable tornó a las sabinas más queridas para sus maridos y padres, y más que para nadie para el mismo Rómulo. Por eso, al dividir a la población en treinta
7 curias[28], les dio los nombres de aquéllas. Un detalle no aparece en la tradición: al ser evidentemente superior a esa cifra el número de mujeres, ¿fueron escogidas en razón de la edad, del rango suyo o de sus maridos, o por sorteo, las
8 que habían de dar su nombre a las curias? Por las mismas fechas fueron creadas tres centurias de caballeros: los «ramnes», derivado de Rómulo; los «ticies», de Tito Tacio, y los «lúceres», de nombre y origen sin esclarecer[29]. A partir de entonces, los dos reyes ejercieron el poder en común y, además, de pleno acuerdo.

14 Algunos años más tarde, unos parientes del rey Tacio maltratan a los delegados de los laurentes; al invocar los laurentes el derecho de gentes, pesó más ante Tacio la
2 influencia y los ruegos de los suyos, y como consecuencia, se hizo objeto del castigo a que ellos eran acreedores, pues una vez que asistió en Lavinio a un sacrificio solemne se
3 produjo una revuelta y fue asesinado. Se dice que Rómulo reaccionó ante este hecho con menos pesar del que debía, bien porque no compartía el poder con mucho convencimiento, o bien por estimar que había sido muerto no sin razón. Descartó, pues, la guerra; pero, para que hubiese

[28] La organización por curias no puede remontarse más allá del período etrusco, de la evolución de la comunidad puramente pastoril.

[29] Diversas hipótesis hacían derivar *luceres* del nombre de un rey etrusco; del nombre de *Lucerus*, rey de Árdea; de *lucus*.

una expiación de la ofensa a los legados y de la muerte del rey, la alianza entre Roma y Lavinio fue renovada.

Hubo, en este sentido, una paz con la que no se con- 4
taba; pero estalló otro conflicto armado[30] mucho más cerca, casi a las puertas mismas de Roma. Los fidenates, estimando que a su lado cobraba pujanza una potencia demasiado cercana, antes de que tuviera una fuerza tan grande como parecía evidente que iba tener, se adelantan a hacerle la guerra. Con su juventud armada invaden y arrasan el territorio situado entre Roma y Fidenas[31]. Tiran, 5
después, hacia la izquierda, porque a la derecha les cortaba el Tíber; se dan al saqueo, con el consiguiente pánico de los campesinos; y la primera noticia de ello fue el tropel de gente que, de repente, entró en la ciudad corriendo desde los campos. Puesto sobre aviso Rómulo —pues una guerra 6
tan cercana no admitía dilación—, hace salir al ejército y sitúa el campamento a una milla de Fidenas. Dejó allí una 7
pequeña guarnición, salió con todas las tropas, dio orden de que una parte de la infantería se apostase, emboscada, en una zona cubierta de espesa maleza; siguió adelante con la mayor parte de la infantería y con toda la caballería, e hizo salir al enemigo, como pretendía, con un planteamiento de lucha tumultuario y amenazador, acercándose la caballería casi hasta las puertas mismas de la ciudad. Además, esta pelea de la caballería proporcionó una coartada más verosímil para la fuga que había que simular. Y al 8
andar la caballería como dudando entre la decisión de atacar y la de huir, la infantería también retrocedió; entonces,

[30] Hay que descartar la historicidad de esta guerra con Fidenas y luego con Veyos, pues ésta no llegó a ser una potencia hasta el siglo v a. C. y aquélla era su trampolín frente a Roma.

[31] Fidenas era la ciudad etrusca más próxima a Roma, a seis millas romanas.

los enemigos en salida repentina a puertas llenas, rechazan las líneas romanas y, en su afán de perseguirlas y acosarlas,
9 son atraídos al lugar de la emboscada. Salen de ella repentinamente los romanos y atacan de flanco a las fuerzas enemigas; viene a acrecentar el pánico la salida desde el campamento de los que habían quedado como guarnición. De esta suerte, presa de un pánico provocado desde diversos ángulos, los fidenates vuelven la espalda, casi antes de que Rómulo y los que huían con él pudieran volver rien-
10 das; y en un desorden mucho más acusado, como que su huida era auténtica, los que poco antes habían perseguido a los fugitivos simulados trataban de ganar de nuevo la
11 ciudad. No consiguieron, sin embargo, escapar del enemigo: pegados a sus talones los romanos, antes de que se atrancasen las puertas, entran a la carrera como si formasen un solo ejército.

15 Incitados los de Veyos[32] por el ejemplo de la guerra de Fidenas, no sólo en razón de su parentesco —pues también los fidenates eran etruscos—, sino, además, porque les inquietaba la proximidad territorial de Roma por si volvía sus armas contra todos sus vecinos, hicieron una incursión en territorio romano más en plan de pillaje que en guerra
2 regular. Así, sin acampar, sin esperar el ejército enemigo, volvieron a Veyos llevando el botín robado de los campos. Los romanos, por su parte, al no encontrar al enemigo en los campos, cruzan el Tíber preparados y dispuestos a un
3 combate decisivo. Cuando los de Veyos oyeron que los romanos acampaban y se iban a acercar a la ciudad, les

[32] Veyos estaba a unos 19 kilómetros al norte de Roma, cerca del Crémera, afluente del Tíber, sobre una planicie flanqueada por los valles hoy Fosso della Valchetta y Fosso dei Due Fossi, en una encrucijada de rutas hacia Tarquinios, Nepi, Capena, Roma, etc., desde muy antiguo. Situación altamente estratégica.

salieron al encuentro, prefiriendo dirimir la contienda en campo abierto antes que luchar, encerrados, desde las casas y murallas. En esta ocasión, sin potenciar sus fuerzas con 4
estratagema alguna, venció el rey romano gracias exclusivamente al aguante de los soldados veteranos; tras perseguir al enemigo puesto en fuga hasta las murallas, si bien con la ciudad no se atrevió, debido a sus sólidos muros y a la protección natural de su emplazamiento, al volver arrasa los campos, más por represalia que por afán de botín. For- 5
zados por este desastre no menos que por la derrota, los de Veyos envían a Roma una embajada a pedir la paz. Se les exigió una parte de su territorio y se les concedió una tregua de cien años.

Éstos son, a grandes rasgos, los acontecimientos civiles 6
y militares del reinado de Rómulo; nada en ellos contradice la creencia en su origen divino ni la divinización que se le atribuyó después de su muerte, ni su valor al restituir el trono a su abuelo, ni su plan de fundar Roma y de consolidarla por medio de la guerra y de la paz. Pues, sin duda 7
alguna, con las fuerzas que él le proporcionó cobró vigor suficiente para tener la paz asegurada durante los siguientes cuarenta años. Fue, sin embargo, más del agrado del 8
pueblo que de los senadores, y más que ningún otro fue muy querido por el ejército; tuvo trescientos soldados, a los que llamó «céleres»[33], como guardia personal tanto en la guerra como en la paz.

Llevadas a cabo estas empresas inmortales, en una oca- 16
sión en que asistía a una concentración para pasar revista a

[33] Según la explicación más antigua, del siglo II a. C. cuando menos, los *celeres* eran los 300 *equites* del ejército de Rómulo. Según otra explicación, la de los analistas de la época de Sila, eran la guardia personal que tomó nombre de Celer, su jefe. Podría ser, en este caso, la trasposición del tipo griego del tirano, imagen bajo la que alguna tradición presentó a Rómulo.

las tropas en un campo junto a la laguna de la Cabra[34], se desató de golpe una tempestad con gran fragor de truenos y envolvió al rey en una nube tan densa que los reunidos no podían verlo; después, ya no reapareció Rómulo sobre
2 la tierra. Los jóvenes romanos, recuperados al fin del susto cuando el día tan tempestuoso se tornó sereno y apacible, vieron vacío el asiento del rey, y aunque les merecían crédito suficiente los senadores que estaban de pie a su lado según los cuales había sido arrebatado a las alturas por la tempestad, sin embargo, sobrecogidos de desazón como si hubiesen quedado huérfanos, guardaron silencio entristeci-
3 dos durante algún tiempo. Luego, primero unos cuantos y después todos a la vez saludan a Rómulo como dios hijo de un dios, rey y padre de la ciudad de Roma; le imploran con plegarias la paz, que con voluntad propicia proteja siempre
4 a su descendencia. Tengo entendido que no faltaron tampoco entonces quienes, en voz baja, sostenían que el rey había sido despedazado por los senadores con sus propias manos, pues también esta versión circuló, aunque muy soterrada; la otra versión fue consagrada por la admiración hacia aquel personaje y por el miedo que se dejaba sentir.
5 Le añadió además credibilidad, dicen, la habilidad de un solo individuo. Estaba la ciudad desazonada, porque echaba de menos al rey, y en contra de los senadores, cuando Próculo Julio[35], hombre de peso según dicen, aunque avalase un acontecimiento fuera de lo común, se pre-
6 senta a los reunidos y dice: «Quirites: Rómulo, padre de esta ciudad, al rayar hoy el alba ha descendido repentinamente del cielo y se me ha aparecido. Al ponerme en pie, sobrecogido de temor, dispuesto a venerarlo, rogándole

[34] Situada en la zona más baja del Campo de Marte, formada por los residuos de una pequeña corriente.

[35] Según la tradición, un hombre del campo de Alba Longa.

que me fuese permitido mirarle cara a cara, me ha dicho: 7
'Ve y anuncia a los romanos que es voluntad de los dioses que mi Roma sea la capital del orbe; que practiquen por consiguiente el arte militar; que sepan, y así lo transmitan a sus descendientes, que ningún poder humano puede resistir a las armas romanas.' Dicho esto —dijo—, desapareció por los aires.» Es sorprendente el crédito tan grande que se dio 8
a aquel hombre al hacer esta comunicación y lo que se mitigó, entre el pueblo y el ejército, la añoranza de Rómulo con la creencia en su inmortalidad.

Interregno

A todo esto, la pasión y la lucha por el 17
poder traían desasosegados a los senadores. No había aún pretensiones individuales, porque nadie sobresalía de modo especial en aquel pueblo nuevo: era una pugna de facciones entre estamentos. Los de origen sabino, 2
como después de la muerte de Tacio no habían participado en la monarquía, para no quedar sin ejercer el poder en una sociedad donde tenían los mismos derechos, querían que se nombrase un rey entre los suyos; pero los romanos antiguos rehusaban un rey extranjero. A pesar de esta 3
diversidad de propósitos, todos querían, sin embargo, la monarquía, al no haber probado aún las mieles de la libertad. Les entró, además, a los senadores el miedo a que un 4
Estado sin gobierno, un ejército sin mando, exaltados como estaban los ánimos de muchos pueblos vecinos, fuese objeto de la agresión de alguna potencia extranjera. Por una parte, querían que hubiese una cabeza; por otra, nadie se decidía a ceder en pro de otro. En tales circunstancias, 5
los cien senadores asumen el poder en común, formando diez decurias y nombrando a uno de cada decuria para formar parte del gobierno. Mandaban los diez, pero uno solo tenía las insignias del mando y los lictores. El mando 6

se terminaba a los cinco días e iba pasando por todos por turno; el intervalo entre reinados fue de un año. Por eso se llamó interregno, nombre que todavía conserva en la actua-
7 lidad[36]. Pero, entonces, la plebe murmuraba que se había multiplicado su servidumbre; que, en lugar de uno, tenían cien amos. Daba la impresión de que no iban a aceptar
8 otra cosa que un rey, y nombrado por ellos. Los senadores, al percibir esta agitación, comprendieron que había que adelantarse a ofrecer lo que iban a perder, y así se granjean el favor del pueblo dejándole disponer del poder supremo, conservando en realidad, más derechos que los que cedían.
9 En efecto, determinaron que la designación de rey hecha por el pueblo sería válida únicamente si los senadores la sancionaban. También en nuestros días, cuando se vota una ley o se elige un magistrado, se hace uso del mismo derecho, aunque es sólo una formalidad: antes de que el pueblo emita su voto los senadores sancionan el resultado,
10 desconocido aún, de la votación. En aquella ocasión el interrey, convocada la asamblea, dijo: «Para nuestro bien, prosperidad y felicidad, ciudadanos, elegid rey: así lo han acordado los senadores. Después, si la elección recae en un digno sucesor de Rómulo, los senadores la ratificarán.»
11 Este planteamiento fue tan del agrado del pueblo que, para no dejarse ganar en generosidad, se limitó a acordar y disponer que el senado decidiese quién iba a reinar en Roma.

[36] Pasó a la República, hasta su final, el nombre de *interregnum*, así como el de *interrex*. Si desaparecían los dos cónsules, los senadores nombraban un *interrex* que pudiera convocar los comicios para elegir otros nuevos. El interregno es aquí una anticipación anacrónica de varios siglos cuyo trasfondo está en la tradición empeñada en que el poder de los reyes se había trasvasado a los cónsules e instituciones republicanas.

Numa Pompilio, rey pacífico y reformador

Por aquella época era muy ponderada 18
la equidad y la piedad de Numa Pompilio[37]. Vivía en Cures, ciudad sabina; era un hombre muy versado —en la medida en que se podía serlo en aquellos tiempos— en derecho sagrado y civil. Se le asigna equivo- 2
cadamente como maestro, a falta de otro, a Pitágoras de Samos, el cual está comprobado que, cuando en Roma reinaba Servio Tulio, más de cien años más tarde, congregó grupos de jóvenes atraídos por sus doctrinas en los últimos confines de Italia: en Metaponto, Heraclea y Crotona[38]. Desde lugares tan remotos, aun suponiendo que 3
hubiese sido de la misma época, ¿cómo iba a llegar su fama hasta los sabinos?, ¿en qué lengua se iba a comunicar para despertar en alguien el deseo de aprender?, ¿con qué defensa un hombre solo iba a llegar a viajar a través de tantos pueblos de lenguas y costumbres diferentes? Por eso, 4
yo soy, más bien, de la opinión de que Numa, por su propia inclinación natural, labró su ánimo en la virtud y que se formó, no tanto con conocimientos venidos de fuera, como con la educación severa y rígida de los antiguos sabinos, el pueblo de costumbres más íntegras que jamás existió. Al oír el nombre de Numa, los senadores romanos, a 5
pesar de estimar que el poder basculaba hacia los sabinos si el rey era elegido de entre ellos, no se atrevieron, sin embargo, a anteponerse a sí mismos ni a otro de su partido

[37] La biografía legendaria de Numa Pompilio se fue formando en estadios sucesivos; el único dato histórico en lo referente a este rey es su nombre.

[38] Pitágoras emigró de Samos por segunda vez hacia el 530 a. C., quizás a Crotona, que tuvo que abandonar posiblemente en el 509 dirigiéndose a Metaponto, donde murió. La trasposición cronológica pudo deberse a que la figura de Numa elaborada por la tradición tenía rasgos que reflejaban la doctrina pitagórica.

ni a nadie, en fin, de los senadores o de los ciudadanos a un hombre semejante; todos unánimemente deciden que la
6 monarquía debe recaer en Numa Pompilio. Reclamada su presencia, lo mismo que Rómulo, se hizo cargo del poder previa toma de los augurios para fundar la ciudad, y dispuso que, también, acerca de su persona, se consultara a los dioses. A continuación, conducido a la ciudadela por un áugur —cargo éste que, en adelante, tuvo oficialmente de modo permanente esta función honorífica—, se sentó en
7 una piedra de cara al mediodía. Tomó asiento a su izquierda el áugur con la cabeza cubierta, sosteniendo con la mano derecha un bastón curvo sin nudos al que llamaron *lituus*. Acto seguido, después de abarcar con la mirada la ciudad y el campo y de invocar a los dioses, trazó mentalmente una línea que separaba el espacio de Oriente a Occidente y declaró que la parte de la derecha correspon-
8 día al Sur y la parte de la izquierda al Norte; enfrente, todo lo lejos que podía alcanzar la vista, fijó mentalmente un punto de referencia. Entonces, cambiando el *lituus* a la mano izquierda e imponiendo la derecha sobre la cabeza de
9 Numa, hizo esta súplica: «Padre Júpiter, si las leyes divinas permiten que Numa Pompilio, aquí presente, cuya cabeza yo estoy tocando, sea rey de Roma, danos claramente seña-
10 les precisas dentro de los límites que he trazado.» Seguidamente enumeró los auspicios que quería obtener. Conseguidos éstos, Numa fue declarado rey y descendió del recinto augural.

19 Después de acceder al trono, se dispone a basar la nueva ciudad, fundada por la fuerza de las armas, sobre cimientos nuevos: el derecho, la ley y las buenas costum-
2 bres. Comprendiendo que en un clima de guerra no podían aclimatarse a estas bases, porque la práctica militar vuelve más inciviles los ánimos, pensó que debía tornar menos rudo a su pueblo deshabituándolo de las armas. Levantó al

pie del Argileto[39] un templo de Jano para anunciar la paz y la guerra: abierto, quería decir que Roma estaba en guerra; cerrado, que todos los pueblos del contorno estaban en paz. (En adelante, después del reinado de Numa estuvo 3
cerrado dos veces: una, bajo el consulado de Tito Manlio[40] después de finalizada la primera guerra Púnica; otra, que los dioses concedieron ver a nuestra generación, después de la batalla de Accio, una vez restablecida la paz por el emperador César Augusto por tierra y por mar.) Lo cerró 4
Numa, una vez llevada a cabo la unión con los pueblos vecinos con tratados de alianza; al quedar libres de preocupación por el peligro exterior, para que la tranquilidad no relajase los ánimos que el miedo al enemigo y la disciplina militar habían refrenado, pensó que, antes que nada, debía infundirles el temor a los dioses, elemento de la mayor eficacia para una masa ignorante y en bruto por entonces. Como dicho temor no podía calar en las mentes 5
sin el recurso de algún evento milagroso, simula tener encuentros nocturnos con la diosa Egeria[41], y que, por indicación de la diosa, instituye los cultos más agradables a los dioses y nombra sacerdotes específicos para cada dios.

Ante todo, divide el año en doce meses[42], según el 6

[39] Colina situada al nordeste del foro. Había leyendas diversas acerca del origen del templo de *Ianus Geminus*, pequeña estructura rectangular que estaba cerca de la curia en el foro.

[40] Tito Manlio Torcuato fue cónsul el año 235 a. C. Al término de la primera guerra púnica el cónsul era Aulo Manlio Torcuato. Pudo haber una confusión con el *praenomen* en la fuente.

[41] Egeria era una divinidad relacionada con el agua, diosa de la primavera en Aricia, cuyo culto debió de ser importado a Roma no antes del reinado de Servio Tulio.

[42] La reforma atribuida a Numa debió de aplicarse a un calendario tal vez de diez meses, atribuido a Rómulo, sin que sea convincente la explicación de que no incluiría los meses de invierno por su falta de relieve para el agricultor, pues antes que éste fue el pastor. El paso a doce meses, uno

curso de la luna; pero, como la luna no tarda treinta días todos los meses y faltan seis días para completar el año que se cierra con una revolución solar, añadiendo meses intercalares consiguió una distribución tan exacta, que cada diecinueve años los días correspondían con la misma posición del sol que al principio, completándose la duración de
7 todos los años. También fue él quien señaló los días fastos y nefastos[43], porque interrumpir de vez en cuando la actividad política de participación popular iba a tener su utilidad.

20 Dedicó, después, su atención a la institución del sacerdocio, aunque él personalmente desempeñaba la mayor parte de las funciones sagradas, sobre todo las que actual-
2 mente corresponden al *flamen*[44] de Júpiter. Pero, como le parecía que en un país belicoso iba a haber más reyes del estilo de Rómulo que de él mismo y que iban a acudir personalmente a las guerras, para evitar que quedasen abandonadas las funciones sacerdotales que competían al rey creó un *flamen* sacerdote permanente de Júpiter y realzó su figura con una vestimenta especial y una silla curul como la del rey. A éste añadió otros dos *flamines*, uno para Marte y
3 otro para Quirino. Eligió también doncellas para el culto de Vesta, sacerdocio de origen albano y que tenía algo que

de los cuales tiene denominación etrusca (abril, *aprilis, apru)* debió de ocurrir antes del siglo v, quizás en torno al 700. El ciclo de 24 años es el de Metón, segunda mitad del siglo v a. C.

[43] En los días nefastos, señalados en el calendario como tales, se restringía la actividad pública.

[44] Es posible que el «flaminado» fuese una institución de época monárquica. Eran quince *flamines* en total, cada uno de un dios. Pudo ocurrir que el de Júpiter, *flamen Dialis*, tuviese vestimenta, etc., reservada al rey. Aquí parece presuponerse que la función sacerdotal era propia del rey, que, llegado un momento, tuvo necesidad de un «vicario» en el que delegar funciones.

ver con la familia del fundador de Roma. Para que se dedicasen exclusivamente al servicio del templo[45], les fijó una paga con cargo al Estado; mediante el voto de virginidad y otras prácticas rituales, las hizo venerables e inviolables.
Eligió, asimismo, doce salios[46] en honor de Marte Gra- 4
divo[47], y les dio como distintivo una túnica bordada y, sobre la túnica, una coraza de bronce en el pecho; les encargó de llevar los escudos caídos del cielo llamados *ancilia* y de recorrer la ciudad cantando himnos en medio de saltos y danzas sagradas. Nombró pontífice, a continua- 5
ción, a Numa Marcio, uno de los senadores, y lo hizo depositario de una descripción pormenorizada de todos los cultos religiosos: clase de víctimas, fechas, templos en que celebrar los sacrificios, de dónde se sacaría el dinero para sufragar tales gastos. Todas las demás ceremonias del culto 6
público o privado las sometió a las decisiones del pontífice también, para que el pueblo tuviese a dónde acudir a consultar, para que ni un detalle de la institución religiosa se tergiversase por falta de atención a los ritos nacionales e incorporación de otros extranjeros. Debía también este 7
pontífice informar en detalle no sólo acerca del culto de los

[45] El templo de Vesta, de forma circular, representaba el hogar del Estado, en el que ardía perennemente el fuego sagrado que cuidaban seis (¿cuatro en un principio?) vírgenes patricias escogidas entre los seis y los diez años, las vestales. La tradición de que fueran instituidas por Numa pudo ser elaborada a partir de la relación Numa-Egeria, pues iban a buscar agua a la fuente de las Camenas.

[46] Los salios está comprobado que datan de muy antiguo; estaban extendidos por todo el Lacio. En Roma hubo dos colegios, los *Palatini* y los *Collini*, que debieron de corresponder a dos comunidades, una del Palatino y la otra del Quirinal.

[47] Marte Gradivo presidía el inicio y Marte Quirino el final de la guerra. Los antiguos relacionaban Gradivo con *gradi*, pasos de danza de los salios. Actualmente la relación se establece con un *cognomen, Graborius*, de las Tablas Iguvinas.

dioses, sino de los ritos funerarios y del modo de aplacar a los manes; acerca de qué prodigios manifestados con rayos o con cualquier otro fenómeno había que tomar nota y conjurarlos. Para arrancar estos secretos de las mentes divinas, consagró en el Aventino un altar a Júpiter Elicio[48] y consultó al dios por vía de augurios sobre qué prodigios debían ser tomados en cuenta.

21 El centro de atención del pueblo pasó de la violencia de las armas a las consultas y conjuros mencionados; las mentes estaban ocupadas en tales prácticas y, además, la atención a los dioses, convertida en obsesión al ver que la voluntad divina intervenía en los asuntos humanos, había calado en los corazones de todos con tal religiosidad que la ciudad se regía por la fidelidad al juramento, en lugar de
2 por el miedo supremo al castigo basado en la ley. Y no sólo los ciudadanos amoldaban sus costumbres a las del rey como modelo singular, sino que también los pueblos vecinos, que antes habían considerado a Roma no como una ciudad, sino como un campamento establecido en medio de ellos para perturbar la paz general, fueron ganados por un respeto tal que les parecía un sacrilegio atacar a una ciudad
3 entregada por entero al culto de los dioses. Había un bosque en medio del cual manaba, de una sombría gruta, una fuente de agua perenne; como Numa con mucha frecuencia solía dirigirse allí sin testigos pretextando ir al encuentro de su diosa, consagró el bosque aquel a las Musas[49], porque,
4 según decía, allí se reunían con su esposa Egeria. También instituyó una fiesta solemne en honor exclusivamente de la Buena Fe[50]; dispuso que los *flamines* acudiesen a su

[48] El culto de Marte como dador de lluvia es muy antiguo, subsiguiente a su cristalización como dios del cielo.

[49] Divinidades, en origen, de la primavera, relacionada con Egeria (cf. *supra,* n. 41).

[50] El templo a la Buena Fe, *Fides,* fue erigido por A. Atilio Colatino,

santuario en un carro cubierto tirado por dos caballos y celebrasen el servicio religioso con la mano envuelta[51] hasta los dedos, como signo de que la buena fe debía ser respetada y de que su sede, incluso para la mano derecha, era sagrada. Instituyó muchos otros sacrificios y consagró al 5
culto muchos lugares que los pontífices llaman Argeos[52]. Pero su obra fundamental fue la defensa de la paz, tanto como del trono, durante todo su reinado.

De este modo, dos reyes consecutivos engrandecieron 6
Roma por caminos diferentes: uno con la guerra y el otro con la paz. Rómulo reinó treinta y siete años, Numa cuarenta y tres. Roma, además de poderosa, estaba equilibrada en sus instituciones militares y civiles.

Tulo Hostilio, rey belicoso. Guerra con Alba

A la muerte de Numa se volvió a un 22
interregno. Después, Tulo Hostilio[53], nieto de aquel Hostilio que había librado un memorable combate contra los sabinos al pie de la ciudadela, fue elegido rey por el pueblo; los senadores ratificaron la elección. Éste fue 2
no sólo diferente del rey que le había precedido, sino más belicoso incluso que Rómulo. La juventud y la fuerza, y por otra parte la gloria de su abuelo, espoleaban su espíritu. Convencido, pues, de que Roma envejecía por la falta de acción, buscaba por todas partes un motivo para hacer

cónsul el 258 y el 254 a. C. Se trata de un culto marcadamente conceptual, y parece un anacronismo de bulto atribuírselo a Numa.

[51] Es antigua la creencia de que el paño o velo convertía en sagrada la parte que cubría.

[52] Sin esclarecer. Tal vez unas *sacella* relacionadas con un ceremonial de purificación de la ciudad que tenía lugar los días 16-17 de marzo, el 14 de mayo y a primeros de año.

[53] Los únicos elementos que se pueden considerar históricos en todo el pasaje de Tulo Hostilio son el nombre del rey, el nombre de Fufecio y la toma de Alba. Aparecen aquí leyendas más antiguas que la propia Roma.

3 estallar de nuevo la guerra. Se dio la coincidencia de que
unos campesinos romanos saquearon en territorio albano y
que otros albanos, a su vez, lo hicieron en territorio
4 romano. Mandaba en Alba, a la sazón, Gayo Cluilio. Por
parte y parte, casi simultáneamente, se enviaron legados
para exigir una reparación. Tulo había ordenado a los
suyos que cumplieran su misión antes que ninguna otra
cosa: estaba seguro de la negativa de los albanos y podría,
5 así, declararles justamente la guerra. Los albanos, por el
contrario, se tomaron la cosa con más calma; recibidos por
Tulo como huéspedes amable y amistosamente, hacen de
buen grado los honores a la mesa del rey. Entretanto, los
romanos se habían adelantado en presentar la reclamación
y, al recibir una negativa del rey albano, le habían decla-
rado la guerra para treinta días más tarde. Vuelven a
6 comunicárselo a Tulo. Tulo, entonces, ofrece a los legados
la posibilidad de manifestar cuál es el objeto de su
demanda. Ellos, ignorantes de todo lo ocurrido, empiezan
por perder el tiempo excusándose: que bien a su pesar tie-
nen que decir algo que no le va a gustar a Tulo, pero que
cumplen órdenes; que han venido a reclamar lo saqueado;
que, si no se les devuelve, tienen orden de declarar la gue-
7 rra. Tulo responde: «Decid a vuestro rey que el rey de
Roma pone a los dioses por testigos sobre cuál de los dos
pueblos ha sido el primero en despedir a los legados
haciendo caso omiso de su reclamación, para que sobre él
recaigan todos los desastres de esta guerra.»

23 Llevan los albanos estas noticias a su país. Por ambos
bandos se preparaba la guerra con la mayor intensidad,
una guerra que tenía todas las características de guerra
civil, casi entre padres e hijos: unos y otros eran de ascen-
dencia troyana, al provenir de Troya Lavinio, de Lavinio
2 Alba, y de la estirpe real de Alba los romanos. Con todo, el
desenlace de la guerra hizo la confrontación menos deplo-

rable, porque no hubo una batalla regular, y únicamente
las casas de una de las dos ciudades fueron derruidas, y los
dos pueblos se fundieron en uno solo.

Los albanos se adelantaron a invadir con un ejército 3
muy numeroso el territorio romano. Acampan a no más de
cinco millas de Roma, excavan alrededor del campamento
una fosa que durante varios siglos se llamó fosa Cluilia[54],
del nombre de su general, hasta que el paso del tiempo
borró fosa y nombre. En este campamento muere Cluilio, el 4
rey de Alba; los albanos nombran dictador a Metio Fufe-
cio. Entonces, Tulo, envalentonado especialmente por la
muerte del rey, manifiesta repetidas veces que la voluntad
poderosa de los dioses va a infligir a todo el pueblo albano,
después de haberlo hecho a su cabeza, el castigo por esta
guerra impía, y por la noche bordea y deja atrás el campa-
mento enemigo y se interna hostilmente con el ejército en
territorio albano. Esta maniobra hizo salir a Metio del 5
campamento. Se acerca lo más posible al enemigo; después
envía un emisario con orden de comunicar a Tulo que,
antes de librar batalla, procede parlamentar; que si se
entrevista con él, está seguro de que va a hacer unas pro-
puestas de interés para Roma tanto como para Alba. Tulo 6
no se niega; pero, por si las propuestas carecen de base,
dispone sus tropas en orden de batalla. Los albanos hacen
otro tanto. Una vez ordenadas las líneas por ambos ban-
dos, los jefes, acompañados de algunos principales, avan-
zan hasta el centro del campo. Comienza a hablar el de 7
Alba: «Afrentas y botín no devuelto a pesar de haber sido
reclamado sobre la base de la alianza: he ahí los motivos
alegados por nuestro rey Cluilio, según creo haberle oído,
para esta guerra; pero, si hemos de decir la verdad y no
palabras que suenen bien, es la ambición de poder la que

[54] Sólo conjeturas sobre su localización. Para Bormann, en Sette Bassi.

impulsa a dos pueblos emparentados y vecinos a tomar las
8 armas. No entro a valorar si con razón o sin ella: que lo hubiera sopesado el que emprendió la guerra, a mí los albanos me han nombrado jefe únicamente para dirigirla. Quisiera, eso sí, que tú, Tulo, estés sobre aviso acerca de lo siguiente: el poderío etrusco, que nos rodea sobre todo a nosotros y a vosotros, lo conoces tanto mejor cuanto que estáis más cerca de él. Su fuerza es grande por tierra, por
9 mar es enorme. Ten presente, cuando estés a punto de dar la señal de combate, que no perderá de vista a nuestros dos ejércitos para atacar a la vez, cuando estemos cansados y quebrantados, a vencedores y vencidos. Por eso, si contamos con el beneplácito de los dioses —pues, no contentos con la certeza de nuestra libertad, corremos el albur de llegar a dueños o a esclavos—, busquemos algún camino para decidir quién dominará sobre quién sin un grave desastre,
10 sin que corran ríos de sangre en ambos pueblos.» No desagrada a Tulo la propuesta, a pesar de que por su talante y por la confianza en la victoria se inclinaba a la violencia. Puestos a buscar unos y otros, encuentran una salida, que una feliz casualidad hizo viable.

Los Horacios y los Curiacios

24 Coincidió que había, entonces, en ambos ejércitos tres hermanos gemelos, muy parejos en edad y fuerza. Es comúnmente admitido que fueron los Horacios y los Curiacios, y prácticamente no hay en la antigüedad hecho más conocido; sin embargo, aun siendo tan notorio el hecho, persiste la incertidumbre sobre los nombres: a qué pueblo pertenecían los Horacios, y a cuál los Curiacios. Hay historiadores a favor de ambas versiones; veo, sin embargo, que la mayoría llama Horacios a los romanos: yo me inclino a seguirlos.
2 Los reyes plantean a los gemelos que luchen con sus armas por su patria respectiva: la supremacía estará donde esté la

victoria. No hay objeciones. Se acuerda el lugar y la hora.
Antes de llevar a cabo el combate, se firmó un acuerdo 3
entre romanos y albanos en el que se estipulaba que el pueblo cuyos ciudadanos resultasen vencedores en aquel combate ejercería sobre el otro una autoridad no cuestionada.

Cada tratado tiene sus propias cláusulas, pero todos se
realizan con un procedimiento idéntico. En este caso se 4
procedió, según dicen, de la manera siguiente —y no se recuerda ningún otro tratado más antiguo—: el «fecial»[55] preguntó al rey Tulo lo siguiente: «Rey, ¿me ordenas que formalice un tratado con el *pater patratus* del pueblo albano?» El rey se lo ordena, y él prosigue: «Reclamo de ti,
rey, la hierba sagrada.» «Toma hierba pura», dice el rey. El 5
fecial trajo de la ciudadela la hierba pura. Acto seguido, hizo al rey esta pregunta: «Rey, ¿me designas tú a mí como enviado real en representación del pueblo romano de los quirites, e incluyes en tal misión a mis ayudantes y a mis utensilios sagrados?» Respondió el rey: «Sí, en la medida en que se haga sin menoscabo de mis derechos y los del
pueblo romano de los quirites.» El fecial era Marco Vale- 6
rio; hizo *pater patratus* a Espurio Fusio, tocándole la cabeza y los cabellos con la hierba sagrada. El *pater patratus* tiene por misión pronunciar el juramento, es decir, sancionar el tratado, y lo hace con un texto complejo expresado en una larga fórmula ritual que no vale la pena
reproducir. A continuación, después de recitar las cláusulas, 7

[55] Institución común a otros pueblos itálicos la de los feciales, palabra de etimología oscura. En Roma constituían un colegio de veinte miembros, dos de los cuales al menos tenían una función específica: el *pater patratus*, que llevaba el cetro para el juramento y el pedernal, y el *uerbenarius*, que traía la hierba sagrada de la ciudadela. Intervenían en la formalización de tratados, en la presentación de reclamaciones, y en las declaraciones formales de guerra.

dice: «Escucha, Júpiter; escucha, *pater patratus* del pueblo albano; escucha tú, pueblo albano. Tal como esas cláusulas han sido públicamente leídas de la primera a la última según estas tablillas de cera sin malicia ni engaño, y tal como han sido en este lugar y en este día perfectamente comprendidas, el pueblo romano no será el primero en
8 apartarse de ellas. Si es el primero en apartarse de ellas por decisión pública y por malicia o engaño, entonces ese día tú, Júpiter, hiere al pueblo romano como yo ahora voy a herir a este cerdo en este lugar y en este día; y hiérele con tanta más contundencia cuanto mayor es tu fuerza y tu
9 poder.» Dicho esto, golpeó al cerdo con la piedra de sílice[56]. Igualmente, los albanos recitaron sus fórmulas rituales y su juramento, por medio de su dictador y de sus sacerdotes.

25 Concluido el tratado, los gemelos, según lo acordado, empuñan las armas. Al animar cada bando a los suyos recordándoles que los dioses de su patria, la patria, los padres, los ciudadanos que han quedado en la ciudad y los que están en el ejército tienen, en ese momento, los ojos puestos en sus armas y en sus manos, ellos, fogosos ya por temperamento y henchidos por los gritos de aliento, avan-
2 zan hasta el medio de las líneas. Habían tomado asiento, a un lado y a otro, delante de su campamento los dos ejércitos, exentos de peligro inmediato pero no de preocupación; en efecto, en el valor y la suerte de unos pocos hombres estaba en juego la supremacía. Por eso, quedan en tensión y en suspenso prendidos de aquel espectáculo en absoluto agradable.
3 Se da la señal y, con las armas prestas, los jóvenes, tres de cada lado, como batallones en formación de combate, se

[56] El cerdo representaba al perjuro. La piedra se guardaba en el templo de Júpiter Feretrio, era venerada por su antigüedad y llegó a representar al dios.

lanzan al choque asumiendo el coraje de dos grandes ejércitos. Unos y otros llevan presente no su propio riesgo, sino el poder o la esclavitud de su pueblo y el destino de su patria, que habrán de ser, en adelante, los que ellos hayan
labrado. Nada más resonar las armas al primer choque y 4
brillar las espadas relucientes, un estremecedor escalofrío recorre a los espectadores; la esperanza no se inclina a una
parte ni a otra y se les corta el aliento y la palabra. Traba- 5
dos, acto seguido, en un combate cuerpo a cuerpo, ofreciendo a la vista no sólo ya el movimiento de los cuerpos y el amago incierto de las armas ofensivas y defensivas, sino también las heridas y la sangre, dos romanos se desplomaron uno tras otro, mientras que los tres albanos quedaban
heridos. Al caer aquéllos, el ejército albano lanzó un grito 6
de júbilo; las legiones romanas, perdida toda esperanza pero no libres de inquietud, estaban angustiadas por la suerte de su único superviviente al que habían rodeado los
tres Curiacios. Afortunadamente, éste estaba ileso, en infe- 7
rioridad evidentemente él solo frente a todos a la vez, pero temible para cada uno por separado. Por eso, para obligarlos a luchar separadamente, emprendió la huida en la idea de que lo iban a perseguir según a cada uno se lo permitie-
sen sus heridas. Se había alejado ya un cierto trecho del 8
lugar del combate y, al mirar hacia atrás, observa que le siguen muy distanciados entre sí y que uno está a corta
distancia. Se vuelve violentamente contra él, y mientras el 9
ejército albano grita a los Curiacios que ayuden a su hermano, ya el Horacio, eliminado su adversario, buscaba, victorioso, una segunda pelea. Entonces, con un griterío semejante al de los que animan a los suyos ante un éxito inesperado, los romanos alientan a su combatiente y él se
apresura a liquidar el combate. Antes de que el tercer 10
Curiacio, que ya no estaba lejos, pudiese alcanzarlo, da
muerte al segundo. Quedaban ya, igualada la lucha, uno de 11

cada bando, pero no tenían la misma moral ni las mismas fuerzas: uno, ileso y dos veces vencedor, afrontaba lleno de valor su tercera pelea; el otro, arrastrando un cuerpo agotado por la herida, agotado por la carrera, vencido ya por la muerte de sus hermanos ante sus propios ojos, se ofrece
12 a su adversario victorioso. Aquello no fue un combate. El romano grita, fuera de sí: «He ofrecido dos víctimas a los manes de mis hermanos; la tercera la voy a ofrecer a la causa de esta guerra, para que el pueblo romano domine sobre el albano.» Hunde su espada en vertical en el cuello del Horacio que a duras penas sostenía las armas y, una vez abatido, lo despoja.

13 Los romanos acogen al Horacio con ovaciones y enhorabuenas. Su alegría era tanto más intensa cuanto desesperada había sido la situación. Se dedican, después, unos y otros a enterrar a los suyos, con ánimo bien distinto: unos habían ensanchado su poder, los otros habían pasado a
14 dominación extranjera. Los sepulcros existen aún en el lugar en que cayó cada uno; los dos romanos en un mismo sitio, más cerca de Alba; los tres albanos en dirección a Roma, pero distantes entre sí, según se desarrolló el combate.

26 Antes de marcharse de allí, Metio, ateniéndose al tratado, pregunta a Tulo cuáles son sus órdenes. Tulo le manda que mantenga en armas a la juventud; que recurrirá a sus servicios en caso de guerra con Veyos. Sin más, los ejércitos volvieron a casa.

La Horacia. Juicio popular

2 Iba Horacio en cabeza, mostrando ante sí los despojos de los tres gemelos. Su hermana, una doncella que había estado prometida a uno de los Curiacios, le salió al encuentro delante de la puerta Capena y, al reconocer sobre los hombros de su hermano, el manto guerrero de su prometido que ella misma había

confeccionado, se suelta los cabellos y entre lágrimas llama
por su nombre a su prometido muerto. Encolerizan al 3
orgulloso joven los lamentos de una hermana en el momento de su victoria y de una alegría pública tan intensa. Desenvaina, pues, la espada y atraviesa a la
muchacha mientras la cubre de reproches: «Marcha con tu 4
amor a destiempo a reunirte con tu prometido —dice—, ya que te olvidas de tus hermanos muertos y del que está vivo, ya que te olvidas de tu patria. Muera de igual modo cual-
quier romana que llore a un enemigo.» Una acción seme- 5
jante les pareció horrorosa a los senadores y al pueblo, pero su proeza reciente le servía de cobertura. No obstante, fue acusado ante el rey. El rey, para no asumir personalmente la responsabilidad de un proceso tan penoso e impopular y del castigo consiguiente al proceso, reunió a la asamblea del pueblo y dijo: «De acuerdo con la ley nombro duúnviros para que juzguen a Horacio de crimen de alta
traición[57].» La ley tenía una fórmula ritual espeluznante: 6
«Los duúnviros juzgarán el delito de alta traición; si el reo apela al pueblo, se abrirá un debate sobre la apelación; si la sentencia de los duúnviros es confirmada, se le tapará la cabeza, se le colgará con una cuerda del árbol que no pro-
duce fruto, se le azotará dentro o fuera del *pomerium*.» De 7
acuerdo con esta ley fueron nombrados los duúnviros; estimaban éstos que con semejante ley no podían absolverle ni aunque fuese inocente; le condenaron, pues, y uno de ellos dijo: «Publio Horacio, te declaro culpable de alta
traición. Lictor, átale las manos.» El lictor se había acer- 8

[57] Los duúnviros *perduellionis* actuaban en nombre del rey o del pueblo (según la época), instruían la causa y dictaban sentencia. El delito de alta traición, existente desde muy antiguo, radicaba aquí en que se había usurpado un derecho exclusivo del rey, el derecho de «vida y muerte», o bien, según otros, en que el parricidio contaminaba a la comunidad y revestía un aspecto de crimen contra el Estado.

cado ya y comenzaba a colocarle la cuerda; en ese instante Horacio, por consejo de Tulo, intérprete benévolo de la ley, dijo: «Apelo.» Y se abrió ante el pueblo el debate sobre
9 la apelación. Los asistentes a aquel juicio se conmovieron, sobre todo cuando Publio Horacio padre declaró que él juzgaba justificada la muerte de su hija; que, de no ser así, habría castigado a su hijo en virtud de su derecho de padre. Suplicaba, a continuación, que no le privasen por completo de hijos a él, al que poco antes habían visto rodeado de
10 una familia extraordinaria. Tras estas palabras, el anciano, abrazando al joven y mostrando con orgullo los despojos de los Curiacios fijados en el lugar que hoy se llama Trofeo de Horacio, decía: «A éste, a quien hace poco habéis visto marchando con las insignias y las ovaciones de la victoria, romanos, ¿sois capaces de verlo con la horca al cuello, atado, azotado y torturado? A duras penas podrían los albanos soportar la vista de un espectáculo tan vergonzoso.
11 Lictor, anda y ata las manos que hace poco, empuñando las armas, dieron el dominio al pueblo romano. Anda, cubre la cabeza del libertador de nuestra ciudad; cuélgalo del árbol que no produce fruto; azótalo dentro del *pomerium*, con tal que sea en medio de sus trofeos y despojos del enemigo, o fuera del *pomerium*, con tal que sea en medio de las tumbas de los Curiacios. Pues ¿a dónde podéis llevar a este joven donde su gloria no lo exima de un suplicio tan
12 vergonzoso?» No pudo el pueblo resistir las lágrimas del padre ni el valor del hijo, el mismo siempre ante cualquier peligro. Lo absolvieron, más por admiración a su valentía que por la justicia de su causa. No obstante, a fin de que el crimen manifiesto fuese purgado con algún sacrificio, se ordenó al padre que purificase a su hijo, con cargo al
13 tesoro público. El padre, después de llevar a cabo unos sacrificios expiatorios que, en adelante, constituyeron una tradición de la familia de los Horacios, atravesó un tronco

en la calzada e hizo pasar por debajo al joven, con la cabeza cubierta, como si fuera bajo un yugo[58]. Tal tronco existe todavía, restaurado constantemente por el Estado: se le llama «el tronco de la hermana[59].» A la Horacia se le 14
levantó un sepulcro de piedra tallada en el lugar en que había caído herida de muerte.

Guerra contra Veyos. Metio ejecutado

No fue muy duradera la paz con Alba. 27
La impopularidad por haber dejado la suerte del Estado en manos de tres combatientes, pervirtió el carácter fatuo del dictador, y como los buenos consejos no habían dado buen resultado, probó a recuperar la popularidad por los malos. En consecuencia, buscando guerra en 2
la paz, igual que antes paz en la guerra, pero viendo que su pueblo tenía más coraje que fuerzas, compromete a otros pueblos a que hagan una guerra abierta y formalmente declarada, reservando a los suyos para traicionar a los romanos bajo la apariencia de actuar como aliado suyo. A 3
los fidenates, colonia romana, en un plan compartido con los de Veyos, les decide a la lucha armada el compromiso de los albanos de pasarse a su bando.

Al declararse abiertamente la rebelión de Fidenas, Tulo 4
hace venir de Alba a Metio con su ejército y marcha contra el enemigo. Después de cruzar el Anio, acampa al lado de la confluencia de éste con el Tíber. Entre este lugar y Fidenas el ejército de Veyos había cruzado el Tíber. Éste, for- 5
mando también al lado de la orilla del río, ocupó el ala derecha; en el ala izquierda se sitúan los fidenates, más

[58] Al franquear esta barrera «mágica» se creía que el culpable dejaba tras de sí la mancha que lo convertía en tal.

[59] La expresión latina es *tigillum sororium*. La explicación más moderna no relaciona *sororium* con *soror*, sino con el verbo *sororiare* *(mammae puellarum cum primum tumescunt)*: Juno Sororia presidía el paso de las muchachas a la pubertad.

cerca de los montes. Tulo dispone a sus hombres frente a los de Veyos, y a los albanos los sitúa frente a las tropas de Fidenas. El jefe albano no andaba mejor de resolución que de lealtad; por eso, sin decidirse ni a quedarse ni a desertar abiertamente, se va acercando imperceptiblemente a las
6 montañas; después, cuando le parece que se ha aproximado lo suficiente, hace subir a toda la formación e, indeciso, para ganar tiempo despliega sus líneas: el plan era
7 unir sus fuerzas al bando al que la suerte se inclinase. Se llevaron la gran sorpresa los romanos situados más cerca, al caer en la cuenta de que su flanco quedaba al descubierto por la marcha de sus aliados; inmediatamente un jinete parte al galope a anunciar al rey que los albanos se van. Tulo, ante lo crítico de la situación, hace voto de instituir doce salios y erigir templos a la Palidez y al Pavor.
8 Increpando al jinete en voz alta para que lo oyeran los enemigos, le ordena que vuelva al combate; que no hay por qué alarmarse; que el ejército albano realiza un movimiento envolvente por orden suya, para atacar la retaguardia desguarnecida de los fidenates. Le manda, asimismo, que trasmita a la caballería orden de levantar las lanzas.
9 Esta maniobra impidió que gran parte de la infantería romana viese la marcha del ejército albano; los que la habían visto, creyendo lo que le habían oído al rey, combaten por ello con mayor coraje. El pánico se pasa al bando enemigo: habían oído las palabras pronunciadas en alta voz, y gran parte de los fidenates, al haber pasado a formar
10 parte de una colonia romana, sabían latín. En consecuencia, para no ver cortado el paso a la ciudad por una carga repentina de los albanos desde las colinas, retroceden. Tulo los persigue y, después de dispersar el ala de los fidenates, se vuelve con mayor furia contra los de Veyos, en los que había cundido el pánico de los otros. Tampoco éstos sostuvieron el choque, pero el río que quedaba a su retaguardia

les impedía la huida en desbandada. Cuando llegaron hasta 11
allí huyendo, unos arrojaban cobardemente las armas y se lanzaban ciegos al agua y otros fueron muertos en la orilla mientras decidían si huir o luchar. Nunca hasta entonces se dio, por parte de Roma, una batalla más sangrienta.

Entonces, el ejército albano, espectador del combate, 28
fue bajado hasta el llano. Metio felicita a Tulo por haber vencido al enemigo; en respuesta, Tulo se dirige a Metio en tono suave. Ordena que los albanos (¡que la cosa resulte bien!) unan su campamento al de los romanos; prepara un sacrificio de purificación[60] para el día siguiente.

Al amanecer, con todo preparado como habitualmente, 2
manda convocar a ambos ejércitos a una asamblea. Los voceros, empezando por la parte más alejada del campamento, llamaron en primer lugar a los albanos. Éstos, atraídos además por la novedad, se situaron en primera fila para escuchar la arenga del rey romano. Según se había 3
planeado, la legión romana, armada, se sitúa en torno a ellos: se había encargado a los centuriones que cumpliesen sin dilación lo que se les ordenase. Tulo, entonces, 4
comienza a hablar en estos términos: «Romanos, si alguna vez antes de ahora en alguna guerra hubisteis de dar gracias, en primer lugar, a los dioses inmortales y, en segundo lugar, a vuestro propio valor, eso ocurrió en la batalla de ayer. Porque se luchó contra el enemigo, pero no menos contra la traición y la deslealtad de los aliados, que es una lucha más dura y de mayor riesgo. No tengáis una idea 5
equivocada: los albanos se fueron al monte sin que yo se lo ordenara; y aquello no fue una orden mía, sino una estratagema y un simulacro de orden, para que vosotros, desco-

[60] La purificación del ejército se hacia antes o después de una campaña, a veces de una batalla, y consistía en una procesión y el sacrificio *suouetaurile*.

nociendo que erais traicionados, no perdieseis el empeño en la pelea, y los enemigos, ante la idea de ser rodeados por la espalda, fuesen presa del pánico y de la compulsión a
6 huir. De este delito que estoy denunciando no son responsables los albanos en su totalidad: siguieron a su jefe, igual que hubierais hecho también vosotros, si yo hubiera querido llevar de allí el ejército a alguna otra parte. Es Metio el autor de este movimiento, Metio también el que maquinó esta guerra, Metio el que ha roto la alianza entre Roma y Alba. Que, en adelante, tenga otro la osadía de hacer otro tanto, si no hago ahora mismo en él un escar-
7 miento ejemplar para la humanidad.» Los centuriones armados rodean a Metio; el rey prosigue, en la misma línea: «Para bien, prosperidad y felicidad del pueblo romano, de mí y de vosotros, albanos, me propongo trasladar a Roma a toda la población de Alba, conceder la ciudadanía a la plebe, hacer senadores a los principales, formar una sola ciudad y un solo Estado; como en otro tiempo Alba, que era un solo pueblo, fue dividida en dos,
8 así ahora vuelva a ser uno solo.» Ante estas palabras, la juventud albana, inerme, rodeada de hombres armados, plural en sus sentimientos, pero atenazada por un mismo
9 miedo, guarda silencio. Tulo, entonces, dice: «Metio Fufecio, si tú fueras capaz de aprender la lealtad y el respeto a los tratados, te dejaría con vida y yo mismo te impartiría esa enseñanza; pero, como tu manera de ser no tiene remedio, al menos tú con tu suplicio enseña al género humano a tener por sagrado lo que tú has violado. Igual que, hace poco, estuviste internamente dividido entre Fidenas y
10 Roma, así tu cuerpo ahora va a ser descuartizado.» Acto seguido, hace traer dos cuadrigas y atar a Metio a sus carros con los miembros extendidos; espoleados, después, los caballos en sentidos opuestos, llevan en cada carro una parte del cuerpo despedazado, según las ataduras se habían

clavado en los miembros. Todos apartaron la vista de tan 11
repugnante espectáculo. Fue éste, por parte de los romanos, el primer y el último suplicio ejemplar poco acorde con las leyes de la humanidad: en los demás les cabe el orgullo de que ningún pueblo recurrió a castigos más humanitarios.

Destrucción de Alba. Reformas. Guerra contra los sabinos

Entretanto, se habían ya enviado jine- 29
tes a Alba para que trasladasen a Roma a la población. Se llevó, después, a las legiones para demoler la ciudad. Al fran- 2
quear éstas las puertas, no se produjo esa desbandada y ese pánico que es habitual en la toma de las ciudades, cuando, después de echar abajo las puertas o derribar las murallas con arietes o tomar por asalto la ciudadela, el griterío del enemigo y sus carreras por la ciudad con las armas empuñadas lo pasa todo a sangre y fuego. Por el contrario, un silencio lleno de tristeza y un mudo 3
abatimiento paralizó de tal modo los ánimos de todos que en su angustia no sabían qué dejar o qué llevarse; faltos de decisión, se consultaban unos a otros; tan pronto se quedaban parados a la puerta, como daban vueltas sin rumbo por sus casas para verlo todo por última vez. Pero, como 4
ya los gritos imperativos de los jinetes los conminaban a salir, como ya se oía el estruendo de los edificios que se derrumbaban al extremo de la ciudad y la polvareda originada en puntos apartados extendiéndose como una nube lo envolvía todo, precipitadamente tomó cada uno lo que pudo y salieron abandonando el hogar, los penates y el techo bajo el que habían nacido y se habían criado; una 5
hilera ininterrumpida de emigrantes llenaba ya las calles, y la vista de los demás renovaba sus llantos en un sentimiento de compasión mutua, y se oían también voces, sobre todo de mujeres, que movían a compasión, al ir pasando de largo ante los templos venerables ocupados por

los soldados y al ir dejando a los dioses como prisioneros.
6 Una vez que los albanos evacuaron la ciudad, los romanos
arrasan indiscriminadamente todos los edificios públicos y
privados, y en una hora destruyeron y arruinaron la obra
de cuatrocientos años, que es lo que Alba había durado.
No obstante, los templos de los dioses —pues así lo había
decretado el rey— fueron respetados.

30 Crece, entretanto, Roma con la ruina de Alba. Se
duplica el número de ciudadanos; el monte Celio es incor-
porado a la ciudad y, para que se pueble más densamente,
Tulo lo elige como emplazamiento del palacio real y fija
2 allí su residencia[61]. Escoge para senadores, a fin de que
también este estamento del Estado se incremente, a los
albanos más relevantes: Julios[62], Servilios, Quincios,
Geganios, Curiacios, Clelios; como recinto sagrado para el
cuerpo cuyo número había incrementado, construyó la
curia llamada Hostilia hasta la época de nuestros padres[63].
3 Para aumentar a partir del nuevo pueblo los efectivos de
todos los estamentos, escoge entre los albanos diez escua-
drones de caballería; completa las legiones antiguas con
refuerzos de la misma procedencia y alista otras nuevas.
4 Confiado en estas fuerzas, Tulo declara la guerra a los
sabinos, el pueblo, a la sazón, con más potencial de hom-
bres y armamento después de Etruria. Por ambas partes
había habido violaciones de derechos y reclamaciones

[61] Según una tradición, cada rey fijó su residencia en una zona distinta de Roma.

[62] Aparte de otras peculiaridades de esta relación, no es creíble que fuese encabezada por los Julios en la fuente originaria, tal precedencia debieron de adquirirla en el siglo I a. C.

[63] La curia Hostilia, atribuida a este rey en razón de su denominación, construida, tal vez, en los siglos VI-V a. C., fue en el siglo I a. C. restaurada, pasto de las llamas, reconstruida y definitivamente derribada en el año 44 a. C.

infructuosas: Tulo presentaba quejas de que unos comer- 5
ciantes romanos habían sido detenidos junto al templo de
Feronia[64], cuando el mercado estaba más concurrido; los
sabinos, de que algunos de los suyos en fecha anterior se
habían refugiado en el bosque sagrado y habían sido rete-
nidos en Roma. De este tenor eran los pretextos que se
invocaban para la guerra. Los sabinos, teniendo muy pre- 6
sente que parte de sus propias fuerzas habían sido instala-
das en Roma por Tacio y que el potencial romano se había
incrementado recientemente con la incorporación del pue-
blo albano, buscaban también ellos en su entorno ayudas
extranjeras. Etruria estaba al lado, y los más cercanos entre 7
los etruscos eran los de Veyos. De allí atrajeron volunta-
rios, al estar los ánimos muy predispuestos a la ruptura,
debido al poso de encono que las guerras habían dejado;
algunos desocupados de la plebe más indigente fueron
también atraídos por la paga; no recibieron ninguna clase
de ayuda oficial: pesó en Veyos —pues en los otros es
menos de extrañar— el respeto a la tregua pactada con
Rómulo. Los preparativos bélicos se efectuaban por ambos 8
bandos con la mayor intensidad y la cuestión parecía cen-
trarse en quién atacaría primero: Tulo se anticipa e invade
el territorio sabino. Hubo un durísimo combate en la selva 9
Maliciosa en el que fue muy superior el ejército romano
por la consistencia de su infantería y, sobre todo, por el
reciente incremento de sus efectivos de caballería. Una 10
carga súbita de la caballería desbarató la formación de los
sabinos y, a partir de ese momento, no pudieron restable-
cer el combate ni desplegarse y huir sin que les costase gran
número de bajas.

[64] Localizado en Bambocci, cerca de Scorano.

Prodigios, histeria religiosa. Muerte de Tulo

31 Con la derrota de los sabinos, el reinado de Tulo y Roma entera gozaban de gloria y poder en alto grado; entonces, se anunció al rey y a los senadores que, en el monte Albano, había habido una
2 lluvia de piedras. Como costaba trabajo creerlo, se envió a alguien que comprobara el prodigio sobre el terreno y, ante sus ojos, cayeron del cielo gran número de piedras, como
3 cuando el viento lanza sobre la tierra nubes de granizo. Les pareció, además, oír una voz potente que provenía del bosque sagrado de la cima del monte, según la cual los albanos debían celebrar los sacrificios conforme a los ritos de su patria —los habían relegado al olvido, como si, al abandonar la patria, hubiesen también abandonado a los dioses, y o bien habían adoptado los ritos romanos o, resentidos contra el destino, como suele ocurrir, habían dejado de dar
4 culto a los dioses—. También los romanos, en razón del mismo prodigio, hicieron sacrificios públicos durante nueve días, bien por indicación de la voz celeste del monte Albano (pues también hay quien recoge este detalle) o bien por consejo de los arúspices[65]; lo cierto es que quedó como práctica consagrada el que, cada vez que se anunciaba un prodigio similar, se celebrase una fiesta de nueve días.
5 Poco tiempo después padecieron los romanos una epidemia. Consecuencia de ésta fue un decaimiento del espíritu militar, pero aquel rey belicoso no concedía tregua alguna en el ejercicio de las armas, por estimar que los cuerpos de los mozos gozaban incluso de mejor salud en los campamentos que en la ciudad, hasta que también él se
6 vio afectado por una larga enfermedad. Se vio, entonces,

[65] A veces se recurría a estos «sacerdotes» etruscos para interpretar acontecimientos especiales que escapaban a la competencia de pontífices y áugures.

en tal medida quebrantada su moral irreductible a la vez que su cuerpo, que el que antes había considerado la preocupación religiosa como la menos propia de un rey, de repente comenzó a vivir esclavo de toda clase de supersticiones, importantes o irrelevantes, y llenó también al pueblo de escrúpulos religiosos. Estaba ya al orden del día la 7
exigencia, en la gente, de volver a la situación que se había dado bajo el reinado de Numa, en la idea de que la única solución que quedaba ante la enfermedad era obtener de los dioses la paz y la clemencia. Cuentan que el rey mismo, al 8
consultar los comentarios de Numa, descubrió allí unos sacrificios secretos en honor de Júpiter Elicio y se ocultó para celebrarlos; pero que no se atuvo al ritual en los preparativos o en la celebración del sacrificio, y no sólo no tuvo ninguna aparición celestial, sino que la cólera de Júpiter, irritado por la falta de escrupulosidad religiosa, lo alcanzó con su rayo y lo abrasó junto con su palacio. Tulo, con una brillante gloria militar, reinó durante treinta y dos años.

Anco Marcio rey. Guerra con los latinos. Lucumón

A la muerte de Tulo, el poder, como se 32
había establecido desde un principio, pasó a los senadores y éstos nombraron un interrey. Convocó éste comicios y el pueblo eligió rey a Anco Marcio[66]; el senado ratificó la elección. Anco Marcio era nieto del rey Numa Pompilio por línea materna. Cuando comenzó a 2
reinar, tuvo presente la gloria de su abuelo y también que el reinado precedente, sobresaliente en los demás aspectos, había fallado en uno: la indiferencia religiosa o su práctica irregular; por eso, consideró su primer deber que el culto

[66] El *praenomen* es sabino, el *nomen* latino y plebeyo, pero ¿hubo en Roma un rey llamado así?

público se celebrase según las normas que Numa había instituido, y encarga al pontífice que las copie íntegras de los comentarios del rey, y en un tablero blanco las exponga a la vista del público. Con ello los ciudadanos, ansiosos de tranquilidad, y las poblaciones colindantes concibieron la esperanza de que el rey volvería a las costumbres y princi-
3 pios de su abuelo. Consiguientemente, los latinos, con los cuales se había firmado un tratado durante el reinado de Tulo, recobraron moral, realizaron una incursión en territorio romano y, al presentar reclamación los romanos, les responden con engreimiento, figurándose que el rey de Roma iba a pasar el tiempo inactivo entre santuarios y
4 altares. Anco era de un talante intermedio, que recordaba tanto a Numa como a Rómulo; y, aparte de estar convencido de que el reinado de su abuelo había tenido una exigencia mayor de paz por tratarse de un pueblo joven e indómito, lo estaba también de que a Numa le había sobrevenido la paz sin problema, pero que él no la tendría fácilmente; se ponía a prueba su paciencia y, tentada, se la menospreciaba: eran tiempos más propios de un rey Tulo que de un Numa.

5 Sin embargo, así como Numa había fijado las prácticas religiosas de la paz, quiso él fijar las de la guerra, para que las guerras no sólo se desarrollasen, sino que también se declarasen de acuerdo con algún rito; para ello, importó del antiguo pueblo de los equícolas [67] la normativa a la que se atienen aún los feciales cuando se presenta una reclama-
6 ción. Cuando el legado llega a la frontera del país al que se presenta una reclamación, se cubre la cabeza con el *filum* (es un velo de lana [68]) y dice: «Escucha, Júpiter; escuchad,

[67] Aparecen atestiguadas dos formas del mismo nombre: *aequicolae* y *aequi*.

[68] Se creía en las propiedades mágicas de la lana por ser vestimenta del hombre primitivo y por pertenecer a víctimas de sacrificio.

fronteras de... (nombra al pueblo a que pertenecen); que escuche el derecho sagrado. Yo soy el representante oficial del pueblo romano; traigo una misión ajustada al derecho
humano y sagrado, que se dé fe a mis palabras.» A conti- 7
nuación expone las reclamaciones. Pone, luego, a Júpiter por testigo: «Si yo reclamo, en contra del derecho humano y sagrado, que esos hombres y esas cosas se me entreguen como propiedad del pueblo romano, no permitas que
jamás vuelva yo a mi patria.» Recita esta fórmula cuando 8
cruza la frontera, la repite al primer hombre que encuentra, la repite al entrar en la puerta de la población, la repite cuando está dentro del foro, cambiando algunas palabras
de la invocación y del texto del juramento. Si no le son 9
entregados los que reclama en el transcurso de treinta y tres días (pues ésa [69] es la cifra consagrada), declara la guerra con estas palabras: «Escucha, Júpiter, y tú, Jano Quirino, y todos los dioses del cielo, y vosotros, dioses de la
tierra, y vosotros, dioses de los infiernos, escuchad; yo os 10
pongo por testigos de que tal pueblo (nombra al que sea) es injusto y no satisface lo que es de derecho. Pero sobre esto consultaremos a los ancianos en mi patria, a ver de qué modo vamos a hacer valer nuestro derecho.» Vuelve,
entonces, a Roma el emisario a demandar consejo. Sin 11
dilación, el rey consultaba a los senadores más o menos con estas palabras: «Respecto a las cosas, objetos y ofrendas que el *pater patratus* del pueblo romano de los quirites ha denunciado de palabra al *pater patratus* de lo antiguos latinos y a los antiguos latinos, cosas que no entregaron ni abonaron y que debían entregar o abonar, dime (dice a aquel a quien pide el parecer en primer lugar), ¿cuál es tu
parecer?» Entonces aquél respondía: «Mi parecer es que 12
hay que ir por ello con una guerra justa y pura; tal es mi

[69] O treinta, según otra tradición.

decisión y mi propuesta.» Después se consultaba a los demás por orden; y cuando la mayoría de los presentes era del mismo parecer, la guerra quedaba acordada. Ordinariamente, el fecial llevaba hasta la frontera enemiga una jabalina de hierro, o de sangüeño con la punta endurecida al fuego y en presencia de, al menos, tres adultos decía:
13 «Dado que los pueblos de los antiguos latinos o individuos antiguos latinos hicieron o cometieron delito contra el pueblo romano de los quirites; dado que el pueblo romano de los quirites decidió que hubiera guerra con los antiguos latinos, o que el senado del pueblo romano de los quirites dio su parecer acuerdo y decisión de que se hiciese la guerra a los antiguos latinos, por ese motivo yo, al igual que el pueblo romano, declaro y hago la guerra a los pueblos de los antiguos latinos y a los ciudadanos antiguos latinos.»
14 Después de decir esto, lanzaba la jabalina a su territorio.

De este modo se presentó entonces reclamación a los latinos y se declaró la guerra, y la posteridad asumió esta costumbre.

33 Anco encargó el cuidado del culto a los *flamines* y demás sacerdotes, alistó nuevas tropas y se puso en marcha, y tomó por asalto Politorio[70], ciudad de los latinos; siguiendo la costumbre de los reyes precedentes que habían agrandado Roma incorporando a los enemigos como ciu-
2 dadanos, trasladó a Roma a toda la población. Y como en torno al Palatino, asiento de los antiguos romanos, los sabinos poblaban el Capitolio y la ciudadela y los albanos el monte Celio, se asignó el Aventino a la nueva población, lugar al que no mucho después vinieron a incorporarse nuevos ciudadanos, tras la toma de Telenas y Ficana[71].

[70] Posiblemente entre Roma y Ostia. Para Nibby, Casale di Decimo; para Gell, La Giostra.

[71] Para Ogilvie, Ficana hay que localizarla no en Dragoncello, sino una milla al Este, cerca de Malafede, en el miliario once, donde se encon-

Politorio fue pronto atacada de nuevo, porque, al quedar 3
vacía, la habían ocupado los antiguos latinos, y éste fue el motivo por el que los romanos tuvieron que destruir dicha ciudad, para que no fuese un refugio permanente de enemigos. Concentrada, al fin, toda la guerra del Lacio en 4
Medulia, la lucha se prolongó allí algún tiempo incierta y con victorias alternas, pues la ciudad estaba asegurada por murallas y protegida por una potente guarnición, y además el ejército latino acampaba a descubierto y algunas veces trabó combate cuerpo a cuerpo con los romanos. Al fin, 5
empleándose a fondo con todas las tropas, logra Anco su primera victoria en campo abierto; se hace a continuación con un enorme botín y vuelve a Roma, incorporando también en esta ocasión a la ciudadanía a muchos miles de latinos, a los que asignó residencia junto al templo de Murcia[72], a fin de unir el Aventino al Palatino. También el 6
Janículo fue unido a Roma, no por falta de espacio, sino para evitar que aquella posición tan ventajosa fuese alguna vez del enemigo. Se estimó conveniente protegerlo con una muralla y, además, conectarlo a la ciudad con un puente de madera, el primero que se tendió sobre el Tíber, para facilitar el acceso. También el foso de los Quirites, defensa no 7
despreciable ante el fácil acceso del lado de la llanura, es obra del rey Anco. Se incrementaron extraordinariamente 8
los recursos de Roma. En una aglomeración humana de tal densidad era difícil establecer la distinción entre las acciones buenas y las malas, y se cometían delitos en la clandestinidad; para infundir temor a la audacia creciente, se construye una cárcel[73] en medio de la ciudad, dominando el

tró un altar de *Mars Ficanus*. Telena: cerca de Árdea entre Lanuvio, Aricia y Ancio. ¿En Zalforata?

[72] Estaba en el valle situado entre Palatino y Aventino.

[73] Situada entre el templo de la Concordia y la curia, al pie del Capitolio.

9 foro. Durante este reinado no sólo se ensanchó la ciudad, sino también los límites del territorio: al quitar a Veyos la selva Mesia, su dominio se extendió hasta el mar, fundó la ciudad de Ostia[74] en la desembocadura del Tíber y, en torno a ella, estableció salinas. Ante tan felices resultados bélicos, amplió el templo de Júpiter Feretrio.

34 Durante el reinado de Anco, Lucumón, hombre activo y enormemente rico, emigró a Roma, empujado sobre todo por la ambición y la esperanza de una posición relevante que no había tenido posibilidad de alcanzar en Tarquinios —pues también allí era proveniente de una familia de
2 emigrados[75]—. Era hijo de Demárato de Corinto, que huyó de su patria a raíz de una revuelta y se asentó casualmente en Tarquinios, donde se casó y tuvo dos hijos que se llamaron Lucumón y Arrunte. Lucumón sobrevivió a su padre, heredando todos sus bienes. Arrunte murió
3 antes que su padre, dejando a su esposa encinta. El padre no sobrevivió mucho tiempo al hijo: murió sin saber que su nuera estaba embarazada, sin mencionar a su nieto al hacer testamento; al niño, nacido después de morir su abuelo sin corresponderle bien alguno, se le puso el nombre de Egerio
4 en razón de su indigencia. En cambio, Lucumón, heredero universal, orgulloso ya por sus riquezas, lo fue en mayor medida al contraer matrimonio con Tánaquil, de muy alta cuna y no dispuesta a permitir que su enlace la rebajase del

[74] La fundación de Ostia era atribuida a Anco Marcio de forma unánime. Múltiples argumentos llevaron, hasta hace unas décadas, a cuestionar esta posibilidad, que hoy no puede ser descartada de modo fehaciente. Está en el trasfondo el esclarecimiento de la cuestión de la ruta de la sal.

[75] La influencia etrusca en Roma, de cuyos restos no cabe duda, y tal vez la dominación, pudo corresponder a las fechas tradicionales de la dinastía de los Tarquinios. Es decir, los etruscos, nombrados como Tarquinios, habrían llegado a Roma hacia finales del siglo VII siendo retenidos allí por la sal y el paso del Tíber.

rango en que había nacido. Como los etruscos desprecia- 5
ban a Lucumón por ser hijo de un exiliado, de un forastero, ella no pudo soportar la humillación y, dando de lado a la innata querencia a la patria con tal de ver a su marido cubierto de honores, tomó la determinación de emigrar de Tarquinios. Roma le pareció lo más indicado para su obje- 6
tivo: «en un pueblo nuevo donde toda la nobleza es reciente y, por méritos, habrá un sitio para un hombre de arrestos y de empuje; fue rey Tacio, un sabino; a Numa se le hizo venir de Cures para hacerlo rey, y Anco es hijo de madre sabina y no posee más nobleza que la imagen[76] de Numa». Convence fácilmente a aquél, ambicioso y para el 7
que Tarquinios era sólo la patria de su madre, y tomando sus bártulos emigran a Roma. Casualmente, al llegar al 8
Janículo, un águila desciende suavemente planeando con las alas extendidas y le quita el gorro a Lucumón, que iba sentado en el carro al lado de su esposa, y, revoloteando por encima del carro con agudos chillidos, lo vuelve a colocar como es debido en su cabeza, como si cumpliese una misión divina; después se perdió en las alturas. Dicen 9
que Tánaquil recibió el presagio con alegría, por ser mujer entendida en agüeros celestes, como lo son en general los etruscos. Abrazando a su marido, lo anima a concebir grandes y profundas esperanzas, basándose en la clase de ave que ha venido, en la región del cielo y en el dios del que es mensajera; en que ha hecho el presagio sobre la parte más elevada del cuerpo; en que ha tomado en vilo el adorno de la cabeza de un hombre, para volvérselo a colocar por mandato divino. Abrigando tales esperanzas y 10

[76] La costumbre de la nobleza romana de exponer en el atrio de sus casas, como signo externo de su abolengo, las *imagines* (retratos de cera) de sus antepasados ilustres —magistrados curules— data de época republicana.

pensamientos entraron en Roma, adquirieron una vivienda y dieron como nombre de Lucumón el de Lucio Tarquinio
11 el Antiguo. Su calidad de recién llegado y sus riquezas hacían que los romanos se fijasen en él, y él ayudaba a la suerte ganándose a cuantos podía con su trato agradable, con sus invitaciones corteses, con sus favores, hasta que
12 incluso al palacio real llegaron noticias sobre él. Y ese rumor en poco tiempo él lo transformó, mostrándose con el rey servicial de modo desinteresado y digno, en lazos de estrecha amistad, hasta el punto de intervenir en los asuntos tanto públicos como privados, militares y civiles. Puesto a prueba en todas las cosas, al fin fue incluso designado por el rey en testamento como tutor de sus hijos.

Tarquinio Prisco, rey por intrigas. Guerra con latinos y sabinos. Obras civiles

35 Reinó Anco veinticuatro años, a la altura de cualquiera de los reyes precedentes en oficio y en gloria militar y política. Sus hijos se acercaban ya a la edad adulta, razón de más para que Tarquinio insistiese en que se celebrasen cuanto antes los comicios
2 para elegir rey. Cuando se aproximaba la fecha para la que habían sido señalados, alejó a los niños enviándolos a cazar. Y él fue quien por primera vez se presentó como candidato al trono por vía de intrigas y pronunció, según
3 dicen, un discurso encaminado a ganarse a la plebe: que él no pretendía algo insólito, pues no era el primero —cosa que podría indignar o sorprender a alguien—, sino el tercer extranjero que pretendía el trono de Roma; que a Tacio se le había hecho rey siendo no sólo extranjero, sino además enemigo, y a Numa, que no conocía Roma, se le había ido
4 a buscar para un trono que no pretendía; que él, desde que fue dueño de su destino, había emigrado a Roma con su mujer y todos sus bienes; que de la edad en que se cumplen los deberes de ciudadano él había vivido una parte mayor

en Roma que en su antigua patria; que en la paz y en la 5
guerra él había aprendido las leyes romanas, las instituciones religiosas romanas, de un maestro del que no había razón para estar descontento: el rey Anco en persona; que él no había ido a la zaga de nadie en deferencia y consideración hacia el rey, ni a la zaga del rey mismo en bondad hacia los demás. Era verdad esto que decía, y el pueblo 6
romano, por abrumadora mayoría, lo eligió rey[77].

La misma habilidad de que este hombre, sobresaliente en las demás cualidades, había dado muestras al pretender el trono, lo acompañó cuando lo obtuvo. No se preocupó menos de consolidar su poder personal que de engrandecer el Estado: nombró cien *patres* senadores[78], que desde entonces se llamaron «de segundo orden», partidarios incondicionales del rey, por cuyo favor habían llegado a la curia.

La primera guerra la hizo contra los latinos, y en ella 7
tomó por asalto la ciudad de Apíolas[79]; de allí trajo un botín de mayor consideración que el eco que había tenido la guerra, y dio unos juegos más ricos y más completos que los de los reyes precedentes. Entonces, por vez primera, se 8
escogió un emplazamiento para el circo que actualmente

[77] Se puede dar como sólidamente probable que la conquista de las plazas latinas del entorno de Roma se llevó a cabo en la época asignada a los Tarquinios.

[78] ¿Incrementó el número de miembros del Senado, o el de miembros del patriciado? Tal vez así se podría resumir el fondo de la multitud de interpretaciones de este pasaje, donde la palabra latina *patres* se presta a ambas lecturas. La más antigua es la primera: aumentó el número de senadores, necesariamente tomados de entre los patricios. Especialistas más modernos se inclinan por la posibilidad de senadores plebeyos, y aquí por un aumento del patriciado, que sería el que se dividió en *maiorum* y *minorum gentium,* constituidos estos últimos por inmigrantes etruscos posiblemente. Véase también *supra,* n. 19.

[79] En el Lacio, en territorio volsco cerca de Pomecia, según Estrabón.

lleva el nombre de Máximo. Se repartieron entre senadores
y caballeros espacios para que se construyesen tribunas
9 particulares, que recibieron el nombre de foros; presencia-
ron el espectáculo desde palcos, que levantaban doce pies
del suelo, sostenidos sobre horquillas. Consistieron los jue-
gos en carreras de caballos y combates de púgiles, traídos
sobre todo de Etruria. Estos juegos solemnes se celebraron
en adelante todos los años, llamándoseles, unas veces, Jue-
10 gos Romanos y, otras, Grandes Juegos[80]. Este mismo rey
distribuyó también entre particulares terrenos edificables
en torno al foro, y en ellos se construyeron pórticos[81] y
tiendas.

36 Se disponía también a rodear la ciudad con una mura-
lla de piedra, cuando la guerra con los sabinos vino a inter-
ferir su proyecto. Fue ésta una acción tan repentina que el
enemigo cruzó el Anio antes de que el ejército romano
2 pudiera ir a su encuentro y cerrarle el paso. Cundió el des-
concierto en Roma; en un principio la batalla se presentó
indecisa y con grandes bajas en ambos bandos. Después, al
retirarse las tropas enemigas al campamento y dar tiempo a
los romanos a replantear por completo la lucha, Tarquinio,
entendiendo que sus fuerzas andaban faltas sobre todo de
caballería, decidió añadir nuevas centurias a las de ramnes,
ticies y lúceres creadas por Rómulo, y distinguirlas dándo-
3 les su nombre. A esto se opuso Ato Navio, áugur por
entonces famoso, porque Rómulo lo había hecho después
de tomar los augurios, y nada se podía cambiar ni crear de
4 nuevo, si las aves no lo autorizaban. Montó por ello en
cólera el rey y, tratando de poner en ridículo el arte augu-
ral, según cuentan, dijo: «Veamos, pues, tú, adivino, con-

[80] En un principio, se celebraban en ocasiones de especial solemnidad; después, tuvieron también una fecha fija: el 13 de septiembre.

[81] Detalle anacrónico, pues el primero fue construido el 193 a. C.

sulta los augurios a ver si se puede hacer lo que yo estoy
pensando en este momento.» Al responder el adivino, des-
pués de tomar los augurios, que efectivamente podía ser,
dijo: «Pues esto es lo que yo estuve pensando: que tú parti-
rías en dos una piedra con una navaja. Toma ambas cosas
y haz lo que esas aves tuyas anuncian que se puede hacer.»
Dicen que entonces el adivino, sin dudar un instante, cortó
la piedra en dos. Hubo en otro tiempo una estatua de Ato, 5
con la cabeza cubierta con un velo, en el lugar en que ocu-
rrió este suceso, en el comicio[82], en las gradas mismas a la
izquierda de la curia; dicen que también la piedra fue colo-
cada en el mismo sitio, para que recordase a la posteridad
aquel portento. Lo cierto es que los augurios y el ministerio 6
de los augures cobraron consideración en tan alto grado
que, después, nada se hacía, ni relativo a la guerra ni a la
vida civil, sin tomar antes los augurios: asambleas del pue-
blo, movilizaciones, asuntos fundamentales se aplazaban si
las aves no eran favorables. En aquella ocasión, Tarquinio 7
no hizo innovación alguna en las centurias de caballería;
únicamente duplicó el número de sus componentes, de
suerte que hubiera mil ochocientos jinetes en tres centurias.
A los componentes agregados se les siguió dando el mismo 8
nombre, añadiendo simplemente la palabra «nuevos».
Actualmente, al estar desdobladas, se les llama las seis cen-
turias.

Despues de reforzar este sector de sus tropas, entra en 37
combate de nuevo con los sabinos. Pero, al incremento de
efectivos del ejército romano, viene a sumarse una estrata-
gema secreta: envía a unos soldados a que echen ardiendo
al río una gran cantidad de troncos que estaban tirados en
la orilla del Anio; el viento a favor aviva el fuego de los
maderos y, en su mayor parte, formando balsas, son impe-

[82] Recinto sagrado, lugar de reunión de las asambleas del pueblo.

lidos contra los pies derechos del puente, se enredan en
2 ellos y lo incendian. Este incendio contribuyó a infundir
pánico a los sabinos durante el combate y les cortó la
huida cuando fueron rechazados: precisamente en el río
murieron muchos hombres después de escapar del ene-
migo; sus armas flotando hasta Roma, reconocidas sobre el
Tíber, dieron a conocer la victoria casi antes de que
3 pudiese ser anunciada. El mérito de aquella batalla corres-
pondió, sobre todo, a la caballería: situados en ambas alas,
cuando ya empezaba a perder terreno por el centro su
infantería, se cuenta que cargaron por los flancos con tal
empuje que no sólo contuvieron a las legiones sabinas que
acosaban sin tregua a los que retrocedían, sino que las
4 pusieron inmediatamente en fuga. Los sabinos corrían en
desbandada hacia los montes, y pocos los alcanzaron; la
mayor parte, como ya se ha dicho antes, fueron empujados
5 al río por la caballería. Tarquinio, entendiendo que había
que acosarlos mientras estaban dominados por el pánico,
envió a Roma el botín y los prisioneros, hizo una enorme
pila con los despojos enemigos y les prendió fuego —había
hecho voto de ello a Vulcano—, y continuó con su ejército
6 la penetración en territorio sabino. Aunque las cosas
habían ido mal y no podían esperar que fuesen a ir mejor,
sin embargo, como la situación no daba lugar a andar con
deliberaciones, los sabinos les hicieron frente con un ejér-
cito irregular; al ser derrotados de nuevo y quedar prácti-
camente sin recursos, pidieron la paz.
38 Se les quitó a los sabinos Colacia[83] y todo el territorio
del lado de acá de Colacia; Egerio, hijo del hermano del
rey, quedó al mando de la guarnición de Colacia. Según los
datos de que dispongo, los colatinos se entregaron de la

[83] A unos 15 kilómetros de Roma, próxima al río Anio, frontera natural entre romanos y sabinos.

manera y mediante la fórmula siguientes: el rey preguntó: 2
«¿Sois vosotros los representantes y portavoces enviados
por el pueblo colatino para entregaros a vosotros y al pue-
blo colatino?» «Sí.» «El pueblo colatino, ¿es libre para dis-
poner de su destino?» «Sí.» «¿Os entregáis, a vosotros y al
pueblo colatino, ciudad, campos, agua, límites, templos,
bienes muebles, bienes todos sagrados y profanos, a mi
poder y al del pueblo romano?» «Sí.» «Y yo os recibo.»
Liquidada la guerra sabina, Tarquinio hizo una entrada 3
triunfal en Roma. Seguidamente, guerreó contra los anti-
guos latinos. En ella no se llegó, en parte alguna, a una 4
confrontación decisiva: atacando sucesivamente cada
plaza, sometió a toda la nación latina: fueron tomadas
Cornículo, Ficúlea la Vieja, Cameria, Crustumerio, Ame-
ríola, Medulia, Nomento[84], ciudades de los antiguos lati-
nos o de los que se habían pasado al bando de los lati-
nos[85]. Después se firmó la paz. 5
Se dedicó, entonces, a obras civiles con un despliegue
de energía mayor aún que el empeño con que había llevado
la guerra, para que el pueblo no estuviese menos activo en
la vida civil que en la milicia. Se dispone de mano para 6
rodear la ciudad con un muro de piedra por donde todavía
no lo había hecho, pues esta obra había sido interrumpida
en sus comienzos por la guerra de los sabinos; drena por
medio de desagües construidos en pendiente hasta el Tíber
las zonas más bajas de la ciudad situadas en el entorno del
foro y en las vaguadas existentes entre las colinas, porque
no daban salida fácilmente al agua debido a la falta de

[84] Ficúlea la Vieja estaba en el quinto miliario de la vía Nomentana, cerca de Fondo Capobianco. Cameria más allá de Ficúlea, posiblemente en Casale Mte. Gentile. Ameríola, ¿en la vía Salaria? Medulia debía de quedar cerca de Nomento, tal vez en Monte Rotundo. Nomento: final de la vía Nomentana, a poco más de 20 kilómetros al norte de Roma.

[85] Se habían pasado Crustumeria y Medulia.

7 pendiente[86]. Finalmente, echa los cimientos en el área destinada, en el Capitolio, para la construcción del templo de Júpiter que había prometido durante la guerra sabina, presintiendo ya interiormente la grandeza que el lugar iba a tener algún día.

Orígenes de Servio Tulio

39 Por entonces ocurrió en el palacio real un prodigio sorprendente por su presentación y por sus resultados: dicen que la cabeza de un niño que estaba durmiendo, llamado Servio Tulio[87], se vio envuelta
2 en llamas[88] en presencia de muchos testigos. El intenso griterío que se organizó como consecuencia de tan gran portento hizo acudir a los reyes, y como uno de los sirvientes traía agua para apagar el fuego, la reina lo detuvo y, después de serenar los ánimos, prohibió que se tocara al niño hasta que se despertase por sí solo. En seguida, al desper-
3 tar, desapareció también la llama. Tomó, entonces, Tánaquil a su esposo aparte y le dijo: «¿Tú ves a este niño al que estamos criando en tan humilde condición? Has de saber que él será un día luz para nuestra situación crítica y apoyo para nuestro trono tambaleante; alimentemos, por consiguiente, con toda la solicitud que podamos este germen de
4 inmensa gloria del Estado y nuestra.» Desde aquel

---

[86] Véase n. 118.

[87] El nombre es latino; después fue utilizado por plebeyos, lo cual es un dato a favor de su autenticidad. Servio Tulio significa un paréntesis en la dominación etrusca representada por los Tarquinios. La tradición le atribuía la construcción de las murallas, la organización por centurias y la institución del culto de Diana en el Aventino: no hay razones para rechazarlo, aunque en la organización por centurias aparecen muchos anacronismos sobre todo del siglo II a.C. Numerosos elementos legendarios en lo demás.

[88] Circulaba otra leyenda, más antigua, según la cual Servio Tulio había sido engendrado por la llama del hogar familiar de la casa real en la esclava Ocrisia.

momento el niño fue tratado como un hijo e instruido en todos los conocimientos con que los espíritus son animados a labrar una alta condición. El resultado sobrevino sin dificultad, porque estaba en la mente de los dioses: el muchacho resultó de cualidades realmente regias y, cuando Tarquinio buscaba yerno, ningún joven romano se le pudo comparar bajo ningún concepto, y el rey le otorgó a su hija.

El que se le concediera, por las razones que fuese, un 5
honor tan grande, no permite creer que fuese hijo de una esclava y que él mismo fuese esclavo cuando era pequeño. Yo soy, más bien, del parecer de los que sostienen que cuando la toma de Corniculo, la mujer de Servio Tulio —que había sido el principal de aquella ciudad— estaba encinta y su marido fue muerto; que al ser reconocida entre las demás cautivas, en atención a su nobleza sin igual, la reina de Roma la libró de la esclavitud y dio a luz en Roma en la mansión de Tarquinio el Antiguo; que, a partir de un 6
favor tan grande, se desarrolló una profunda amistad entre las dos mujeres, y el niño, como nacido y criado en palacio desde pequeño, recibió afecto y consideración; que la condición de su madre, al haber caído en manos del enemigo por la conquista de su patria, dio pie a la creencia de que era hijo de una esclava.

Tarquinio Prisco, muerto en atentado. Servio Tulio, rey

Cuando Tarquinio estaba, aproxima- 40
damente, en el año trigésimo octavo de su reinado, no sólo él sino también los senadores y el pueblo tenían a Servio Tulio en la mayor consideración. Enton- 2
ces, los dos hijos de Anco, que ya anteriormente habían considerado siempre de lo más indigno el que se les hubiese desposeído del trono de su padre por la perfidia de su tutor, y el que reinase en Roma un forastero que no era oriundo no ya del contorno, sino ni siquiera de Italia, esti-

maban que la humillación se hacía mucho mayor entonces, si el poder real ni siquiera volvía de Tarquinio a sus manos, sino que caía todavía más bajo, yendo a parar a manos de
3 un esclavo; de suerte que, en la misma ciudad en que casi cien años antes Rómulo, hijo de un dios y dios él mismo, había ejercido el poder real mientras vivió en la tierra, se iba a hacer con ese mismo poder un esclavo hijo de una esclava; iba a ser una deshonra colectiva para el pueblo romano y particular para su familia, si existiendo descendientes varones del rey Anco, el trono de Roma era accesi-
4 ble no sólo a forasteros, sino incluso a esclavos. Deciden, pues, impedir con las armas esta afrenta. Pero el sufrimiento por el agravio los incitaba contra el propio Tarquinio más que contra Servio; por otra parte, el rey, si quedaba con vida, iba a castigar más duramente el crimen que un particular; además, si mataban a Servio, lo probable era que nombrara heredero del trono a cualquier otro que eli-
5 giese como yerno; por todas estas razones preparan el atentado contra el mismo rey. Escogieron para tal acción a dos pastores de los más decididos. Provistos de las herramientas que solían utilizar en el campo, en el vestíbulo del palacio real simulan una reyerta lo más ruidosa posible y atraen hacia sí a todos los servidores del rey; después, al llamar ambos al rey y llegar los gritos hasta el interior del
6 palacio, el rey reclamó su presencia; comienzan uno y otro a vociferar y pugnan cada uno por ahogar a gritos la voz del otro; al hacerles callar el lictor y ordenarles que hablen por turno, al fin dejan de interrumpirse. Uno de ellos
7 empieza una historia convenida de antemano. Mientras el rey se vuelve a él y le dedica toda su atención, el otro levanta el hacha y la descarga sobre su cabeza, y dejando el arma en la herida, ambos se precipitan fuera.

Servio Tulio, rey

Los que estaban a su alrededor acogen 41
en sus brazos a Tarquinio moribundo, los lictores detienen a los dos fugitivos. Después, gritos y aglomeración de gente preguntando qué ocurría. Tánaquil, en medio del revuelo, ordena cerrar el palacio y echa fuera a los testigos. Dispone con toda diligencia lo necesario para curar la herida como si hubiera aún esperanzas, y a la vez, por si las esperanzas se frustran, toma otras precauciones.
Hizo venir enseguida a Servio, le mostró a su esposo casi 2
desangrado y, tomándole la mano, le suplica que no deje impune la muerte de su suegro, que no permita que su sue-
gra sea el hazmerreír de sus enemigos. «El trono —dice— 3
es tuyo, Servio, si eres hombre, no de los que sirviéndose de manos ajenas han cometido un crimen incalificable. Alza la frente y déjate guiar por los dioses que preanunciaron tu gloria futura, rodeando un día tu cabeza de llamas divinas. Que ahora te anime aquella llama celestial. Ahora es el momento de despertar de verdad. También nosotros, aunque extranjeros, hemos reinado. Ten presente quién eres, no cuál fue tu nacimiento. Si tus ideas, por lo impre-
visto de la situación, se embotan, al menos sigue las mías.» 4
Al hacerse casi insostenible el griterío y la presión de la multitud, Tánaquil habla al pueblo desde lo alto del palacio por una ventana que daba a la vía Nueva —pues el rey
vivía junto al templo de Júpiter Stator—. Les exhorta 5
diciendo que estén tranquilos; que el rey está aturdido por el golpe inesperado, pero que el arma no ha penetrado muy profundamente, que ya ha vuelto en sí; que se ha examinado la herida y restañado la sangre; que todo tiene curación; que confía en que pronto lo verán a él en persona; que, entretanto, ordena que el pueblo obedezca a Servio Tulio, que será quien administre justicia y desempeñe las
demás funciones del rey. Servio se presenta con la trá- 6

bea[89] y los lictores; sentado en el trono, unos asuntos los decide él, sobre otros simula que va a consultar al rey. Y, así, durante algunos días, aunque Tarquinio ya había muerto, se ocultó su muerte y, simulando el papel de sustituto de otro, afianzó Servio su propio poder; al fin se descubrió todo al hacerse la lamentación en palacio. Servio, protegido por una sólida escolta, fue el primero que llegó a ser rey con el consentimiento del senado, sin que el pueblo lo
7 eligiera. Los hijos de Anco, al haber sido apresados casi inmediatamente sus cómplices en el atentado, cuando se anunció que el rey vivía y que el poder de Servio era tan grande, se exiliaron a Suesa Pomecia[90].

42 Servio consolidó su poder con medidas de carácter público y, no menos, con otras de alcance familiar: para evitar que la actitud de los hijos de Tarquinio hacia él fuese la misma que la de los hijos de Anco hacia Tarquinio, casa a sus dos hijas con los jóvenes príncipes Lucio y Arrunte
2 Tarquinio. Sin embargo, no pudo la previsión humana quebrar la ley ineluctable del destino y evitar que la ambición de reinar envolviese incluso su casa en una atmósfera de deslealtad y hostilidad.

Muy a propósito respecto a la inalterabilidad de la situación por el momento, se reanudó la guerra con Veyos —pues la tregua acababa de expirar— y con otros etruscos.
3 En aquella guerra brilló el valor y la suerte de Tulio; después de derrotar a un enorme ejército enemigo, volvió a Roma como rey indiscutible, tanto si se pulsaba la opinión
4 del senado como la de la plebe. Aborda, a continuación, la

[89] Una capa o manto corto de púrpura de origen etrusco, vestimenta ritual de los reyes (parece que militar anteriormente). Pasó después a los magistrados. Pero sólo sobrevivió como parte del uniforme de los *equites* (caracterizando uno de los géneros teatrales de época imperial, la *fabula trabeata).*

[90] Población volsca, en el Lacio, al sur de los montes de Alba.

El censo. Urbanismo. El templo de Diana

más trascendental con mucho de las tareas pacíficas: así como Numa había sido el fundador de las instituciones religiosas, Servio adquirió renombre para la posteridad al establecer la división de todos los ciudadanos en clases, gracias a las cuales hay una diferencia entre los diversos grados de rango y de fortuna. En efecto, 5
estableció el censo[91] —institución de enorme utilidad para la futura magnitud de tan gran imperio—, a partir del cual las cargas militares y civiles se repartían no a tanto por individuo, como anteriormente, sino según la capacidad económica; con base en el censo pudo fijar las clases y las centurias, ordenamiento éste brillante desde la óptica tanto militar como civil.

Con los que tenían una renta de cien mil ases o más 43
formó ochenta centurias: cuarenta de los de más edad y cuarenta de los más jóvenes[92]; el conjunto se denominó 2
primera clase. Los de más edad tenían por misión la defensa de la ciudad; los más jóvenes, las guerras exteriores. Se les impuso como armas el casco, el escudo redondo, las grebas y la coraza, todas ellas de bronce y para servir de protección del cuerpo; como armas ofensivas, la lanza y la espada. Agregó a esta clase dos centurias de obreros que 3
cumplían el servicio militar sin llevar armas; tenían como misión el transporte de las máquinas de guerra. La segunda 4
clase abarcaba de cien mil a setenta y cinco mil ases de renta, y de ella se inscribieron veinte centurias, tanto de mayores como de más jóvenes; armas exigidas: escudo alargado en vez del redondo, y las demás, las mismas, excepto la coraza. Fijó la renta de la tercera clase en cin- 5

[91] Indicaba, originariamente, la estimación en dinero de los bienes que poseía cada ciudadano, fuese patricio o plebeyo.

[92] Según Tuberón, la línea divisoria eran los 46 años.

cuenta mil ases, el mismo número de centurias y con la misma diferenciación por edades que en la clase anterior; ningún cambio respecto a las armas, únicamente la supre-
6 sión de las grebas. Renta de la cuarta clase: veinticinco mil ases; el número de centurias: el mismo; cambio respecto a
7 las armas: sólo se les dejó la lanza y el venablo. La quinta clase era más numerosa; estaba integrada por treinta centurias; iban armados de hondas y proyectiles de piedra; entre éstos estaban también censados los corneteros y trompeteros, repartidos en dos centurias. La renta de esta
8 clase era de once mil ases. La renta inferior a ésta comprendía a la población restante: con ella se formó una sola centuria, exenta del servicio militar. Armada y distribuida de este modo la infantería, inscribió doce centurias de
9 caballeros de entre los ciudadanos principales; formó, además, otras seis centurias de las tres creadas por Rómulo, con los mismos nombres que se les había dado al tomar los augurios. Para comprar los caballos, se les concedieron diez mil ases del tesoro público, y para la manutención de los caballos, gravó a las viudas con el pago anual de un impuesto de dos mil ases. Todas estas cargas
10 pasaron de los pobres a los ricos, pero conllevaron privilegios. Efectivamente, no se concedió a todos indistintamente la facultad de voto individual con el mismo valor y los mismos derechos, como habían hecho los demás reyes de acuerdo con el uso establecido a partir de Rómulo, sino que se establecieron grados, de suerte que nadie pareciese excluido del voto y todo el poder estuviese en manos de los
11 principales de la ciudad. Así, los caballeros eran invitados a emitir el voto los primeros[93]; después, las ochenta centurias de la primera clase, de suerte que, si no había acuerdo

[93] Votaba la primera una centuria especial, escogida en la primera clase, y era llamada *praerrogatiua;* el privilegio pasó a los *equites.*

ya —lo cual ocurría rara vez—, eran llamados los de la segunda clase, y casi nunca se descendía hasta llegar a las clases más bajas. No hay que extrañarse de que el sistema 12
actual, que consta de treinta y cinco tribus y un número doble de centurias de más jóvenes y de mayores, no se corresponda con el número fijado por Servio Tulio. Es que 13
dividió la ciudad en cuatro circunscripciones, según las zonas y colinas que estaban habitadas; llamó tribus a estas circunscripciones, nombre derivado, a mi entender, de tributo, pues el sistema de distribuirlo en proporción a la renta fue también establecido por él; tribus estas, por otra parte, que nada tuvieron que ver con la distribución y el número de centurias.

Concluido el censo, cuya elaboración había sido agili- 44
zada por el miedo a una ley sobre los no censados que amenazaba con pena de prisión e, incluso, de muerte, dispuso que todos los ciudadanos romanos, infantería y caballería, se presentasen al amanecer en el Campo de Marte, cada uno en su centuria. Cuando estuvieron allí formadas 2
todas las tropas, las purificó con el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro; este sacrificio recibió el nombre de cierre del lustro, porque con él se terminaba el censo. Se dice que fueron censados en este lustro ochenta mil ciudadanos. Fabio Píctor, el más antiguo de nuestros historiadores, añade que éste era el número de los que podían llevar armas[94].

A la vista de una población semejante, estimó que 3
había que ampliar la ciudad. Incorpora dos colinas, el Quirinal y el Viminal; añade, a continuación, las Esquilias y él mismo se va a vivir allí, para dignificar la zona; rodea la

[94] Cifra a todas luces elevada en exceso para el deficiente poblamiento de Roma en el período monárquico.

ciudad de un terraplén, de fosos y de un muro[95]; en conse-
4 cuencia, lleva más afuera el pomerio[96]. Los que se atienen exclusivamente a la etimología de la palabra interpretan pomerio como «al-otro-lado-de-la-muralla»; pero es, más bien, «entorno-a-la-muralla», espacio que antiguamente los etruscos, al fundar las ciudades, por donde iban a levantar la muralla, consagraban después de tomar los augurios delimitándolo con toda claridad, de suerte que, por la parte de dentro, no se podían levantar edificios pegados a la muralla —cosa que en la actualidad se hace corrientemente— y, por la parte exterior, una porción de terreno que-
5 daba exenta de actividad humana. Este espacio, que no podía ser habitado ni cultivado, fue llamado pomerio por los romanos, tanto por estar detrás de la muralla como por estar la muralla detrás de él; y al crecer la ciudad, siempre se desplazaba este espacio consagrado en la misma medida en que se desplazaban las murallas.

45 Incrementada la ciudadanía en paralelo con el crecimiento espacial de la ciudad, tomadas todas las medidas para la práctica política y militar, a fin de no tener que recurrir siempre a las armas para acrecentar su poder, puso empeño Servio en ensanchar su imperio con medidas diplomáticas, a la vez que añadía un nuevo ornato a la
2 ciudad. Era ya en aquella época famoso el templo de Diana en Éfeso[97]; se decía que había sido construido en común

[95] La muralla «serviana» existente es del siglo IV a. C., pero había una preexistente. La segunda fase del *agger* puede situarse en las últimas décadas del siglo VI a. C.

[96] Costumbre de origen etrusco. El área delimitada por el trazado del arado tirado por un buey y una vaca era el límite de los *auspicia urbana*. El ejército no podía cruzar esta línea.

[97] El templo de Ártemis en Éfeso era el santuario de la Liga de las Doce Ciudades jónicas, posible modelo de Servio para un centro religioso de la Confederación romano-latina. La antigua divinidad del Lacio, Diana, toma el puesto de Ártemis.

por los Estados de Asia. Servio se deshacía en elogios a este acuerdo y comunidad de culto cuando estaba con los prohombres de los latinos, con los cuales con toda intención había trabado relaciones, oficiales y privadas, de hospitalidad y de amistad. A fuerza de machacar en la misma idea, al fin logró que los pueblos latinos y el pueblo romano conjuntamente levantasen un templo a Diana en
Roma. Venía esto a ser un reconocimiento de la capitali- 3
dad de Roma, cuestión que había dado lugar a tantas guerras. Aunque daba la impresión de que todos los latinos habían renunciado ya a semejante pretensión al haberlo intentado en vano tantas veces con las armas, pareció, empero, que se le presentaba a uno de los sabinos la ocasión de recobrar, por particular iniciativa, la supremacía.
Cuentan que en la Sabina, en casa de un paterfamilias, 4
nació una ternera de una belleza y tamaño sorprendentes; sus cuernos estuvieron colgados durante muchas generaciones a la entrada del templo de Diana como recuerdo de
aquel milagro. Se tomó el hecho como lo que era[98]: un 5
prodigio, y los adivinos vaticinaron que el Estado al que perteneciese el ciudadano que la inmolase a Diana tendría la supremacía —vaticinio que llegó a oídos del sacerdote
del templo de Diana—. El sabino, el primer día que le 6
pareció apropiado para el sacrificio, lleva la ternera a Roma, la conduce hasta el templo de Diana y la presenta ante el altar. Entonces el sacerdote, que era romano, impresionado por el tamaño de la víctima de que tanto se hablaba, se acuerda del vaticinio y se dirige al sabino en estos términos: «¿Qué pretendes, extranjero? ¿Ofrecer un sacrificio a Diana en estado de impureza? ¿Por qué antes no te bañas en agua corriente? Por lo hondo del valle dis-

[98] No se da en Livio el escepticismo de Tácito con respecto a los *prodigia*, tema común en todos los anales.

7 curre el Tíber.» Al extranjero le entraron escrúpulos, porque él quería que todo se hiciese de acuerdo con los ritos para que el prodigio se viera coronado por el éxito, y a toda prisa baja hacia el Tíber. Mientras tanto, el romano inmola la ternera a Diana, lo cual fue muy del agrado del rey y de la ciudad.

Lucio Tarquinio comienza su lucha por el poder

46 Servio, aunque había ejercido, de hecho, un poder no cuestionado, sin embargo oía decir que el joven Tarquinio andaba propalando que era rey sin el consentimiento del pueblo; por eso, empezó por granjearse popularidad repartiendo a cada ciudadano una porción de la tierra conquistada al enemigo y, después, se decidió a someter a consulta popular si lo querían y designaban[99] como rey. Fue declarado rey por una mayoría como no había obtenido ningún otro antes.
2 Pero tal circunstancia no aminoró en Tarquinio la esperanza de llegar al trono; al contrario, como se había dado cuenta de que el reparto de tierras a la plebe se había hecho con el pronunciamiento en contra por parte de los senadores, le pareció que se le presentaba una ocasión de atacar con más insistencia a Servio ante los senadores y ganar ascendiente en la curia: era un joven de espíritu vehemente y, además, en casa, su mujer Tulia excitaba su ánimo desasosegado.

3 Pues también[100] el palacio real de Roma fue escenario de una sangrienta tragedia que iba a acelerar, por hastío de reyes, la llegada de la libertad y a hacer de aquel reinado el
4 último conseguido por el crimen. El Lucio Tarquinio a que nos estamos refiriendo —no está bastante claro si era hijo

[99] Fórmula latina arcaica, *uellent iuberentne*, con la que el magistrado sometía al pueblo una *lex rogata*.

[100] Como los palacios reales de Tebas y Micenas de las tragedias.

o nieto de Tarquinio el Antiguo; yo diría, sin embargo, que era hijo, de acuerdo con la opinión más atestiguada— tenía un hermano, Arrunte Tarquinio, joven de natural apacible.
Estos dos, como queda dicho, se habían casado con las dos 5
hijas del rey Tulio, también ellas de modos de ser muy diferentes. La casualidad había querido que no se uniesen en el mismo matrimonio los dos caracteres violentos, por suerte, creo yo, para el pueblo romano, en orden a que el reinado de Servio fuese más duradero y pudiesen fraguar los comportamientos sociales de la ciudad. La Tulia impetuosa[101] 6
se atormentaba, porque no había en su marido asomo de ambición ni de audacia; embebida por completo en el otro Tarquinio lo admiraba, decía que aquél era un hombre y que por sus venas corría sangre real; despreciaba a su hermana, porque, habiendo conseguido un verdadero marido, frenaba su audacia con su blandura mujeril. Lo parecido 7
de su carácter los lleva a encontrarse muy pronto, como ocurre casi siempre: el mal encaja muy bien con el mal; pero la raíz del total desbarajuste fue la mujer. Ésta, en frecuentes encuentros secretos con el marido de la otra, no se ahorraba ni una sola palabra ofensiva contra su marido del que aquél era hermano, ni contra su hermana, de la que aquél era marido, y sostenía que mejor hubiese sido que ella fuese viuda y él soltero, que casarse con quien no daba su talla para tener que languidecer por la pusilanimidad de sus parejas; si los dioses le hubiesen dado el marido que 8
merecía, no tardando mucho vería en su casa el trono que veía en la de su padre. Enseguida contagia al joven su audacia. Arrunte Tarquinio y Tulia la menor dejaron, al 9
morir uno casi a continuación del otro, sus hogares libres para un nuevo matrimonio; se casan[102], más con la no oposición de Servio que con su aprobación.

[101] La más joven.

[102] El texto ofrece dificultades en cualquier hipótesis, por ello lo man-

47 Comenzó, entonces, a estar cada día menos segura la
vejez de Tulio, menos seguro su trono. Y es que aquella
mujer, después de un crimen, comenzaba ya a pensar en el
siguiente. No dejaba en paz a su marido ni de noche ni de
día para evitar que los parricidios anteriores fuesen inúti-
2 les, diciéndole que ella no estaba falta de un hombre del
que pudiera llamarse esposa ni con el que compartir la
esclavitud sin protestar, sino que estaba falta de un hombre
que se sintiese digno del trono, que tuviese presente que era
hijo de Tarquinio el Antiguo, que prefiriese la posesión a la
3 expectativa del poder. «Si tú eres la clase de hombre con
que creo haberme casado, te saludo como marido y como
rey; pero, si no, entonces la situación ha ido a peor, porque
4 en ella se unen la cobardía y el crimen. ¿Por qué no poner
manos a la obra? Tú no necesitas, como tu padre, conquis-
tar con esfuerzo un trono extranjero viniendo desde
Corinto ni desde Tarquinios: a ti te nombran y te procla-
man rey los dioses domésticos y los de tu patria y la ima-
gen de tu padre y el palacio real y el trono del palacio y el
5 nombre de Tarquinio. Si no tienes suficiente coraje para
ello, ¿por qué estás engañando a Roma? ¿Por qué dejas que
te vean como príncipe? Vete de aquí, a Tarquinios o a
Corinto; retorna a tus orígenes, más parecido a tu hermano
6 que a tu padre.» Con invectivas de esta clase instiga al
joven, y ella misma tampoco puede sosegar: si Tánaquil,
una mujer extranjera, pudo llegar al extremo de dar dos
veces consecutivas el trono, a su marido y, después, a su
yerno, ella, de estirpe real, ¿no iba a tener influencia alguna
para dar o quitar el trono?

---

tenemos sin correcciones, sobreentendiendo que el sujeto de «se casan» es Lucio Tarquinio y Tulia la mayor, sujetos fundamentales de este episodio. Bayet suprime «Arrunte Tarquinio y Tulia la menor». Otra opción, desde Madvig, es leer Lucio en lugar de Arrunte.

Instigado por el furor desatado de su mujer, Tarquinio 7
visitaba y saludaba a los senadores, sobre todo a los de
segundo orden; les recordaba los favores de su padre y les
pedía que le correspondieran por ello; se atraía a los jóve-
nes con su largueza; iba ganando terreno en todos los cam-
pos, haciendo promesas desmedidas e incriminando al rey.
Por fin, cuando le pareció que ya era el momento de pasar 8
a la acción, irrumpió en el foro rodeado de una cuadrilla
de individuos armados. A continuación, en medio del
pánico general, tomó asiento en el solio real en la curia y
mandó que el pregonero llamase a los senadores al senado
a presencia del rey Tarquinio. Se congregaron inmediata- 9
mente, unos, porque ya de antemano habían sido puestos
en antecedentes del hecho y, otros, por miedo a incurrir en
deslealtad si no acudían, atónitos por lo insólito de un
hecho tan extraordinario y pensando que Servio estaba
liquidado. Entonces comenzó a injuriarlo, empezando por 10
sus orígenes, diciendo que un esclavo, hijo de una esclava,
después de la afrentosa muerte de su padre, sin establecer
el interregno acostumbrado, sin reunir los comicios, sin el
sufragio del pueblo, sin la ratificación del senado, había
ocupado el trono como regalo de una mujer. Después de 11
semejante nacimiento, de semejante procedimiento de lle-
gar a rey, para favorecer a gentes de la más baja extrac-
ción, de la que también él mismo provenía, y por odio a la
nobleza a la que no pertenecía, había arrebatado las tierras
a los patricios y las había repartido entre los individuos de
la más baja ralea; todas las cargas, que en otro tiempo 12
habían estado repartidas entre todos, las había hecho
recaer sobre los patricios; había establecido el censo para
que la riqueza, al ser manifiesta, provocase la envidia con-
tra los ricos y para tenerla a su disposición, pudiendo con
ella mostrarse generoso con los más indigentes cuando le
viniese en gana.

48 Cuando estaba en pleno discurso se presentó Servio, al que precipitadamente había puesto sobre aviso un mensajero, e inmediatamente dijo a grandes voces desde la entrada de la curia: «¿Qué significa esto, Tarquinio? ¿Qué osadía es la tuya, que te atreves a convocar, estando yo
2 vivo, a los senadores y sentarte en mi trono?» El otro replicó con insolencia que ocupaba el trono de su padre; que mucho mejor que un esclavo era el hijo del rey para heredar el reino; que bastante tiempo se había él burlado sin pudor y ultrajado a sus amos. Se levanta, entonces, un griterío de los partidarios de uno y otro; el pueblo acudía corriendo hacia la curia y era evidente que iba a ser rey el
3 que resultase vencedor. Entonces, Tarquinio, obligado ya por la fuerza de las circunstancias a llevar su osadía hasta el final, y contando con muchas más posibilidades en razón de su edad y de su fuerza, agarra a Servio por la cintura, lo saca de la curia y lo tira escaleras abajo; acto seguido, vuelve a la curia para
4 mantener reunido al senado. Huye la guardia y el séquito del rey; éste, casi desangrado, escapaba hacia su morada con un séquito que no era el propio de un rey cuando los emisarios de Tarquinio le dan alcance en su huida y lo
5 matan. Se supone, por ser algo en consonancia con sus otros crímenes, que esto se hizo por instigación de Tulia. Lo que sí es seguro, sin lugar a dudas, es que se trasladó al foro en carro y, sin encogerse ante aquella reunión de hombres, hizo salir a su marido de la curia y fue la primera
6 en darle el título de rey. Él le indicó que se alejase de aquel tumulto tan considerable y, al regresar a casa, cuando llegó a la parte más alta del barrio Ciprio —donde estaba, hace poco, el templo de Diana— y giró a la derecha hacia la cuesta Urbia para ganar la colina de las Esquilias, el cochero, asustado, se paró en seco con un tirón de riendas

Servio Tulio, asesinado

y mostró a su ama el cadáver de Servio tendido en el suelo. Allí ocurrió, según la tradición, un hecho infame de lesa 7
humanidad y el lugar da fe de ello: se llama calle del Crimen, pues en ella Tulia, fuera de sí, presa de las furias vengadoras de su hermana y de su marido, hizo pasar, según dicen, el carro por encima del cuerpo de su padre y llevó parte de la sangre del parricidio en el carro teñido de rojo, manchada ella misma por las salpicaduras, hasta los dioses del hogar suyos y de su marido; debido a la cólera de estos penates, al mal comienzo de aquel reinado iba a suceder pronto un final semejante.

Servio Tulio reinó durante cuarenta y cuatro años de 8
forma tal que le iba a resultar difícil igualarle a su sucesor, aunque fuese un rey bueno y moderado; vino, además, a acrecentar su gloria el hecho de que, juntamente con él, desapareció la monarquía justa y legítima. Algunos autores 9
sostienen que tuvo la intención de dejar el poder, aun siendo tan suave y moderado, porque lo era de uno solo; pero que el crimen familiar cortó sus proyectos de dar la libertad a su patria.

Tarquinio el Soberbio, rey: tiranía basada en el miedo. Busca apoyo latino. Elimina a Turno de Aricia

Comenzó a continuación el reinado de 49
Lucio Tarquinio[103], el cual por su comportamiento recibió el sobrenombre de Soberbio, porque negó la sepultura a su suegro, él que era su yerno, diciendo que tampoco Rómulo había recibido sepultura, y porque hizo matar a los senadores más importantes 2

[103] La historia de Tarquinio el Soberbio, en la medida en que expresa una renovada dominación de Roma por los etruscos hasta su expulsión por la fuerza, es en sustancia poco cuestionable. La construcción del templo de Júpiter Capitolino y de la Cloaca Máxima, el sitio de Árdea, la toma de Gabios y Suesa Pomecia, la colonización de Signia y Circeyos son hechos sobre los que hay evidencia externa razonable. Sí aparece

que sospechaba habían sido partidarios de Servio. Después, consciente de que su usurpación del poder era un precedente que podía volverse en su contra, se rodeó de
3 guardaespaldas armados[104]; y es que no tenía ningún otro derecho al trono aparte de la fuerza, dado que era rey sin el
4 sufragio del pueblo y sin la ratificación del senado; a esto se sumaba el tener que afirmar su poder sobre el miedo, al no poder abrigar esperanza alguna de aceptación ciudadana. Para que ese miedo fuese más generalizado, él solo sin asesores instruía las causas que implicaban pena capital
5 y, por esa razón, estaba en su mano ejecutar, desterrar, privar de bienes no sólo a los sospechosos o a los que no veía con buenos ojos sino a aquellos de los que no podía
6 esperar más que botín. Después de haber mermado por este sistema sobre todo el número de senadores, decidió no nombrar otros nuevos, para que este estamento quedase desacreditado por su misma escasez numérica y no le sen-
7 tase tan mal el que no se contase con él para nada. Y, en efecto, fue él el primer rey que no siguió la tradición de sus antecesores de consultarlo todo al senado[105]; administró los asuntos públicos aconsejándose con sus familiares: guerra, paz, tratados, alianzas, todo lo hizo y deshizo por sí mismo, con quienes quiso, sin el acuerdo del pueblo ni del senado.

8 Trataba de ganarse sobre todo al pueblo latino, para estar más seguro entre sus conciudadanos gracias al apoyo del extranjero; entablaba con sus principales relaciones no
9 sólo de amistad sino de parentesco. A Octavio Mamilio

---

helenizado el carácter de Tarquinio con elementos tomados de fuentes griegas.

[104] Tanto la eliminación de rivales políticos como el recurso a guardaespaldas eran rasgos de los tiranos griegos.

[105] Esta teoría de que el rey consultaba al Senado en casos de guerra, paz, y tratados, es una ficción constitucional bastante tardía.

Tusculano, que era con mucho el primero entre los latinos, descendiente, si hemos de creer lo que cuentan, de Ulises y la diosa Circe, al tal Mamilio le concede en matrimonio a su hija, y, gracias a este enlace, se gana a muchos de sus parientes y amigos.

Tenía ya Tarquinio un gran ascendiente entre los lati- 50
nos más relevantes, cuando los citó para una reunión un día determinado en el bosque sagrado de Ferentina: había algunos asuntos de interés general que quería tratar. Se 2
reúnen al amanecer en gran número; en cuanto a Tarquinio, se atuvo a la fecha, eso sí, pero llegó poco antes de la puesta del sol. Muchos temas se habían debatido en la asamblea a lo largo de todo el día, con intervenciones de todas clases. Turno Herdonio[106], de Aricia[107], había lan- 3
zado violentas invectivas contra la ausencia de Tarquinio: que no era de extrañar que en Roma se le hubiese dado el sobrenombre de Soberbio (pues ya lo llamaban así, pronunciándolo en voz baja, eso sí, pero todos); que si es que cabía muestra mayor de soberbia que burlarse, de aquella forma, de todo el pueblo latino (después de hacer venir 4
lejos de su residencia a los principales, ¡precisamente él, que había convocado la asamblea, no presentarse!); que, sin duda, trataba de poner a prueba su paciencia para explotar su docilidad, si se dejaban poner el yugo, pues ¿quién no veía claramente que él pretendía el mando sobre los latinos?; que si sus conciudadanos le habían confiado el 5
poder de buen grado, o al menos si se lo habían confiado y no lo había robado mediante un parricidio, también los latinos debían confiárselo (aunque ni siquiera en ese caso

---

[106] El de Turno Herdonio no es un nombre verosímil en un hombre de Aricia; la historicidad del pasaje que sigue es muy dudosa.

[107] A unos 25 kilómetros de Roma en dirección sudeste, entre los lagos de Alba y Nemi. Colonia de Alba Longa. No era miembro de la antigua Liga Albana.

6 debían confiárselo a un extranjero), pero que, si los suyos
estaban quejosos de él, pues eran ejecutados uno tras otro,
eran desterrados, perdían sus bienes, ¿qué perspectivas de
más halagüeñas esperanzas se les abrían a los latinos?; que
si querían hacerle caso, se marcharían cada uno a su casa y
no se mostrarían más cumplidores con la fecha de la asam-
blea de lo que se mostraba el mismo que la había convo-
7 cado. Cuando aquel individuo sedicioso y malvado —y que
merced a tales características había conseguido influencia
entre los suyos— estaba más acalorado exponiendo seme-
jantes razonamientos y otros en el mismo sentido, se pre-
8 senta Tarquinio: esto significó el fin de su discurso; todos
se volvieron a saludar a Tarquinio. Se hizo el silencio, y
éste, invitado por los que estaban más cerca a excusarse
por haber llegado a aquellas horas, dijo que había sido
requerido como árbitro entre un padre y un hijo y que se
había retrasado por el afán de reconciliarlos, y ya que esa
circunstancia le había hecho perder aquel día, expondría al
9 día siguiente lo que había proyectado. Dicen que ni a pesar
de esta explicación se quedó callado Turno, pues dijo que
no había problema que se resolviese en menos tiempo que
el surgido entre un padre y un hijo, que se solventaba en
pocas palabras: «Si el hijo no obedece al padre, recibirá
castigo.»

51 Echando improperios de este estilo contra el rey de
Roma, el de Aricia se marchó de la asamblea. Tarquinio
tomó el incidente más a mal de lo que daba a entender;
inmediatamente empieza a tramar la muerte de Turno, con
el fin de infundir en los latinos el mismo terror con que
2 había atenazado los ánimos de sus súbditos. Y como no
tenía autoridad para darle muerte públicamente, lo quitó
de enmedio, siendo inocente, presentando una acusación
falsa. Valiéndose de algunos ciudadanos de Aricia de posi-
ción política contraria, sobornó a un esclavo de Turno

para que dejase introducir clandestinamente en su aloja-
miento una gran cantidad de espadas. Todo se hizo en una 3
sola noche; poco antes del amanecer, Tarquinio hizo venir
a donde él estaba a los principales latinos dando a entender
que estaba preocupado por un acontecimiento inesperado y
les dijo que su retraso de la víspera, debido a alguna espe-
cie de providencia de los dioses, había supuesto su salva-
ción y la de ellos; que tenía informes de que, por parte de 4
Turno, se estaba tramando su muerte y la de los latinos
principales, para hacerse en exclusiva con el poder sobre
los latinos; que pensaba haber dado el golpe el día anterior
en la asamblea; que lo había aplazado por estar ausente el
promotor de la asamblea, que era su objetivo prioritario;
que ahí habían radicado sus ataques contra su ausencia, 5
porque con su retraso había frustrado su esperanza (él no
dudaba de que, si sus informes eran correctos, al rayar el
alba, tan pronto como se hubiese reunido la asamblea,
Turno se presentaría dispuesto con un grupo de conjurados
y armado); que, según se decía, era enorme la cantidad de 6
espadas que habían sido llevadas a su alojamiento; que se
podía saber rápidamente si aquello era falso o no; que él
les pedía que desde allí lo acompañasen a donde estaba
Turno. Daban pie a sospechar el talante orgulloso de 7
Turno, su discurso del día anterior y el retraso de Tarqui-
nio, porque era verosímil que dicho retraso hubiese provo-
cado un aplazamiento del atentado. Se ponen en camino
dispuestos en verdad a creerlo, pero también dispuestos,
si no encuentran las espadas, a tomar todo lo demás como
algo carente de base. Al llegar allí, despiertan a Turno y lo 8
rodean los guardias; detienen a los esclavos que por cariño
a su amo se disponían a ofrecer resistencia, y cuando se
iban trayendo las espadas escondidas en todos los rincones
del albergue, la conspiración pareció a todas luces evidente
y Turno fue encadenado. Automáticamente se convoca

asamblea de los latinos, en medio de una gran conmoción.
9 Al exponer a la vista de todos las espadas, se originó una reacción tan violenta contra Turno, que, sin darle oportunidad de defenderse, se le sometió a una clase de suplicio sin precedentes: se le echó en la fuente de Ferentina, cargándole encima un enredado de zarzas con un montón de piedras para que se hundiese.

Alianza hegemónica con los latinos. Episodio de Gabios

52 Tarquinio, a continuación, volvió a llamar a la asamblea a los latinos y los felicitó porque habían aplicado a Turno, que pretendía subvertir al Estado, el castigo que merecía por su delito flagrante;
2 añadió, luego, que él podía, sin duda, hacer valer un derecho muy antiguo, pues al ser todos los latinos oriundos de Alba, estaban sujetos al viejo tratado por el cual a partir de Tulo todo lo que era Alba había pasado, con sus colonos, a
3 dominio romano; pero que él creía que, para bien de todos, lo mejor era que se renovase dicho tratado; que era preferible para los latinos beneficiarse participando en los éxitos del pueblo romano, a estar constantemente temiendo o sufriendo la ruina de sus ciudades y la devastación de sus campos, males que habían padecido reinando, primero,
4 Anco y, más tarde, su padre. Convenció sin dificultad a los latinos, a pesar de que aquel tratado dejaba a Roma en superioridad; veían, además, que los cabecillas del pueblo latino participaban de la postura y del parecer del rey y, por otra parte, había un ejemplo bien reciente del peligro
5 que cada uno corría si se oponía. Se renovó así el tratado y se determinó que los jóvenes latinos, en conformidad con las cláusulas del mismo, se presentasen una fecha determinada en número considerable en el bosque sagrado de
6 Ferentina con sus armas. Cuando éstos, siguiendo una disposición del rey de Roma, acudieron de todos los pueblos, Tarquinio, para evitar que tuviesen jefes de su pueblo o mandos diferentes o enseñas propias, formó manípulos mixtos de latinos y romanos [108] haciendo uno de cada dos y desdoblándolos a continuación; una vez duplicados así los manípulos, les puso centuriones al frente.

Pero no fue Tarquinio tan mal general en la guerra 53
como fue monarca injusto en la paz; es más, hubiese quedado como hombre de guerra a la altura de los reyes precedentes, si su degradación en los otros aspectos no hubiese hecho sombra incluso a esta cualidad. Fue él quien 2
emprendió una guerra contra los volscos [109] que iba a durar más de doscientos años después de su muerte, y les tomó por asalto Suesa Pomecia. Al obtener en ella con la venta 3
del botín cuarenta talentos de plata, pensó en un templo de Júpiter de unas dimensiones dignas del rey de los dioses y de los hombres, dignas del imperio romano, dignas también de la majestad del lugar de su emplazamiento; para la construcción de un templo así, reservó el dinero del botín.

Se vio, a continuación, implicado en una guerra más 4
larga de lo que esperaba, en la cual, después de lanzarse infructuosamente al asalto de Gabios [110], una ciudad de las cercanías, al perder incluso la esperanza de un asedio tras haber sido rechazado de las murallas, en última instancia atacó recurriendo a un sistema nada romano: la falsedad y el engaño. Mientras que él simulaba dedicarse de lleno a 5
echar los cimientos del templo y a otras tareas de urbanismo, como si hubiese dejado a un lado la guerra, su hijo

---

[108] La organización militar es anacrónica. Resultan, por otra parte, peculiares estas compañías mixtas, pues siempre van los aliados por separado.

[109] El pueblo volsco descendió de los Apeninos hacia finales del siglo VI a. C., dirigiéndose a la llanura costera del Lacio y la Campania.

[110] Cerca de la actual Torre di Castiglione, a casi 20 kilómetros de Roma. Exceptuado el hecho de la toma de Gabios, todo el pasaje es ficticio, incluyendo material de la historia griega.

Sexto —que era el menor de los tres [111]— se pasó a Gabios,
de acuerdo con un plan preconcebido, quejándose de la
6 crueldad insoportable de su padre para con él: que, después
de hacer blanco de su soberbia a los extraños, la había
entonces vuelto contra los suyos y le disgustaba, incluso,
que sus hijos fuesen numerosos hasta el extremo de querer
despoblar su casa como había hecho con el senado, para
no dejar descendencia alguna ni heredero alguno del trono.
7 Que él, que había logrado escabullirse entre los venablos y
las espadas de su padre, estaba convencido de que no ten-
dría seguridad en ninguna parte, a no ser entre los enemi-
gos de Lucio Tarquinio. Porque, que no se llamasen a
engaño: respecto a ellos, seguía en pie la guerra que se
simulaba abandonada y, cuando se presentase la ocasión,
8 los atacaría por sorpresa. Y si entre ellos no había lugar
para un suplicante, él andaría errante por todo el Lacio, y,
después, se dirigiría a los volscos y a los ecuos y a los hér-
nicos [112] hasta dar con quienes supiesen proteger a lo hijos
9 de los castigos crueles y despiadados de sus padres. Que,
tal vez, llegaría a encontrar también un poco de coraje para
la lucha armada contra el más soberbio de los reyes y el
10 más violento de los pueblos. Como daba la impresión de
que, si no hacían ademán de detenerle, se iba a alejar
inmediatamente enardecido [113] por la ira, los gabinos lo
reciben con agrado. Le dicen que no se extrañe de que el
mismo que ha sido para con sus súbditos, para con sus
11 aliados, acabe por serlo para con sus hijos: a falta de otros,
terminará por volver su crueldad contra sí mismo. Por lo
que a ellos respecta, que su llegada les es grata, y que están

[111] Los otros dos eran Arrunte y Tito.

[112] Los hérnicos eran una rama de los sabinos. Posiblemente inmigraron al Lacio hacia mediados del siglo VI ocupando las tierras altas cerca del *Trerus*.

[113] De acuerdo con la corrección de Madvig, *incensus*.

convencidos de que con su ayuda la guerra no tardará en
trasladarse de las puertas de Gabios al pie de las murallas
de Roma.

Lo admitieron, desde entonces, en los debates públicos. 54
En ellos decía que, en los demás asuntos, estaba de acuerdo
con los gabinos de más edad, que los conocían mejor, pero
que, por su parte, era siempre partidario de la guerra y
que, en ese tema, se reconocía especialmente competente,
porque decía conocer los efectivos de ambos pueblos y
saber, sin lugar a dudas, que a los ciudadanos les resultaba
odiosa aquella soberbia que ni siquiera sus hijos podía
soportar. Iba así poco a poco incitando a los gabinos prin- 2
cipales a reemprender la guerra; personalmente tomaba
parte, con los jóvenes más decididos, en saqueos e incur-
siones; con todos sus dichos y hechos, calculados para
engañarles, iba aumentando su crédito carente de base: al
fin lo eligen para dirigir la guerra. Como el pueblo no sabía 3
lo que se estaba tramando y se producían entre Roma y
Gabios escaramuzas sin importancia con ventaja ordina-
riamente para Gabios, los gabinos a porfía, nobles y
humildes, estaban convencidos de que Sexto Tarquinio les
había sido enviado como regalo de los dioses para que
fuese su general. Entre los soldados tenía tan gran simpa- 4
tía, por afrontar los peligros y los trabajos lo mismo que
ellos y mostrarse generoso en el reparto del botín, que el
poder de Tarquinio padre en Roma no era mayor que el
del hijo en Gabios. Pues bien, cuando vio que tenía fuerza 5
suficiente para intentarlo todo, envió a Roma a una per-
sona de su confianza a inquirir de su padre qué quería que
hiciese, dado que por concesión de los dioses él tenía el
poder absoluto en Gabios. No se le dio respuesta alguna de 6
palabra a este mensajero por no parecer, creo, muy de fiar;
el rey salió al jardín de palacio como para reflexionar,
seguido del emisario de su hijo; paseando por allí en silen-

cio iba tronchando, según dicen, con un bastón las amapo-
7 las que sobresalían[114]. Cansado el mensajero de preguntar y de esperar respuesta, entiende que su misión ha fracasado y vuelve a Gabios; expone lo que ha dicho y lo que ha visto: que el rey no ha pronunciado ni una sola palabra,
8 fuese por ira, por odio o por su innata arrogancia. Cuando Sexto vio con claridad lo que su padre quería y ordenaba con sus callados rodeos, hizo matar a los ciudadanos principales, a unos acusándolos ante el pueblo y a otros aprovechándose de la animosidad que despertaban. Muchos fueron públicamente ejecutados, otros asesinados en
9 secreto cuando se preveía menos viable su acusación. A unos se les posibilitó el exilio voluntario, a otros se les impuso, y los bienes tanto de los exiliados como de los
10 muertos fueron destinados al reparto, dando pie a larguezas y beneficios; el atractivo de las ventajas particulares hizo perder la sensibilidad ante las desgracias públicas, hasta que, finalmente, Gabios, desorientada y sin apoyo, se entrega sin lucha alguna al dominio del rey de Roma[115].

Construcción del Capitolio

55 Con Gabios en su poder, Tarquinio hizo la paz con los ecuos y renovó la alianza con los etruscos. A continuación dirigió su atención a tareas urbanas. La primera de ellas era el templo de Júpiter en la colina Tarpeya, para dejar un monumento que recordara su reinado y su nombre: que de los dos reyes Tarquinios, uno, el padre lo prometió y otro, el hijo, lo construyó.
2 Y para liberar la zona de los demás cultos y dedicarla

[114] Esta anécdota y la historia de Sexto Tarquinio son réplicas de las recogidas por HERÓDOTO (V 92 y III 154) referidas a Periandro, tirano de Corinto, y a Zópiro contra Babilonia.

[115] La tradición coincidía en que Gabios había sido absorbida por Roma por vía de negociación y no de conquista directa; los contenidos de esta tradición están sometidos a discusión.

exclusivamente a Júpiter y al templo que se le iba a erigir, decidió desacralizar algunos santuarios y capillas que el rey Tacio había primero prometido, en el momento crucial de su lucha contra Rómulo, y más tarde consagrado e inaugurado en aquel enclave. Al comenzar a construir el edificio 3
en cuestión, se dice que los dioses emitieron una señal de su voluntad para significar la grandeza del imperio; en efecto, las aves consintieron la desacralización de todas las capillas, pero no fueron favorables en la del lugar sagrado de Término. Este presagio y augurio fue interpretado en el 4
sentido de que el no cambiar Término de sitio y el ser el único dios que no podía ser desplazado de su recinto consagrado, vaticinaba la firmeza y la estabilidad del Estado. A este presagio de durabilidad siguió otro prodigio que 5
anunciaba la grandeza del imperio: al excavar los cimientos del templo apareció, según dicen, una cabeza humana con los rasgos intactos. Esta aparición presagiaba con toda cla- 6
ridad que aquél iba a ser el epicentro del imperio y la capital del mundo; así lo vaticinaron los adivinos, tanto los de la ciudad como los que se hizo venir de Etruria para estudiar aquel hecho.

El rey se iba animando a no escatimar gastos; por eso, 7
el fruto de la venta del botín de Pomecia, previsto para llevar a término la obra, apenas dio para los cimientos. Por 8
esta razón, aparte de por ser más antiguo, me inclino a creer a Fabio, que fija la cifra en cuarenta talentos solamente, más que a Pisón[116], que habla de que se reservaron 9
para aquella empresa cuarenta mil libras de plata[117]; y es

[116] Lucio Calpurnio Pisón, cónsul el 133 a. C., autor de unos *Annales* de Roma.

[117] Posible relación entre ambas cifras: 1/10, si se admite la equivalencia entre talento y cien libras de plata. Fabio habría calculado en cuarenta talentos todo el botín, Pisón en cuatrocientos, siendo cuarenta la décima

que una suma tal de dinero no era posible esperarla entonces del botín de una sola ciudad y sobrepasaría los gastos de cimentación de cualquier obra, incluso de la magnificencia de las actuales.

56 Empeñado en acabar el templo, hizo traer obreros de toda Etruria y recurrió no sólo a los fondos del Estado, sino a la mano de obra de la plebe. Era éste un trabajo no liviano que venía a sumarse al de la guerra, pero sin embargo a la plebe le resultaba menos duro levantar con
2 sus propias manos los templos de los dioses que después, cuando tuvieron que pasar a otras obras no tan grandiosas y más trabajosas: la construcción de gradas en el circo y la conducción subterránea de la cloaca máxima [118], desagüe de todas las inmundicias de la ciudad; dos obras que a duras penas pudieron ser igualadas por ninguna de las de
3 nuestra moderna magnificencia. Después de ocuparse la plebe en estos trabajos, como Tarquinio tenía el convencimiento de que una población numerosa, si estaba desocupada, era una carga para la ciudad, y además quería ensanchar con remesas de colonos las fronteras del imperio, envió colonos a Signia [119] y a Circeyos [120], destinados a constituir baluartes de Roma por tierra y por mar.

parte correspondiente al rey, según una tradición recogida por DIONISIO DE HALICARNASO (IV 50).

[118] Arrancaba en el Argileto y llevaba las aguas de las Esquilinas Viminal y Quirinal a través del foro hasta el Tíber. En un principio era una zanja abierta; fue cubierta en el siglo III a. C. Quedó así drenado el foro y apto para la edificación. Medio siglo antes se había efectuado otro drenaje. En torno a los años 620 y 570 respectivamente, parecen indicar los datos arqueológicos.

[119] Segni. Entre las vías Apia y Latina, en situación clave entre ecuos y Volscos. Los restos hallados no van más allá del 500 a. C. Parece apócrifa la fundación de una colonia por Tarquinio.

[120] Actual Mte. Circello.

Lucio Junio Bruto en escena. Lucrecia. Bruto en primer plano

Cuando traía entre manos estos pro- 4
yectos, fue visto un prodigio terrible: una serpiente se deslizó desde una columna de madera y provocó pánico y carreras en el palacio, y al propio rey más que sobrecogerle el ánimo de súbito terror, se lo llenó de angustiosa preocupación. Por eso, aunque para los prodigios 5
públicos [121] se recurría únicamente a los adivinos etruscos, aterrado por aquella visión que parecía referirse a su familia, decidió enviar a consultar al oráculo de Delfos, el más famoso del mundo [122]. Y como no se atrevía a confiar a 6
ningún otro la respuesta del oráculo, envió a sus dos hijos a Grecia por tierras entonces desconocidas y por mares aún más desconocidos. Tito y Arrunte partieron; les fue ads- 7
crito como acompañante Lucio Junio Bruto, hijo de Tarquinia, hermana del rey, un joven de carácter muy distinto al que aparentaba. Éste, cuando supo que los ciudadanos principales, y entre ellos su hermano, habían sido muertos por su tío materno, resolvió no dar al rey motivo de temor por su manera de ser, ni motivo de ambición por su fortuna, y basar su seguridad en ser despreciable, dado que la justicia no suponía una gran protección. Con toda intención, 8
por consiguiente, se dedicó a parecer tonto, dejó que el rey dispusiera de su persona y de sus bienes, ni siquiera rechazó el sobrenombre de Bruto: encubierto bajo tal ape-

[121] Un prodigio era «público» cuando el Senado lo tomaba en consideración y decidía tomar medidas para su *procuratio*. De no ser así, se hacían consultas privadas.

[122] Hubo contacto con Delfos por parte de algunas ciudades etruscas, por ejemplo, Cere. Ahora bien, el episodio que sigue forma parte de la ficción explicativa del *cognomen* de Bruto. Aunque no caben dudas serias sobre la existencia de Lucio Junio Bruto y de que fue el primer cónsul, sus hazañas y su carácter son una elaboración de los *Iunii Bruti*, tal vez de finales del siglo IV especialmente.

lativo aquel libertador del pueblo romano, aquel valiente
9 desconocido, aguardaba su hora. Fue a él a quien los Tar-
quinios llevaron a Delfos en aquella ocasión, más como
diversión que como compañero; dicen que llevó como
ofrenda a Apolo un bastón de oro envainado en un bastón
de cornejo vaciado con este objeto, como símbolo con
10 rodeos de su propia personalidad. Una vez en Delfos, des-
pués de cumplir el encargo de su padre, los jóvenes tuvie-
ron deseos de averiguar en cuál de ellos recaería el trono de
Roma. Dicen que de las profundidades de la gruta una voz
respondió: «El poder supremo de Roma lo tendrá aquel de
vosotros, jóvenes, que primero dé un beso a su madre.»
11 Los Tarquinios, para que Sexto, que había quedado en
Roma, no se enterase del oráculo y quedase descartado del
poder, conminan a que el hecho se mantenga rigurosa-
mente en secreto; dejan al azar cuál de ellos al regresar a
12 Roma daría primero un beso a su madre. Bruto, compren-
diendo que las palabras píticas tenían otro sentido, simuló
perder el equilibrio a consecuencia de un resbalón y rozó
con sus labios la tierra, porque ésta, evidentemente, es la
13 madre común del género humano. Después, regresaron a
Roma, donde se estaba poniendo gran empeño en la prepa-
ración de una guerra contra los rútulos.

57 Árdea[123] pertenecía a los rútulos, pueblo de riqueza
pujante para el país y la época de que se trataba; y la causa
de la guerra fue, precisamente, que el rey de Roma tenía el
afán de enriquecerse él, arruinado por la magnificencia de
las obras públicas, y de aplacar con el atractivo del botín
2 los ánimos de la población, que además de estar en contra
del rey por la soberbia de que daba muestras en todas sus
otras cosas, estaba indignada por haber sido empleada tan

[123] Cerca de 40 kilómetros al sur de Roma, a 11 del mar; hacía de capital de los rútulos; era miembro de la Liga Latina de Aricia. Aparecieron restos de un templo etrusco anterior a la colonia romana.

largo tiempo por el rey en tareas de obreros y en trabajo de
esclavos. Se hizo una tentativa a ver si se podía tomar 3
Árdea al primer asalto: como esto no dio resultado, se
trató de reducir al enemigo sitiándolo y abriendo trinche-
ras. En los cuarteles de asedio, como suele ocurrir en las 4
operaciones bélicas prolongadas más que intensivas, los
permisos se daban con bastante facilidad, más sin embargo
a los oficiales que a la tropa; por lo que respecta a los 5
jóvenes hijos del rey, mataban a veces el tiempo reunién-
dose en festines y francachelas. Un día en que estaban éstos 6
bebiendo en la tienda de Sexto Tarquinio, en una cena en
la que participaba también Tarquinio Colatino, hijo de
Egerio, recayó la conversación sobre sus «esposas».
Cada uno ponía por las nubes a la suya; enseguida se aca- 7
lora la discusión y Colatino dice que no hay por qué seguir
discutiendo, que en cuestión de horas se puede comprobar
cuánto aventaja su Lucrecia a las demás: «Dado que somos
jóvenes y fuertes, ¿por qué no montamos a caballo y vamos
a cerciorarnos personalmente del comportamiento de nues-
tras mujeres? Que cada uno dé un valor definitivo a lo que
vea con sus propios ojos ante la llegada inesperada del
marido.» El vino los había encendido. «¡Vamos ya!», dicen 8
todos; a galope tendido vuelan a Roma. Llegan al empezar
a oscurecer; continúan hasta llegar a Colacia, y allí encuen- 9
tran a Lucrecia, no como a las nueras del rey, a las que
habían visto entreteniendo el tiempo con sus amigas en un
suntuoso banquete, sino trabajando la lana bien entrada la
noche sentada en medio de su casa rodeada por sus escla-
vas también en vela. Lucrecia se llevó la palma en aquella 10
disputa acerca de las mujeres. La llegada de su esposo y
de los Tarquinios fue recibida con afabilidad. El marido
ganador tiene la cortesía de invitar a los jóvenes príncipes.
Entonces se apodera de Sexto Tarquinio el deseo funesto
de poseer por la fuerza a Lucrecia, seducido por su belleza

11 unida a su recato ejemplar. Por fin, después de una noche
de entretenimientos propios de la juventud, regresan al
campamento.

58 Pasados algunos días, Sexto Tarquinio, a espaldas de
2 Colatino, vuelve a Colacia con un solo acompañante. Aje-
nos a sus propósitos, lo recibieron atentamente; después de
la cena fue conducido al aposento de los huéspedes.
Encendido por la pasión, cuando le pareció que en torno
suyo todo estaba tranquilo y que todos estaban dormidos,
desenvainó la espada, se acercó a Lucrecia, que estaba
dormida, y apretando el pecho con la mano izquierda le
dice: «Silencio, Lucrecia ; soy Sexto Tarquinio; estoy
3 empuñando la espada; si das una voz, te mato.» Al desper-
tar despavorida la mujer, se vio sin ayuda alguna y al
borde de una muerte inminente; entretanto, Tarquinio le
confesaba su amor, suplicaba, alternaba amenazas y súpli-
cas, trataba por todos los medios de doblegar la voluntad
4 de la mujer. Al verla firme y sin ceder ni siquiera ante el
miedo a morir, acentúa su miedo con la amenaza del des-
honor: le dice que junto a su cadáver colocará el de un
esclavo degollado y desnudo, para que se diga que ha sido
5 muerta en degradante adulterio. El miedo a tal deshonor
doblegó aquella virtud inquebrantable y Tarquinio, como
si hubiese sido la pasión la que había salido triunfante, se
marchó orgulloso de haber arrebatado el honor a una
mujer. Lucrecia, abatida por tan tremenda desdicha, envía
a un mismo mensajero a su padre a Roma y a su marido a
Árdea a decirles que vengan cada uno con un amigo de su
confianza, que es preciso actuar inmediatamente, que ha
6 ocurrido algo horrible. Espurio Lucrecio acude con Publio
Valerio, hijo de Voleso, y Colatino con Lucio Junio Bruto,
con el que casualmente volvía a Roma cuando encontró al
emisario de su mujer. Encuentran a Lucrecia sentada en su
7 aposento, sumida en el abatimiento. Al llegar los suyos,

rompió a llorar y, al preguntarle su esposo: «¿Estás bien?»,
contestó: «No. ¿Cómo puede estar bien una mujer que ha
perdido el honor? Colatino, hay huellas de otro hombre en
tu lecho; ahora bien, únicamente mi cuerpo ha sido vio-
lado, mi voluntad es inocente; mi muerte te dará fe de ello.
Pero dadme la diestra y la palabra de que el culpable no
quedará sin castigo. Es Sexto Tarquinio el que, compor- 8
tándose como un enemigo en lugar de como un huésped, la
pasada noche vino aquí a robar, armado y por la fuerza,
un placer funesto para mí, y para él si vosotros sois hom-
bres.» Todos dan su palabra, uno tras otro; tratan de miti- 9
gar su interno dolor responsabilizando de la culpa al autor
del atropello, y no a la que se ha visto forzada: que es la
voluntad la que comete falta, no el cuerpo, y no hay culpa
donde no ha habido intencionalidad. «Vosotros veréis — 10
responde — cuál es su merecido; por mi parte, aunque me
absuelvo de culpa, no me eximo de castigo; en adelante
ninguna mujer deshonrada tomará a Lucrecia como ejem-
plo para seguir con vida.» Se clavó en el corazón un cuchi- 11
llo que tenía oculto entre sus ropas, y doblándose sobre su
herida se desplomó moribunda, entre los gritos de su 12
marido y de su padre.

Bruto, mientras ellos están entregados a su dolor, 59
extrae el cuchillo de la herida de Lucrecia y sosteniéndolo
en alto goteando sangre, dice: «Por esta sangre tan casta
antes del ultraje del hijo del rey, juro, y os pongo a voso-
tros, dioses, por testigos, que yo perseguiré a Lucio Tarqui-
nio el Soberbio, a su criminal esposa y a toda su descen-
dencia a sangre y fuego y con todos los medios que en
adelante estén en mi mano, y no consentiré que ellos ni
ningún otro reinen en Roma.» Acto seguido, entrega el 2
cuchillo a Colatino, después a Lucrecio y a Valerio, estupe-
factos ante lo extraordinario de un comportamiento que
revela unas cualidades inesperadas en el alma de Bruto.

Juran como se les había pedido; se transforma por completo en ira su dolor, y siguen como jefe a Bruto que los concita a empezar desde ese instante la liquidación de la realeza.

3 Sacan de la casa el cadáver de Lucrecia y lo llevan al foro, y la natural sorpresa ante el inesperado acontecimiento y la indignación amotinan a la gente. Uno por uno
4 reprueban la criminal violencia del hijo del rey. Hace mella en ellos, por una parte, el desconsuelo del padre y, por otra, Bruto, que recrimina los llantos y lamentaciones inútiles y propone tomar las armas, como corresponde a verdaderos hombres, a verdaderos romanos, contra quienes se
5 han atrevido a actuar como enemigos. Los jóvenes más decididos se presentan espontáneamente, armados; los sigue, igualmente, el resto de la juventud. Le dejan al padre una guarnición, montan vigilancia para que nadie pueda llevar a la familia real la noticia del levantamiento, y los demás con sus armas marchan a Roma, con Bruto a la
6 cabeza. Al llegar allí, por donde pasa aquella multitud armada siembra el pánico y la confusión; después, al ver que marcha en cabeza lo más relevante de la ciudadanía,
7 piensan que, sea lo que sea, obedecerá a una razón. No es menor en Roma la conmoción que provoca aquel crimen horrible que la que había provocado en Colacia; por eso, desde todos los rincones de la ciudad se acude corriendo al foro. Cuando fueron llegando allí, un pregonero convocó al pueblo ante el tribuno de los céleres, magistratura que
8 precisamente desempeñaba entonces Bruto. Pronunció allí un discurso que nada tenía que ver con los sentimientos y el carácter que hasta aquel día había aparentado; habló de la pasión brutal de Sexto Tarquinio, de la execrable violación de Lucrecia y de su lastimosa muerte, de la soledad de Tricipitino, para el cual más indignante y deplorable que la
9 muerte de su hija era la causa de esa muerte. Habló, des-

pués, de la soberbia del propio rey, y de las miserias y trabajos de la plebe, inmersa en fosas y vaciado de cloacas: ¡los hombres de Roma, vencedores de todos los pueblos del entorno, se habían convertido de guerreros en obreros y picapedreros! Rememoró la afrentosa muerte del rey Servio 10
Tulio y la impiedad de la hija, que lanzó su carro sobre el cadáver de su padre, e invocó a los dioses vengadores de los padres. Recordando estos hechos y supongo que otros 11
más atroces que sugiere la indignación en el momento de su mayor intensidad, cuyo relato en detalle no es fácil para el historiador, impulsó a la enardecida multitud a quitar el poder al rey y mandar al exilio a Lucio Tarquinio, a su mujer y a sus hijos. Bruto, una vez alistados y armados los 12
más jóvenes de los que se presentaban voluntarios, marchó inmediatamente al campamento de Árdea a sublevar al ejército contra el rey; deja el mando de Roma a Lucrecio, nombrado con anterioridad prefecto de la ciudad por el rey. En medio de aquel revuelo, Tulia huyó del palacio y, a 13
su paso, hombres y mujeres la maldecían e invocaban a las furias vengadoras de los padres.

Tarquinio, desterrado. De la monarquía a la república

Recibida en el campamento la noticia 60
de estos acontecimientos, el rey, alarmado por la revuelta, marchó a Roma a reprimir la sublevación; Bruto, que se había apercibido de su venida, dio un rodeo para no encontrarse con él y, casi al mismo tiempo, por caminos diferentes, llegaron Bruto a Árdea y Tarquinio a Roma. A Tarquinio se le cerraron las puertas y se le 2
notificó el destierro; al libertador de Roma lo recibieron con alborozo en el campamento, y los hijos del rey fueron expulsados. Dos de ellos siguieron a su padre al destierro a Cere [124], en Etruria; Sexto Tarquinio, que se marchó a

[124] Para Ogilvie, es bastante probable que los Tarquinios fueran originarios de Cere y que se refugiaran allí.

Gabios como quien se dirige a su propio reino, fue muerto en venganza por los antiguos odios que él mismo había suscitado contra su persona con sus asesinatos y rapiñas.

3 Lucio Tarquinio el Soberbio reinó veinticinco años. La monarquía duró en Roma, desde la fundación de la ciudad
4 hasta su liberación, doscientos cuarenta y cuatro años. A continuación se nombraron dos cónsules[125] en los comicios por centurias convocados por el prefecto de la ciudad de acuerdo con las normas de Servio Tulio: Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino[126].

---

[125] Que el cónsul primero se llamaba *praetor* y que el cambio fue introducido por los decénviros al sistematizar la constitución no son cuestiones discutidas, pero sí cómo era en origen el consulado. La explicación más satisfactoria sigue siendo la tradicional: magistratura colegiada desde un principio, y los magistrados, primero *praetores* y después cónsules.

[126] Se considera poco probable que el colega de Bruto fuese Colatino. En Polibio aparece M. Horacio.

LIBRO II

SINOPSIS

Caps. 1-8: PRIMER AÑO DE LA REPÚBLICA.

La república llegó en su momento. Condiciones de su organización (1, 2-2, 2).

Expulsión de la *Gens Tarquinia*. Conspiración para reinstaurar la monarquía (2, 3-5).

De la intriga a la lucha abierta: guerra contra los etruscos. Muerte de Bruto (6-7).

Leyes Valerias. Dedicación del Capitolio (8-9).

Caps. 9-15: PORSENA.

Porsena contra Roma. Los héroes: Horacio Cocles (9-11). Murcio Escévola. Clelia (12-15).

Caps. 16-22: GUERRA SABINA Y LATINA.

Guerra con sabinos y auruncos. Inmigración a Roma de la *Gens Claudia* (16-17).

Coalición contra Roma. Institución de la dictadura. Batalla del lago Regilo (18-20).

Muerte de Tarquinio que hace variar la situación de la plebe. Alianza con el Lacio (21-22).

Caps. 23-32: EL PROBLEMA DE LAS DEUDAS.

Aparición del problema de las deudas: reacción de la plebe (23-24).

Exterior: campaña contra volscos, sabinos y auruncos. Interior: reaparece el problema de las deudas (25-30, 7).

Guerra en tres frentes: ecuos, volscos y reaparición de los sabinos. Problemas internos, retirada de la plebe al monte Sacro (30, 8-33, 3).

Caps. 33-40: CORIOLANO.

Confederación latina. Coriolano (33, 3-40).

Caps. 41-57: LA LEY AGRARIA. LOS FABIOS.

La primera ley agraria: luchas intestinas. Guerras con volscos, ecuos y veyentes (41-47).

Los trescientos seis Fabios (48-50).

La guerra con Veyos, que asedia Roma, termina con un tratado de paz (51-53).

La ley agraria provoca nuevos disturbios, hasta que al fin es aprobada (54-57).

Caps. 58-65: GUERRA CON VOLSCOS, ECUOS Y SABINOS.

Guerra con volscos y ecuos. Trayectoria final de Apio Claudio (58-61).

Guerra con ecuos, sabinos y volscos. Toma de Ancio (62-65).

1 Voy a exponer a partir de ahora la historia política y militar del pueblo romano libre, sus magistraturas anuales y el imperio de las leyes, más fuerte que el de los hombres.
2 Esta libertad la había hecho más apreciable el despotismo del último rey. Porque sus predecesores ejercieron el poder de tal modo que merecieron, uno tras otro, ser considerados fundadores, al menos, de los barrios nuevos de Roma que fueron añadiendo como asiento para el incremento de la

La república llegó en su momento. Condiciones de su organización

3 población que anexionaban; y no cabe duda de que el mismo Bruto, que tanta gloria alcanzó expulsando al tiránico rey, lo habría hecho con gravísimo detrimento del Estado, si, llevado por el ansia de una libertad para la que todavía no había condi-

ciones, hubiese arrebatado el poder a alguno de los reyes precedentes. En efecto, ¿qué hubiera ocurrido, si aquella 4
turba de pastores y aventureros, huidos de su patria, una vez alcanzada la libertad o, al menos, la impunidad al estar protegidos por la inviolabilidad del asilo, liberados del temor al rey, se hubiesen visto inmersos en las tempestades tribunicias; y si hubiesen entrado en pugna con los patri- 5
cios, en una ciudad que no era la suya, antes de que los lazos afectivos de cónyuges e hijos y la querencia misma a la tierra, a la que uno se va apegando a través de una prolongada permanencia, hubiese cohesionado sus voluntades? La discordia habría destrozado a un Estado en la infancia 6
aún, al que una serena moderación en el ejercicio del poder arropó y desarrolló hasta hacerlo capaz de asimilar el preciado fruto de la libertad en la plenitud de sus fuerzas.

Por otra parte, el que entonces naciera la libertad 7
radicó más en la limitación a un año del poder de los cónsules, que en la supresión de alguno de los poderes de los reyes. Todas sus atribuciones, todos sus distintivos exter- 8
nos los conservaron los primeros cónsules; únicamente se evitó dar la impresión de que el temor se había multiplicado por dos, si ambos llevaban *fasces*[127] simultáneamente: el primero en detentarlos, por deferencia de su colega, fue Bruto. No había puesto éste un empeño mayor en reivindicar la libertad, que el que puso después en protegerla. Antes de nada, para impedir que el pueblo, que estaba 9
entusiasmado con la naciente libertad, cediese en el futuro ante ruegos o concesiones de la realeza, le hizo jurar que

[127] El cambio se hacía cada mes, al relevarse en la dirección de los asuntos públicos, y el que no los llevaba iba precedido o seguido por doce lictores. Los *fasces* eran doce haces de varas atadas en torno a una segur con una correa de cuero. La tradición es coincidente en que los reyes tenían doce *fasces:* este símbolo etrusco pudo ser importado en el período monárquico.

10 no toleraría que nadie reinase en Roma. Luego, para potenciar la fuerza del senado, en virtud incluso del número de sus componentes, incrementó la nómina de senadores, mermada por las ejecuciones de Tarquinio, eligiendo a lo más relevante del orden ecuestre hasta totalizar
11 la cantidad de trescientos. De ahí, según dicen, la costumbre de convocar al senado «a los padres y a los conscriptos»: evidentemente, llamaban «conscriptos» a los que fueron elegidos entonces [128]. Es sorprendente el alto grado en que esta medida contribuyó a la concordia de la ciudadanía, a la unión entre el senado y el pueblo.

2 Se ocuparon, a continuación, de las cuestiones religiosas. Como algunos sacrificios públicos habían sido realizados habitualmente por el propio rey, a fin de evitar que en ningún terreno se echase en falta a los reyes, crearon un rey
2 de sacrificios. Pero este sacerdocio lo subordinaron al pontífice máximo, no fuera a ser que, si unían a tal título una función relevante, pusiesen alguna clase de cortapisas a la libertad, que era la principal preocupación del momento.

Expulsión de la «gens Tarquinia». Conspiración para reinstaurar la monarquía

Yo no sé si no fueron demasiado lejos en la minuciosidad y detallismo que
3 pusieron en protegerla. Efectivamente, el nombre, a falta de otro inconveniente, de uno de los dos cónsules era mal visto por los ciudadanos: los Tarquinios se habían habituado más de

[128] La explicación de la expresión *patres conscripti*, que designaba al conjunto de los senadores, fue objeto de discusión desde antiguo. Prevaleció entonces la opinión de que *patres* eran los patricios originarios, los de las *gentes maiores*, y *conscripti* los no patricios introducidos en el Senado más tarde (por Rómulo, o por Tarquinio el Antiguo, o por Servio Tulio, o por este primer cónsul). Actualmente, a esta explicación se le ve el inconveniente de que, en tal caso, el término latino empleado sería *adscripti*, no pudiendo, por tanto, designar en forma asindética *patres* a los patricios y *conscripti* a los plebeyos incorporados (véanse también, *supra*, nn. 19 y 78).

la cuenta a reinar. Habían comenzado por el Antiguo. Después, había reinado Servio Tulio; ni siquiera al producirse esta interrupción, al haber pasado a otras manos el trono, se había olvidado de él Tarquinio el Soberbio y, como si se tratase de una herencia familiar, lo había retomado a la fuerza recurriendo al crimen. Expulsando el Soberbio, el poder estaba en manos de Tarquinio Colatino: los Tarquinios no sabían vivir como simples ciudadanos. Aquel nombre era no grato, era un peligro para la libertad.
Tales comentarios se comenzó por difundirlos por toda la 4
ciudad para tantear poco a poco la opinión, y una vez suscitada la inquietud y la suspicacia de la plebe, Bruto la convoca a asamblea. En ella empieza por repetir el jura-
mento del pueblo de que no se consentiría que hubiese en 5
Roma rey alguno ni persona que representase un peligro para la libertad; que esto hay que asegurarlo con el mayor cuidado, y no descuidar ni un solo detalle en relación con el tema; que lamenta tener que hacer alusiones personales, y que no hubiese hablado, si el amor a la patria no le
hubiese obligado; que el pueblo romano no cree haber 6
reencontrado la libertad plena; que la estirpe real, que el apellido real está todavía en la ciudad e, incluso, en el poder; que esto es un estorbo, un obstáculo para la liber-
tad. «Tú, Lucio Tarquinio —dice—, libéranos de este 7
temor por tu propia iniciativa. Lo tenemos presente, lo proclamamos: tú expulsaste a los reyes; completa tu acción bienhechora, aleja de aquí el nombre real. En cuanto a tus bienes, tus conciudadanos te los dejarán, yo te lo garantizo, e incluso, si los tuyos te son insuficientes, te los incrementarán espléndidamente. Márchate como amigo; libera a la ciudad de un temor tal vez infundado, pero tal es el convencimiento que existe: la realeza desaparecerá de Roma
únicamente cuando se vaya la familia Tarquinia.» La sor- 8
presa de una intervención tan inesperada y tan repentina en

un primer momento dejó al cónsul sin habla; después, cuando comienza a replicar, la nobleza lo rodea y le hace la
9 misma petición, con ruegos insistentes. Los demás producían en él una mella relativa; pero, cuando Espurio Lucrecio, persona de más peso por su edad y por su rango y, además, suegro suyo, comenzó a echar mano de diversos recursos alternando ruegos y consejos a fin de que se some-
10 tiese al deseo unánime de los ciudadanos, el cónsul, temiendo que después cuando volviese a la vida privada le sobreviniese lo mismo unido a la pérdida de sus bienes y a cualquier otra ignominia que pudiera sobreañadirse, dimitió de su cargo [129], y una vez efectuado el traslado de todos
11 sus bienes a Lavinio, se marchó de la ciudad. Bruto, previa autorización del senado, presentó al pueblo una propuesta de destierro contra todos los miembros de la familia Tarquinia; proclamó colega suyo, elegido en comicios por centurias, a Publio Valerio [130], que le había ayudado a expulsar a los reyes.

3 Aunque para nadie ofrecía duda la inminencia de una guerra con los Tarquinios, tuvo ésta lugar, sin embargo, más tarde de lo que todos esperaban; por otra parte, y esto no se lo temían, las intrigas y la traición estuvieron a punto de dar al traste con la libertad.

2 Había entre la juventud romana algunos muchachos, y no precisamente nacidos en humilde cuna, cuyos caprichos no habían tenido cortapisas durante la monarquía: de la misma edad y del mismo círculo que los jóvenes Tarqui-
3 nios, se habían habituado a vivir a modo de rey. La situación igualitaria presente les hacía echar de menos aquella situación privilegiada, y se quejaban entre sí de que la libertad de los demás había redundado en esclavitud para ellos: un rey era una persona, de la cual se podía conseguir lo que se necesitase, fuese o no ajustado a derecho; con él había lugar para el favor, para el beneficio; podía irritarse, pero también perdonar; sabía distinguir entre un amigo y un enemigo. Las leyes son una fuerza sorda e ine- 4
xorable, más ventajosa y mejor para el indigente que para el poderoso; en ellas no tienen cabida los miramientos ni la indulgencia, si uno ha ido demasiado lejos; es un riesgo, siendo tantas las debilidades humanas, no poder vivir más que en la inocencia. Mal a gusto como estaban ya de por 5
sí, llegaron los enviados de la familia real y, sin hacer alusión al retorno, se limitaron a reclamar sus bienes. Después de que fueron oídas sus reclamaciones en el senado, las deliberaciones sobre el tema duraron varios días: la no restitución podía darles pretexto para declarar la guerra, la restitución podía proporcionarles recursos y ayuda para sostenerla. Entretanto, los delegados se movían a dos nive- 6
les: oficialmente, reclamaban los bienes; bajo cuerda, planificaban la restauración de la monarquía, y, so pretexto de cumplir la misión de la que aparentemente se ocupaban, iban tanteando los ánimos de los jóvenes nobles. A los que 7
dan una buena acogida a sus palabras, les entregan una carta de los Tarquinios y traman la manera de darles entrada en Roma clandestinamente durante la noche.

El proyecto les fue confiado en primer lugar a los her- 4
manos Vitelios y a los hermanos Aquilios [131]. Una hermana de los Vitelios estaba casada con el cónsul Bruto, y de

[129] Había más de una versión del cese de Colatino, desde una renuncia voluntaria hasta una intervención por la fuerza por parte de Bruto, según las necesidades de los analistas de comienzos del siglo I a. C., de buscar precedentes para su época.

[130] Para Ogilvie («A commentary...», pág. 241), entre otros, el consulado de P. Valerio es apócrifo.

[131] La familia de los Vitelios no vuelve a aparecer en época republicana; los que aparecen en época imperial tenían, parece, otro origen. Los Aquilios eran nietos de Colatino.

aquel matrimonio habían nacido dos hijos que eran ya
2 mozos: Tito y Tiberio. También a éstos los incorporan a la
conspiración sus tíos maternos. Dieron entrada, además, a
otros varios jóvenes, también nobles, cuyos nombres se han
3 perdido con el paso del tiempo. Entretanto, en el senado se
había impuesto el parecer de los partidarios de la restitu-
ción de los bienes, y esto precisamente constituía un pre-
texto para que los delegados prolongasen su estancia en
Roma, porque obtuvieron de los cónsules un plazo para
adquirir carros con que transportar los bienes reales. Este
tiempo lo emplean por entero en deliberaciones con los
conjurados y, a fuerza de insistir, consiguen que les sea
4 entregada una carta para los Tarquinios: pues, de no ser
así, ¿cómo se van a convencer de que los informes que los
delegados les traen acerca de asuntos de tanta trascenden-
cia no son algo carente de base? La carta que les entrega-
ron, destinada a avalar sus palabras, puso al descubierto su
5 crimen. En efecto, la víspera de la partida de los delegados
al reencuentro con los Tarquinios, hubo una cena casual-
mente en casa de los Vitelios y, durante ella, los conjura-
dos, una vez alejados los testigos, trataron entre sí muchos
detalles acerca del reciente proyecto, como es lógico; captó
su conversación un esclavo, que ya con anterioridad se
6 había apercibido de lo que tramaban, pero estaba espe-
rando la ocasión en que fuese entregada a los delegados la
carta que, una vez interceptada, se convertiría en una
prueba acusatoria. En cuanto vio que la habían entregado,
7 lo denunció a los cónsules. Los cónsules fueron a apresar a
los delegados y conjurados, y abortaron por completo la
conspiración sin ruido alguno. Se cuidaron ante todo de la
carta, no fuese a desaparecer. Los traidores fueron inme-
diatamente aherrojados; en cuanto a los delegados, hubo
unos momentos de vacilación y, aunque era evidente que
su comportamiento les había hecho acreedores a ser trata-

dos como enemigos, prevaleció, sin embargo, el respeto al
derecho de gentes [132].

El tema de la restitución de los bienes reales, a favor de 5
la cual se habían pronunciado anteriormente, es sometido
de nuevo a la decisión de los senadores. Dominados por la
cólera, se negaron a que fuesen restituidos, se negaron a
que pasasen a engrosar el tesoro público. Se los entregaron 2
al pueblo para que entrara a saco en ellos, con el fin de
que, después de haber puesto sus manos sobre los bienes de
los reyes, perdiese para siempre toda esperanza de avenen-
cia con ellos. La finca de los Tarquinios situada entre la
ciudad y el Tíber fue consagrada a Marte y pasó a ser, en
adelante, el «Campo de Marte». Dio la coincidencia de que 3
en ella había en aquel momento, al parecer, una cosecha de
trigo a punto para la siega. Como consumir el fruto del
Campo de Marte era una profanación, una gran cantidad
de gente tomó la mies cortada juntamente con la paja y
todos a una la arrojaron con cestos al Tíber, que llevaba
poco caudal, como suele ocurrir a mediados del verano. Se
depositaron, así, en los bajos fondos, grandes montones de
trigo aprisionados por el fango. Con ello, y con el añadido 4
de lo que el río suele arrastrar fortuitamente, poco a poco
se formó una isla. Después, supongo, se añadieron diques y
la mano del hombre contribuyó a hacer el enclave suficien-
temente alto y consistente para sostener, incluso, templos y
pórticos.

Después del saqueo de los bienes reales, los traidores 5
fueron condenados y llevada a cabo la ejecución, tanto más
reseñable por cuanto el hecho de ser cónsul impuso a un
padre el deber de ordenar el castigo de sus hijos, y preci-

[132] Por este derecho gozaban los embajadores de inmunidad, aunque delinquiesen contra el pueblo en donde estaban cumpliendo su misión. Se los podía reclamar, una vez habían vuelto a su patria.

samente a él, que debería haber sido alejado de la contemplación del suplicio, el azar lo designó para presidirlo.
6 Había amarrados al poste jóvenes de la más alta nobleza; pero los hijos del cónsul concentraban en sí todas las miradas que se apartaban de los demás, como si se tratase de personas desconocidas; se encontraba deplorable, más que el castigo, el delito por el que habían merecido el castigo.
7 ¡Que precisamente en aquel año hubiesen concebido el propósito de entregar a su patria libertada, a su padre el libertador, el consulado, nacido en la familia de los Junios, el senado, el pueblo, todo lo que Roma era —dioses y hombres—, en manos del antaño tiránico rey, hogaño exi-
8 liado enemigo! Los cónsules se adelantaron a ocupar sus sillas y los lictores recibieron orden de proceder a la ejecución. Desnudan a los reos, los azotan con las varas y los hieren de muerte con el hacha: durante todo este tiempo los ojos del público contemplaban al padre, su semblante, su expresión, donde despuntaban los sentimientos paternales en medio de su pública función de justicia.

9 A continuación del castigo de los culpables, para dejar sentado un precedente memorable que, en la doble perspectiva del premio y el castigo, mantuviera el delito a raya, se recompensó al delator con dinero del tesoro público, con la
10 libertad y con la ciudadanía. Fue aquél, dicen, el primero que obtuvo la libertad por *uindicta* [133]; creen, incluso, algunos que la *uindicta* tomó el nombre de aquel esclavo, que se llamaba Vindicio. Desde entonces se siguió la norma de que esta forma de concesión de la libertad conllevase el derecho de ciudadanía.

[133] Una de las formas en que un esclavo pasaba a ser libre, la *manumissio uindicta,* se realizaba ante un magistrado.

De la intriga a la lucha abierta: guerra contra los etruscos. Muerte de Bruto

Cuando le comunicaron estos hechos 6
tal y como se habían producido, Tarquinio fue presa no sólo del dolor ante el derrumbamiento de tan grandes esperanzas, sino también del odio y de la cólera. Cuando vio que no tenía salida la vía de la astucia, consideró que había que preparar abiertamente la guerra y fue recorriendo suplicante las poblaciones de Etruria; rogaba 2
especialmente a los de Veyos y de Tarquinios que no le dejasen a él, uno de ellos, de la misma sangre, exiliado, reducido a la miseria después de haber tenido tan gran poder no hacía mucho, perecer ante sus propios ojos juntamente con sus hijos, muchachos aún. Que otros habían sido llamados del extranjero al trono de Roma: él, siendo rey, cuando estaba engrandeciendo con sus acciones bélicas el imperio romano, había sido expulsado por sus allegados en una criminal conjuración; como ninguno por separado 3
parecía suficientemente digno del trono, se habían repartido la realeza en jirones y habían entregado sus bienes al pillaje del pueblo para que nadie estuviese libre de responsabilidad en el crimen. Que él reivindicaba su patria y su trono y quería castigar la ingratitud de sus súbditos. Que le prestasen ayuda y apoyo. Que se lanzasen también ellos a vengar sus antiguas ofensas, las derrotas tan repetidas de sus legiones, la pérdida de su territorio. Estos argumentos 4
hicieron mella en los de Veyos: todos a porfía gritan en tono amenazador que hay que borrar las afrentas, al menos ahora que los guía un romano, y recobrar lo que se ha perdido en la guerra. A los de Tarquinios los mueve el nombre y el parentesco: les parecía un honor el que los suyos reinasen en Roma.

Dos ejércitos de las dos ciudades siguieron, así, a Tar- 5
quinio para reclamar el trono y castigar por las armas a los romanos. Una vez llegado a territorio romano, los cónsules

6 le salen al encuentro al enemigo. Valerio manda la infante-
ría, formada en cuadro. Bruto toma la delantera con la
caballería para explorar. De modo semejante, la caballería
venía a la cabeza de la columna enemiga bajo el mando de
Arrunte Tarquinio, hijo del rey; lo seguía el propio rey con
7 la infantería. Arrunte, cuando desde lejos dedujo por los
lictores que se trataba de un cónsul y, después de acercarse,
reconoció con seguridad los rasgos mismos de Bruto,
encendido de cólera gritó: «Ese hombre es el que nos echó
de nuestra patria, al destierro. Vedlo ahí, sí, es el que
avanza orgullosamente adornado con nuestros distintivos.
8 ¡Sedme propicios, dioses vengadores de los reyes!» Pica
espuelas a su caballo y se lanza violentamente contra el
cónsul. Bruto se apercibió de que se iba contra él, pero por
entonces los generales tenían a honra iniciar personalmente
la lucha; por eso, se presta al combate con todas las ganas.
9 Se lanzaron al choque con tal coraje, sin pensar ni uno ni
otro en cubrirse con tal de alcanzar al adversario, que a
cada uno de ellos el golpe del contrario lo atravesó a tra-
vés del escudo y trabados uno al otro por las dos lanzas se
10 desplomaron del caballo heridos de muerte. Simultánea-
mente se entabla el combate de toda la caballería y, poco
después, viene a sumarse, a su vez, la infantería. Entonces
tuvo lugar una batalla de ventaja alternante, con resultado
prácticamente equilibrado: por ambos bandos resultó ven-
11 cedora el ala derecha, vencida la izquierda. Los de Veyos,
hechos ya a ser vencidos por las fuerzas romanas, huyeron
en desbandada; los de Tarquinios, enemigos nuevos,
aguantaron firmes e, incluso, rechazaron a los romanos de
su área.

7 Después de una batalla de estas características, Tarqui-
nio y los etruscos fueron presa de un pánico tan cerval,
que, sin esperar el resultado definitivo de la confrontación,
ambos ejércitos, el de Veyos y el de Tarquinios, emprendie-

ron por la noche el regreso a sus hogares respectivos. Hay 2
autores que añaden a esta batalla elementos maravillosos:
que, en medio del silencio de la noche siguiente, salió de la
selva Arsia [134] una voz potente, que creyeron era la del dios
Silvano [135], y dijo que los etruscos habían tenido una baja
más en la batalla, que los romanos eran los vencedores. De 3
todos modos, así fue como se alejaron de allí: los romanos
como vencedores, los etruscos como vencidos; pues, una
vez que amaneció y no había enemigo alguno a la vista, el
cónsul Publio Valerio recogió los despojos y volvió en
triunfo a Roma. Celebró las honras fúnebres de su colega 4
con toda la magnificencia que entonces era posible; pero su
muerte se vio mucho más honrada por el dolor público,
puesto de relieve muy especialmente por el hecho de que
las matronas le guardaron el luto como a un padre por
haber sido un vengador tan enérgico del pudor ultrajado.

Con respecto al cónsul superviviente, la actitud popu- 5
lar, tornadiza como es, pasó del favor a la aversión e,
incluso, a sospechas y acusaciones tremendas. Corría el 6
rumor de que aspiraba al trono, porque no se había hecho
elegir un colega en sustitución de Bruto y porque estaba
edificando en lo alto de la colina Velia [136]: sobre aquella
posición elevada y guarnecida se estaba haciendo una ciu-
dadela inexpugnable. Esto que se decía y se creía entre la 7
gente indignaba y atormentaba al cónsul. Convocó al pue-
blo a asamblea, mandó inclinar ante ella los *fasces* y subió
a la tribuna. A la multitud le resultó agradable ver que ante
ella se habían inclinado los símbolos del poder, lo cual

[134] No localizada con seguridad. Era frecuente en la antigüedad el *prodigium* de árboles parlantes.

[135] No debe ser confundido, sin más, con Fauno, aunque desde antiguo aparecen frecuentemente identificados.

[136] Elevación del terreno desde el nordeste del Palatino en dirección al Esquilino.

equivalía a reconocer que la soberanía y el poder del pue-
8 blo eran superiores a los del cónsul. Después de reclamar silencio, el cónsul puso de relieve la suerte de su colega porque había muerto después de la liberación de la patria, investido de la magistratura suprema, luchando por la república, en el cenit de una gloria que no había comenzado aún a convertirse en impopularidad: él, en cambio, había sobrevivido a su gloria para quedar expuesto a las acusaciones y al odio; de libertador de la patria había des-
9 cendido al nivel de Aquilios y Vitelios. «¿Es que nunca —dijo— virtud alguna va a ser a vuestros ojos probada hasta el punto de ser impermeable a la mancha de vuestras sospechas? Yo, el enemigo acérrimo de la monarquía, ¿iba a temer que recayese sobre mí la acusación, precisamente,
10 de ambicionar el trono? Yo, aunque habitase incluso en la ciudadela misma del Capitolio, ¿iba a creer posible que mis compatriotas me temiesen? Mi prestigio ante vosotros ¿tiene una base de apoyo tan endeble? Vuestra confianza en mí ¿tiene unos fundamentos tan poco sólidos que os
11 importa más dónde vivo que quién soy? La casa de Publio Valerio no va a comprometer vuestra libertad, Quirites; no tendréis que preocuparos por la colina Velia; trasladaré mi domicilio al llano, más aún, lo haré bajar al pie de la colina para que viváis a mayor altura que yo, que soy un ciudadano sospechoso; en lo alto de la Velia que edifiquen aquellos en cuyas manos está más segura la libertad que en las
12 de Publio Valerio.» Inmediatamente hizo transportar todos los materiales al pie de la Velia e hizo construir su casa en la parte más baja de la pendiente, donde actualmente se encuentra el templo de Vica Pota[137].

[137] Diosa antigua cuya fiesta se celebraba el 5 de enero. Se relacionaba su nombre con victoria y conquista *(uincere, potiri)*, identificándola con la Victoria.

Leyes Valerias. Dedicación del Capitolio

Propuso, luego, unas leyes que no sólo 8
iban a librar al cónsul de la sospecha de pretender el trono, sino que le iban a mostrar desde una perspectiva tan opuesta que le iban a granjear el favor popular:
de ahí el sobrenombre de Publícola. La ley que permite 2
apelar al pueblo[138] contra un magistrado y la que declara execrables a la persona y los bienes del que hubiese forjado proyectos de proclamarse rey fueron del agrado de la multitud de manera especial. Fue, después de hacerlas aprobar 3
él solo, para que el mérito de tales leyes fuese exclusivamente suyo, cuando celebró los comicios para reemplazar a su colega. Fue elegido cónsul Espurio Lucrecio, que, a 4
causa de lo avanzado de su edad, no tenía ya fuerzas suficientes para desempeñar las funciones de cónsul y murió a los pocos días. El puesto de Lucrecio lo ocupó como sustituto Marco Horacio Pulvilo. En algunos historiadores 5
antiguos no encuentro reseñado al cónsul Lucrecio; inmediatamente después de Bruto sitúan a Horacio; pienso que como no hubo ningún acontecimiento que diese relieve a su consulado, su nombre cayó en el olvido.

No había sido aún dedicado[139] el templo de Júpiter en 6
el Capitolio; los cónsules Valerio y Horacio echaron a suertes cuál de los dos lo dedicaba. La suerte se inclinó por Horacio; Publícola partió para la guerra contra Veyos. Los 7
amigos de Valerio tomaron a mal más de lo debido el que la dedicación de un templo tan famoso se le encomendase a Horacio. Trataron de impedirlo por todos los medios y, después de haber fracasado todas las demás tentativas,

[138] La ley de la *prouocatio*, técnicamente tal, es aquí un doblete de otra bastante posterior.

[139] «Dedicar» era destinar de forma solemne un templo a una divinidad.

cuando tenía ya el cónsul la mano puesta sobre la jamba de
la puerta y estaba invocando a los dioses, lanzan una noti-
cia siniestra: su hijo ha muerto, y con la familia de luto
8 por una muerte no puede dedicar el templo. Sobre si es
que no creyó la noticia o es que su entereza de ánimo fue
muy grande, la tradición no es segura ni las conjeturas son
fáciles; pero, ante tal noticia, sólo interrumpió lo que
estaba haciendo para ordenar que se enterrase el cadáver y,
sin soltar la puerta, termina la invocación y dedica el tem-
plo. Éstos fueron los acontecimientos políticos y militares
del año siguiente a la expulsión de los reyes. A continua-
ción fueron nombrados cónsules Publio Valerio, por
segunda vez, y Tito Lucrecio.

Porsena contra Roma. Los héroes: Horacio Cocles

9 Por entonces los Tarquinios habían
buscado la protección de Larte Por-
sena [140], rey de Clusio [141]. Allí, alternando
consejos y ruegos, unas veces le pedían
que no les dejase a ellos, oriundos de
Etruria, de su misma sangre y de su misma raza, vivir en la
2 indigencia y en el exilio; otras veces le aconsejaban que no
dejase impune la nueva costumbre de expulsar a los reyes.
3 Que bastante atractivo tenía la libertad por sí sola: si los
reyes no defendían su trono con el mismo empeño que los
pueblos ponían en conquistar la libertad, todo, grandes y
pequeños, quedaría medido por el mismo rasero; nada
habría relevante en la sociedad, nada que sobresaliese
sobre lo demás; sobrevendría el final de la realeza, don
4 preciosísimo entre los dioses y los hombres. Porsena, en la

[140] El sentimiento patriótico romano falseó un hecho histórico difícilmente discutible: la conquista de Roma por Porsena. No es defendible la alianza Porsena-Tarquinios con el propósito de reponerlos en el trono.

[141] Ciudad etrusca (una de las doce de la Confederación) situada en el valle del Clanis.

idea de que era muy ventajoso para los etruscos que
hubiera rey en Roma y, además, un rey de raza etrusca,
marchó sobre Roma con su ejército en son de guerra. 5
Nunca hasta entonces el senado había sido presa de un
pánico tan acusado: tan poderoso era, a la sazón, Clusio y
tan grande el nombre de Porsena. Temían no sólo al ene-
migo, sino a sus propios conciudadanos: que la plebe
romana, bajo la presión del pánico, admitiese a los reyes en
la ciudad y aceptase la paz aun al precio de la esclavitud.
Por eso, el senado tuvo muchas consideraciones con la 6
plebe durante aquel período. Se puso especialísimo cui-
dado en el abastecimiento de víveres y se envió una lega-
ción a comprar trigo [142] a los volscos y otra a Cumas. Se les
retiró a los particulares la concesión de la sal, dado que se
vendía a un precio excesivo, y pasó a monopolio del
Estado [143]. La plebe quedó exenta del pago de impuestos y
contribuciones; los ricos debían hacer frente a las cargas
que estaban en condiciones de sobrellevar, los pobres bas-
tantes impuestos pagaban si alimentaban a sus hijos. Así 7
pues, esta benevolencia del senado mantuvo tan unida a la
ciudad, cuando después las cosas se pusieron difíciles
durante el asedio y el hambre, que el título de rey provo-
caba idéntica aversión entre los de más alta y los de más
baja posición, y no hubo en lo sucesivo individuo alguno 8
que consiguiese con intrigas demagógicas el grado de popu-
laridad de que entonces gozó el senado en su totalidad con
sus prudentes medidas.

Al acercarse el enemigo, toda la gente de las cercanías 10
se traslada a la ciudad; en torno a la propia Roma se esta-
blece un cinturón de guarniciones. Parecía bien asegurada,

[142] La autenticidad de los datos referentes al trigo es muy discutida.

[143] No es posible precisar hasta qué fecha se retrotrae el monopolio estatal de la sal.

de una parte, por sus murallas y, de otra, por el obstáculo
2 del Tíber; sin embargo, el puente de madera[144] le hubiera posibilitado el acceso al enemigo, si no hubiera estado allí un valiente tan sólo, Horacio Cocles: la suerte de la ciudad
3 de Roma contó aquel día con semejante valladar. Estaba casualmente situado en la defensa del puente, cuando vio que el enemigo se había apoderado del Janículo en un ataque repentino y, acto seguido, se lanzaba hacia abajo a paso de carga, y que sus hombres asustados abandonaban armas y puestos. Reteniéndolos uno por uno, cerrándoles el paso e invocando la lealtad de los dioses y de los hom-
4 bres, les aseguraba que su huida, abandonando el puesto de guardia, era inútil: si dejaban a su espalda el paso libre por el puente, enseguida iba a haber más enemigos en el Palatino y el Capitolio que en el Janículo; que, por eso, les aconseja, los conmina a que corten el puente con hierro, con fuego, con cualquier medio posible; que él aguantará el choque del enemigo todo lo que un solo hombre es capaz
5 de resistir. Se lanza, acto seguido, a la entrada misma del puente, bien ostensible en medio de los que huían de la pelea, de los que sólo se veía la espalda, con las armas prestas para entablar el combate cuerpo a cuerpo; precisamente lo extraordinario de su audacia dejó estupefactos a
6 los enemigos. Hubo, sin embargo, dos hombres a los que el pundonor retuvo a su lado: Espurio Larcio y Tito Hermi-
7 nio, ilustres ambos por su linaje y por sus hazañas. Con éstos sostuvo durante unos momentos los primeros embates del peligro, lo más tumultuoso de la lucha; después, también a ellos, al llamarlos los que cortaban el puente cuando quedaba sólo un estrecho pasadizo, los obligó a
8 retirarse a lugar seguro. Entonces, lanzando en torno terribles miradas en tono amenazador sobre los etruscos prin-

[144] Ver I 33, 6.

cipales, tan pronto los desafía uno a uno como los increpa a todos a la vez: esclavos de reyes tiránicos, que no piensan en su propia libertad y vienen a atacar la de los demás.
Estuvieron indecisos durante unos momentos, mirándose 9
unos a otros para desencadenar el combate; después, la vergüenza los empuja en masa y, lanzando un grito, arrojan sus venablos todos a la vez contra su único enemigo;
quedaron los venablos clavados en el escudo con que se 10
cubría y él, sin que su decisión sufriese merma, cubría bien plantado el puente. Ya cargaban sobre aquel valiente tratando de echarlo abajo, cuando, simultaneados el estruendo del puente al quebrarse y los gritos que lanzaron los romanos enardecidos por el éxito de su acción, detuvieron la
carga al producirles un pánico repentino. Cocles, entonces, 11
gritó: «Padre Tíber, te ruego, venerable, que acojas a estas armas y a este guerrero en tus aguas propicias.» De esta suerte, armado como estaba, se lanzó al Tíber y a pesar de la cantidad de proyectiles que caían sobre él, llegó a nado sano y salvo[145] hasta los suyos, después de aquel golpe de audacia que, entre la posteridad, iba a alcanzar más fama
que credibilidad. Roma se mostró agradecida ante seme- 12
jante muestra de valor: se le levantó una estatua en el comicio, se le concedió todo el terreno que pudo rodear de
un surco en un día. En medio de los honores oficiales, 13
tuvieron también relevancia las muestras de afecto de los particulares, pues, siendo como era grande la escasez, cada ciudadano según la medida de sus posibilidades se privó de su propio alimento para llevarle algo.

Porsena, rechazado en su primer intento, cambió el 11
plan de asalto a la ciudad por el de sitio; situó un destacamento en el Janículo y él estableció su campamento en el

[145] En esto difiere Livio de las demás versiones de la leyenda, prerromana, en que el héroe pierde un ojo *(cocles* «tuerto»).

2 llano a la orilla del Tíber. Hizo traer embarcaciones de
todas partes para el bloqueo, a fin de no permitir, en absoluto, el transporte de trigo a Roma y para transportar tropas al otro margen del río a efectuar incursiones de pillaje
en esta o en aquella zona, según se presentase la ocasión.
3 En poco tiempo volvió tan insegura la campiña romana,
que todos los bienes campesinos e, incluso, el ganado fue
trasladado al interior de la ciudad y nadie se atrevía a
4 sacarlo puertas afuera. Tan gran libertad de movimientos
se la consintieron a los etruscos menos por miedo que por cálculo, pues el cónsul Valerio, a la espera de una ocasión para atacarlos de improviso cuando fueran muchos y estuvieran dispersos, no se preocupaba de castigar acciones de poca monta y se reservaba para una represalia seria en cir-
5 cunstancias de más largo alcance. Por eso, para atraer a los
que se dedicaban al pillaje, comunicó públicamente a los suyos que, al día siguiente, debían salir en masa por la puerta Esquilina[146], la más alejada del enemigo, a apacentar el ganado. Estaba convencido de que los enemigos lo iban a saber, porque, debido al asedio y al hambre, se pro-
6 ducían deserciones de esclavos desleales. Efectivamente, se
enteraron por los informes de un desertor y, en mucho mayor número que otras veces, como que esperaban lle-
7 varse el botín completo, cruzan el río. Publio Valerio da
orden a Tito Herminio de apostarse, emboscado con unas tropas no muy numerosas, a dos millas en la carretera de Gabios; a Espurio Larcio le ordena situarse, con los jóvenes de infantería ligera, junto a la puerta Colina y dejar pasar al enemigo para cortarle, después, el paso a fin de
8 que no pueda regresar al río. El otro cónsul, Tito Lucrecio,

[146] En el lado este de Roma. La puerta Colina, en el ángulo nordeste. El monte Celio, cercano a la puerta Celimontana (ángulo sudeste). La puerta Nevia, en el lado meridional de la ciudad.

salió por la puerta Nevia con algunos manípulos de infantería; el propio Valerio desciende del monte Celio con unas cohortes escogidas que fueron las primeras que se ofrecieron a la vista del enemigo. Herminio, al sentir el estruendo 9
del choque, salió corriendo de su emboscada y cayó por la espalda sobre los etruscos que estaban vueltos en dirección a Lucrecio; gritos de respuesta le llegan por la izquierda, provenientes de la puerta Colina y, por la derecha, de la puerta Nevia. Los saqueadores fueron así rodea- 10
dos y exterminados, al no estar en igualdad de fuerzas para luchar y al tener la huida cortada en todas direcciones. Aquél fue para los etruscos el final de sus dilatadas incursiones.

Mucio Escévola. Clelia

Pero el asedio continuaba lo mismo, y 12
con él la escasez y enorme carestía del trigo, y Porsena tenía la esperanza de tomar la ciudad a base de prolongar el sitio. Entretanto, Gayo Mucio, joven 2
patricio, encontraba indignante que el pueblo romano durante su esclavitud, cuando estaba bajo los reyes, no hubiese sufrido asedio durante ninguna guerra ni por parte de enemigo alguno y que ese mismo pueblo, una vez libre, fuese sitiado por los mismos etruscos a cuyo ejército había derrotado repetidas veces. Por consiguiente, pensando en 3
vengar aquella vergüenza con alguna acción importante y audaz, en un primer momento decidió sin consultarlo con nadie introducirse en el campamento enemigo. Después, 4
ante el temor de que, si iba sin permiso de los cónsules y sin que nadie estuviese enterado, lo detuviesen, tal vez, los centinelas romanos y lo volviesen a traer como desertor —acusación que las condiciones en que entonces estaba la ciudad hacían muy verosímil—, se dirigió al senado. 5
«Quiero cruzar el Tíber, senadores —dijo— y entrar, si puedo, en el campamento enemigo, no en plan de saqueo o

pillaje ni para vengar sus rapiñas con otras: es una acción
de mayor envergadura la que me propongo, con la ayuda
de los dioses.» Los senadores dan su aprobación. Esconde
un puñal entre sus ropas y se pone en camino.
6 Cuando llegó al campamento, se situó entre la multitud
7 que se apiñaba junto al tribunal[147] del rey. Se estaba
pagando la soldada y había un secretario sentado al lado
del rey y con una vestimenta muy parecida, muy ocupado,
al cual los soldados se dirigían en masa. No atreviéndose a
preguntar cuál era Porsena, por temor a que su descono-
cimiento del rey lo pusiese al descubierto, se pone en
8 manos del azar y mata al secretario en lugar del rey. Al
escapar, acto seguido, abriéndose paso con su puñal ensan-
grentado por entre la multitud alborotada, la guardia del
rey acudió corriendo atraída por los gritos, lo detuvo y lo
volvió a llevar dejándolo ante el tribunal del rey. Incluso
entonces, en una situación tan crítica, se mostró más temi-
9 ble que temeroso y dijo: «Soy ciudadano romano. Me
llamo Gayo Mucio. He querido, como enemigo, matar a
un enemigo y no tengo para morir menos coraje que el que
tuve para matar: es virtud romana el actuar y el sufrir con
10 valentía. Y no soy yo el único en tener esta actitud hacia ti;
es larga la serie de los que después de mí pretenden el
mismo honor. Por consiguiente, prepárate, si te parece,
para este riesgo, de suerte que a cada hora estés en vilo por
tu vida y te encuentres el puñal de un enemigo hasta en el
11 vestíbulo de tu palacio. Ésta es la guerra que te ha decla-
rado la juventud romana. No es un combate, no es una
batalla lo que has de temer: la cuestión se ventilará entre ti

[147] En el campamento romano el *tribunal* era una elevación en la *uia principalis*, sobre la que se colocaba la *sella castrensis*, donde se sentaba el general para administrar justicia, arengar y distribuir la paga a los soldados.

solo y cada uno de nosotros.» Como el rey, encendido por 12
la cólera a la vez que aterrorizado por el peligro, lo amena-
zaba con dar orden de que lo rodeasen de llamas, si no
aclaraba inmediatamente cuáles eran las asechanzas con
que lo amenazaba con medias palabras, contestó: «Mira, 13
para que te des cuenta de lo poco que importa el cuerpo
para quienes tienen como mira la gloria», y pone su mano
derecha sobre un brasero encendido para un sacrificio. La
dejó quemarse como si no sintiese ni padeciese, y entonces
el rey, atónito ante aquella especie de prodigio, abandonó
su asiento de un salto y ordenó que apartasen al joven del
altar. «Márchate —dijo—, enemigo más osado para con- 14
tigo que para conmigo. Yo aplaudiría tu valor, si ese valor
estuviese a favor de mi patria; pero al menos te eximo de
las leyes de la guerra y te dejo marchar sin hacerte daño,
sin maltratarte.» Entonces, Mucio, como en reconoci- 15
miento a su generosidad, le dijo: «Ya que tú sabes honrar el
valor, vas a obtener de mí con tu gesto lo que no pudiste
obtener con amenazas: somos trescientos, lo más escogido
de la juventud romana, los que nos hemos conjurado para
ir contra ti por este sistema. Me tocó a mí en suerte ser el 16
primero; los demás, cualquiera que sea la suerte de los
anteriores, hasta que la suerte te ponga a su alcance, se irán
presentando cada uno en su momento.»
Una vez que se marchó Mucio, al que desde entonces 13
se le dio el sobrenombre de Escévola[148] (el Zurdo) por la
pérdida de la mano derecha, unos emisarios de Porsena lo
siguieron hasta Roma. El peligro que por primera vez 2
había corrido, del cual lo había salvado exclusivamente la
equivocación de su agresor, y el tener que correr aquel

[148] *Scaeuola* es diminutivo de *scaeua* «la mano izquierda». Parece tratarse, en realidad, del castigo de G. Mucio por perjuro, caso en que se quemaba el brazo derecho, y de su heroísmo en sobrellevarlo.

riesgo tantas veces como conjurados quedasen, había impresionado al rey de tal manera que, por propia inicia-
3 tiva, presentó a los romanos una propuesta de paz. Entre las condiciones figuraba una ilusoria: el restablecimiento de los Tarquinios en el trono; la había puesto más porque no había podido negárselo a los Tarquinios, que por ignorar
4 que los romanos iban a decirle que no. Consiguió que se les devolviera el territorio a los veyentes e impuso a los romanos la obligación de entregar rehenes, si querían que fuese evacuada la guarnición del Janículo. Se acordó la paz con estas condiciones, y Porsena retiró sus tropas del Janículo y desocupó el territorio romano[149].

5 El senado, para recompensar la valentía de Gayo Mucio, le hizo donación de unos terrenos al otro lado del Tíber, los cuales en adelante recibieron el nombre de Pra-
6 dos de Mucio. El conceder tales honores al valor trajo como consecuencia el que también, en las mujeres, se despertase el afán de alcanzar distinciones públicas. Clelia, una doncella que formaba parte de los rehenes, al coincidir que el campamento etrusco no se encontraba muy lejos de la orilla del Tíber, burló a sus guardianes y, haciendo de guía de todas las doncellas, cruzó el Tíber a nado en medio de los proyectiles del enemigo, las condujo a todas ilesas a
7 Roma y las devolvió a sus familias. Cuando el rey tuvo noticia de ello, en un principio montó en cólera y envió a Roma a unos portavoces a reclamar a Clelia como rehén:
8 las otras no le importaban gran cosa. Después, pasando a la admiración, decía que aquélla era una hazaña que superaba a los Cocles y Mucios y declaraba abiertamente que, así como si no se le entregaba al rehén daría por roto el tratado, así también si se la entregaban la devolvería a los

[149] Queda difícilmente velada la realidad: una rendición sin condiciones, aunque los actos de heroísmo sirven de contrapunto.

suyos sin infligirle daño ni maltratarla. Por ambas partes 9
se mantuvo la palabra; los romanos devolvieron la prenda de paz estipulada por el tratado y, por parte del rey etrusco, el valor gozó no sólo de seguridad sino también de honores: alabó a la muchacha y le dijo que le regalaba una parte de los rehenes, que ella misma eligiese los que quisiera. Traídos todos a su presencia, eligió, dicen, a los que 10
aún eran niños, elección ésta digna de una muchacha y merecedora de la aprobación unánime de los propios rehenes, al ser liberados del enemigo los que por su edad estaban más expuestos a ser ultrajados[150]. Restablecida la paz, 11
los romanos recompensaron aquel valor sin precedentes en una mujer con un honor también sin precedentes: una estatua ecuestre[151]; en lo alto de la vía Sacra fue colocada la imagen de una doncella a caballo.

Con esta retirada tan pacífica del rey etrusco no encaja 14
muy bien la costumbre, tradicional desde la antigüedad hasta nuestra época, de poner en venta los bienes del rey Porsena[152], entre otras formalidades solemnes. Esta prác- 2
tica tuvo necesariamente que originarse durante la guerra, sin que después fuese abandonada durante la paz, o desarrollarse a partir de un embrión más pacífico de lo que parece indicar semejante fórmula de venta de los bienes de

[150] Se trataría de rehenes masculinos y femeninos entremezclados, como era costumbre. Quedarían los masculinos, de los que Clelia tuvo que seleccionar algunos escogiendo los impúberes, que corrían mayor peligro de ser ultrajados.

[151] De esta leyenda había muchas variantes; en alguna se decía que Clelia había huido a caballo, o que Porsena le había regalado un caballo. En la vía Sacra hubo una estatua ecuestre, destruida el año 30 a. C., posiblemente de una diosa, sobre la cual pudo elaborarse la leyenda.

[152] Una de las formalidades practicadas cuando se sacaba a subasta el botín de guerra correspondiente al Estado era la proclamación de esta fórmula, cuyo origen es discutido.

3 un enemigo. Según la tradición más verosímil, Porsena, al
desalojar el Janículo, el abundante abastecimiento que
tenía en su campamento gracias a los víveres traídos de los
cercanos y fértiles campos etruscos se lo dejó a los romanos
que, como consecuencia del prolongado asedio, estaban en
4 la indigencia; después, para evitar que aquellos bienes fue-
sen objeto del pillaje popular por ser de un enemigo, fue-
ron puestos en venta bajo el nombre de «bienes de Por-
sena», fórmula expresiva más de agradecimiento por el
obsequio que de subasta del patrimonio real, el cual,
obviamente, no estaba en poder del pueblo romano.

5 Una vez hubo renunciado a la guerra con Roma, Por-
sena, para no dar la impresión de que había llevado inútil-
mente a su ejército a aquellas tierras, envió a su hijo
6 Arrunte con una parte de sus tropas a atacar Aricia. De
momento el ataque inesperado conmocionó a los aricinos,
pero, después, los refuerzos que les llegaron de los pueblos
latinos y de Cumas [153] les infundieron tal confianza que se
decidieron a medirse en campo abierto. Nada más enta-
blado el combate, los etruscos cargaron con un ímpetu tan
vertiginoso que con el simple choque dispersaron a los ari-
7 cinos; pero las cohortes de Cumas, recurriendo a la táctica
frente a la fuerza, se hicieron ligeramente a un lado
dejando pasar al enemigo en desorden, y, dando media
vuelta, lo atacaron por la espalda. Cogidos, así, en medio
los etruscos, que estaban al borde de la victoria, fueron
8 destrozados. Un reducido grupo, perdido su jefe, como no
tenían un lugar de refugio más cercano, recalaron en
Roma, sin armas, en el estado y con el aspecto del que

[153] Estaba Cumas situada en un enclave importante para el comercio en dirección a Etruria y, más tarde *(ca.* 500 a. C.), como mercado de grano. Hizo frente, con suerte diversa, a la presión expansiva de los etruscos. Sus relaciones con Roma pasaron por fases no esclarecidas aún.

viene a suplicar ayuda. Fueron bien recibidos y distribui-
dos en alojamientos particulares. Curados de sus heridas, 9
algunos marcharon a sus casas, haciéndose lenguas de los
favores y la hospitalidad recibida; a muchos los retuvo en
Roma el cariño hacia sus huéspedes y hacia la ciudad: a
éstos se les asignó una zona de residencia que, desde enton-
ces, se llamó barrio Etrusco [154].

Espurio Larcio y Tito Herminio y, después, Publio 15
Lucrecio y Publio Valerio Publícola fueron elegidos cónsu-
les. Durante aquel año, Porsena envió por última vez una
legación a pedir la reposición de Tarquinio en el trono. Se
le respondió que el senado enviaría una embajada al rey e,
inmediatamente, fueron enviados los senadores que goza-
ban de mayor consideración: no era porque no se pudiese 2
responder en pocas palabras que no se aceptaba a los reyes,
la razón por la que preferían enviarle una delegación del
senado en lugar de darles la respuesta en Roma a los que él
había enviado, sino para que, definitivamente, se dejase de
mencionar el tema, con el fin de que no se agriase la buena
disposición recíproca que se manifestaba en tan grandes
favores mutuos; lo que él pedía iba en contra de la libertad
del pueblo romano, y Roma, si no quería franquear ella
misma la entrada a su propia ruina, tenía que decirle que
no a quien no quería negarle nada. Roma no era una 3
monarquía, sino un Estado libre; en su ánimo había calado
la resolución de abrir antes sus puertas al enemigo que a
los reyes; había un deseo unánime de que el final de la
libertad en Roma fuese también el final de Roma. Por con- 4
siguiente, si quería que Roma estuviese a salvo, le rogaban
que respetase su libertad. El rey, ganado por un senti- 5

[154] Iba desde el foro al Circo Máximo por el oeste del Palatino. Una explicación reciente del origen de su nombre hace referencia a que sus habitantes eran trabajadores venidos para la construcción del Capitolio.

miento de respeto, respondió: «Ya que ésa es vuestra decisión y es una decisión firme, yo no os voy a cansar presentándoos continua e inútilmente la misma demanda, ni voy a estar engañando a los Tarquinios ilusionándolos con una ayuda que no está en absoluto a mi alcance. Tanto si sus intenciones son belicosas como si son pacíficas, que busquen otro lugar para su exilio, para que nada enturbie
6 nuestras pacíficas relaciones.» A sus palabras unió unos hechos aún más amistosos: entregó los rehenes que le quedaban y devolvió el territorio de Veyos, que había perdido
7 Roma por el tratado del Janículo. Tarquinio, perdida toda esperanza de retorno, se exilió a Túsculo [155], a casa de su yerno Mamilio Octavio. La paz entre los romanos y Porsena quedó así asegurada.

Guerra con sabinos y auruncos. Inmigración a Roma de la «Gens Claudia»

16 Fueron cónsules Marco Valerio [156] y Publio Postumio. Este año hubo una guerra con los sabinos, con resultado satisfactorio; los cónsules obtuvieron el triunfo. A partir de entonces los sabinos
2 hacían mayores preparativos de guerra. Para hacerles frente y en previsión de un ataque proveniente de Túsculo, donde aunque no una declaración formal sí había barruntos de guerra, se nombró cónsules a Publio Valerio por
3 cuarta vez y a Tito Lucrecio por segunda. Una disensión surgida entre los sabinos, entre los partidarios de la guerra y los de la paz, vino a aportar a los romanos un refuerzo de
4 cierta consideración. En efecto, Atio Clauso, que después tomó en Roma el nombre de Apio Claudio, al verse presionado, él que era defensor de la paz, por los partidarios

[155] Cerca de Frascati. Era miembro de la Liga Latina de Diana en Aricia.

[156] Hermano de Publícola.

de la guerra y encontrarse en inferioridad frente a ellos, emigró de Inregilo [157] a Roma seguido de gran número de clientes. Se les concedió la ciudadanía y unas tierras al otro 5
lado del Anio; formaron la tribu llamada Claudia Antigua, a la que más tarde se incorporaron nuevos miembros, procedentes del mismo territorio. Apio fue admitido en el senado y no tardó mucho en llegar a ser uno de sus principales. Los cónsules, al frente del ejército en son de guerra, 6
partieron hacia el territorio sabino y, primero, devastando y, después, con encuentros armados destrozaron el potencial enemigo en tal medida que descartaron, para largo tiempo, el temor a que por aquel lado hubiese una ruptura de hostilidades; a continuación regresaron en triunfo a Roma.

Publio Valerio, reconocido unánimemente como el 7
primero de los generales y de los políticos, muere al año siguiente, bajo el consulado de Menenio Agripa y Publio Postumio, en la cumbre de la gloria, en una carencia tal de recursos personales que no alcanzaban para sufragar los gastos de sus funerales; corrieron éstos a cargo del Estado. Las matronas le guardaron luto lo mismo que a Bruto. Aquel mismo año dos colonias latinas, Pomecia y Cora [158], 8
se pasan a los auruncos [159]. Se entró en guerra con los auruncos y, después de derrotar a un enorme ejército que había acudido lleno de coraje a cortar a los cónsules la entrada en su territorio, toda la guerra aurunca se concentró en Pomecia. La carnicería no fue menor después de la 9
batalla que durante la misma: hubo muchos más muertos que prisioneros, y los prisioneros fueron masacrados a

[157] ¿Confusión con Regilo?

[158] Cora (Cori) estaba hacia el noroeste de los montes Volscos. Era miembro de la Liga Latina de Aricia.

[159] Tribu de los oscos que habitaba la parte sur de los Volscos.

mansalva; ni siquiera los rehenes, que habían sido recibidos en número de trescientos, se libraron de las iras de la guerra. También este año hubo entrada triunfal en Roma.

17 Los cónsules siguientes, Opiter Verginio y Espurio Casio, atacaron Pomecia, primero, a viva fuerza y, des-
2 pués, con manteletes y otras obras de asedio. Los auruncos hicieron una salida contra ellos, impulsados más por un odio ya insaciable que por abrigar esperanza alguna o por ser favorable la ocasión; irrumpieron en mayor número provistos de fuego que de armas, sembrando muerte y lla-
3 mas por todas partes. Incendiaron los manteletes, hirieron y mataron gran cantidad de enemigos; incluso a uno de los cónsules —los historiadores no aclaran a cuál de los dos— lo derribaron del caballo gravemente herido y poco faltó
4 para que le dieran muerte. Volvió el ejército a Roma después de aquel revés llevando gran número de heridos, entre ellos el cónsul sobre cuya vida no había muchas esperanzas. Transcurrido un corto espacio de tiempo, el suficiente para curar las heridas y cubrir las bajas con nuevos efectivos, se volvió a la carga sobre Pomecia con un furor más
5 encendido y unas fuerzas acrecentadas. Una vez que se rehicieron los manteletes y las otras obras y se estaba ya en situación de que las tropas escalasen las murallas, se
6 produjo la capitulación. Por lo demás, los auruncos no recibieron en absoluto mejor trato al rendirse la plaza que si hubiese sido tomada al asalto; sus hombres principales fueron decapitados, los demás habitantes de la colonia fueron vendidos como esclavos, la ciudad fue demo-
7 lida, sus tierras vendidas. Los cónsules, en razón más del rigor con que tomaron la revancha que de la importancia de la guerra llevada a cabo, recibieron los honores del triunfo.

Coalición contra Roma. Institución de la dictadura. Batalla del lago Regilo

El año siguiente tuvo por cónsules a 18
Póstumo Cominio y Tito Largio. Aquel 2
año, en Roma, durante los juegos unos jóvenes sabinos, desenfrenados, se llevaron a la fuerza a unas prostitutas; se produjo un revuelo y una reyerta que estuvo a punto de convertirse en un combate. Por tal incidente de escasa importancia la situación tenía visos de verse abocada a una
nueva guerra. Por añadidura, se tenía la certeza de que 3
treinta pueblos, instigados por Octavio Mamilio, se habían coaligado [160].

Alarmada la ciudad ante la expectativa de aconteci- 4
mientos de tal gravedad, surgió por primera vez la idea de nombrar un dictador [161]. Pero no hay acuerdo ni en qué año, ni quiénes eran los cónsules, que no inspiraban mucha confianza por considerárselos del partido de los Tarquinios —pues incluso este detalle se cuenta—, ni quién fue el
primer dictador. Sin embargo me encuentro con que, según 5
los historiadores más antiguos, Tito Largio fue el primer dictador y Espurio Casio el primer jefe de la caballería. Escogieron a dos excónsules: lo exigía así la ley sobre el
nombramiento de dictador. Por eso, me inclino más a creer 6
que les fue asignado a los cónsules como árbitro y consejero Largio, que había sido cónsul, antes que Manio Vale-

[160] La Liga política de los latinos (que era distinta de su comunidad religiosa) era impulsada por Aricia y Túsculo. Según Catón, sus miembros eran seis, muy al principio (antes de la incorporación de Roma). En el año 338 quedaban trece miembros; en algún momento llegaron a ser 30 (cuando el tratado de Espurio Casio, según Dionisio de Halicarnaso), y esto dio a la Liga un nombre que perduró incluso cuando disminuyó la cifra.

[161] La dictadura fue una institución republicana, no la evolución de un precedente monárquico. El *dictator*, en un principio, debió de llamarse *magister populi*. Su creación debió de obedecer a necesidades no políticas sino militares. Probablemente, el primer dictador lo fue en el año 497 a. C.

rio [162], hijo de Marco y nieto de Voleso, que no había sido
7 cónsul aún. Realmente, si su intención hubiera sido escoger al dictador precisamente en aquella familia, hubieran elegido con mucha mayor razón al padre, Marco Valerio, hombre de reconocida valía y que había desempeñado el consulado.

8 Una vez nombrado el primer dictador de Roma, cuando la plebe vio que iba precedido por las hachas [163], la asaltó un profundo temor, de suerte que estaba más atenta a obedecer sus mandatos. Y es que no cabía, como en el caso de los cónsules, que tenían el mismo poder, recurrir a otro del mismo rango ni apelar al pueblo, ni quedaba más
9 recurso que una escrupulosa obediencia. También a los sabinos los atemorizó la creación de un dictador en Roma, tanto más cuanto que se suponía que eran ellos la causa de tal medida; por eso envían una embajada para tratar la
10 paz. Al pedir ésta al dictador y al senado que fuesen indulgentes con una inconsciencia juvenil, se le respondió que se puede perdonar a unos muchachos, pero no a unos hombres hechos y derechos que empalman una guerra con otra.
11 Hubo, sin embargo, conversaciones de paz, y hubieran cuajado, si los sabinos hubieran consentido en indemnizar los gastos que habían ocasionado los preparativos de guerra, cosa que se les reclamó. La guerra fue declarada, pero una tregua tácita mantuvo la calma durante un año.

19 Fueron cónsules Servio Sulpicio y Manio Tulio [164]: nada se hizo que merezca ser reseñado. Siguieron Tito
2 Ebucio y Gayo Vetusio [165]. Durante su consulado, Fidenas

[162] Hijo de Marco Valerio, cónsul el 505.

[163] Después de la ley Valeria, los cónsules no llevaban los *fasces* ni la segur en el interior de la ciudad; pero sí el dictador (que llevaba 24 *fasces*), pues tenía el derecho de vida y muerte, y no cabía apelación.

[164] CICERÓN (*Brutus* 62) lo califica de patricio, pero pudo ser plebeyo.

[165] Forma arcaica de Veturio.

fue sitiada y Crustumeria tomada; Preneste [166] se pasó de los latinos a los romanos, y ya no se pudo aplazar por más tiempo la guerra con los latinos, que se veía venir cada vez más desde hacía algunos años. Aulo Postumio, dictador, y 3
Tito Ebucio, jefe de la caballería, partieron al frente de numerosas tropas de infantería y de caballería y encontraron a la columna enemiga junto al lago Regilo [167], en territorio de Túsculo. Al oír que los Tarquinios formaban parte 4
del ejército latino, la ira les impidió contenerse y entablaron combate de inmediato. Consiguientemente, la batalla 5
fue más tremenda y encarnizada que cualquier otra. Los generales no se limitaron a dirigir la acción, sino que participaron en ella personalmente y entablaron combates singulares, y casi ninguno de los jefes de uno u otro bando, a excepción del dictador romano, salió ileso de la batalla. Contra Postumio, que alentaba y organizaba a sus hom- 6
bres en primera línea, lanzó furiosamente su caballo Tarquinio el Soberbio, a pesar de encontrarse en inferioridad en edad y fuerzas; Postumio recibió una herida en el costado, siendo puesto a salvo por los suyos que acudieron con toda rapidez. También, en la otra ala, Ebucio, el jefe 7
de la caballería, cargó sobre Octavio Mamilio; su movimiento no pasó desapercibido al general tusculano, y también él espoleó a su caballo en dirección contraria: fue tal 8
el impulso que traían, lanza en ristre, que Ebucio resultó con un brazo atravesado y Mamilio herido en el pecho. Los latinos retiraron a éste a segunda línea y Ebucio, al no 9
poder sostener un arma con su brazo herido, abandonó el

[166] Preneste (Palestrina) fue uno de los treinta pueblos que suscribieron el tratado latino. Estaba a cerca de 40 kilómetros de Roma, en la frontera entre las civilizaciones sabina y etrusca.

[167] La épica batalla del lago Regilo debió de desarrollarse en la actual zona desecada llamada Pantano Secco, a 3 kilómetros al norte de Frascati. Lo más probable es que ocurriese el 496 a. C.

10 campo de batalla. El general latino, sin impresionarse lo más mínimo por su herida, anima el combate y, al ver a los suyos desbaratados, hace avanzar al batallón de los exiliados romanos que estaba a las órdenes del hijo de Lucio Tarquinio. Éstos, peleando con un coraje redoblado por la pérdida de sus bienes y de su patria, restablecieron por un tiempo la lucha.

20 Comenzaban a perder terreno los romanos por aquel lado cuando Marco Valerio, hermano de Publícola, viendo al joven Tarquinio que audazmente hacía ostentación de su presencia al frente de los exiliados, y enardecido por la glo-
2 ria de su familia a la que cabía el honor de haber expulsado a los reyes, con el fin de que le cupiese también el de haberles dado muerte pica espuelas a su caballo y se aba-
3 lanza sobre Tarquinio lanza en ristre. Tarquinio, ante el acoso de su enemigo, retrocedió a las filas de los suyos. La temeridad de Valerio lo impulsa contra las líneas de los exiliados y alguien lo ataca de costado y lo atraviesa; el caballo, pese a la herida del jinete, no pierde velocidad y el romano moribundo cayó poco a poco a tierra y sus armas
4 sobre él. El dictador Postumio, cuando advirtió que semejante guerrero había caído, que los exiliados cargaban a la carrera con gran coraje y que los suyos eran rechazados y
5 perdían terreno, da orden a su batallón, tropa escogida que lo rodeaba como guardia personal, de que a todo aquel de los suyos que vean huir lo traten como a enemigo. Ante tal disyuntiva los romanos que huían se volvieron contra el
6 enemigo y se rehizo el frente. El batallón del dictador entró entonces en combate; intactas sus fuerzas y su moral caen
7 sobre los exiliados, presa de fatiga, y los destrozan. En aquella circunstancia se trabó un nuevo combate entre jefes. El general latino, al ver el batallón de los exiliados prácticamente rodeado por el dictador romano, toma algunos manípulos de las fuerzas de reserva y se lanza a pri-

mera línea. El lugarteniente Tito Herminio, al verlos venir 8
en columna y reconocer entre ellos a Mamilio, que resaltaba por su uniforme y por sus armas, lanzó contra el general enemigo un ataque más violento que el que había lanzado, hacía poco, el jefe de la caballería, y al primer 9
choque le atravesó el costado a Mamilio y le dio muerte; en cuanto a él, mientras despojaba el cadáver de su enemigo fue alcanzado por un dardo, fue trasladado como vencedor al campamento y murió cuando se le practicaban los primeros auxilios. Entonces, el dictador corre hacia la caba- 10
llería y la conmina a que, puesto que la infantería está ya agotada, desmonte y tome parte en la lucha. Obedientes a la orden, desmontan de un salto, corren a la vanguardia y en primera línea forman una barrera con sus escudos redondos. Automáticamente cobran aliento las fuerzas de 11
infantería al ver a los soldados escogidos compartir a su lado la manera de luchar y el peligro. Solamente entonces fueron rechazados los latinos y, desbaratadas sus líneas, retrocedieron. Se le trajeron a la caballería las monturas 12
para que pudiesen perseguir al enemigo; la infantería, a su vez, fue detrás. Entonces el dictador, para no dejar de lado ninguna clase de ayuda, divina ni humana, prometió, dicen, un templo a Cástor[168] y anunció recompensas para los soldados que entrasen el primero y el segundo en el campamento enemigo; fue tal el ardor de los romanos que 13
con el mismo empuje con que derrotaron al enemigo tomaron su campamento. Éste fue el tenor de la batalla del lago Regilo. El dictador y el jefe de la caballería regresaron en triunfo a Roma.

---

[168] Los Dioscuros Cástor y Pólux eran, desde muy antiguo, los protectores de la caballería romana.

Muerte de Tarquinio que hace variar la situación de la plebe. Alianza con el Lacio

21 Durante el trienio siguiente no se estuvo, propiamente, en paz ni en guerra. Fueron cónsules Quinto Clelio y Tito Larcio, después Aulo Sempronio [169] y
2 Marco Minucio. Durante este consulado se dedicó el templo de Saturno [170] y se instituyó la festividad de las Saturnales. A continuación fueron elegidos cónsules Aulo Postumio y Tito Verginio.
3 Veo que, según algunos historiadores, la batalla del lago Regilo habría tenido lugar seguramente ese año; Aulo Postumio, por no merecerle confianza su colega, habría dimitido como cónsul, después habría sido nombrado dic-
4 tador. Hay tal incertidumbre en la fijación de las fechas, al ordenar las diversas fuentes de manera distinta la lista de magistrados, que no puede uno determinar de manera ordenada qué cónsules sucedieron a qué otros, ni qué acontecimientos ocurrieron en qué año, al quedar tan atrás no sólo los hechos, sino los mismos historiadores.
5 A continuación fueron cónsules Apio Claudio y Publio Servilio. Ese año es destacable por la noticia de la muerte de Tarquinio. Murió en Cumas, donde se había refugiado, después del resquebrajamiento del poderío latino, en la
6 corte del tirano Aristodemo. Esta noticia provocó la euforia del senado, la euforia de la plebe; pero para los senadores fue ésta una alegría más allá de toda moderación, y la plebe, a la que hasta ese día se había tratado con la mayor consideración, comenzó a ser objeto de injusticias por
7 parte de los poderosos. Ese mismo año la colonia de Sig-

[169] Discutidos, sospechosos de interpolación, este consulado de Aulo Sempronio y el de 34, 7.

[170] Al pie del Capitolio. Destinado al erario público. Atribuida a distintos personajes su construcción, comenzando por Tulo Hostilio. La festividad de las Saturnales se celebraba el 19 de diciembre, y en el año 217 a. C. pasó a durar tres días.

nia, enviada por Tarquinio cuando era rey, fue completada con el envío de una nueva remesa de colonos. En Roma se formaron veintiuna tribus [171]. El templo de Mercurio fue dedicado el 15 de mayo.

Con los volscos, durante la guerra con los latinos, no se 22
había estado en paz ni en guerra, pues los volscos habían preparado tropas de refuerzo para enviarlas a los latinos, si no se hubiera dado prisa el dictador romano, y éste se dio prisa para no tener que combatir, en la misma confrontación, contra latinos y volscos. Irritados por esta circuns- 2
tancia, los cónsules invadieron con sus legiones el territorio volsco. A los volscos, que no temían una represalia por un simple proyecto, la medida les causó sorpresa y desconcierto; sin pensar en ofrecer resistencia armada, entregan como rehenes a trescientos hijos de las familias más importantes de Cora y de Pomecia. Así, sin combatir, las legiones fueron retiradas del país. No mucho después, los vols- 3
cos, liberados de sus temores, volvieron a ser los que eran: de nuevo preparan en secreto la guerra, tomando a los hérnicos como aliados de armas. Envían, incluso, embajadores 4
en todas direcciones a sublevar el Lacio; pero la derrota sufrida recientemente junto al lago Regilo hizo que ni siquiera los embajadores se libraran de la violencia de los latinos, por la ira y la aversión que sentían hacia cualquiera que les hablase de guerra: apresaron a los volscos y los condujeron a Roma, donde los entregaron a los cónsules y denunciaron los preparativos de guerra contra los romanos por parte de volscos y hérnicos. Sometido el asunto al 5
senado, quedó éste tan agradecido, que devolvió a los latinos seis mil prisioneros de guerra, y en cuanto a la alianza que les había sido negada casi a perpetuidad, se remitió el

[171] Cuatro urbanas, dieciséis rústicas, y la Claudia o Crustumina de 16, 5.

6 tema a los nuevos cónsules. Entonces, los latinos se alegraron de lo que habían hecho; los partidarios de la paz vivieron días de inmensa gloria. Envían una corona de oro como presente a Júpiter Capitolino. Acompañando a la delegación que traía la ofrenda acudió una desbordante multitud muy numerosa de prisioneros que habían sido
7 devueltos a los suyos. Se dirigen a los domicilios de aquellos a cuyo servicio habían estado, les dan las gracias por haber sido tratados y cuidados con generosidad durante su desgracia y se unen a ellos por los lazos de la hospitalidad. Nunca hasta entonces habían sido tan estrechas las relaciones, tanto públicas como privadas, entre el pueblo latino y el imperio romano.

Aparición del problema de las deudas: reacción de la plebe

23 Pero la guerra con los volscos era inminente y, por otra parte, la ciudad, enfrentada consigo misma, estaba encendida por el odio intestino entre senadores y plebeyos, debido sobre todo al esclavi-
2 zamiento por las deudas[172]. Protestaban con indignación de luchar en el exterior por la libertad y el imperio, y estar en el interior convertidos en esclavos y oprimidos por sus conciudadanos; de que la libertad de la plebe estaba más a salvo en la guerra que en la paz, entre enemigos que entre compatriotas. Aquella animosidad, que por sí sola iba tomando cuerpo, se vio avivada por la desgracia hiriente de
3 un individuo. Un hombre de edad avanzada se precipitó en el foro llevando sobre sí las señales de todos sus sufrimientos: sus ropas estaban cubiertas de mugre, y más desagradable aún era el aspecto de su cuerpo consumido, lívido y
4 macilento; por si esto fuera poco, lo largo de su barba y

[172] El deudor que no devolvía un préstamo en el plazo previsto quedaba obligado a compensar a su acreedor con su trabajo personal, aunque técnicamente no era un esclavo, era un *nexus*.

cabellos había dado a su rostro una expresión salvaje. Desfigurado como estaba, se le reconocía, sin embargo, y se decía que había mandado una centuria y se enumeraban otros brillantes hechos de armas, compadeciéndolo todo el mundo; él mismo mostraba las cicatrices recibidas dando cara al enemigo, como testimonio de haber peleado honrosamente en más de una ocasión. Al preguntarle por qué 5
tenía aquel aspecto, por qué estaba tan desfigurado, como lo rodeaba una multitud a manera casi de una asamblea del pueblo, dijo que, mientras él estaba en el frente en la guerra contra los sabinos, sus tierras habían sido devastadas y no sólo se había quedado sin cosecha, sino que su granja había sido incendiada, sus bienes todos saqueados, su ganado robado; en esa racha tan desafortunada para él, se le habían reclamado los impuestos y había contraído una deuda; ésta, incrementada por los intereses, le había hecho 6
quedarse, primero, sin la tierra de su padre y de su abuelo, después sin los demás bienes y, finalmente, como si fuera una enfermedad contagiosa, había alcanzado su cuerpo, y su acreedor lo había arrojado no a la esclavitud, sino a una mazmorra y a una cámara de tortura. Acto seguido, mos- 7
traba la espalda hecha una lástima por las huellas recientes de los azotes. Al verlo y escucharlo se eleva un enorme griterío. La agitación no se circunscribe al foro, sino que se extiende en todas direcciones por la ciudad entera. Los 8
deudores, cubiertos o no de cadenas, se lanzan a la calle por todas partes pidiendo protección a los ciudadanos. No hay rincón donde no se encuentre un voluntario para unirse a la revuelta. Por todas partes numerosos grupos vociferantes corren por todas las calles en dirección al foro. Los senadores que incidentalmente se encontraban en el 9
foro corrieron un grave peligro al caer en medio de aquella multitud y, sin duda, hubieran sido objeto de agresión 10
física, de no ser por la pronta intervención de los cónsules

Publio Servilio y Apio Claudio en orden a reprimir la
revuelta. La multitud, vuelta hacia ellos, exhibía sus cade-
11 nas y todas sus miserias: decían que esto era lo que habían
ganado, renegando de las campañas militares en que
habían tomado parte, unos, en un sitio y, otros, en otro;
pedían, en tono más de amenaza que de ruego, que convo-
casen al senado. Rodean la curia con la intención de ser
ellos los árbitros, los moderadores de las deliberaciones
12 públicas. Los cónsules reunieron a los senadores que
pudieron encontrar, un número muy reducido; a los demás,
el miedo los mantenía alejados no ya de la curia, sino
incluso del foro, y no podía hacer nada el senado por falta
13 de asistencia. Entonces, la muchedumbre empezó a pensar
que se burlaban de ella, que estaban ganando tiempo y que
la ausencia de senadores no era casual, no se debía al
miedo, sino que estaban ausentes para bloquear el asunto,
y que los propios cónsules andaban con subterfugios, y
que, sin lugar a dudas, sus desgracias eran tomadas a
14 broma. Se estaba ya a un paso de que ni siquiera la majes-
tad consular pudiese contener la irritación del pueblo,
cuando, al fin, los que dudaban si corrían mayor peligro
esperando o acudiendo, se presentan en el senado. La curia
contaba, al fin, con asistencia suficiente, pero ni siquiera
los propios cónsules, no ya los senadores, eran capaces de
15 ponerse de acuerdo. Apio, hombre de natural vehemente,
opinaba que había que tratar el problema haciendo uso de
la autoridad consular: deteniendo a uno o dos, los demás
se estarían quietos; Servilio, más dado a soluciones mode-
radas, estimaba que era más seguro y más fácil doblegar la
revuelta que quebrarla.

24 Entretanto surge otro motivo de alarma más serio: unos
jinetes latinos llegan al galope con una noticia que siembra
la confusión: los volscos, con un ejército en son de guerra,
se acercan para atacar Roma. Esta noticia —hasta ese

extremo la discordia había dividido en dos a la población—
afectó de manera bien distinta a los senadores y a la plebe.
La plebe saltaba de gozo; decía que eran los dioses que 2
acudían a vengar el orgullo de los patricios; se animaban
unos a otros a no alistarse: mejor morir con todos que
ellos solos; que los patricios hiciesen el servicio militar, que
los patricios empuñasen las armas, para que los peligros de
la guerra correspondiesen a quienes sacaban provecho de
ella. Pero el senado, bien al contrario, abatido y asustado 3
por el temor que le inspiraban, por una parte, los ciudada-
nos y, por otra, el enemigo, rogaba al cónsul Servilio, cuya
manera de ser caía mejor al pueblo, que sacase adelante a
la patria cercada por tan graves amenazas. Entonces el 4
cónsul levanta la sesión y se presenta a la asamblea del
pueblo. Ante ella expone que el senado está preocupado
porque se atienda a la plebe, pero que las deliberaciones
sobre aquel sector, el más considerable sin duda, pero al
cabo un sector tan sólo de la ciudadanía, han sido inte-
rrumpidas por el peligro que corre la nación entera; que ni 5
es posible, cuando el enemigo está casi a las puertas, dar
prioridad a nada que no sea la guerra, ni, en caso de verse
aliviada su condición, sería honroso para la plebe no
empuñar las armas para defender a la patria a no ser que
antes recibiese la recompensa, ni sería muy digno por parte
del senado aliviar la penosa condición de sus conciudada-
nos por temor, antes que por buena voluntad un poco más
adelante. Para dar credibilidad a su discurso, publicó un 6
edicto que prohibía tener encadenado o en prisión a un ciu-
dadano romano de forma que no se le diese posibilidad de
alistarse ante los cónsules, y prohibía tomar o vender los
bienes de un soldado mientras estuviese en campaña, así
como retener a sus hijos o a sus nietos[173]. Publicado este 7

173 Los hijos y nietos podían verse obligados a pagar por sus padres o abuelos.

edicto, los deudores que estaban presentes se alistan inmediatamente y, desde todos los puntos de la ciudad, se escapan de las casas, al no tener ya el acreedor derecho a retenerlos, y se apelotonan en el foro para prestar el juramento
8 militar. Formaron un contingente considerable que se significó más que nadie durante la guerra con los volscos por su valentía y sus acciones. El cónsul pone en marcha las tropas en dirección al enemigo y acampa a poca distancia del mismo.

Exterior: campañas contra volscos, sabinos y auruncos. Interior: reaparece el problema de las deudas

25 A la noche siguiente los volscos, confiados en las disensiones de los romanos, por si pueden provocar alguna deserción nocturna o alguna traición, hacen una tentativa incluso contra el campamento. Los centinelas los descubrieron y el ejér-
1 cito fue alertado; se dio la señal y corrieron a las armas; de
2 esta manera la tentativa de los volscos fracasó. El resto de la noche lo dedicaron al descanso uno y otro bando. Al día siguiente los volscos rellenan los fosos y atacan la empali-
3 zada. Estaba ya arrancada por los cuatro costados y el cónsul, a pesar de que todos y de manera especial los deudores pedían a gritos que diera la señal de combate, la hizo esperar algún tiempo para poner a prueba el coraje de sus tropas; cuando ya no le quedó duda de que estaban enardecidas a fondo, da por fin la señal de ataque y lanza a sus
4 hombres ansiosos de combate. Inmediatamente, al primer choque el enemigo fue rechazado; cuando emprendió la fuga, la infantería lo persiguió tan lejos como le fue posible acuchillando sus espaldas; la caballería los acorraló empavorecidos, hasta el campamento. Al poco tiempo el propio campamento, rodeado por las legiones y abandonado a su vez por los volscos aterrorizados, fue tomado y saqueado.
5 Al día siguiente las legiones marchan sobre Suesa Pomecia, donde se había refugiado el enemigo; en pocos días la plaza

es tomada y entregada al saqueo, merced al cual los soldados indigentes se rehicieron un poco. El cónsul, en la cum- 6
bre de su gloria, lleva de nuevo al ejército victorioso a Roma. Cuando está en camino, lo aborda una delegación de los volscos de Écetra[174], preocupados por su situación tras la toma de Pomecia. Se les concedió la paz mediante un senadoconsulto, pero se les quitaron tierras.

Bien pronto, también los sabinos alarmaron a los 26
romanos, pues en realidad se trató más de una alarma que de una guerra. En plena noche llegó a Roma la noticia de que un ejército sabino, en plan de pillaje, había llegado hasta el río Anio; que allí saqueaba a mansalva e incendiaba las granjas. Inmediatamente se envió con todas las 2
fuerzas de caballería a Aulo Postumio, el que había sido dictador durante la guerra latina; tras él marchó el cónsul Servilio con un contingente de infantería escogida. La 3
caballería rodeó a los enemigos, desperdigados en su mayoría, y cuando llegó la columna de infantería, las tropas sabinas no ofrecieron resistencia. Agotados por la marcha y por el pillaje nocturno, repletos muchos de ellos de comida y de vino en las granjas, apenas tuvieron las fuerzas necesarias para huir.

Después de haberse anunciado y terminado en una sola 4
noche la guerra sabina, al día siguiente, en medio de firmes esperanzas de una paz generalizada, una delegación de los auruncos se dirige al senado presentando una declaración de guerra, si no se pone fin a la ocupación del territorio volsco. Al mismo tiempo que los delegados, el ejército de 5
los auruncos se había puesto en marcha; la noticia de que había sido visto no lejos ya de Aricia provocó tal conmoción en Roma, que ni el senado pudo tener una delibera-

[174] Capital de los volscos, cerca de los ecuos, identificada con Piano della Cirità, en las montañas, a unos 40 kilómetros de Roma. Las murallas descubiertas podrían datar del siglo V a. C.

ción en regla ni pudieron responder con serenidad a quienes ya empuñaban las armas, cuando las estaban tomando
6 ellos a su vez. Una columna en orden de combate marcha sobre Aricia; a escasa distancia de esta población se produce el choque con los auruncos, y en un solo combate se terminó la guerra.

27 Derrotados los auruncos, los romanos, vencedores en tantas guerras en el espacio de unos pocos días, esperaban el cumplimiento de las promess hechas por el cónsul y garantizadas por el senado, cuando Apio, debido al despotismo innato de su carácter unido al deseo de socavar la credibilidad de su colega, se puso a dictar unas sentencias lo más rigurosas que podía en materia de deudas. Seguidamente los antiguos deudores eran entregados a sus acreedores, y otros nuevos eran declarados deudores.
2 Cuando esto le ocurría a algún antiguo soldado, apelaba a su colega (en el consulado). Corrían a agruparse ante Servilio: le recordaban sus promesas; le echaban en cara uno tras otros sus méritos de guerra y las heridas que habían recibido; le exigían que sometiese la cuestión al senado o que, como cónsul, protegiese a sus ciudadanos, y, como
3 general, a sus soldados. Todo esto conmovía al cónsul, pero las circunstancias lo obligaban a no intervenir abiertamente: tan a fondo se había comprometido con la causa contraria no sólo su colega, sino todo el partido de la nobleza. Manteniendo así la neutralidad, ni se libró del
4 resentimiento de la plebe ni se ganó el favor del senado: los senadores lo consideraban un cónsul sin energía y un demagogo, la plebe un embaucador, y al poco tiempo quedó claro que su impopularidad había igualado a la de
5 Apio. Había entre los cónsules una pugna sobre cuál de ellos iba a dedicar el templo de Mercurio [175]. El senado se

[175] Hecho señalado ya en 21, 7, duplicidad sobre la que se barajan diversas hipótesis: enfoque del mismo hecho desde el ángulo plebeyo;

inhibió de la cuestión a favor del pueblo: aquel de ellos al que por decisión popular le fuese encomendada la dedicación sería el intendente del aprovisionamiento de víveres, organizaría un gremio de comerciantes [176] y sería facultado para la celebración del culto en calidad de pontífice. El 6
pueblo encomienda la dedicación del templo a Marco Letorio, centurión primipilo [177], lo cual se veía a simple vista que lo hacía no tanto para honrarlo a él, al encomendarle una misión superior a su categoría, como para afrentar a los cónsules. De ahí que inevitablemente se acentuara 7
la dureza de uno de los cónsules y del senado. Pero la plebe había cobrado confianza y seguía un camino muy distinto al que había emprendido la primera vez: en efecto, al no 8
esperar ayuda de los cónsules ni del senado, cada vez que veía que un deudor era entregado a la justicia, llegaba corriendo de todas direcciones; no se podía oír la sentencia del cónsul a causa del ruido y de los gritos, y una vez dictada, nadie obedecía. Se recurría a la violencia, y los temo- 9
res de toda especie y el riesgo de perder la libertad pasaban de los deudores a los acreedores, toda vez que cada uno de éstos, a la vista del cónsul, era objeto de malos tratos por parte de un grupo. A esto vino a sumarse la amenaza de una 10
guerra con los sabinos; salió un decreto de alistamiento y nadie se apuntó, montando en cólera Apio y acusando de demagogia a su colega, que con su silencio encaminado a granjearse popularidad traicionaba el interés público, y al hecho de no dictar sentencias en materia de deudas venía a

invención, siglos más tarde, de un M. Letorio, y asignación de un rol buscando orígenes familiares...

[176] En rigor, la organización de gremios no era inseparable del mantenimiento de algún culto particular. El gremio era una asociación secular, y era secundaria su relación con el culto, de Mercurio en el caso de los comerciantes.

[177] Que mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte.

añadir el no efectuar siquiera el reclutamiento ordenado por
11 el senado; que, sin embargo, el Estado no estaba desasistido por completo ni caída por los suelos la autoridad consular; que él solo se bastaba para salvaguardar la majestad del
12 senado y la suya. Como se hallaba en torno suyo, igual que todos los días, una multitud en la que había prendido la anarquía, dio orden de echar mano a un individuo significado como agitador. Éste, cuando los lictores ya se lo llevaban, manifestó que apelaba; el cónsul no hubiese cedido ante la apelación —porque no cabían dudas sobre cuál iba a ser la decisión del pueblo—, si no hubiesen vencido su empecinamiento, no sin gran dificultad, los consejos y el ascendiente de los nobles, más que el clamor popular: hasta
13 tal punto le sobraba valor para desafiar su odio. A partir de entonces el mal empeoraba de día en día, no sólo por las manifestaciones declaradas, sino también, lo cual era mucho más grave, por movimientos sediciosos y conciliábulos secretos. Al fin, los cónsules objeto de la animosidad de la plebe dejan el cargo: Servilio, mal visto por unos y por otros; Apio, con enorme aceptación entre el senado.

28 A continuación entran en funciones de cónsul Aulo Verginio y Tito Vetusio. Entonces la plebe, no sabiendo a ciencia cierta qué clase de cónsules iba a tener, celebraba reuniones nocturnas. parte en las Esquilias y parte en el Aventino, para no tener que tomar, deprisa y corriendo, en el foro, decisiones improvisadas ni actuar en todo sin
2 rumbo y al azar. Los cónsules, considerando esta situación como peligrosa —y, efectivamente, lo era—, informan de ella al senado, pero no hubo posibilidad de una deliberación regular sobre tal informe: tan intenso fue el alboroto y los gritos de indignación de todos los senadores con que fue recibido, por si los cónsules querían hacer recaer sobre el senado la impopularidad de unas medidas que debían ser
3 tomadas por la autoridad consular; con toda seguridad, si la república tuviera verdaderos magistrados, no habría en Roma más asambleas que las oficiales; pero ahora, al celebrarse unas reuniones en las Esquilias y otras en el Aventino, el Estado se encuentra disgregado y fragmentado en mil senados y asambleas del pueblo. Un solo hombre de 4
verdad —pues ello es algo más que un cónsul—, como lo fue Apio Claudio, hubiera disuelto al instante aquellas reuniones. Increpados de esta manera los cónsules, pregun- 5
taron qué era entonces lo que querían que hiciesen, pues estaban dispuestos a actuar con el despliegue de actividad y energía que el senado quería. El senado dispone que lleven a cabo una leva rigurosísima, que el estar sin hacer nada vuelve a la plebe revoltosa. Levantada la sesión, los cónsu- 6
les suben a su tribunal[178]; llaman por su nombre a los mozos. Nadie responde cuando citan su nombre, y la multitud, situada en torno a ellos, toma el aspecto de una asamblea y dice que no es posible seguir burlándose de la plebe; que no tendrán jamás ni un solo soldado si no se 7
cumplen los compromisos oficialmente contraídos; que hay que devolverle a cada individuo la libertad antes de entregarle armas, para que luche por la patria y por sus compatriotas, no por sus amos. Los cónsules veían lo que el 8
senado pretendía que hiciesen, pero, también, que de aquellos que hablaban tan valientemente dentro de los muros de la curia, ni uno solo se encontraba allí para compartir con ellos la impopularidad, y claramente se veía venir una enconada lucha con la plebe. Por eso, antes de acudir a 9
medidas extremas, decidieron consultar de nuevo al senado. Pero entonces los senadores más jóvenes se abalanzaron prácticamente sobre el asiento de los cónsules, conminándolos a que dimitieran de su cargo y depusieran una autoridad que no tenían coraje para defender.

---

[178] Estrado, en el comicio, sobre el que se colocaba la silla curul, desde donde el magistrado se dirigía a la multitud.

29 Después de su doble tentativa, los cónsules al fin dijeron: «No diréis que no se os previno, senadores: estamos en presencia de una sedición de largo alcance. Pedimos que los que más nos echan en cara nuestra falta de energía nos acompañen al efectuar el alistamiento. Actuaremos según el criterio de los más duros de vosotros, puesto que así lo
2 queréis.» Vuelven al tribunal; mandan llamar por su nombre con toda intención a uno de los que estaban a la vista. Al quedarse quieto, sin contestar, y situarse en torno a él un grupo de gente para impedir un eventual golpe de
3 fuerza, los cónsules envían por él a un lictor. Rechazado éste, los senadores que acompañaban a los cónsules bajan a toda prisa del tribunal para ayudar al lictor, gritando:
4 «Luego se trata de una acción indignante.» Pero entonces la tomaron con los senadores, dejando al lictor, al que se habían limitado a impedirle efectuar el arresto, y gracias a la intervención de los cónsules se apaciguó la reyerta, en la que no hubo, sin embargo, ni piedras ni armas: más que
5 violencia, hubo gritos y posturas airadas. Convocado el senado en plena confusión, delibera de forma aún más confusa; los que habían sido zarandeados pedían que se abriera una investigación, pronunciándose los más exaltados a favor, pero no por medio de intervenciones regulares
6 sino por medio de gritos y de alboroto. Cuando, al fin, los ánimos se serenaron, al reprocharles los cónsules que no hubiera más cordura en la curia que en el foro, dio
7 comienzo una deliberación en regla. Hubo tres propuestas. Publio Verginio[179] opinaba que no se debía generalizar, que había que ocuparse únicamente de los que, confiados en la palabra del cónsul Publio Servilio, habían tomado

[179] No había un P. Verginio consular. ¿Corrupción de T. Verginio? De suyo los primeros en ser llamados a manifestarse debían ser los cónsules del año anterior, Apio, Claudio y P. Servilio.

parte en la campaña contra volscos, auruncos y sabinos. Tito Largio entendía que aquél no era momento de limi- 8
tarse a recompensar los servicios prestados; que toda la plebe estaba metida hasta el cuello en deudas y no se la podía detener, a no ser que se tomasen medidas generales; además, si se establecían distinciones entre ellos, en lugar de ir a menos la discordia se avivaría. Apio Claudio, vio- 9
lento por naturaleza y sobreexcitado por el odio del pueblo a la vez que por el favor del senado, dijo que toda aquella perturbación había sido provocada no por la miseria, sino por la falta de autoridad, que la plebe era más revoltosa que violenta; que la raíz de tan grave mal estaba en el dere- 10
cho de la apelación: en efecto, lo de los cónsules no era poder sino amenazas, desde el momento en que les estaba permitido a los que delinquían apelar a sus cómplices. «Pues bien —dijo—, nombremos un dictador, cuyas deci- 11
siones son inapelables, y en el acto ese furor que lo está inflamando todo se acallará. Que entonces me venga 12
alguien con empujones al lictor, sabiendo que el derecho sobre su espalda y sobre su vida lo tiene, en exclusiva, aquel cuya majestad ultrajare.»

A muchos la propuesta de Apio les parecía, y es que lo 30
era, dura y cruel; por el contrario, las de Verginio y Largio les parecían peligrosas por el precedente que sentaban, sobre todo la de Largio que acabaría con todo tipo de crédito. La de Verginio era considerada como la mejor solución de compromiso, moderada con respecto a unos y otros. Pero los intereses de partido y la preocupación por 2
los intereses particulares, que siempre fueron e irán en detrimento del bien común, hicieron triunfar a Apio, y poco faltó para que lo nombraran dictador a él mismo, lo 3
cual hubiese acabado de alejar por completo a la plebe en un momento especialmente crítico, cuando coincidía que volscos, ecuos y sabinos estaban en armas todos a la vez.

4 Pero los cónsules y los senadores de más edad tuvieron
cuidado de que una forma de poder violenta ya de por sí se
5 le confiase a una persona de talante apacible: nombran dic-
tador a Manio Valerio, hijo de Voleso. La plebe, aunque se
daba cuenta de que se había nombrado un dictador en con-
tra suya, sin embargo como tenía el derecho de apelación
gracias a una ley debida a un hermano suyo, no temía por
parte de aquella familia ningún acto de severidad o de
6 arrogancia; por otra parte, un edicto publicado por el dic-
tador vino a tranquilizar los ánimos, al ser casi un calco del
edicto del cónsul Servilio; pensando que se podía tener
mayor confianza en aquel hombre y en su autoridad, depu-
7 sieron la resistencia y se alistaron. Nunca hasta entonces
había habido un ejército tan numeroso: se formaron diez
legiones [180]; se le asignaron tres a cada cónsul, cuatro que-
daron a disposición del dictador.

Guerra en tres frentes: ecuos, volscos y sabinos. Reaparición de los problemas internos, retirada de la plebe al monte Sacro

8 Ya no era posible aplazar la guerra por
más tiempo: los ecuos habían invadido el
territorio latino. Los portavoces de los
latinos pedían al senado que enviasen
tropas de apoyo, o los autorizasen a
tomar las armas para defender ellos
9 mismos su territorio. Razones de seguri-
dad aconsejaron defender a los latinos
desarmados, antes que permitirles rearmarse. Se envió al
cónsul Vetusio, con lo cual se acabaron los saqueos. Los
ecuos se retiraron de la llanura y, confiando más en la
posición que en las armas, se mantenían a seguro en las
10 cimas de las montañas. El otro cónsul marchó contra los
volscos, y para no perder también él el tiempo, devastó por
completo los campos para obligar al enemigo a venir a
11 acampar más cerca de él y combatir a campo abierto. En

[180] Cifra no creíble para esta época.

una planicie que mediaba entre los dos campamentos se
situaron en formación de combate, cada ejército delante de
sus trincheras. Los volscos eran algo superiores en número;
por eso, sin formación y despreciando al enemigo, inicia- 12
ron la lucha. El cónsul romano no adelantó sus líneas ni
consintió que se contestara a los gritos del enemigo; ordenó
a los suyos mantenerse a pie firme, las lanzas hincadas en
tierra: que cuando el adversario llegase al cuerpo a cuerpo,
entonces se empleasen a fondo con la espada. Los volscos, 13
agotados por la carrera y los gritos, cuando entraron en
contacto con los romanos a los que creían paralizados por el
pánico y se apercibieron de que se desencadenaba un con-
traataque y que las espadas relucían ante sus ojos, entonces,
como si hubieran caído en una emboscada, desconcertados
dan media vuelta, y como habían atacado a la carrera, ni
siquiera para huir tuvieron fuerzas suficientes. Los roma- 14
nos, por el contrario, como al principio de la lucha habían
permanecido quietos, en plenitud de fuerzas dieron alcance
a un enemigo agotado, tomaron al asalto su campamento
y lo persiguieron, una vez que ya no tenía campamento,
hasta Vélitras [181], irrumpiendo en el interior de la ciudad en
la misma confusión vencedores y vencidos; el derrama- 15
miento de sangre que hubo allí, al masacrar indiscrimina-
damente a toda la población, fue mayor que en la batalla
misma. Se perdonó tan sólo a unos cuantos que vinieron a
entregarse desarmados.

Mientras se lleva a cabo esta acción contra los volscos, 31
el dictador derrota a los sabinos, que constituían el escena-
rio más importante, con mucho, de la guerra, los pone en
fuga y les toma el campamento. Una carga de la caballería 2
había roto el frente enemigo pòr la parte central, punto en

[181] Vélitras (Velletri) se desarrolló bajo influencia etrusca. Debido a su posición, cambió de manos con frecuencia, fue colonizada por Roma al menos en tres ocasiones (494, 401 y 338).

el que, al desplegar en exceso las alas, habían dejado un fondo de ataque poco consistente; la infantería atacó ese frente desarticulado. Un mismo ataque supuso la toma del
3 campamento y el fin de la lucha. Después de la batalla del lago Regilo, no hubo otra más famosa en aquella época. El dictador entra triunfalmente en Roma. Además de los honores habituales, se le reservó a él y a sus descendientes un espacio en los espectáculos del circo, lugar en que se colocó una silla curul.

4 Al ser derrotados los volscos perdieron el territorio de Vélitras; se envió población romana a Vélitras, constituyendo una colonia en regla. Algún tiempo después se libró batalla con los ecuos, y eso que el cónsul se oponía, porque había que ir contra el enemigo escalando desde una posi-
5 ción desventajosa. Pero los soldados lo acusaban de dar largas a la acción, con el fin de que el dictador cesara en su cargo antes de que ellos volvieran a Roma y sus promesas, como anteriormente las del cónsul, quedaran sin efecto, y lo empujaron a llevar las tropas sin precauciones y a la
6 ligera de frente hacia lo alto de la montaña. Esta operación, mal planteada, tomó un derrotero favorable gracias a la cobardía del enemigo, el cual, antes de que estuvieran al alcance de sus armas arrojadizas, pasmado ante la audacia de los romanos, abandonó el campamento que ocupaba en un emplazamiento muy bien protegido y bajó corriendo hacia los valles de la otra vertiente. En este caso el botín fue abundante y la victoria no costó bajas.

7 Logrado así un triple éxito militar, la preocupación por la solución de los problemas internos no remitía ni en el senado ni en plebe: tal era la influencia y los subterfugios con que los usureros habían tomado precauciones para burlar no sólo a la plebe, sino, incluso, al propio dictador.
8 En efecto, Valerio, después del regreso del cónsul Vetusio, presentó al senado una propuesta, dándole prioridad sobre

todas las demás, en favor del pueblo victorioso, e introdujo en el orden del día la cuestión de las deudas. Al ser recha- 9
zado el orden del día, dijo: «No soy persona grata al ser partidario de la concordia. No tardando mucho desearéis, a fe mía, que la plebe romana tenga unos defensores como yo. Por lo que a mí respecta, no voy a seguir alimentando falsas ilusiones en mis conciudadanos ni voy a seguir siendo dictador para nada. Las disensiones interiores y la 10
guerra exterior hicieron esta magistratura necesaria al Estado: la paz está asegurada en el exterior, en el interior se la hace inviable; mi intervención en la sedición será como ciudadano, no como dictador.» Después de esto salió de la curia y dimitió de su cargo de dictador. La plebe vio 11
claro el motivo: había abandonado el cargo por la indignación que le producía su suerte; por eso, considerándolo como libre de su promesa porque no había dependido de él el que no se cumpliese, lo acompañaron en el camino hacia su casa en medio de testimonios de simpatía y de alabanzas.

Le entró entonces al senado el temor de que, si se licen- 32
ciaba a los soldados, se reanudasen las reuniones clandestinas y las conjuras. En consecuencia, aunque la leva había sido efectuada por el dictador, sin embargo, como el juramento se lo habían tomado los cónsules, estimó el senado que el juramento seguía obligando a los soldados y dio orden de que las legiones partieran de la ciudad, con el pretexto de que los ecuos reanudaban las hostilidades. Esta medida aceleró la sedición[182]. Parece ser que, en un princi- 2
pio, se pensó en dar muerte a los cónsules para quedar libres del juramento; después, al hacerles comprender que ningún compromiso sagrado quedaba roto por un crimen,

[182] La primera secesión de la plebe aparece conectada con la creación del tribunado. No aparecen argumentos concluyentes ni a favor de la explicación tradicional ni a favor de la opinión más moderna de que las secesiones son ficticias y el tribunado no fue creado antes del año 471 a. C.

a propuesta de un tal Sicinio, faltando a la obediencia a los cónsules, se retiraron al monte Sacro, situado al otro lado
3 del río Anio, a tres millas de Roma. Esta versión está más difundida que la defendida por Pisón, según la cual fue al
4 Aventino a donde se retiraron. Allí, sin jefe alguno, levantaron un campamento que fortificaron con un foso y una empalizada y permanecieron tranquilos durante algunos días sin coger nada más que lo necesario para alimentarse, sin ser atacados ni atacar.

5 En Roma reinaba un miedo pánico y, debido al temor mutuo, todo estaba en suspenso. La plebe, abandonada por los suyos, temía la violencia del senado; el senado temía a la plebe que había quedado en Roma, sin saber si
6 era preferible que se quedase o que se fuese. Por otra parte, ¿cuánto tiempo iba a permanecer tranquila la multitud secesionista? ¿Qué iba a ocurrir, si, entretanto, estallaba
7 una guerra en el exterior? Comprendían que no quedaba, en absoluto, esperanza alguna que no se cifrase en el buen entendimiento entre los ciudadanos, entendimiento al que
8 había que reconducir al Estado costara lo que costase. Se acordó, pues, enviar a la plebe como portavoz a Menenio Agripa, hombre elocuente y querido por el pueblo por sus orígenes plebeyos. Introducido en el campamento, en un estilo oratorio primitivo y sin adornos se limitó a contar,
9 según dicen, este apólogo: «En el tiempo en que, en el cuerpo humano, no marchaban todas sus partes formando una unidad armónica como ahora, sino que cada miembro tenía sus propias ideas y su propio lenguaje, todas las partes restantes se indignaron de tener que proveer de todo al estómago a costa de sus propios cuidados, su esfuerzo y su función, mientras que el estómago, tan tranquilo allí en medio, no tenía otra cosa que hacer más que disfrutar de
10 los placeres que se le proporcionaban; entonces se confabularon, de forma que la mano no llevase los alimen-

tos a la boca, la boca los rechazase y los dientes no los masticasen. En su resentimiento, al pretender dominar al estómago por el hambre, los propios miembros y el cuerpo entero cayeron en un estado de extrema postración. Entonces comprendieron que tampoco la función del vientre 11
era tan ociosa, que era alimentado tanto como él alimentaba, remitiendo a todas las partes del cuerpo esta sangre que nos da la vida y la fuerza, repartida por igual entre todas las venas después de elaborarla al digerir los alimentos.» Estableciendo, entonces, un paralelismo entre la rebe- 12
lión interna del cuerpo y la reacción airada de la plebe en contra del senado, les hizo cambiar de actitud.

A continuación se comenzó a tratar acerca de la recon- 33
ciliación y se llegó al acuerdo de que la plebe tuviese magistrados propios, inviolables, facultados para defenderla contra los cónsules, y que ningún patricio podría ostentar tal cargo. Se nombraron así dos tribunos de la plebe, Gayo 2
Licinio[183] y Lucio Albino; éstos eligieron a tres colegas. Uno de ellos fue Sicinio, el promotor de la insurrección; respecto a la identidad de los otros dos, hay más dudas. Hay quien sostiene que solamente se crearon dos tribunos 3
en el monte Sacro y que fue allí donde se dio la ley sacra[184].

Confederación latina. Coriolano

Durante la secesión de la plebe, entraron en funciones de cónsul Espurio Casio y Póstumo Cominio. Durante su consu- 4
lado se estableció una alianza con los pueblos latinos. Para pactarla, uno de los cónsules se quedó en Roma. El otro, enviado a la guerra

[183] Interpolado.

[184] Era, fundamentalmente, el juramento por el que los plebeyos se comprometían entre sí a defenderse y a afrontar la hostilidad de los patricios; posteriormente los historiadores le atribuyeron las características de una ley sometida a los *comitia curiata* con el procedimiento habitual.

contra los volscos, derrota y pone en fuga a los volscos de Ancio; una vez rechazados, los persigue hasta Lóngula y se
5 apodera de la plaza. De allí marchó rápidamente sobre Polusca, también de los volscos, y la tomó; después lanzó un fuerte ataque contra Coríolos [185]. Estaba entonces en el ejército entre lo más escogido de la juventud. Gneo Marcio, un joven rápido de ideas y de acción, que más tarde
6 recibió el sobrenombre de Coriolano. Al caer repentinamente sobre el ejército romano, que sitiaba Coríolos y estaba atento a la población que tenía bloqueada sin temer, en absoluto, que sobre él pudiera cernerse la amenaza de un ataque desde el exterior, las legiones volscas procedentes de Ancio, y al hacer simultáneamente una brusca salida los enemigos desde el interior de la plaza, coincidió que
7 estaba de guardia Marcio. Éste, con un pelotón de soldados escogidos, no sólo rechazó el ataque de los que salieron bruscamente, sino que tuvo la osadía de penetrar por la puerta abierta en la zona cercana de la ciudad y, después de sembrar la muerte, encontró fuego casualmente y lo
8 lanzó sobre los edificios que dominaban las murallas. Los gritos de los sitiados, unidos a los lamentos de las mujeres y los niños como siempre que se origina un movimiento de pánico, acrecentaron la moral de los romanos y sembraron el desconcierto entre los volscos, que creyeron tomada la
9 ciudad en cuya ayuda habían acudido. Fueron, así, derrotados los volscos de Ancio y tomada la plaza de Coríolos.

[185] Ancio (Anzio) era, en principio, una ciudad latina que estuvo en el área de dependencia de Roma (y así aparece en el tratado con Cartago del 508 a. C.), y después del período monárquico pasó a control volsco. Lóngula (Buon Riposo): en la carretera entre Árdea y Ancio, a unos 40 kilómetros de Roma y 15 de Ancio. Polusca (Osteria di Civitá), en la bifurcación de las rutas de Ancio y Sátrico según Nibby, desapareció de la historia, igual que la anterior, tras su toma por los volscos. Coríolos: ¿Mte. Giove?

La gloria de Marcio eclipsó de tal manera la fama del cónsul que, de no ser porque el tratado con los latinos grabado en una columna de bronce nos recuerda que fue concluido únicamente por Espurio Casio, porque su colega estaba ausente, se hubiese olvidado que Póstumo Cominio hizo la guerra contra los volscos.

Aquel mismo año muere Agripa Menenio, persona 10
igualmente querida por los patricios que por los plebeyos durante toda su vida, pero más querido aún por la plebe después del movimiento de secesión. Este mediador y 11
negociador de la reconciliación ciudadana, este representante del senado ante la plebe, que hizo volver a la plebe romana a Roma, no dejó con qué pagar sus funerales: la plebe se hizo cargo de su entierro, contribuyendo con un sexto de as [186] por cabeza.

Los cónsules siguientes fueron Tito Geganio y Publio 34
Minucio. Aquel año, no habiendo movimiento bélico ninguno en el exterior y estando remediada en el interior la falta de entendimiento, un problema mucho más grave se abatió sobre la ciudad: primero, la carestía de los alimen- 2
tos, al haber quedado los campos sin cultivar como consecuencia de la secesión de la plebe; después, el hambre, como si la ciudad estuviera sitiada. Hubieran, sin duda, 3
llegado a perecer los esclavos y la plebe, si los cónsules no hubiesen tomado medidas enviando a comprar trigo a todas partes, no sólo a diversos puntos de la costa etrusca al norte de Ostia y al sur bordeando por mar a los volscos hasta Cumas, sino incluso a Sicilia: hasta ese extremo el odio de los vecinos los obligaba a buscar lejos la ayuda. Una vez comprado el trigo en Cumas, las naves fueron 4
retenidas por el tirano Aristodemo para resarcirse de los

[186] Los «sextantes» son aquí un anacronismo, pero eran el prototipo de la moneda pequeña.

bienes de los Tarquinios, de los que era heredero; en el territorio volsco y en el Pontino ni siquiera se pudo comprar: es más, los propios compradores estuvieron expuestos
5 a ser atacados por la población. Llegó por el Tíber trigo de Etruria; con él se sustentó al pueblo. Hubieran sufrido el azote de una guerra desastrosa en medio de semejante estrechez, de no haber padecido los volscos, que ya estaban echando mano a las armas, la penetración de una tremenda
6 peste [187]. Esta desgracia sobrecogió de pánico los ánimos del enemigo, y para mantenerlos a raya con algún medio disuasorio aun en el caso de que la peste remitiese, los romanos incrementaron el número de componentes de la colonia de Vélitras y enviaron una nueva colonia a Norba [188], en la montaña, para que hiciese la función de fortaleza en el
7 Pontino. Durante el consulado siguiente, el de Marco Minucio y Aulo Sempronio, se trajo de Sicilia un gran contingente de trigo y se discutió en el senado el precio a que
8 se le daría a la plebe. Muchos opinaban que había llegado el momento de presionar a la plebe y recuperar los derechos que le habían sido arrancados a la fuerza al senado por la secesión. En especial Marcio Coriolano, enemigo del
9 poder tribunicio, dijo: «Si quieren el antiguo precio del grano, que devuelvan al senado sus antiguos derechos. ¿Por qué tengo yo que ver a unos plebeyos de magistrados, y a un Sicinio lleno de poder, mientras yo paso bajo el yugo como si hubiese sido rescatado de unos bandidos?
10 ¿Voy a soportar estas humillaciones por más tiempo del necesario? Yo, que no soporté a un Tarquinio por rey, ¿voy a soportar a un Sicinio? ¡Que se retire ahora! ¡Que se lleve a la plebe!: está expedito el camino hacia el monte

[187] ¿Malaria?

[188] Norba (Norma) fue colonizada por los latinos, y la arqueología ha confirmado la fecha tradicional. Estaba sobre una colina.

Sacro y hacia las otras colinas. Que roben el trigo de nuestros campos, como lo robaron hace dos años: que disfruten 11
de la cosecha que en su arrebato sembraron. Me atrevo a asegurar que esta calamidad les hará entrar en razón y se pondrán ellos mismos a cultivar los campos, en lugar de impedir su cultivo con la insurrección armada.» Aunque no 12
es tan fácil decir si debió, yo pienso que el senado sí pudo fácilmente, poniéndolo como condición para el abaratamiento del grano, quitarse de encima el poder tribunicio y todas las prerrogativas que le habían sido impuestas a la fuerza.

Aquella propuesta, al senado le pareció demasiado dura 35
y a la plebe estuvo a punto de hacerle empuñar las armas de ira: ahora se les ataca por hambre, como a enemigos, se los priva de comida y medios de subsistencia; el trigo importado, único alimento que un inesperado golpe de suerte les ha proporcionado, les es quitado de la boca, a no ser que le entreguen a Gneo Marcio a los tribunos atados, a no ser que se le satisfaga con los azotes en la espalda de la plebe romana: les ha surgido un verdugo nunca visto, que les da a escoger entre la muerte y la esclavitud. Lo 2
hubieran atacado al salir de la curia, si los tribunos, muy oportunamente, no le hubieran fijado una fecha para comparecer ante el pueblo. Con ello la irritación se calmó: todos se veían convertidos en jueces de su enemigo, con derecho de vida y muerte sobre él. En un principio, Marcio 3
escuchaba despectivamente las amenazas de los tribunos: se le había atribuido a aquella potestad el derecho de defender, no el de castigar y, además, eran tribunos de la plebe, no de los patricios. Pero era tal la hostilidad que se había desatado en la plebe, que los senadores tenían que salir del atolladero sacrificando a uno de los suyos. Resistieron, sin 4
embargo, con el odio en contra y pusieron en juego su influencia, personal en unos casos, de todo el estamento en

otros. Primero, probaron a ver si, distribuyendo aquí y allá a sus clientes para que apartasen a los plebeyos uno a uno de conspiraciones y reuniones, podían zanjar el asunto.
5 Después, se presentaron todos en público —cuantos senadores había, parecía que estaban acusados— rogando y suplicando a la plebe por un solo ciudadano, por un solo senador: si no querían absolverlo como inocente, que como
6 culpable lo dejasen libre en consideración a ellos. Pero, como el día señalado el acusado no compareció, persistió inflexible la ira. Condenado en rebeldía, se exilió al país volsco, profiriendo amenazas contra su patria y sintiéndose ya internamente su enemigo.

Los volscos acogieron su llegada muy complacientes y, de día en día, iba siendo más considerado el trato que le daban, a medida que iba dando muestras de un resentimiento más profundo contra los suyos, y sus quejas y amenazas, que ellos eran los primeros en recoger, se iban
7 haciendo más frecuentes. Era huésped de Ato Tulio. Era éste, entonces, con gran diferencia el primero de los volscos, enemigo implacable de los romanos. Acicateados, pues, el uno por su odio inveterado y el otro por su rabia
8 reciente, proyectan en común una guerra contra Roma. No les parecía fácil poder decidir al pueblo a retomar las armas, después de tantas tentativas desafortunadas: debido a las muchas guerras y, finalmente, a la peste, habían perdido a la juventud y los ánimos estaban quebrantados; había que servirse de triquiñuelas con aquel odio que el paso del tiempo había ido desgastando, para que los ánimos se exacerbasen con algún nuevo motivo de cólera.

36 Precisamente se estaban haciendo en Roma los preparativos para recomenzar[189] los grandes juegos. La razón de

[189] Debía reiniciarse por completo la ceremonia religiosa, en este caso la que abría los juegos, si el rito no era observado con toda escrupulosidad o había una interferencia por un incidente de mal augurio.

reiniciarlos fue la siguiente: la mañana de los juegos un amo, antes de comenzar el espectáculo, había llevado a un esclavo por enmedio del circo con la horca al cuello y recibiendo azotes; después dieron comienzo los juegos, como si aquel incidente no tuviese ninguna implicación de tipo religioso. Poco después, un plebeyo, Tito Latinio, tuvo un 2
sueño: se le apareció Júpiter y le dijo que el bailarín[190] que había precedido a los juegos no había sido de su agrado; que si aquellos juegos no se recomenzaban con toda magnificencia, iban a representar un peligro para la ciudad; que fuese a comunicárselo a los cónsules. Aunque su ánimo no 3
estaba del todo exento de escrúpulos religiosos, sin embargo pudo más el respeto a la majestad de los magistrados o el temor a quedar en ridículo ante la gente. Aque- 4
lla vacilación le costó cara; en efecto, a los pocos días perdió a su hijo. Para que no le quedase duda alguna sobre la causa de aquella desgracia repentina, en medio de su dolor vio en sueños la misma imagen que ya se le había aparecido, la cual le preguntó si le parecía suficiente el pago que había recibido por no hacer caso de la voluntad divina; que le esperaba un pago todavía mayor, si no se daba prisa y lo comunicaba a los cónsules. La situación se volvía más acu- 5
ciante. Sin embargo, andaba aún dudando y dando largas, cuando fue víctima de una enfermedad de enorme virulencia, acompañada de una parálisis súbita. Entonces sí que 6
hizo mella en él la cólera de los dioses. Agobiado por los males que ya se habían materializado y por los que aún amenazaban, reunió en consejo a sus allegados, les expuso lo que había visto y oído, las reiteradas apariciones de Júpiter durante el sueño, las amenazas y la cólera de lo alto manifestadas en sus desgracias; seguidamente, por acuerdo manifiesto de todos los presentes, se le lleva en una litera al

[190] Rasgo de ironía atribuido a Júpiter.

7 foro, a presencia de los cónsules. De allí, por orden de los cónsules, fue trasladado a la curia, volvió a contar la misma historia a los senadores con gran asombro general,
8 y de repente un nuevo milagro: aquel hombre que había sido llevado a la curia privado de movimiento en todos sus miembros, una vez cumplida su misión volvió a casa por su propio pie, según la tradición.

37 El senado decretó que se celebrasen los juegos con la mayor magnificencia. Por iniciativa de Atio Tulio, hubo en
2 ellos una gran afluencia de volscos. Antes de que los juegos dieran comienzo, Tulio, siguiendo el plan acordado con Marcio en su tierra, va al encuentro de los cónsules y les dice que hay algo que quiere tratar en secreto que atañe a
3 los intereses del Estado. Una vez sin testigos, dice: «Lamento tener que hablar de algo que dice muy poco en favor de mis compatriotas. No vengo, no obstante, a acusarlos de haber cometido un delito, sino a prevenir que no
4 lo cometan. El carácter de nuestra gente es mucho más
5 tornadizo de lo que yo quisiera. Lo hemos comprobado con nuestras sucesivas derrotas, pues si sobrevivimos no es gracias a nuestro prudente comportamiento, sino a vuestra tolerancia. En este momento se encuentran aquí un gran número de volscos; se celebran los juegos; la ciudad va a
6 estar enfrascada en el espectáculo. Recuerdo cuál fue, en las mismas circunstancias, el comportamiento de la juventud sabina en esta ciudad [191]. Me asusta la idea de que pueda cometerse una acción irreflexiva y atolondrada. Esto es lo que me pareció que debía deciros, cónsules, en interés
7 nuestro y vuestro. Por lo que a mí respecta, tengo intención de marcharme a casa inmediatamente para no verme comprometido, si estoy presente, por las consecuencias de algún hecho o dicho.» Después de hablar así se marchó.

[191] Referencia a II 18, 2.

Cuando los cónsules sometieron al senado el asunto, poco 8
consistente pero de fuente segura, fue más la fuente que la información, como siempre, lo que los movió a tomar precauciones incluso más allá de lo necesario. Un decreto del senado dispuso que los volscos salieran de Roma; se envían pregoneros a comunicarles la orden de partir todos ellos antes de la noche. Primeramente, los asaltó un miedo cer- 9
val mientras corrían a recoger sus cosas a donde estaban hospedados; después, cuando marchaban, sobrevino la indignación: como a criminales, como a gente impura se los había apartado de los juegos, de las fiestas y, en cierto modo, de la sociedad de los hombres y de los dioses.

Como marchaban formando una hilera casi ininte- 38
rrumpida, Tulio, que se les había adelantado hasta la fuente Ferentina, según iban llegando abordaba a los más importantes, se quejaba y daba muestras de indignación y los llevó a ellos, que daban buena acogida a unas palabras que se correspondían con su irritación, y por medio de ellos a toda la multitud, a una planicie que subyacía al camino. Allí comenzó a hablarles a modo de arenga 2
diciendo: «Aun suponiendo que olvidéis las antiguas injusticias del pueblo romano y los desastres del pueblo volsco, aunque olvidéis todo lo demás, ¿cómo soportáis esta afrenta de hoy con la que, para nuestra ignominia, han dado comienzo los juegos? ¿Es que no habéis comprendido 3
que hoy celebraban el triunfo sobre vosotros; que vosotros al marchar habéis servido de espectáculo a todo el mundo, a los compatriotas, a los extranjeros, a tantos pueblos del contorno; que vuestras mujeres y vuestros hijos han sido paseados en el cortejo ante todas las miradas? Los que oye- 4
ron la voz del pregonero, y los que nos vieron marchar, y los que se cruzaron con este vergonzoso desfile, ¿qué os parece que pensaron, sino que estábamos, sin duda alguna, manchados con alguna acción nefanda, en razón de lo cual

si asistíamos al espectáculo íbamos a profanar los juegos e iba a haber necesidad de expiación, y que, en consecuencia, se nos expulsaba de la residencia de los justos, de su com-
5 pañía y de su asamblea? Además, ¿no se os ocurre pensar que conservamos la vida porque nos apresuramos a marcharnos? ¡Si es que esto es marcharse y no más bien huir! Y esta ciudad en la que, si hubieseis permanecido un día más, hubieseis perdido la vida, ¿no os parece la de unos enemigos? Se os ha declarado la guerra, para desgracia de
6 quienes la han declarado, si sois hombres.» Llenos de ira ya de por sí y sobreexcitados de esta forma, marcharon a sus lugares de residencia y, a base de instigar cada uno a sus conciudadanos, consiguieron que toda la nación se rebelase.

39 Como generales para dirigir la guerra fueron escogidos, por acuerdo de todos los pueblos, Atio Tulio y Gneo Marcio, el exiliado romano, en el cual tenían puestas aún mayo-
2 res esperanzas. No defraudó, en absoluto, tales esperanzas, de forma que quedó claro con toda evidencia que Roma era fuerte gracias más a sus generales que a su tropa. Marchó, en primer lugar, sobre Circeyos; expulsó de allí a la colonia romana y entregó a los volscos la ciudad liberada.
3 Después les quitó a los romanos Sátrico, Lóngula, Polusca,
4 Copríolos, Mugila; recuperó a continuación Lavinio. Entonces, ganando la vía Latina por caminos transversales[192], tomó sucesivamente Corbión, Vetelia, Trebio, Labicos,

[192] La frase «ganando la vía Latina por caminos transversales» figura en los manuscritos antes de la enumeración encabezada por Sátrico. El notable error geográfico que ello implicaría llevó a Niebuhr a proponer esta corrección, que Bayet sigue. Los caminos transversales unen entre sí las vías principales, en este caso la Apia y la Latina. Sátrico, Lóngula, Polusca y Coríolos quedaban al oeste de la vía Apia, situada, a su vez, al oeste de la vía Latina. Corbión, etc.: entre las vías Latina y Labicana.

Pedo[193]. Finalmente, de Pedo marcha hacia Roma y, des- 5
pués de acampar junto a las fosas de Cluilio[194], a cinco millas de la ciudad, saquea desde allí las tierras de Roma, enviando entre los saqueadores a unos vigilantes encarga- 6
dos de impedir que se tocasen las tierras de los patricios, bien porque el blanco principal de sus iras era la plebe, bien para provocar con ello el enfrentamiento entre los patricios y los plebeyos. Enfrentamiento, que, sin duda, se 7
hubiera producido —pues los tribunos con sus acusaciones instigaban a la plebe, ya de por sí irritada, contra los ciudadanos relevantes—, pero la amenaza exterior, el más fuerte vínculo de entendimiento, mantenía unidos los ánimos a pesar de las reticencias y la animosidad mutua. Había únicamente un punto de desacuerdo: el senado y los 8
cónsules no confiaban nada más que en las armas, la plebe prefería cualquier cosa antes que la guerra. Espurio Naucio 9
y Sexto Furio eran, entonces, cónsules. Mientras éstos pasaban revista a las legiones y situaban destacamentos a lo largo de las murallas y en otros puntos en los que se había acordado que hubiese puestos de guardia y centinelas, una enorme multitud que pedía la paz empezó por asustarlos con gritos sediciosos y, finalmente, los obligó a reunir al senado y presentar la propuesta de enviar una

[193] Sátrico (Borgo Montello) no era miembro de la Liga Albana, pero sí aparece en la relación de la Liga Latina del siglo v. Fue destruida por los romanos en el siglo IV a. C. Mugila y Trebio: localización desconocida. Corbión: ¿Rocca Priora, al este de los montes Albanos? Situación estratégica en relación con el paso del Álgido. Vetelia no dejó rastro a partir del siglo v. Labicos: según Estrabón, estaba situada en una colina a la derecha de la vía Labicana a 120 estadios de la puerta Esquilina. Pedo (Gallicano), a cerca de 30 kilómetros de Roma en la vía Prenestina; miembro de las Ligas Albana y Latina.

[194] Constituyeron las líneas de demarcación entre el territorio de Roma y el de Alba, a unos 7 kilómetros de la puerta Capena por la carretera de Túsculo.

10 legación a Gneo Marcio. El senado aceptó la propuesta, al
ver que flaqueaban los ánimos de la plebe; pero los parla-
mentarios enviados a negociar la paz con Marcio volvieron
11 con una durísima respuesta: si se les devolvía su territorio a
los volscos, podía haber conversaciones de paz; si querían
disfrutar tranquilamente del botín de guerra, él, que se
acordaba de la injusticia de sus compatriotas y del trato de
favor de sus huéspedes, pondría empeño en que quedase de
manifiesto que el exilio le había redoblado, no quebran-
12 tado la moral. Enviados por segunda vez los mismos par-
lamentarios, no son recibidos en el campamento. Según la
tradición también los sacerdotes tocados con sus ornamen-
tos fueron como suplicantes al campamento enemigo; no
lograron doblegar su decisión en mayor medida que los
parlamentarios.

40 Entonces las matronas acuden en masa a ver a Vetu-
ria, madre de Coriolano, y a Volumnia, su esposa. No
tengo elementos de juicio suficientes para decir si se trató
de una medida oficial o si se debió simplemente al temor
2 propio de la mujer. Lo que sí es seguro es que consiguieron
que Veturia, mujer de edad avanzada, y Volumnia, lle-
vando a los dos hijos pequeños de Marcio, las acompaña-
sen al campamento enemigo y, ya que los hombres no
podían defender a Roma con las armas, que la defendiesen
3 las mujeres con súplicas y lágrimas. Cuando llegaron al
campamento y se le anunció a Coriolano que se presentaba
un grupo enorme de mujeres, en un primer momento él, en
quien no había hecho mella alguna ni la majestad de una
embajada oficial ni la profunda venerabilidad de los sacer-
dotes que imponía tanto a los ojos como al espíritu, se
mostró mucho más inconmovible ante unas lágrimas muje-
4 riles. Después, uno de sus íntimos que había reconocido a
Veturia, cuyo dolor resaltaba entre las demás, de pie entre
su nuera y sus nietos, dijo: «Si la vista no me engaña, tu

madre, tu esposa y tus hijos están ahí.» Coriolano, contur- 5
bado y como fuera de sí, saltó de su asiento y fue al
encuentro de su madre para abrazarla; la mujer, pasando
de los ruegos a la indignación, dijo: «Antes de recibir tu
abrazo deja que me entere de si me acerco a un enemigo o
a un hijo, si soy una prisionera o una madre en tu campa-
mento. ¿A esto me ha conducido mi larga vida y mi desdi- 6
chada vejez, a ver en ti a un exiliado y, después, un ene-
migo? ¿Has sido capaz de saquear esta tierra que te hizo
nacer y te alimentó? Aunque habías venido con ánimo hos- 7
til y amenazador, ¿no se te vino abajo la cólera al poner el
pie en nuestros confines? Cuando divisaste Roma, ¿no se te
ocurrió pensar: detrás de esas murallas están mi casa y mi
hogar, mi madre, mi esposa y mis hijos? ¡Así que si yo no 8
te hubiese parido, Roma no estaría sitiada; si yo no tuviera
un hijo, moriría libre en una patria libre! Pero yo nada
puedo sufrir ya que no redunde más en tu deshonra que en
mi desdicha, ni, por muy desdichada que sea, lo voy a ser
por mucho tiempo: piensa en éstos, a los que, si continúas 9
adelante, aguarda una muerte prematura o una larga escla-
vitud.» Después, lo abrazaron la mujer y los hijos, y los
llantos que estallaron en todo el grupo de mujeres y sus
lamentaciones por sí mismas y por la patria acabaron por
doblegar a aquel hombre. Después de abrazar a los suyos, 10
los despide; por su parte, alejó el campamento de la ciu-
dad, sacó, después, las legiones del territorio romano y
murió, dicen, víctima del odio que suscitó al actuar así;
para otros, su muerte fue de otro género: Fabio, el más
antiguo con mucho de nuestros historiadores, dice que
vivió hasta la ancianidad; al menos refiere que al final de 11
su vida repetía a menudo esta expresión: «El exilio para un
anciano es mucho más penoso.» Los hombres de Roma no
escatimaron el mérito que les correspondía a las mujeres
—tan al margen se vivía de la envidia de la gloria ajena—:

12 incluso para perpetuar su memoria, se erigió y dedicó un
templo a la Fortuna de la Mujer[195].

Volvieron, después, sobre el territorio romano los vols-
cos y los ecuos unidos. Pero los ecuos no soportaron por
13 más tiempo la jefatura de Atio Tulio. De esta pugna por
ver si eran los volscos o los ecuos quienes proporcionarían
el general en jefe de ambos ejércitos reunidos, surgió un
conflicto y, después, una batalla sangrienta. La buena
suerte del pueblo romano acabó con los dos ejércitos ene-
migos en una lucha tan funesta como encarnizada.

14 Fueron cónsules Tito Sicinio y Gayo Aquilio. A Sicinio
le tocó en suerte encargarse de los volscos, a Aquilio de los
hérnicos, pues también éstos se habían levantado en armas.
Aquel año fueron vencidos por completo los hérnicos; con
los volscos hubo un combate igualado y los ejércitos se
separaron.

La primera ley agraria: luchas intestinas. Guerras con volscos, ecuos y veyentes

41 A continuación fueron nombrados
cónsules Espurio Casio y Próculo Vergi-
nio. Se concluyó un tratado con los hér-
nicos[196] y fueron anexionadas dos terce-
ras partes de su territorio. El cónsul
Casio se proponía repartirlo, la mitad
2 para los latinos y la mitad para la plebe. Pensaba añadir a
esta donación un lote de tierras que, según se decía, si bien
pertenecían al Estado, eran poseídas por unos particulares.
Esta medida asustaba a gran número de patricios, preci-
samente los terratenientes, por la amenaza que suponía
contra su riqueza personal; pero, además, los patricios
estaban preocupados por el bien común, al ganar el cónsul

[195] A 6 kilómetros de Roma por la vía Latina.

[196] Aliados potenciales muy interesantes para Roma por su situación en el valle del *Trerus* separando a ecuos y volscos, las dos grandes potencias. Debía de tratarse de un *foedus aequum* básicamente defensivo.

con su largueza un ascendiente peligroso para la libertad.
Se promulgó, entonces, la primera ley agraria, cuestión que 3
desde entonces hasta nuestros días nunca ha sido tocada
sin graves desórdenes sociales. El otro cónsul se oponía a 4
esta prodigalidad con el apoyo de los patricios y sin que se
le pusiera en contra la totalidad de la plebe, la cual ya
desde un principio había empezado a desdeñar un regalo
«que se había degradado al hacerse extensible de los ciuda-
danos a los aliados» y, después, frecuentemente oía tam- 5
bién al cónsul Verginio decir en las asambleas, en tono pro-
fético, que el regalo de su colega estaba contaminado; que
aquellas tierras traerían la esclavitud a quienes las recibie-
sen; que se estaba abriendo camino a la realeza. En efecto, 6
¿con qué objetivo se hacía copartícipes a los aliados y al
pueblo latino, a qué fin se les devolvía a los hérnicos,
enemigos hacía bien poco, el tercio del territorio conquis-
tado, sino para que estos pueblos reemplazasen la jefatura
de Coriolano por la de Casio? Comenzó a ganar populari- 7
dad desde su oposición y su obstruccionismo a la ley agra-
ria. Desde entonces ambos cónsules, como a porfía, se
mostraron complacientes con la plebe: Verginio manifes-
taba que él consentiría que se asignasen las tierras con la
condición de que no fuesen asignadas nada más que a ciu-
dadanos romanos; Casio, dado que el reparto de tierras le 8
granjeaba el favor de los aliados, pero por eso mismo
bajaba en Roma su cotización, buscando recobrar la
estima de sus conciudadanos por medio de otra donación
dispuso que se devolviese al pueblo el dinero que se le
había cobrado por el trigo de Sicilia. Pero el pueblo lo 9
rechazó como si viese que con ello pagaba al contado el
trono: hasta ese extremo, por el natural recelo a que ambi-
cionase la realeza, se rehusaban sus dádivas como si se
nadase en la abundancia. Apenas abandonó el cargo, es un 10
hecho comprobado que fue condenado y ejecutado. Algu-

nos sostienen que el autor de la ejecución fue su padre: éste
habría instruido la causa en su domicilio, lo habría hecho
azotar y ejecutar y habría consagrado a Ceres el peculio de
su hijo; con él se habría hecho una estatua con la inscrip-
11 ción: «Donación de la familia Casia.»[197] Según encuentro
en algunos autores, y esto me parece más verosímil, los
cuestores Cesón Fabio y Lucio Valerio[198] lo acusaron de
alta traición, en el juicio el pueblo lo condenó e hizo des-
truir su casa: es la zona libre que hay delante del templo de
12 la Tierra. En cualquier caso, fuese privado o público el jui-
cio, fue condenado durante el consulado de Servio Corne-
lio y Quinto Fabio.

42 No fue muy duradera la cólera del pueblo contra Casio.
El atractivo de la ley agraria en sí misma, una vez desapa-
recido su promotor, iba calando en los ánimos; la codicia
se vio alimentada por la cicatería del senado, el cual, tras
ser derrotados aquel año los volscos y los ecuos, dejó sin
2 botín a los soldados; todo lo que se le cogió al enemigo lo
vendió el cónsul Fabio e ingresó en el tesoro público.

El nombre de Fabio era odioso al pueblo a causa del
último cónsul; sin embargo, los patricios consiguieron que
Cesón Fabio fuera nombrado cónsul junto con Lucio Emi-
3 lio. Incrementada con ello la indignación de la plebe,
sobrevino una revuelta interna que dio pie a una guerra
exterior. Después, la guerra dejó en suspenso las desave-
nencias internas: en un mismo afán, patricios y plebeyos
tomaron, a su vez, la ofensiva contra volscos y ecuos bajo

[197] La *consecratio bonorum* era consecuencia de la *consecratio capitis*, aunque posteriormente iban por separado; se vendían públicamente los bienes del interesado y el importe pasaba al templo de Ceres. Esta expresión entrecomillada parece que hay que entenderla no como donación hecha por la familia Casia, sino como donación hecha con lo que pertenecía a la familia Casia.

[198] Cónsul el 483 y el 470 a. C.

el mando de Emilio y obtuvieron sobre ellos una brillante
victoria. Le costó, sin embargo, al enemigo más bajas la 4
huida que la batalla, tanto empeño puso la caballería en
perseguirlo en su desbandada. Aquel mismo año tuvo lugar 5
la dedicación del templo de Cástor[199], el quince de julio[200];
había sido prometido durante la guerra latina por el dicta-
dor Postumio; su hijo, nombrado duúnviro expresamente a
este efecto, llevó a cabo la dedicación[201]. También aquel 6
año los ánimos de la plebe fueron soliviantados por el atrac-
tivo de la ley agraria. Los tribunos de la plebe realzaban
con su autoridad una ley popular; los patricios, que esti-
maban que la masa es ya de por sí más que de sobra pro-
pensa a la violencia incluso sin sentido, temblaban ante
aquella liberalidad que estimulaba su audacia. Entre los
patricios quienes capitanearon la oposición con más
empeño fueron los cónsules. Este estamento social se salió 7
con la suya, y no sólo para entonces sino incluso para el
año siguiente situó en el consulado a Marco Fabio, her-
mano de Cesón, y a otro personaje más odioso aún para la
plebe por haber sido el acusador de Espurio Casio, Lucio
Valerio.

También aquel año continuó la lucha con los tribunos. 8
En vano se propuso la ley y en vano sus promotores pre-
gonaron un beneficio que no fue efectivo. El nombre de los
Fabio se engrandeció gracias a los tres consulados consecu-
tivos que sostuvieron, todos ellos, casi ininterrumpida-
mente la lucha contra los tribunos; en consecuencia, consi-
derándolo bien afincado, se mantuvo el cargo en aquella

[199] La leyenda del lago Regilo hace suponer que estaba dedicado a Cástor y Pólux.

[200] Discutida esta fecha; los *Fastos* dan la del 27 de enero.

[201] No podía hacerlo un particular, tenía que elegir el pueblo duúnviros *aedi dedicandae*.

9 familia durante bastante tiempo. Comenzó, después, la guerra con Veyos y los volscos volvieron a levantarse en armas. Pero para la guerra exterior había fuerzas casi exce-
10 sivas, y las malempleaban en luchas intestinas. Al malestar generalizado vinieron a sumarse prodigios celestes ostensiblemente amenazadores en la ciudad y en los campos, casi a diario; el motivo de que la divinidad se hubiese airado de aquella forma no era otro —proclamaban los adivinos, que de manera ya oficial ya privada consultaban a la divinidad, unas veces, mediante las entrañas de las víctimas, otras, mediante el vuelo de las aves— que las irregularidades en
11 la celebración del culto; el pánico llegó al extremo de que Opia, una virgen vestal, fue condenada por incesto y ejecutada.

43 Fueron, a continuación, nombrados cónsules Quinto Fabio y Gayo Julio. Durante aquel año las desavenencias internas no fueron menos vivas y la guerra exterior fue más encarnizada: los ecuos se levantaron en armas; los de Veyos llegaron incluso a penetrar y saquear en territorio romano. Al ir acentuándose la preocupación por estas guerras, son nombrados cónsules Cesón Fabio y Espurio
2 Furio. Los ecuos estaban asediando Ortona[202], ciudad latina; los de Veyos, hartos ya de pillaje, amenazaban con
3 lanzarse al asalto de la propia Roma. El miedo que estas circunstancias provocaban, en lugar de refrenar agudizaba la insolencia de la plebe; volvía ésta a su negativa sistemática al servicio militar, aunque no por iniciativa propia, sino que Espurio Licinio, tribuno de la plebe, convencido de que ante lo apurado de la situación había

202 Esta población, al contrario que su homónima situada sobre el Adriático e incorporada por Roma el 319 a. C., es mal conocida. Tomada por los ecuos el 457 a. C., desapareció. Es de suponer que estaba al norte del país volsco, cerca de Corbión.

llegado el momento de imponer la ley agraria a los patricios, tomó en sus manos la tarea de obstaculizar los preparativos bélicos. En consecuencia, el odio que suscitaba la 4
potestad tribunicia se volvió por entero contra él como responsable; los ataques de los cónsules en contra suya no fueron más duros que los de sus propios colegas, con cuya ayuda los cónsules llevan a cabo el reclutamiento.

Se alistan tropas para dos guerras simultáneas; Fabio 5
recibe el mando contra Veyos, Furio contra los ecuos. Con estos últimos no se llevó a cabo nada digno de mención; Fabio tuvo bastantes más problemas con sus tropas que con 6
el enemigo. Aquel hombre extraordinario, aquel cónsul, sostuvo en solitario al Estado al que, por odio al cónsul, los soldados hacían traición en cuanto podían. Pues, 7
cuando el cónsul, aparte de la consumada habilidad de mando de que dio muestras en la preparación y dirección de la guerra, empleó una táctica tal que derrotó al enemigo con una simple carga de la caballería, la infantería se negó a perseguir a los fugitivos; y no lograron decidirlos a acele- 8
rar el paso o, cuando menos, a guardar la formación, no ya las exhortaciones de un general odioso, sino ni siquiera lo vergonzoso de su acción y el deshonor público en que incurrían en ese momento, o el peligro subsiguiente en caso de que el enemigo recobrase la moral. A pesar de las órdenes 9
dan media vuelta y, abatidos —parecían vencidos—, echando maldiciones, unas veces, contra su general y, otras, contra la acción llevada a cabo por la caballería, vuelven al campamento. A este ejemplo tan dañino el gene- 10
ral no le encontró remedio alguno: tan cierto es que talentos eminentes pueden andar más faltos de habilidad para dirigir al ciudadano que para vencer al enemigo. Volvió el 11
cónsul a Roma: sin haber conseguido incrementar su gloria militar, no había hecho más que irritar y exasperar el odio de los soldados contra él. A pesar de todo, los patricios

consiguieron que el consulado permaneciese en la familia
Fabia: nombran cónsul a Marco Fabio; se le da como
colega a Gneo Manlio.

44 También este año contó con un tribuno propulsor de la
ley agraria: fue éste Tiberio Pontificio. Siguiendo los mis-
mos pasos que Espurio Licinio, como si a éste le hubieran
llevado al éxito, frenó por algún tiempo el reclutamiento.
2 Hubo de nuevo conmoción entre los patricios y Apio
Claudio andaba diciendo que la potestad tribunicia estaba
vencida desde hacía un año, para el presente de hecho y
para el porvenir por el precedente sentado, puesto que se
había descubierto que se autodestruía con sus propias fuer-
3 zas. Pues nunca faltaría quien quisiese apuntarse un éxito a
costa de un colega y, a la vez, ganarse el favor de la aristo-
cracia prestando un servicio al Estado; muchos tribunos,
caso de ser necesarios muchos, estarían dispuestos a cola-
borar con los cónsules, y por otra parte incluso uno solo se
4 bastaba contra todos. Unicamente tenían que aplicarse los
cónsules y los senadores principales en ganar, si no a todos,
al menos a alguno de los tribunos para la causa del Estado
5 y del senado. Los senadores, siguiendo los consejos de
Apio, se dirigían todos ellos a los tribunos cortés y ama-
blemente, y los que habían sido cónsules, de acuerdo con la
influencia particular que tenían sobre cada uno de ellos,
consiguieron, en parte por afecto y en parte por ascen-
diente, que las fuerzas de la potestad tribunicia tuviesen
6 como propósito el bien del Estado, y con la colaboración
de cuatro tribunos, frente a uno solo que hacía de rémora
del interés común, los cónsules realizan el reclutamiento.

7 Entraron, a continuación, en campaña contra Veyos,
donde se habían concentrado tropas de apoyo procedentes
de todos los puntos de Etruria, impulsadas no tanto por
simpatía hacia los veyentes como por la esperanza que
habían llegado a concebir de poder destruir Roma merced

a sus enfrentamientos internos. Los principales, en los 8
encuentros de todas las ciudades confederadas de Etruria,
gritaban acaloradamente que el poder de los romanos era
eterno, si no se destrozaban entre sí con sus sediciones; ése
era el único veneno, el único elemento destructor de los
Estados opulentos con que se contaba en orden a que los
grandes imperios fuesen caducos. Semejante mal, mante- 9
nido a raya largo tiempo gracias, en parte, a la sabiduría
de los patricios y, en parte, a la resignación de la plebe,
había llegado ya a su último estadio: de un Estado se
habían hecho dos; cada uno de ellos tenía sus magistrados
y sus leyes propias. Al principio habían acostumbrado a 10
protestar de manera violenta contra los alistamientos, pero,
sin embargo, en campaña habían obedecido a los generales.
Cualquiera que fuese la situación interna, mientras se había
mantenido la disciplina militar habían podido resistir; pero
ahora los soldados romanos practicaban la desobediencia
sistemática a los magistrados, incluso en los campamentos:
durante la última guerra, en el mismo frente, en pleno 11
combate, las tropas se habían puesto de acuerdo para dar
voluntariamente la victoria a los ecuos[203] ya vencidos,
habían abandonado las banderas, habían dejado solo al
general en el frente de batalla, habían regresado al campa-
mento sin que se les ordenase. Si se hacía presión, sin duda 12
alguna Roma podía ser vencida por sus propios soldados:
lo único que se requería era declarar la guerra y hacer una
demostración militar; el destino y los dioses se encargarían
por sí mismos del resto. Estas esperanzas habían hecho que
los etruscos tomasen las armas, después de tantas alternati-
vas de victorias y derrotas.

Por su parte, a los cónsules romanos lo único que los 45
atemorizaba eran sus propias fuerzas, sus propias tropas; el

[203] Según II 43, 5, Fabio había dirigido las tropas contra los veyentes, no contra los ecuos.

recuerdo del desastroso precedente de la última guerra les hacía temer que pudiesen llegar a una situación en la que
2 hubiesen de tener miedo de ambos[204] ejércitos a la vez. Por eso se mantenían en el interior del campamento, sin entrar en combate, debido a la amenaza del doble peligro: tal vez el tiempo y las circunstancias llegarían a calmar las iras y
3 hacer entrar en razón a las mentes. Los enemigos, veyentes y etruscos, se movían por ello con más prisa; los provocaban a la pelea: en un principio, corriendo a caballo delante del campamento y desafiándolos; después, como no conseguían nada, insultando, unas veces, a los propios cónsules
4 y, otras, a los soldados con que en la comedia de sus luchas intestinas habían encontrado una coartada para su miedo, y los cónsules no es que pusieran en duda la fidelidad de sus soldados, sino que no confiaban en su valor. «¡Bonita manera de rebelarse, estarse en silencio y sin mover un dedo estando armados!» A esto añadían burlas más o menos fundadas sobre el origen poco ilustre de su raza.
5 Estos gritos insultantes que se oían al pie de los atrincheramientos y de las puertas mismas del campamento, los cónsules los sobrellevaban con disimulada satisfacción; pero la tropa, más falta de experiencia, se debatía entre sentimientos de indignación y de vergüenza y se olvidaba de los problemas internos; no quería dejar impunes los insultos del enemigo, no quería que se apuntasen un triunfo los patricios ni los cónsules; había en su interior
6 una pugna entre el odio a los de fuera y a los de dentro. Al fin se impuso el odio a los del exterior: tan fanfarrona e insolentemente se chanceaba el enemigo. Acuden en masa
7 al pretorio, exigen el combate, piden que se dé la señal. Los cónsules, simulando que van a deliberar, se reúnen en consejo y conferencian largo y tendido. Deseaban combatir,

[204] Del propio y del enemigo.

pero tenían que refrenar y disimular su deseo para, con su resistencia y su demora, redoblar el coraje de los soldados una vez suscitado. Envían la respuesta de que se trata de 8
un tema poco maduro; que todavía no es el momento de combatir; que permanezcan en el interior del campamento. Después, hacen transmitir la orden de que queda prohibido luchar; si alguno lucha sin que se le ordene, será tratado como enemigo. Al ser despedidos en estos términos, cuanto 9
mayor es su convencimiento de que los cónsules se oponen, más se acentúa su ardor guerrero. Vienen, además, a exacerbarlo los enemigos redoblando su arrogancia ante la noticia de que los cónsules han decidido no combatir: desde luego pueden insultar impunemente; y no se les con- 10
fían armas a los soldados; la situación está a punto de estallar en una revuelta definitiva, ha llegado el final del imperio romano. En esta confianza se acercan corriendo hasta las puertas, profieren injurias, les cuesta trabajo contenerse y no asaltar el campamento. Realmente, los romanos no 11
podían seguir soportando aquella afrenta; desde todos los rincones del campamento se corre ante los cónsules; ya no presentan su petición ordenadamente, como con anterioridad, a través de los primeros centuriones[205], sino que reclaman en masa, a gritos, con alboroto. La situación estaba a punto; sin embargo, se muestran remisos. Al fin, 12
Fabio, viendo que su colega está a punto de ceder ante el creciente tumulto por miedo a un amotinamiento, ordena silencio con un toque de trompeta y dice: «Yo estoy seguro, Gneo Manlio, de que estos hombres pueden vencer; pero ellos mismos han hecho que yo no esté seguro de si quieren. Por consiguiente, estoy firmemente decidido a no dar 13
la señal, si no juran que saldrán vencedores de este combate. Los soldados faltaron una vez a su palabra, en el

[205] Los que mandaban la primera centuria de cada cohorte.

frente, a un cónsul romano: a los dioses nunca les faltarán.» Había un centurión, Marco Flavoleyo, uno de los
14 más insistentes en exigir el combate: «Marco Fabio —dijo—, saldré vencedor de la batalla»; si falta a su palabra, invoca contra sí la ira del padre Júpiter, de Marte Gradivo y de los demás dioses. A continuación todo el ejército repite individualmente el mismo juramento. Cuando han prestado juramento se da la señal; toman las armas y mar-
15 chan al combate llenos de coraje y de esperanza. Conminan a los etruscos a que los injurien ahora, a que ahora que están armados se les ponga delante a uno de ellos un ene-
16 migo suelto de lengua. Aquel día dieron muestras de un valor fuera de lo común todos ellos, tanto plebeyos como patricios; el nombre de los Fabios brilló a la mayor altura: están resueltos a volver a ganarse en este combate la voluntad de la plebe, que las repetidas luchas civiles han puesto en contra suya.

46 Se forma el frente; ni los veyentes ni las legiones etruscas se echan para atrás. Esperaban casi con seguridad que no se lucharía contra ellos más que contra los ecuos; incluso no había que descartar alguna otra traición más grave, exasperados como estaban los ánimos e incierta la
2 situación. Las cosas sucedieron de manera bien distinta; en efecto, en ninguna guerra hasta entonces entraron los romanos en cambate con mayor encono, dado el grado de exasperación a que los habían llevado tanto los enemigos
3 con sus insultos como los cónsules con su demora. Apenas habían tenido tiempo los etruscos de desplegar sus líneas, cuando los romanos en el primer momento de desorden lanzaron sus picas, al azar más que haciendo puntería, y se entró ya en el combate cuerpo a cuerpo, con la espada, que
4 es el tipo de lucha más mortífero. En primera línea los Fabios ofrecían un espectáculo noble y ejemplar a sus compatriotas. Uno de ellos, Quinto Fabio, que había sido

cónsul dos años antes, avanzaba en cabeza contra una piña de veyentes; un etrusco, temible por su fuerza y su habilidad en el manejo de las armas, cuando estaba desprevenido esquivando los numerosos golpes del enemigo, le atravesó el pecho con su espada; una vez extraída el arma, Fabio se
desplomó sobre su herida. La caída de un solo guerrero se 5
hizo sentir en ambos frentes, y el de los romanos empezaba a retroceder, cuando el cónsul Marco Fabio saltó sobre el cuerpo tendido y, cubriéndose con su escudo, dijo: «¿Esto es lo que habéis jurado, soldados, que volveríais fugitivos al campamento? ¿A unos enemigos tan cobardes les tenéis más miedo que a Júpiter y Marte por los que habéis jurado?
Pues yo, que no he prestado juramento, volveré vencedor o 6
caeré luchando aquí mismo junto a ti, Quinto Fabio.» Cesón Fabio, cónsul el año anterior, replicó al entonces cónsul: «Con semejantes palabras, hermano, ¿crees que vas tú a conseguir que luchen? Ya lo conseguirán los dioses por
los que juraron. En cuanto a nosotros, como debe ser tra- 7
tándose de nobles, como es digno del nombre de los Fabios, inflamemos el coraje de los soldados peleando más que exhortándolos.» Fue así como los dos Fabios, acudiendo al vuelo a primera línea lanza en ristre, arrastraron a todo el ejército.

Restablecido el combate por ese lado, el cónsul Gneo 47
Manlio animaba la lucha con un ardor similar en la otra ala, donde los vaivenes de la fortuna eran casi los mismos.
En efecto, al igual que Quinto Fabio en la otra ala, tam- 2
bién en ésta, cuando el cónsul Manlio estrechaba personalmente al enemigo ya casi puesto en fuga, lo secundaron valientemente sus soldados y, cuando gravemente herido
abandonó las filas, creyéndolo muerto retrocedieron; y 3
hubiesen abandonado su posición, si el otro cónsul con algunos escuadrones de caballería no se hubiese trasladado a aquel punto a galope tendido, gritando que su colega

estaba vivo y que él acudía victorioso después de desbara-
tar la otra ala, y no hubiese sostenido aquel revés de la
4 situación. También Manlio se hace ver, para recomponer el
frente. Al reconocer los rasgos de los dos cónsules, se
inflama el coraje de los soldados. Simultáneamente, el
frente enemigo tenía menor consistencia debido a que, con-
fiados en su superioridad numérica, habían retirado las
5 tropas de reserva enviándolas a atacar el campamento. Lo
asaltaron sin gran resistencia y, mientras estaban entreteni-
dos pensando más en el botín que en combatir, los tria-
rios[206] romanos, que no habían podido resistir el primer
asalto, enviaron informe a los cónsules sobre la situación y,
después de agruparse, vuelven al pretorio y ellos solos por
6 propia iniciativa contraatacan. El cónsul Manlio, que
había sido trasladado al campamento, colocando soldados
en todas las puertas le había cortado la retirada al ene-
migo. Lo desesperado de la situación desató la rabia, más
que la audacia, de los etruscos; pues, después de lanzar
infructuosamente varios ataques corriendo hacia donde
entreveían la posibilidad de una salida, los jóvenes, for-
mando un solo grupo compacto, se lanzan contra el propio
7 cónsul, reconocible por sus armas. Los que lo rodeaban
pararon los primeros golpes, después no pueden seguir
conteniendo el ataque; el cónsul cae herido de muerte y los
8 que estaban en torno a él se dispersaron. La audacia de los
etruscos va a más; a los romanos el pánico les hace correr
en desbandada por todo el campamento, y la situación
hubiese llegado a ser enormemente crítica, si los legados no
hubieran abierto una puerta, después de retirar el cuerpo
9 del cónsul, para que los enemigos pudieran pasar. Se pre-
cipitan por ella y, al huir en desorden, van a dar con el otro

[206] Anacronismo; término perteneciente a la organización manipular. Formaban la retaguardia.

cónsul victorioso: de nuevo son entonces destrozados y
dispersados en todas direcciones.

Se consiguió una brillante victoria, ensombrecida, sin
embargo, por dos pérdidas tan sensibles. Por esa razón, el 10
cónsul, cuando el senado decretó el triunfo, respondió que,
si las tropas podían desfilar en triunfo sin el general, él
accedía de buen grado en razón a su brillante comporta-
miento durante aquella guerra; en cuanto a él, estando su
familia de luto por la muerte de Quinto Fabio, su her-
mano, y el Estado parcialmente huérfano por la pérdida de
uno de los cónsules, no iba a aceptar un laurel desvirtuado
por el luto público y privado. El hecho de rehusar el 11
triunfo fue para él más honroso que cualquier triunfo efec-
tivo, y es que la gloria oportunamente rechazada redunda a
veces en una gloria mayor. A continuación, él mismo orga-
niza, sucesivamente, las exequias de su colega y de su her-
mano y pronuncia, asimismo, el elogio fúnebre de ambos;
atribuyéndoles sus propios méritos, se hacía él acreedor a
casi toda la gloria. Sin perder de vista la resolución que 12
había tomado al principio de su consulado de recuperar el
favor de la plebe, distribuyó entre las familias patricias a
los soldados heridos para que los atendiesen. A los Fabios
se les asignó el mayor número de ellos, y en ningún otro
sitio fueron mejor atendidos. Ya desde entonces fueron
populares los Fabios, y esto no se debió a ninguna otra
razón más que al servicio al Estado.

Los trescientos seis Fabios

Así pues, por voluntad de la plebe 48
tanto como del senado, Cesón Fabio,
juntamente con Tito Verginio, fue nom-
brado cónsul y no se ocupó de la guerra
ni del alistamiento ni de ningún otro
problema antes de lograr, a la mayor brevedad, un enten-
dimiento sólido entre patricios y plebeyos, una vez que
había empezado ya a cristalizar parcialmente la esperanza

2 de concordia. Consiguientemente, a primeros de año propuso que antes de que surgiese algún tribuno favorable a la ley agraria, los propios senadores se adelantasen a hacer suya esta medida, que distribuyesen entre la plebe con la mayor equidad las tierras conquistadas: que lo justo era que las poseyesen aquellos con cuya sangre y sudor habían
3 sido conseguidas. Los senadores hicieron caso omiso; incluso se lamentaban algunos de que, con el exceso de gloria, aquella antigua energía de carácter de Cesón se hubiera ablandado y evaporado.

Esto no trajo como consecuencia ningún enfrenta-
4 miento partidista en Roma. Padecían los latinos las incursiones de los ecuos. Cesón, enviado allí con un ejército, se interna en el territorio de los propios ecuos para saquearlo. Los ecuos se retiraron a las plazas fuertes y se mantenían dentro de las murallas, razón por la cual no hubo ningún
5 combate memorable. Pero, por parte de Veyos, nos fue infligida una derrota por culpa de la temeridad del otro cónsul, y el ejército hubiese sido aniquilado, si Cesón Fabio no hubiese acudido oportunamente en su ayuda. Desde aquel momento no se estuvo en paz ni en guerra con los veyentes. La situación degeneró en una especie de ban-
6 dolerismo: ante las legiones romanas, retrocedían al interior de la población; cuando se apercibían de que las legiones habían sido retiradas, realizaban incursiones por los campos, esquivando alternativamente la guerra con la inacción y la inacción con la guerra. De este modo no se podía dejar de lado por completo la cuestión ni resolverla definitivamente. Había, además, otras guerras, que o bien apremiaban por su inminencia, como la de los ecuos y los volscos, que no se estaban quietos nada más que el tiempo necesario para que se les pasase el quebranto reciente de la última derrota, o bien se preveía que podían ser desencadenadas por los sabinos, siempre hostiles, y por Etruria

entera. Pero las hostilidades de Veyos, continuadas más 7
que graves, más por las afrentas que por el peligro soliviantaban los ánimos, porque en ningún momento podían desentenderse de ellas y concentrar la atención en otra dirección. La familia de los Fabios se presentó entonces en el 8
senado. Habla el cónsul en nombre de todos: «La guerra de Veyos requiere, senadores, una acción defensiva continuada más que importante, como sabéis. Ocupaos vosotros de las guerras restantes y enfrentad a los Fabios con los veyentes. Nosotros garantizamos que por ese lado la majestad del nombre de Roma quedará a salvo. Tenemos inten- 9
ción de llevar esta guerra como algo nuestro, de nuestra familia, y corriendo nosotros con los gastos; que el Estado se despreocupe de emplear en ella tropas ni dinero.» Se les dieron las más expresivas gracias. El cónsul, después de 10
salir de la curia, vuelve a casa acompañado por todos los Fabios, que habían estado de pie a la entrada de la curia esperando el senadoconsulto. Reciben orden de presentarse armados al día siguiente a la puerta del cónsul y, acto seguido, se marchan a sus casas.

La noticia se difunde por toda la ciudad; los comenta- **49**
rios laudatorios ponen a los Fabios por las nubes: «Una sola familia ha asumido una carga del Estado; la guerra de Veyos ha pasado a ser un problema privado, una lucha privada. Si hubiera en Roma dos familias igualmente 2
poderosas, y reclamasen una los volscos y la otra los ecuos, mientras el pueblo romano disfruta tranquilamente de la paz, se podría someter a los pueblos vecinos.» Al día siguiente, los Fabios toman las armas y se concentran donde se les había ordenado. El cónsul, saliendo con el 3
manto de general, pasa revista ante la puerta a toda su familia en formación de marcha, se coloca en el centro y da la orden de partida. Jamás un ejército menos numeroso ni más famoso y admirado desfiló por la ciudad: trescientos 4

seis guerreros, todos patricios, todos de una misma familia, a ninguno de los cuales se rechazaría como general, egregio senado para cualquier época [207], marchaban, amenazando con arruinar al pueblo de Veyos con las fuerzas de una sola
5 familia. Detrás iba la multitud de los suyos, parientes y amigos, rumiando esperanzas y temores no mediocres sino todos ilimitados, y detrás la multitud popular excitada por
6 la inquietud, muda de asombro y simpatía. Les desean valor, suerte, que consigan un resultado en consonancia con sus planes; después podrán esperar de ellos consulados
7 y triunfos, recompensas y honores de todas clases. Al pasar delante del Capitolio, de la ciudadela y de los demás templos, suplican a cuantos dioses se les ofrecen a la vista, a cuantos se les vienen a la mente, que propicien a aquella tropa una partida feliz y próspera y que los devuelvan
8 pronto sanos y salvos a su patria y a sus padres. Plegarias pronunciadas en vano. Saliendo por la vía maldita, por el arco derecho de la puerta Carmental [208], llegan hasta el río Crémera [209]. Esta posición les pareció muy a propósito para un campamento fortificado.

9 Entretanto, fueron nombrados cónsules Lucio Emilio y Gayo Servilio. Mientras la situación se limitó a acciones de pillaje, los Fabios no sólo se bastaban para asegurar la protección de su campamento, sino que, en toda el área en que limitan entre sí el territorio etrusco y el romano, mantuvie-

[207] Seguimos aquí la propuesta de Madvig. El texto que mantiene Bayet dice: «... misma familia, a ninguno de los cuales rechazaría como presidente el más selecto senado de cualquier época, marchaban...».

[208] La puerta Carmental: por el lado sudoeste del Capitolio. Se ha explicado que la puerta, llamada después *porta Scelerata*, tenía un arco de entrada y otro de salida; pero, en todo caso, no se ve claro el uso de esta puerta como salida por el *pons Sublicius*.

[209] Riachuelo que nacía en territorio de Veyos y desembocaba en el Tíber a 8 kilómetros de Roma. Zona del actual Fosso Valchetta.

ron la seguridad en toda su demarcación y el peligro en la del enemigo patrullando a un lado y otro de la frontera.
Después, las acciones de pillaje quedaron interrumpidas 10
por algún tiempo, cuando los veyentes hicieron venir al ejército etrusco para atacar el campamento de Crémera y las legiones romanas, conducidas por el cónsul Lucio Emilio, se enfrentaron en campo abierto con los etruscos; los veyentes, por su parte, apenas tuvieron tiempo de formarse
en línea: durante el desorden inicial, mientras forman las 11
líneas detrás de las enseñas y sitúan las fuerzas de reserva, el ala de la caballería romana los atacó de flanco y les quitó toda posibilidad de atacar e, incluso, de resistir.
Rechazados en desorden hasta las Rocas Rojas [210], donde 12
tenían el campamento, imploran la paz. Después de haberla conseguido, la ligereza de su carácter hizo que se arrepintieran antes de que los refuerzos romanos hubiesen sido retirados de Crémera.

De nuevo, los Fabios volvían a encontrarse en lucha 50
con el pueblo de Veyos, sin que el aparato bélico se hubiese incrementado; y no se trataba sólo de incursiones por los campos o de ataques por sorpresa a los que hacían las incursiones, sino que, de vez en cuando, se entablaba a
campo abierto una batalla en regla, y una sola familia del 2
pueblo romano cobró a menudo una victoria sobre una de las ciudades más opulentas para aquellos tiempos de Etru-
ria. Primero esto les resultó amargo y humillante a los 3
veyentes; después, a la vista de las circunstancias, concibieron la idea de coger en una trampa a sus arrogantes enemigos; se alegraban incluso de que la audacia de los Fabios
fuese en aumento con sus repetidos éxitos. De ahí las reses 4
puestas de vez en cuando a su alcance, como si la casuali-

[210] Actual Prima Porta; a 8 kilómetros de Roma en la vía Flaminia. Zona estratégica como encrucijada de varias rutas.

dad las hubiese llevado allí, cuando andaban a la caza de
botín, y los campos desiertos, abandonados por el éxodo
de los campesinos, y de ahí que los destacamentos armados
enviados para impedir el pillaje emprendieran la huida
5 presa de un pánico a menudo más fingido que real. Los
Fabios habían llegado ya a infravalorar de tal manera al
enemigo, que estaban convencidos de que sus armas invic-
tas no podían ser resistidas en ninguna parte ni en ningún
momento. Esta confianza los impulsó a lanzarse sobre unas
reses que avistaron lejos de Crémera a gran distancia en la
llanura, a pesar de que aquí y allá se divisaban enemigos
6 armados. Sin pensarlo dos veces, sobrepasaron en precipi-
tada carrera una emboscada preparada al lado mismo del
camino y se dispersaron para hacerse con el ganado, di-
seminado aquí y allá como siempre que se lo asusta; de
repente se produce la salida de la emboscada: por delante,
7 por todas partes había enemigos. Primero los llenó de
pánico el griterío difundido en torno suyo, después los
dardos caían desde todas las direcciones; al desarrollar los
etruscos un movimiento centrípeto, se vieron enseguida
rodeados por una línea ininterrumpida de hombres arma-
dos, y cuanto más avanzaba el enemigo, más reducido era
el espacio en que se veían obligados también ellos a estre-
8 char su círculo: esta maniobra ponía en evidencia su esca-
sez numérica y la multitud de los etruscos, cuyas filas se
iban multiplicando a medida que el espacio se reducía.
9 Renunciando, entonces, a la lucha que sostenían con la
misma intensidad en todas las direcciones, cargan todos a
la vez sobre un único punto; haciendo presión allí con sus
cuerpos y con sus armas, formando cuña, se abrieron
10 camino. Este camino los llevó a una colina de pendiente
suave. Una vez allí, primero hicieron alto; poco después,
cuando lo elevado de su posición les dio ocasión de poder
respirar y recuperarse de tan tremendo susto, rechazaron

incluso a los que los atacaban desde abajo, y gracias a lo
ventajoso de su posición aquel puñado de hombres hubiera
sin duda vencido, si los veyentes, rodeándolos por una ele-
vación del terreno, no hubieran ido a salir a la cima de la
colina. De este modo el enemigo quedó, a su vez, en posi- 11
ción más ventajosa. Los Fabios fueron muertos sin excep-
tuar ni uno y el campamento fue tomado. Se está de
acuerdo en que murieron trescientos seis, que quedó sola-
mente uno que no había llegado del todo a la edad
adulta[211], destinado a perpetuar la estirpe de los Fabios y a
constituir a menudo el más firme apoyo del pueblo romano
en situaciones política y militarmente críticas.

La guerra con Veyos, que asedia Roma, termina con un tratado de paz

Cuando sobrevino este desastre, ya 51
eran cónsules Gayo Horacio y Tito
Menenio. Menenio fue enviado a toda
prisa contra los etruscos, envalentonados
con su victoria. También en esta ocasión 2
la lucha fue desafortunada, y el enemigo ocupó el Janículo;
la ciudad hubiese sido sitiada, viniendo a sumarse a la gue-
rra el agobio del hambre, pues los etruscos ya habían cru-
zado el Tíber, si no se hubiese hecho venir al cónsul Hora-
cio del país de los volscos. Aquella guerra amenazó tan de
cerca las murallas, que el primer combate, que quedó en
tablas, se libró junto al templo de la Esperanza[212], y el
segundo ante la puerta Colina: en éste, los romanos, aun- 3
que por bien poco, fueron superiores; sin embargo, esta
confrontación dejó en mejores condiciones a los soldados,
al recobrar su antigua moral, en orden a las batallas
futuras.

---

[211] Hay interpretaciones diversas para esta frase. Este Fabio será cónsul tan sólo diez años más tarde (III, 1, 1).

[212] No se trata del templo del mercado de legumbres, construido cuando la primera guerra púnica, sino de otro situado junto a la puerta Prenestina, en zona estratégica por su elevación.

4 Aulo Verginio y Espurio Servilio son nombrados cón-
sules. Después del descalabro sufrido en el último combate,
los veyentes renunciaron a presentar batalla regular; sus
acciones eran de pillaje, y desde el Janículo, como desde
una ciudadela, hacían incursiones en los campos romanos
en todas direcciones; en ninguna parte estaban seguros ni
5 los campesinos ni el ganado. Al fin fueron cogidos en la
misma trampa en que habían cogido ellos a los Fabios.
Persiguiendo el ganado diseminado ante ellos intenciona-
damente como cebo, fueron a caer en una emboscada; al
6 ser más numerosos, la matanza fue mayor. La ira que les
produjo esta derrota fue la causa desencadenante de un
desastre mayor. En efecto, después de cruzar el Tíber por
la noche, intentaron asaltar el campamento del cónsul Ser-
vilio. Rechazados con gran cantidad de bajas se retiraron
7 dificultosamente al Janículo. Inmediatamente el cónsul
cruza también el Tíber y asienta el campamento y lo forti-
fica al pie del Janículo. Al día siguiente al rayar el alba, en
parte embriagado por el éxito de la lucha de la víspera,
pero sobre todo porque la escasez de trigo empujaba a
resoluciones incluso arriesgadas con tal que hiciesen ganar
tiempo, lanzó de manera temeraria un ataque frontal, Janí-
8 culo arriba, contra el campamento enemigo y sufrió un
revés más vergonzoso que el infligido por él el día anterior;
se salvaron él y sus tropas gracias a la intervención de su
9 colega. Los etruscos, cogidos entre dos frentes, huyendo
alternativamente de uno y otro, fueron exterminados por
completo. Fue así como una afortunada imprudencia
sofocó la guerra contra Veyos.

52 Con la paz volvió a Roma la abundancia, gracias al
trigo importado de la Campania y a que, una vez desapare-
cido el temor de los particulares a la escasez futura, saca-
2 ron el que tenían escondido. La consiguiente abundancia y
la ociosidad volvieron de nuevo turbulentos los ánimos y se

buscaban dentro los viejos males desde que faltaban fuera.
Los tribunos agitaban a la plebe con su veneno de siempre,
la ley agraria; la incitaban contra la oposición de los patri-
cios, y no sólo contra todos en general, sino contra las
individualidades. Quinto Considio y Tito Genucio, promo- 3
tores de la ley agraria, fijan a Tito Menenio una fecha para
comparecer ante el pueblo. Era mal visto por la pérdida del
campamento de Crémera, siendo así que él, el cónsul,
acampaba no lejos de allí; esto tuvo una influencia decisiva 4
en contra suya, y eso que el senado hizo a su favor los
mismos esfuerzos que a favor de Coriolano, y la populari-
dad de su padre Agripa no había caído aún en el olvido.
Los tribunos estuvieron moderados al fijar la pena: después 5
de haber pedido la pena capital, lo condenaron a una
multa de dos mil ases. Esto le costó la vida: dicen que no
pudo soportar la ignominia y la tristeza, que por ello
enfermó y murió. Otro acusado posterior, Espurio Servilio, 6
al abandonar el cargo, durante el consulado de Gayo Nau-
cio y Publio Valerio, citado a comparecer nada más
comenzar el año por los tribunos Lucio Cedicio y Tito
Estacio, afrontó los ataques de los tribunos no como
Menenio, a base de súplicas suyas o de los senadores, sino
a base de confiar enteramente en su inocencia e influencia
personal. También a él se le incriminaba por la batalla del 7
Janículo contra los etruscos. Pero él, hombre de espíritu
tan ardiente entonces ante su propio peligro, como ante-
riormente ante el de Roma, replicó no sólo a los tribunos
sino a la plebe con un valiente discurso, reprochándoles la
condena y la muerte de Tito Menenio, por intercesión de
cuyo padre la plebe había sido en otro tiempo devuelta a
Roma y tenía aquellos magistrados y aquellas leyes con los
que ahora se insolentaba, y con su audacia conjuró el peli-
gro. También le sirvió de ayuda su colega Verginio, citado 8
como testigo, al atribuirle una parte de su propia gloria;

pero le resultó todavía más útil la condena de Menenio:
tanto se habían transformado los sentimientos.

53 Las luchas internas habían terminado: recomenzó la
guerra contra los veyentes, a los que habían unido sus
armas los sabinos. El cónsul Publio Valerio, después de
hacer venir tropas auxiliares latinas y hérnicas, es enviado
con un ejército contra Veyos y ataca rápidamente el cam-
pamento sabino, situado al pie de las murallas de sus alia-
dos; creó tal conmoción que, mientras salían corriendo en
desorden en pequeños grupos para rechazar el asalto del
enemigo, se apoderó de la puerta contra la que había lan-
2 zado el ataque inicial. Dentro del recinto del campamento
tuvo lugar, de inmediato, una carnicería más que un com-
bate. El tumulto se transfiere del campamento a la propia
ciudad; como lo harían si Veyos hubiese sido tomada, los
veyentes corren despavoridos por las armas. Parte acuden
en ayuda de los sabinos, parte caen sobre los romanos,
empeñados con todas sus fuerzas en el ataque del campa-
3 mento. Durante unos instantes éstos fueron rechazados y
desbaratados; después, hacen frente a ambos lados, mien-
tras que la caballería lanzada por el cónsul pone en fuga y
dispersa a los etruscos, y, a la misma hora, los dos ejérci-
tos, los dos pueblos más potentes y más próximos fueron
4 vencidos. Simultáneamente a estas operaciones llevadas a
cabo delante de Veyos, los volscos y los ecuos acamparon
en territorio latino y saquearon sus confines. Los latinos,
con sus solas fuerzas y las de los hérnicos, sin recibir de
Roma ni general ni fuerzas auxiliares, les tomaron el cam-
5 pamento; se hicieron con un enorme botín, además de
recuperar sus bienes. A pesar de todo, fue enviado desde
Roma contra los volscos el cónsul Gayo Naucio: no les
gustaba, supongo, que los aliados se acostumbrasen a gue-
rrear con sus propias fuerzas y su propia estrategia sin tro-
6 pas ni generales romanos. No hubo destrozo ni provoca-

ción de ninguna clase que no fuesen realizados contra los
volscos y, sin embargo, no se consiguió impulsarlos a librar
batalla.

Después fueron cónsules Lucio Furio y Gayo Manlio. 54
A Manlio le tocó hacerse cargo de los veyentes; pero no
hubo guerra: se les concedió la tregua que pidieron de cua-
renta años[213], mediante un tributo en trigo y en dinero.
A la paz exterior siguen automáticamente desavenencias 2

La ley agraria provoca nuevos disturbios, hasta que al fin es aprobada

internas. La plebe estaba fuera de sí,
aguijoneada por los tribunos con la ley
agraria. Los cónsules, sin dejarse asustar
en absoluto por la condena de Menenio
ni por el riesgo corrido por Servilio, se
oponen con todas sus fuerzas. Al dejar el cargo, Gneo
Genucio, tribuno de la plebe, presentó acusación contra
ellos.

Lucio Emilio y Opiter Verginio ocupan el cargo de cón- 3
sules; en algunos analistas encuentro como cónsul a Julio
Vopisco en lugar de Verginio. Aquel año, quienesquiera
que fuesen los cónsules, Furio y Manlio acusados ante el
pueblo abordan, vestidos con desaliño, a los patricios jóve-
nes tanto como a la plebe. Les aconsejan, los invitan a que 4
renuncien a los cargos y a la labor de gobierno; en cuanto a
las fasces consulares, a la toga pretexta, a la silla curul, que
las consideren únicamente como pompas fúnebres: ador-
nados con estos brillantes distintivos, como con cintas de
víctimas, se los destina a la muerte. Y si es tan grande el 5
atractivo del consulado, que se metan bien en la cabeza que
desde ahora el consulado está dominado y sometido por el
poder de los tribunos; que el cónsul, especie de subalterno
de los tribunos, debe actuar atendiendo a un gesto, a una
orden de los mismos; si hace un solo movimiento, si dirige 6

[213] Tal vez fuese de menos años, pues duró 37 (hasta el 437 a. C.), sin que se hable de ruptura de tratado.

una mirada de reojo a los patricios, si cree que existe en el
Estado algo más que la plebe, que tenga bien a la vista el
exilio de Gneo Marcio, la condena y la muerte de Mene-
7 nio. Inflamados por estas palabras, los patricios celebraron
seguidamente reuniones no públicas, sino privadas, de las
que no se dio conocimiento a la mayoría; en ellas, como en
lo único en que se estaba de acuerdo era en que había que
salvar, recurriendo a la ley o al margen de ella, a los acusa-
dos, se aprobaban sobre todo las propuestas más violentas
y no faltaban partidarios de un golpe de audacia máxima.
8 Así pues, el día del juicio, mientras la plebe estaba en el
foro en tensa espera, primeramente se extrañó de que no
llegase el tribuno; después, al hacerse ya sospechoso el
retraso, empezó a creer que la nobleza le había metido
miedo y a quejarse de que la causa del Estado había sido
9 abandonada y traicionada; finalmente, los que habían
esperado al tribuno ante su casa traen la noticia de que ha
sido encontrado muerto en su domicilio. En cuanto este
rumor se difunde por toda la asamblea, igual que se dis-
persa un ejército tras la muerte de su general, se disuelven
en una y otra dirección. El pánico hizo presa de manera
especial en los tribunos, advertidos por la muerte de su
colega de la nula ayuda que las leyes sagradas suponían.
10 Los patricios no podían contener su alegría, y hasta tal
extremo nadie sentía remordimiento por su delito, que
incluso los inocentes querían dar la impresión de estar
implicados, y se pregonaba a los cuatro vientos que había
que domar el poder de los tribunos por medio de la
violencia.

55 Inmediatamente después de este triunfo tan poco ejem-
plar, se decreta una leva y, asustados como estaban los tri-
bunos, los cónsules la llevan a cabo sin la menor oposición.
2 La plebe entonces se llena de irritación, más por el silencio
de los tribunos que por la autoridad de los cónsules, y dice

que se acabó su libertad; que se ha vuelto de nuevo a la
antigua situación; que, juntamente con Genucio, ha muerto
y ha sido enterrada la potestad tribunicia; que hay que
idear y utilizar otro medio de hacer frente a los patricios:
pues el único camino que hay es que la plebe se defienda 3
por sí misma, dado que no cuenta con ningún otro recurso;
que, como tan sólo veinticuatro lictores están a las órdenes
de los cónsules y, además, también ellos son miembros de
la plebe, nada hay menos apreciable ni más débil, con tal
que haya alguien dispuesto a despreciarlo; y que es uno
mismo el que hace de ello algo importante y temible.
Cuando ya se habían incitado unos a otros con estas expre- 4
siones, los cónsules enviaron un lictor contra Publilio
Volerón, un plebeyo, porque decía que no había derecho a
convertirlo en simple soldado, puesto que había mandado
una centuria. Volerón apela a los tribunos. Como ninguno 5
vino en su ayuda, los cónsules ordenan que se le desnude y
se preparen las varas. «Apelo al pueblo —dice Volerón—,
puesto que los tribunos prefieren que un ciudadano
romano sea azotado ante sus ojos a ser ellos mismos asesi-
nados por vosotros en su propio lecho.» Cuanto más fuerte
gritaba, con más saña le rasgaba las ropas y se las quitaba
el lictor. Entonces, Volerón, dotado personalmente de gran 6
fuerza y, además, ayudado por algunos partidarios,
rechazó al lictor y donde era más violento el griterío de los
que protestaban indignados a su favor, allí va a refugiarse
en medio de lo más nutrido de la masa gritando: «Apelo al 7
pueblo e imploro su apoyo; venid, ciudadanos; venid,
camaradas: nada podéis esperar de los tribunos, necesita-
dos ellos mismos de vuestra ayuda.» Sublevada, la multitud 8
se prepara como para el combate; parecía claro que se ave-
cinaba una crisis total, que nada iba a ser respetado por
nadie, ni derecho público ni privado. Los cónsules, al que- 9
rer hacer frente a tan violenta tempestad, comprobaron, sin

lugar a dudas, que la majestad está escasamente segura sin la fuerza: los lictores fueron maltratados, los fasces rotos, ellos empujados desde el foro a la curia, sin saber hasta
10 dónde haría llegar Volerón su victoria. Después, al ir apagándose el tumulto, convocan el senado y se quejan de las afrentas que han recibido, de la violencia de la plebe, de la
11 audacia de Volerón. Después de muchas intervenciones intransigentes prevaleció la opinión de los de más edad, que fueron del parecer de que no entrasen en pugna la ira del senado y la audacia de la plebe.

56 Volerón, envuelto en la simpatía de la plebe, es elegido en los comicios siguientes tribuno de la plebe para el año
2 en que fueron cónsules Lucio Pinario y Publio Furio. En contra de la opinión general, que creía que iba a hacer uso sin límites de su poder tribunicio para castigar a los cónsules del año anterior, posponiendo su resentimiento personal al interés común, ni siquiera de palabra maltrató a los cónsules y presentó al pueblo un proyecto de ley para que los magistrados de la plebe se eligiesen en comicios por tribus.
3 No era una cuestión sin importancia la que se ventilaba, a pesar de su formulación nada alarmante a primera vista, sino que les quitaba a los patricios toda posibilidad de llevar al tribunado a quienes quisiesen por medio de los votos
4 de sus clientes. A esta propuesta de ley, muy del agrado de la plebe, se oponían los patricios con todas sus fuerzas y, como la influencia de los cónsules o de los prohombres no podía lograr que al menos uno de los tribunos le pusiera el veto, que era la única manera efectiva de oponerse, se prolonga durante todo un año la discusión del tema, de gran
5 importancia en sí mismo. La plebe reelige a Volerón tribuno; los patricios, en la idea de que la cuestión iba llevar a enfrentamientos definitivos, nombran cónsul a Apio Claudio[214], hijo de Apio, odioso y hostil a la plebe ya

[214] Para Ogilvie, es probable que se trate del decénviro, pero que los

desde los altercados sostenidos por su padre. Le es asignado como colega Tito Quincio.

Desde principios de año no se trató de ninguna otra 6
cuestión antes que de la ley. Pero, así como Volerón había tenido la iniciativa de la misma, era Letorio, su colega, el que la promovía con un calor más reciente y más intenso. Su enorme gloria militar le hacía sentirse orgulloso, porque 7
no había nadie de su edad más intrépido. Mientras que Volerón se limitaba a hablar de la ley evitando el ataque a los cónsules, él empezó por acusar a Apio y a su familia, la más orgullosa y cruel para con la plebe romana; insistía en 8
que los patricios habían puesto en el cargo no a un cónsul, sino a un verdugo para atormentar y torturar a la plebe; su lenguaje rudo, al tratarse de un soldado, quedaba corto para su franqueza y su decisión. Por eso, no encontrando 9
palabras, dijo: «Ciudadanos de Roma, dado que, tal vez, no tengo tanta facilidad para hablar como para hacer lo que digo, acudid mañana; yo moriré aquí mismo ante vuestros ojos o sacaré adelante la ley.» Al día siguiente los tri- 10
bunos toman el recinto de los comicios; los cónsules y la nobleza permanecen reunidos en asamblea para obstaculizar la ley. Letorio ordena que sean expulsados todos los que no están llamados a votar. Unos jóvenes pertenecientes 11
a la nobleza se mantenían firmes sin hacer caso al *viator*[215]. Entonces, Letorio ordena que sean detenidos algunos de ellos. El cónsul Apio dice que un tribuno no tiene derecho nada más que sobre los plebeyos, pues no es magistrado 12
del pueblo, sino de la plebe; ni siquiera el cónsul tiene poder, según uso inveterado, para expulsar, porque la fórmula dice: «Si os parece, retiraos, Quirites.» Discutiendo

historiadores han preferido separar la personalidad de un cónsul respetable y la del decénviro.

[215] Funcionario a las órdenes del tribuno, aunque no en exclusiva.

sobre derecho podía con facilidad, e incluso burlándose,
13 desconcertar a Letorio. Así pues, el tribuno, encendido de
cólera, envía al *viator* por el cónsul, y el cónsul al lictor por
el tribuno gritando que se trata de un particular sin autori-
14 dad, sin magistratura; la inviolabilidad del tribuno no
hubiese sido respetada, si toda la asamblea no se hubiese
levantado amenazadora a favor del tribuno y en contra del
cónsul y una multitud sobreexcitada no acudiese corriendo
hacia el foro desde todos los puntos de la ciudad. A pesar
de todo, Apio se empecinaba en hacer frente a semejante
15 tempestad, y se hubiera llegado a un enfrentamiento en el
que hubiera corrido la sangre, si Quincio, el otro cónsul,
encargando a los excónsules que sacasen del foro a su
colega por la fuerza, si no podían de otra manera, no
hubiese en persona, alternativamente, calmado con sus
ruegos el furor de la plebe y pedido a los tribunos que di-
16 solvieran la asamblea: que diesen tiempo para que se cal-
mase la cólera; que un aplazamiento no les quitaría su
fuerza, sino que a la fuerza sumaría la reflexión; que el
senado se sometería a la voluntad del pueblo y el cónsul a
la del senado.

57 Le costó trabajo a Quincio calmar a la plebe, y mucho
2 más les costó a los senadores calmar al otro cónsul. Al fin,
disuelta la asamblea de la plebe, los cónsules reúnen al
senado. Después que el miedo y la ira inspiraron, alternati-
vamente, intervenciones de distinto tono y a medida que
transcurría el tiempo, se iban sintiendo llamados a pasar
del apasionamiento a la reflexión, los ánimos se iban vol-
viendo más refractarios a la lucha violenta, hasta el
extremo de que daban las gracias a Quincio, porque, mer-
ced a su intervención, se había suavizado el enfrenta-
3 miento. Se le pide a Apio que se conforme con el grado de
majestad consular que sea compatible con una ciudad bien
avenida; que mientras los tribunos y los cónsules tiren cada

uno por su lado, no queda en medio nada consistente, el
Estado queda desmembrado y desgarrado, se anda más a la
búsqueda de ver en qué manos queda que de mantenerlo
íntegro. Apio, por su parte, pone a los dioses y a los hom- 4
bres por testigos de que se está traicionando y haciendo
dejación de la república por miedo; que no está falto el
senado de la asistencia del cónsul, sino el cónsul de la del
senado; que se están aceptando condiciones más duras que
las aceptadas en el monte Sacro. Vencido, sin embargo,
por el parecer unánime de los senadores, se calló; la ley
pasa sin discusión.

Guerra con volscos y ecuos. Trayectoria final de Apio Claudio

Entonces, se eligieron por primera vez 58
los tribunos en comicios por tribus.
Pisón sostiene que, además, al número
primitivo se añadieron otros tres, mien-
tras que anteriormente habían sido sólo
dos. Da, asimismo, el nombre de los tribunos: Gneo Sicio, 2
Lucio Numitorio, Marco Duilio[216], Espurio Icilio, Lucio
Mecilio.

En plena revuelta de Roma, estalló una guerra con los 3
volscos y los ecuos. Habían devastado los campos, a fin de
que si se producía una secesión de la plebe, encontrase en
ellos asilo; después, al arreglarse la situación, retiraron su
campamento. Apio Claudio fue enviado contra los volscos, 4
a Quincio le correspondió encargarse de los ecuos. Apio
daba muestras en campaña de la misma dureza que en
Roma, con menos cortapisas porque no tenía las trabas de
los tribunos[217]. Odiaba a la plebe más aún que su padre: 5
¡Cómo! ¡Haber sido él derrotado por ella! ¡Siendo cónsul

[216] Aparece también la forma «Duelio».

[217] El poder de veto de los tribunos se circunscribía al interior de la ciudad.

él, elegido únicamente para hacer frente a la potestad tri-
bunicia, haber sido aprobada una ley que con menos
esfuerzo habían detenido los anteriores cónsules, en los que
6 no cifraban tantas esperanzas los patricios! La cólera y el
despecho que esto le ocasionaba servían de acicate a su
carácter altivo para castigar a las tropas con su autorita-
rismo. Pero no había fuerza que pudiera doblegarlas, tan
intenso era el espíritu de lucha que había calado en los
7 ánimos. Todo lo hacían perezosa, lenta, descuidada e inso-
lentemente; ni el pundonor ni el miedo los constreñía. Si
pretendía que acelerasen el paso, ponían buen cuidado en
avanzar más despacio; si acudía a activar una tarea, todos
espontáneamente aminoraban su despliegue de actividad;
8 delante de él bajaban la cabeza, al pasar a su lado malde-
cían por lo bajo, hasta el punto de que aquel carácter en el
que no había hecho mella el odio de la plebe, a veces se
9 conmovía. Después de haber puesto en juego todo su rigor,
no tenía trato alguno con los soldados; decía que el ejército
había sido corrompido por los centuriones; a veces, en son
de burla, los llamaba «tribunos de la plebe» y «Volerones».

59 Los volscos no ignoraban nada de esto y, por ello,
acentuaban su presión, a la espera de que el ejército
romano llegase a sentir hacia Apio la misma animosidad
2 que había sentido hacia el cónsul Fabio. Fue, por lo
demás, mucho más violento contra Apio que contra Fabio,
pues no sólo no quiso vencer, como el ejército de Fabio,
sino que quiso ser vencido. Formado en orden de batalla,
escapó hacia el campamento en vergonzosa fuga y no se
detuvo hasta que vio a los volscos atacando el atrinchera-
miento y haciendo una horrible matanza en la retaguardia.
3 Entonces se vieron forzados a combatir, para rechazar de
la empalizada al enemigo ya vencedor, pero de forma, sin
embargo, que quedase de manifiesto que los soldados
romanos habían querido únicamente evitar que su campa-

mento fuese tomado, alegrándose por lo demás de su
ignominiosa derrota. Sin sufrir por ello fisura alguna la 4
actitud altanera de Apio, quiso acentuar su rigor y convocó
una reunión: acuden a él los legados y los tribunos de las
legiones, y le aconsejan que de ninguna manera pretenda
poner a prueba su autoridad, cuya fuerza se cifra por com-
pleto en el consentimiento de los que obedecen; le recuer- 5
dan que los soldados dicen abiertamente que no acudirán a
la reunión, y aquí y allá se oyen voces reclamando que el
campamento sea retirado del territorio volsco; que el ene-
migo victorioso hace poco estaba casi en las puertas y en la
empalizada, y que a la vista está no la simple posibilidad de
un grave desastre, sino todas sus evidentes características.
Convencido al fin, dado que así no consiguen otra cosa 6
que un aplazamiento del castigo, desconvoca la reunión y
ordena anunciar una marcha para el día siguiente; al ama-
necer el clarín da la señal de partida. En el preciso instante 7
en que la columna se desplegaba fuera del campamento, los
volscos, como si hubiesen sido movilizados por la misma
señal, atacan a la retaguardia. El desbarajuste se extendió
hasta los de cabeza, y el pánico subsiguiente produjo tal
desbandada entre banderas y manípulos, que ni se podían
entender las órdenes ni formar las líneas. Nadie pensaba
más que en la huida. Escaparon en desbandada por entre 8
montones de cadáveres y armas, de suerte que se cansó antes
el enemigo de perseguirlos que los romanos de huir. Por 9
fin, reunidas las tropas después de su carrera desenfrenada,
el cónsul, que había ido tras los suyos llamándolos inútil-
mente para que dieran la vuelta, acampó en territorio
amigo. Convocó asamblea y acusó, no sin razón, al ejército
de traición a la disciplina militar y de abandono de las
banderas; preguntándoles uno por uno dónde estaba su 10
bandera, dónde estaban sus armas, hizo decapitar, después
de azotarlos con las varas, a los soldados que no tenían

armas, a los abanderados que habían perdido sus banderas
11 y también a los centuriones y duplicarios[218] que habían
abandonado sus puestos; del resto de la tropa fue ejecutado
uno de cada diez, sacado a suerte.

60 En el frente contra los ecuos, por el contrario, cónsul y
soldados iban a porfía en buenas maneras y favores
mutuos; Quincio era por naturaleza más suave y, por otra
parte, la dureza poco afortunada de su colega lo había
2 reafirmado en su manera de ser. Los ecuos no se atrevieron
a exponerse, a la vista de tan buen entendimiento entre
general y ejército, y dejaron que el enemigo recorriera a sus
anchas su territorio sembrando el pillaje. Jamás en ninguna
guerra anterior la caza de botín había ido tan lejos, y fue
3 entregado en su totalidad a los soldados. A esto había que
añadir los elogios, que no son menos del agrado de los
soldados que las recompensas. El ejército regresó en mejor
disposición hacia el general, y por causa del general incluso
hacia los senadores, diciendo que el senado les había dado
a ellos un padre, y al otro ejército un amo.
4 Salpicada de éxitos y fracasos la marcha de la guerra,
en medio de muy graves disensiones dentro y fuera de
Roma, lo que dio relevancia al año transcurrido fueron,
sobre todo, los comicios por tribus, hecho de mayor trans-
cendencia como conquista, después de una empeñada
5 lucha, que por sus consecuencias prácticas, pues fue mayor
el grado de dignidad que perdieron los propios comicios al
excluir a los patricios de las asambleas[219], que el grado de
fuerza añadido a la plebe o quitado a los patricios.

61 Vino a continuación un año más turbulento aún, bajo
el consulado de Lucio Valerio y Tito Emilio, tanto por la

[218] Llamados así los que recibían doble ración, o doble paga cuando ésta se estableció, por actos de heroísmo.

[219] El que los patricios habían sido excluidos de los *comitia tributa* era casi un tópico del que no se buscaba confirmación.

lucha entre estamentos en torno a la ley agraria, como por
el proceso de Apio Claudio, enemigo acérrimo de la ley y 2
defensor de la causa de los usufructuarios de las tierras del
Estado como si fuese un tercer cónsul; lo citaron para
comparecer ante el pueblo Marco Duilio y Gneo Sicio.
Jamás hasta entonces había sido llevado ante la asamblea 3
del pueblo un acusado tan odiado por la plebe, blanco de
la animosidad que había suscitado él personalmente y de la
que había suscitado su padre. Tampoco los patricios se 4
habían empleado tan a fondo a favor de nadie, y lo hicie-
ron a sabiendas: el defensor del senado, el reivindicador
de su majestad, la barrera frente a cualquier agitación de
los tribunos y de la plebe, ¡verse expuesto a las iras de la
plebe únicamente por haberse excedido un poco en la
lucha! Solamente uno de los patricios, el propio Apio Clau- 5
dio, no daba importància alguna a los tribunos ni a la
plebe ni a su propio proceso. Ni las amenazas de la plebe ni
los ruegos del senado lograron en ningún momento con-
vencerlo no ya para que cambiase su indumentaria o salu-
dase a la gente en actitud suplicante, sino ni siquiera para
que, cuando se viese su causa ante el pueblo, suavizase y
remitiese un tanto en la habitual aspereza de su lenguaje.
La misma expresión en su rostro, la misma altivez en su 6
semblante, el mismo calor en su oratoria, hasta el extremo
de que gran parte de la plebe temía tanto a Apio en su
figura de acusado como lo había temido en su papel de
cónsul. Una sola vez intervino para defenderse, en el tono 7
acusatorio en que estaba acostumbrado a intervenir siem-
pre, y su entereza dejó tan sorprendidos a los tribunos y a
la plebe, que ellos mismos tomaron la iniciativa de aplazar
el proceso para el día siguiente y, después, dejaron que el
aplazamiento se prolongase[220]. No transcurrió así mucho 8

[220] La práctica clásica de los juicios populares señalaba tres sesiones, separadas por un intervalo legalmente establecido, con derecho, por parte

tiempo, pues antes de que llegase el día señalado murió de
9 enfermedad. Al intentar un tribuno de la plebe impedir que
se pronunciase su oración fúnebre, la plebe no quiso que el
día supremo de un hombre de aquella talla se viese privado
de aquel solemne honor; prestó al elogio fúnebre del
difunto la misma atención que había prestado a su requisitoria cuando estaba en vida, y acudió en masa a sus funerales.

Guerra con ecuos, sabinos y volscos. Toma de Ancio

62 Aquel mismo año el cónsul Valerio marchó con un ejército contra los ecuos. Al no conseguir obligarlos a librar batalla, intentó asaltar su campamento. Se lo impidió una terrible tempestad que cayó
2 del cielo con granizo y truenos. Quedó aún más sorprendido a continuación, cuando, después de tocar a retirada, renació tal calma y serenidad que parecía que el campamento había sido protegido por alguna intervención divina y le entraron escrúpulos religiosos de volver a atacarlo. Todo el furor guerrero se encauzó hacia la devastación del
3 territorio. El otro cónsul, Emilio, llevó la guerra contra los sabinos. También en este caso, como el enemigo se mantenía dentro de las murallas, su territorio fue sometido al
4 pillaje. Después, los incendios de las caserías e, incluso, de aldeas muy pobladas hicieron salir a los sabinos, que corrieron al encuentro con los saqueadores, y, después de un choque sin claro vencedor, se separaron y al día siguiente trasladaron el campamento a un lugar más
5 seguro. Esto le pareció al cónsul suficiente para dejar al

del acusado, a intervenir otras tantas veces, después de lo cual se pronunciaba el pueblo sobre la pena propuesta. Apio ha tenido una sola ocasión de hablar, y muere antes de la siguiente. Aquí o bien Livio no considera implantada aún tal práctica, o se trata de una confusión, o bien el intervalo siguiente a la primera sesión fue más largo del previsto por la ley.

enemigo, como si lo hubiese vencido, retirándose sin haber resuelto la guerra.

Durante estas guerras y mientras continuaban las ten- 63
siones interiores, fueron nombrados cónsules Tito Numicio
Prisco y Aulo Verginio. Los indicios eran de que la plebe 2
no iba a tolerar más aplazamientos de la ley agraria y que se estaba gestando una rebelión armada, cuando se tuvo noticia de la llegada de los volscos por el humo de las caserías incendiadas y la huida de los campesinos. Esta circunstancia contuvo la rebelión, madura ya y a punto de estallar. Al sacar los cónsules, enviados inmediatamente por el 3
senado, de la ciudad a la juventud para la guerra, el resto
de la plebe quedó más apaciguada. El enemigo, sin 4
embargo, contentándose con haber obligado a los romanos a un despliegue de fuerzas con la falsa alarma, se retira a
marchas forzadas. Numicio marcha sobre Ancio contra los 5
volscos, Verginio contra los ecuos. Allí una emboscada estuvo a punto de ocasionar un grave desastre, pero el valor de la tropa reparó la situación comprometida por la
negligencia del cónsul. El mando fue más hábil contra los 6
volscos: el enemigo fue dispersado en el primer combate y obligado a huir a la ciudad de Ancio, una de las más opulentas para la época. No atreviéndose a atacarla, el cónsul tomó a los anciates la plaza de Cenón[221], mucho menos
opulenta. Mientras ecuos y volscos mantienen ocupados a 7
los ejércitos romanos, los sabinos extienden el pillaje hasta las puertas de Roma. Pocos días más tarde, al invadir enfurecidos ambos cónsules su territorio, los dos ejércitos les ocasionaron más destrozos que los que ellos habían causado.

A finales del año hubo un corto período de paz, pero, 64
como en todas las demás ocasiones, de paz turbada por la

[221] Cenón, que era el puerto de Ancio, no aparece mencionada en ninguna otra parte.

pugna entre patricios y plebeyos. La plebe, irritada, no
2 quiso participar en las elecciones consulares; los patricios y
sus clientes nombraron cónsules a Tito Quincio y Quinto
Servilio. El año de su consulado es parecido al anterior:
disturbios al principio, calma después, propiciada por una
3 guerra exterior. Los sabinos, atravesando a toda marcha el
territorio de Crustumerio, ocasionaron muertes e incendios
en las riberas del Anio, y fueron rechazados casi al lado de
la puerta Colina y de las murallas, llevándose sin embargo
4 un enorme botín en hombres y ganado. Salió en su persecución el cónsul Servilio con un ejército lleno de furia; a la
columna propiamente dicha no pudo alcanzarla en campo
raso, pero llevó tan lejos la devastación que nada se libró
de su acción bélica y regresó dueño de toda clase de botín.

5 También contra los volscos fue muy brillante la gestión
de los intereses públicos, gracias a la aportación tanto del
general como de las tropas. Primeramente hubo un combate en campo raso con gran cantidad de bajas por ambos
6 bandos, tremendamente sangriento, y los romanos, como
su escasez numérica era más sensible a las bajas, hubieran
retrocedido, si el cónsul, merced a un feliz embuste, no
hubiese arrastrado en pos de sí a sus tropas al gritar que el
enemigo huía en el ala opuesta. Se lanzaron a la carga y,
7 creyendo que estaban venciendo, vencieron; el cónsul, ante
el temor de que un acoso demasiado intenso provocase la
8 reanudación del combate, dio la señal de retirada. Transcurrieron unos cuantos días, como si hubiese una tregua
tácita para tomarse un descanso por ambas partes; durante
esos días un enorme contingente de hombres procedentes
de todos los pueblos volscos y ecuos llegó al campamento,
no dudando de que si los romanos se enteraban se marcha-
9 rían durante la noche; por consiguiente, alrededor de la
10 media noche vienen a atacar el campamento. Quincio, después de calmar el revuelo que había provocado la súbita

alarma, da orden de que los soldados permanezcan tranquilos en las tiendas, hace salir a montar guardia a la
cohorte de los hérnicos, ordena a los corneteros y trompeteros que monten a caballo y que toquen delante de la
empalizada manteniendo al enemigo alertado hasta el
amanecer. Durante el resto de la noche reinó tal calma en 11
el interior del campamento, que los romanos incluso pudieron dormir. A los volscos, la vista de aquellos soldados de
infantería armados, que ellos tomaban por romanos y por
más de los que eran, los resoplidos y los relinchos de los
caballos que se encabritaban al extrañar al jinete y al castigarles los tímpanos la algarabía, todo esto los tuvo en vilo
como si fuese a producirse un ataque del enemigo.

Cuando amaneció, los romanos, en plenitud de fuerzas 65
y habiendo dormido a sus anchas, formaron el frente y, al
primer choque, desbarataron a los volscos cansados por
haber permanecido de pie y sin dormir; en realidad, fue 2
más un repliegue del enemigo que una derrota, porque a su
espalda había unas colinas a las que pudieron retirarse con
seguridad sus líneas cubiertas por la primera. El cónsul, al
llegar a la posición desventajosa, dio a sus tropas la orden
de alto. Los soldados eran reacios a detenerse, gritaban
pidiendo que se les permitiese acosar al enemigo derrotado.
Más destemplado es el comportamiento de los de caballe- 3
ría: rodean al general y a gritos le dicen que ellos pasarán
delante de las enseñas. Ante las dudas del cónsul, que confía en el valor de sus hombres, pero al que ofrece poca
confianza su posición, gritan a una que allá van, y a los
gritos sigue la acción. Clavan en tierra sus picas para subir
la pendiente más ligeros y se lanzan hacia arriba a paso de
carga. Los volscos, después de agotar sus armas arrojadizas 4
contra los primeros atacantes, hacen rodar las piedras que
encuentran a sus pies contra los asaltantes, y desde su posición ventajosa deshacen sus filas y los abruman con una

lluvia de proyectiles. De esta forma el ala izquierda de los romanos hubiese sido aplastada, si, cuando comenzaba ya a retroceder, el cónsul, acusándolos ya de insensatos ya de cobardes, no los hubiese impulsado a sobreponerse al
5 miedo por pundonor. Se detuvieron de pronto, dispuestos a no ceder; después, como aguantando firmes en su posición rechazan el ataque enemigo, se deciden a iniciar, a su vez, un avance y lanzando de nuevo el grito de ataque se ponen en movimiento; vuelven a la carga, avanzan con
6 ahínco y vencen la dificultad del terreno. Estaban ya a un paso de ganar la cima de la colina, cuando el enemigo emprendió la huida, y en carrera desenfrenada perseguidores y perseguidos casi confundidos penetraron en el campamento. En medio del consiguiente pánico, el campamento es tomado; los volscos que consiguieron escapar se
7 dirigen a Ancio. También el ejército romano marcha sobre Ancio. Después de algunos días de asedio, capitula, sin ningún nuevo ataque de los sitiadores, porque, a raíz de su derrota y de la pérdida de su campamento, los volscos estaban desmoralizados.

LIBRO III

SINOPSIS

Caps. 1-8: CUESTIÓN AGRARIA. GUERRA CON ECUOS Y VOLSCOS. PESTE.

Vía de compromiso para la cuestión agraria (1, 1-7).

Años de guerra con los ecuos (1, 8-6, 1).

La peste. Ecuos y volscos vencen a los aliados y, a su vez, son vencidos por Roma tras su recuperación (6, 2-8).

Caps. 9-32: LA PROPOSICIÓN TERENTILIA.

Poder tribunicio contra poder consular: la proposición Terentilia (9-10).

Obstrucción violenta de los tribunos a las levas y de los patricios a la proposición Terentilia: Cesón, proceso y exilio (11-15, 3).

Exiliados y esclavos ocupan el Capitolio (15, 4-19, 1).

Lucio Quincio Cincinato, cónsul (19, 2-21).

Altibajos en las contiendas con ecuos y volscos, alternando con tensiones internas a causa de la ley (22-26,5).

Lucio Quincio Cincinato, dictador (26, 6-29).

Guerra con ecuos y sabinos. Número de tribunos elevado a diez. Tensiones por la ley. El hambre y la peste (30-32).

Caps. 33-54: EL DECENVIRATO.

El decenvirato. Los felices inicios del decenvirato. La ley de las XII tablas (33-35).

El segundo colegio de decénviros: giro hacia la tiranía (36-38, 7).

Vía de compromiso para la cuestión agraria

1 Tras la toma de Ancio son nombrados cónsules Tito Emilio y Quinto Fabio. Era éste el único que había sobrevivido al exterminio de su familia en el Crémera.
2 Emilio ya durante su anterior consulado se había mostrado partidario de repartir tierras a la plebe; por ello, también durante su segundo consulado se avivaron las esperanzas de los agraristas de conseguir la ley; los tribunos, por su parte, convencidos de que con el apoyo de un cónsul se podrá lograr sin duda el proyecto repetidas veces intentado con la oposición de los cónsules, lo reasu-
3 men; el cónsul seguía siendo del mismo parecer. Los que detentaban la posesión de las tierras, una gran parte de los

patricios, con la queja de que una de las cabezas del Estado se estaba lanzando a una política propia de tribunos y se granjeaba popularidad a base de repartir bienes ajenos, habían conseguido que toda la animosidad que el tema suscitaba tomase como blanco al cónsul, en vez de a los tribunos. Se hubiera producido un durísimo enfrenta- 4
miento, si Fabio no hubiese encontrado una salida al conflicto con un tratamiento que no resultaba hiriente para ninguna de las dos partes: había una porción considerable de terreno tomado a los volscos el año anterior bajo el mando y los auspicios de Tito Quincio; se podía enviar una 5
colonia a Ancio, ciudad cercana, bien situada y costera; de esta forma la plebe tendría acceso a la tierra sin quejas por parte de los que eran propietarios de hecho, y el Estado estaría en paz. Esta propuesta suya fue aceptada. Nom- 6
bra[222] triúnviros para el reparto de tierras a Tito Quincio, Aulo Virginio y Publio Furio. Se pidió que dieran su nombre los que querían recibir tierras. Desde el primer 7
momento las facilidades, como siempre, provocaron desgana, y se apuntaron tan pocos que, para completar los efectivos de la colonia, hubo que añadir volscos; la masa restante prefería reclamar tierras en Roma a recibirlas en otra parte.

Años de guerra con los ecuos

Los ecuos pidieron la paz a Quinto 8
Fabio, que al frente de su ejército había entrado en su país, y ellos mismos la dejaron sin efecto al hacer una incursión repentina en territorio latino.

Al año siguiente, Quinto Servilio, que fue cónsul junta- 2
mente con Espurio Postumio, fue puesto al cargo de la campaña contra los ecuos y estableció un campamento permanente en territorio latino. El ejército, afectado por

[222] En realidad, no eran nombrados, sino elegidos.

2 una enfermedad, se vio abocado a un descanso forzoso. La
guerra se prolongó dos años, hasta el consulado de Quinto
Fabio y Tito Quincio. Le fue encomendada a Fabio por
una medida extraordinaria[223], ya que había vencido y con-
3 cedido la paz a los ecuos. Partió éste enteramente conven-
cido de que la fama de su nombre haría deponer las armas
a los ecuos, y envió una legación a su asamblea con ins-
trucciones de comunicarles que el cónsul Quinto Fabio les
hacía saber que él había llevado la paz de los ecuos a
Roma, y de Roma traía a los ecuos la guerra, con las
armas en la misma mano que anteriormente les había ten-
4 dido desarmada; que los dioses eran entonces testigos y,
después, vengadores de quienes eran los responsables de
semejante deslealtad y perjurio; que, no obstante, él, en
todo caso, incluso en las circunstancias presentes, prefería
que los ecuos se arrepintiesen espontáneamente a que reci-
5 biesen un trato de enemigos; si se arrepentían, podrían
acogerse con todas las garantías a una clemencia que ya
conocían por experiencia; pero, si persistían en su perjurio,
más que con un enemigo iban a entrar en guerra con la
6 cólera de los dioses. El efecto de estas palabras fue nulo,
hasta el extremo de que poco faltó para que los mensajeros
recibiesen malos tratos y se envió un ejército al Álgido[224]
7 contra los romanos. Cuando se llevó a Roma la noticia de
este comportamiento, la indignación ante el mismo, más
que el peligro, provocó la salida de la ciudad del otro cón-

---

223 En situaciones críticas, el Senado, responsable hasta el siglo II a. C. de la distribución anual de *prouinciae* entre los cónsules, podía designar directamente a uno de ellos para una tarea concreta, en lugar de seguir el procedimiento ordinario: el sorteo o el acuerdo mutuo entre los cónsules.

224 Monte del Lacio, cercano a Túsculo, ciudadela natural para los ecuos (891 m. de altura), escenario casi continuo de operaciones bélicas en el libro III: podía decidirse en él el paso de los romanos hacia la Campania.

sul, y así los dos ejércitos consulares marcharon contra el
enemigo en orden de batalla para entrar en combate sin
pérdida de tiempo. Pero, como coincidía que el día tocaba 8
a su fin, uno de los centinelas enemigos grita: «Romanos,
eso es hacer ostentación de fuerzas, no hacer la guerra:
formáis vuestras líneas cuando la noche está al caer. Preci- 9
samos más día para el combate que se avecina. Formaos de
nuevo mañana a la salida del sol: habrá ocasión de luchar,
no temáis.» Las tropas, irritadas por estas palabras, son 10
reconducidas al campamento a la espera del día siguiente,
sintiendo que se avecinaba una larga noche que demoraba
el combate. Reponen, sin embargo, sus fuerzas con la
comida y el sueño. Al amanecer el día siguiente, el frente
romano se formó con bastante antelación; por fin se pre-
sentaron también los ecuos. Se combatió encorajinada- 11
mente por una y otra parte, pues los romanos luchaban
llenos de ira y de rabia, y a los ecuos los forzaba a ser
audaces y arriesgados sin límite la conciencia del peligro a
que se veían abocados por su culpa y la desesperanza de
que en el futuro se creyese en su palabra. No pudieron, sin 12
embargo, los ecuos resistir al frente romano; después de
retirarse, batidos, a su propio territorio, en lugar de mos-
trar una actitud más proclive a la paz, aquellas gentes cerri-
les increpaban a sus jefes por haber encomendado su suerte
a una batalla regular, terreno en el que la pericia de los
romanos era sobresaliente, mientras que los ecuos eran 13
mejores en el terreno de las expediciones de saqueo y de las
incursiones y obtenían más triunfos bélicos divididos en
numerosos grupos sueltos que amontonados en un gran
ejército único.

Dejando, pues, una guarnición en el campamento, 3
hicieron una salida internándose en territorio romano de
manera tan impetuosa que llevaron el pánico hasta la pro-
pia Roma. Lo inesperado de la acción contribuyó también 2

a incrementar el revuelo, porque lo último que se podía temer era que un enemigo vencido y casi acorralado en su campamento fuese a pensar en una operación de saqueo;
3 además, los campesinos asustados, aglomerándose en las puertas, hablaban a gritos no de una incursión de pillaje ni de pequeños grupos de saqueadores, sino de la llegada de ejércitos, de legiones enemigas a la carrera hacia Roma con sus columnas en son de guerra, exagerándolo todo en su
4 miedo sin fundamento. Los que estaban cerca de ellos transmitían a otros aquellos rumores poco consistentes y, por eso mismo, más carentes de fundamento. Las carreras y los gritos de los que llamaban a las armas diferían bien
5 poco de la conmoción de una ciudad tomada. Casualmente, el cónsul Quincio había regresado del Álgido a Roma: esto supuso el remedio contra el miedo. Apaciguó el tumulto, les echó en cara que tuviesen miedo de un ene-
6 migo vencido y puso guardias en las puertas. Convocó, a continuación, al senado y, después de decretar, con el refrendo de los senadores, la suspensión de la administración de la justicia[225], marchó a asegurar la defensa de las fronteras dejando a Quincio Servilio como prefecto de la
7 ciudad[226] y no encontró al enemigo en los campos. El otro cónsul resolvió admirablemente la situación: sabiendo por dónde iba a pasar el enemigo, atacó a la columna que marchaba cargada con el botín y, por ello, maniobraba con
8 dificultad, y le hizo lamentar su pillaje. Pocos enemigos se escaparon de la emboscada; el botín fue recuperado en su

[225] Un peligro muy grave o una calamidad pública podía determinar una especie de estado de sitio con suspensión de los negocios y cierre temporal de los tribunales. Se llamaba *iustitium* y podía declararlo el Senado o el dictador.

[226] En ausencia de ambos cónsules por encontrarse en el frente, sus funciones son ejercidas en Roma por el *praefectus urbis*.

totalidad. El regreso a Roma del cónsul Quincio puso fin al cierre de los tribunales, cuya duración fue de cuatro días.

Se realizó, a continuación, el censo y Quincio procedió 9
al cierre del lustro[227]. Fueron censados, dicen, ciento cuatro mil setecientos catorce ciudadanos, sin contar huérfanos y viudas.

En lo referente a los ecuos, nada digno de mención se 10
llevó a cabo después: se retiraron a sus plazas fuertes, dejando que sus bienes fuesen quemados y saqueados. El cónsul, después de recorrer repetidas veces el territorio enemigo sembrando el pillaje con sus tropas en son de guerra, retornó a Roma cubierto de gloria y cargado de botín.

Fueron cónsules, a continuación, Aulo Postumio Albo 4
y Espurio Furio Fusco. (Algunos escriben Furio Fusio: lo advierto para que nadie tome por personas diferentes lo que es una diferencia de ortografía.) No había duda de que 2
uno de los cónsules llevaría la guerra contra los ecuos. Por ello, los ecuos pidieron ayuda a los volscos de Écetra; ofrecida ésta de buena gana, pues estos pueblos rivalizaron siempre en su odio hacia los romanos, se preparaba la guerra con todo empeño. Se enteran los hérnicos y se adelan- 3
tan a comunicar a Roma que Écetra se ha pasado a los ecuos. Recayeron también sospechas sobre la colonia de Ancio, por haberse refugiado entre los ecuos gran número de sus habitantes, después de la toma de la ciudad y de haber constituido éstos las tropas más aguerridas durante la guerra de los ecuos. Este contingente se dispersó, des- 4
pués, cuando los ecuos fueron empujados al interior de sus plazas, retornó a Ancio y acabó de poner en contra de Roma a la colonia ya de por sí no muy leal. Al ser infor- 5
mado el senado de que se estaba gestando la defección cuando todavía no había cuajado, encargó a los cónsules

[227] Véase I 44, 2.

de que hiciesen venir a Roma a las personas más importantes de la colonia y les preguntasen qué era lo que estaba
6 ocurriendo. Acudieron éstos sin reparos, fueron introducidos por los cónsules en el senado y respondieron al interrogatorio de una forma que cuando marcharon eran más
7 sospechosos que cuando habían venido. A partir de ese momento la guerra se daba por cosa hecha. Uno de los cónsules, Espurio Furio, al cual le cayó en suerte aquella misión, marchó contra los ecuos; encontró al enemigo en el territorio de los hérnicos entregado al saqueo, y sin saber con qué efectivos contaba, porque no habían sido vistos todos juntos en parte alguna, cometió la imprudencia de lanzar al combate a sus tropas inferiores en número.
8 Rechazado al primer choque, se retiró al interior del campamento; ni siquiera esto supuso el fin del peligro, pues durante la noche y el día siguientes el campamento fue asediado y atacado con tal violencia que ni siquiera un mensa-
9 jero se pudo enviar de allí a Roma. Los hérnicos dieron la noticia de que había habido una derrota y que el cónsul y el ejército estaban bloqueados, y aterrorizaron tan intensamente a los senadores que, según la fórmula de senadoconsulto utilizada siempre en caso de necesidad extrema[228], se le encargó a Postumio, el otro de los cónsules, que tomase medidas para que el Estado se mantuviese a salvo.
10 Pareció que lo mejor era que el cónsul permaneciese en Roma para alistar a todos los que podían llevar armas; enviar en calidad de procónsul[229] a Tito Quincio en auxilio
11 del campamento con un ejército de aliados, y dar orden,

[228] El *senatusconsultum ultimum* decretaba el estado de excepción con suspensión de las libertades cívicas. Pero data del siglo II a. C.

[229] El procónsul desempeñaba en el ejército las funciones del cónsul que se quedaba en Roma (una especie de reverso del *praefectus urbis)*, pero aquí es un anacronismo, pues el cargo de procónsul no se regularizó hasta las Guerras Púnicas.

para la formación de este ejército, a los latinos, los hérnicos y la colonia de Ancio de proporcionar a Quincio soldados «subitarios» —nombre que entonces daban a las tropas aliadas reclutadas de manera repentina—.

A lo largo de aquellos días se efectuaron muchos 5
movimientos y muchos ataques por un lado y por otro, porque, al estar en superioridad numérica, el enemigo empezó a hostigar desde todos los flancos a las fuerzas romanas, en la idea de que no iban a dar abasto a todo: de 2
manera simultánea se atacaba el campamento y parte del ejército era enviado a saquear el territorio romano e, incluso, a hacer una tentativa contra la propia Roma si la ocasión se presentaba. Lucio Valerio quedó para defender 3
la ciudad, el cónsul Postumio fue enviado a rechazar de las fronteras los saqueos. No se escatimó en ningún sentido el 4
cuidado ni el esfuerzo: se apostaron centinelas en la ciudad, puestos de guardia ante las puertas, defensas en las murallas y, medida obligada en medio de semejante conmoción, se suspendió por unos cuantos días la administración de la justicia. En el campamento, entretanto, el cónsul Furio, 5
primeramente, aguantó el asedio sin realizar movimientos; después, hizo una salida por la puerta Decumana[230] cogiendo desprevenido al enemigo, y aunque podía perseguirlo, se detuvo por miedo a que se produjese un ataque contra el campamento desde el lado opuesto. Al legado 6
Furio[231] —que era, a la vez, hermano del cónsul— la carga lo llevó más lejos: en el ardor de la persecución no advirtió el repliegue de los suyos ni el ataque enemigo por su retaguardia; quedó así copado, y después de muchas tentativas para abrirse paso hacia el campamento, cayó luchando bravamente. Por su parte, el cónsul, al saber que su her- 7

[230] Era ésta la puerta del lado opuesto al enemigo en el campamento.

[231] El cónsul del año 472 a. C.

mano estaba cercado, volvió a la lucha, se lanzó en plena refriega de forma impulsiva más que racional, recibió una herida y fue retirado con dificultades por los que estaban junto a él, con lo cual sembró el desconcierto entre los
8 suyos y potenció el coraje de los enemigos. Enardecidos éstos por la muerte del legado y por la herida del cónsul, no hubo ya fuerza capaz de contenerlos: rechazados al interior del campamento, los romanos son asediados de nuevo, en situación de inferioridad moral y de fuerzas. La situación global se hubiese visto comprometida, de no haber venido en su ayuda Tito Quincio con tropas extran-
9 jeras. Cayó por la espalda sobre los ecuos que no prestaban atención más que al campamento romano y paseaban ostensible y orgullosamente la cabeza del legado; simultáneamente desde el campamento se hizo una salida al darles él una señal desde lejos, y cercó a un gran contingente de
10 enemigos. Las bajas de los ecuos fueron de menor consideración, pero su huida fue más a la desbandada en territorio romano; sobre ellos, cuando estaban desperdigados llevándose el botín, lanzó un ataque Postumio desde diversos puntos en los que había situado destacamentos muy a propósito. Cuando huían sin rumbo y en desorden, fueron a encontrarse con Quincio que volvía vencedor con el cónsul
11 herido. Entonces el ejército consular, en un brillante combate, vengó la herida del cónsul y la muerte del lugarteniente y de sus cohortes.

Los desastres sufridos e infligidos por una y otra parte
12 durante aquellos días fueron de consideración. Es difícil, al tratarse de acontecimientos tan remotos, asegurar con toda certeza la cifra exacta de combatientes y de caídos. Sin
13 embargo, Valerio Anciate no vacila en dar cifras: según él, cayeron cinco mil ochocientos romanos en territorio hérnico, el cónsul Aulo Postumio dio muerte a dos mil cuatrocientos de los saqueadores ecuos que andaban saqueando

en territorio romano; el contingente restante que, llevándose el botín, vino a encontrarse con Quincio sufrió unas bajas mucho más considerables: fueron muertos cuatro mil, y apurando el detalle de la cifra [232], cuatro mil doscientos treinta.

Después del regreso a Roma y de la reapertura de los 14
tribunales, se vio arder el cielo en numerosos puntos, y otros prodigios fueron realmente vistos o mostraron ilusiones sin fundamento a las mentes aterradas. Para ahuyentar tales temores, se dispuso la celebración de un triduo de fiestas, durante el cual todos los templos se veían abarrotados de un tropel de hombres y mujeres que imploraban la clemencia de los dioses. Después, las cohortes latinas y 15
hérnicas recibieron el agradecimiento del senado por su esforzado comportamiento como soldados y fueron enviadas a casa. Mil soldados de Ancio, por lo tardío de su ayuda, posterior a la batalla, fueron objeto de una despedida casi afrentosa.

A continuación se celebraron los comicios. Fueron ele- 6
gidos cónsules Lucio Ebucio y Publio Servilio. El primero de agosto, que era cuando comenzaba entonces el año [233], entran en funciones. Hacía un tiempo malsano y coincidió 2
un año de epidemia en la ciudad y en el campo, tanto entre los hombres como entre el ganado, viéndose, además,

---

232 El tono escéptico de Livio con respecto a los datos numéricos del analista Valerio Anciate se irá acentuando en libros posteriores, extendiéndose a otros aspectos.

233 Se refiere, obviamente, al año político. La fecha de entrada en funciones de los nuevos cargos fue fluctuante. Aparecen sucesivamente reseñadas las de primero de marzo, primero de setiembre, primero de agosto, de nuevo primero de setiembre, 13 de diciembre, primero de octubre, primero de julio, 15 de marzo a partir del 222 a. C. y primero de enero a partir del 153 a. C.

La peste. Ecuos y volscos vencen a los aliados y, a su vez, son vencidos por Roma tras su recuperación

incrementada la virulencia de la enfermedad al dar acogida en la ciudad a hombres y animales por temor al pillaje.
3 Aquella confusión de seres de toda especie en promiscuidad atormentaba, con su olor desacostumbrado, a los habitantes de la ciudad, y a los campesinos apretujados en angostos alojamientos los atormentaba con el calor y el insomnio; los cuidados mutuos y el propio contacto propagaban la enfermedad.

4 Mientras a duras penas podían soportar los males que pesaban sobre ellos, súbitamente unos emisarios hérnicos comunican que los ecuos y los volscos, reunidas sus fuerzas, han acampado en su territorio y lo están devastando
5 con un ejército enorme. La escasez de asistentes al senado era para los aliados indicativa de que la ciudad estaba azotada por la peste; pero, aparte de esto, recibieron además una triste respuesta: que los hérnicos por sí mismos juntamente con los latinos defendiesen lo suyo; que la ciudad de Roma, debido a una repentina cólera de los dioses, era asolada por la enfermedad; en caso de sobrevenir una tregua en aquel mal, prestaría ayuda a sus aliados como el año
6 anterior, como en todas las demás ocasiones. Se retiraron los aliados llevando a casa una noticia más triste aún que la que habían traído, pues ellos debían sostener por sí solos una guerra que les hubiese costado trabajo sostener con el
7 apoyo de las fuerzas romanas. El enemigo no permaneció mucho tiempo en territorio hérnico: continúa con sus hostilidades hasta tierra romana, bastante asolada ya sin los riesgos de la guerra. Como allí no se encontró con nadie, ni siquiera con civiles, y fue atravesándolo todo, no sólo falto de defensores, sino hasta de cultivo, llegó hasta el tercer
8 miliario[234] del camino de Gabios. Había muerto el cónsul

[234] Mojón que marcaba en la ruta la distancia en millas.

romano Ebucio; su colega Servilio alentaba pocas esperanzas de vida; estaban afectados la mayor parte de las personalidades, la mayoría de los senadores y casi todos los que estaban en edad de ser movilizados, de forma que no había fuerzas suficientes no ya para las operaciones exigidas por lo enormemente revuelto de la situación, sino casi ni para
las guardias en puestos fijos. Los senadores a los que la 9
edad y la salud se lo permitía desempeñaban personalmente la labor de centinelas; las rondas y la supervisión estaban a cargo de los ediles plebeyos[235]: éstos habían asumido la autoridad suprema y la majestad del poder consular.

Sumido todo en el abandono, sin jefe, sin fuerzas, la 7
salvación se debió a la protección de los dioses tutelares y a la Fortuna de Roma, que dio a los volscos y a los ecuos una mentalidad de saqueadores más que de conquistado-
res. En efecto, concibieron tan pocas esperanzas no ya de 2
apoderarse de Roma, sino ni siquiera de llegar hasta sus murallas, y al divisar desde lejos sus casas y las colinas que
la dominan experimentaron tal cambio sus propósitos, que 3
a lo largo y ancho del campamento surgieron murmullos de por qué perdían el tiempo inactivos y sin botín en una tierra yerma sumida en el abandono, en medio de la putrefacción de cadáveres de animales y hombres, siendo así que tenían a su alcance un país intacto, el territorio de Túsculo exuberante de riquezas; se pusieron inmediatamente en marcha y, atajando por los campos de Labicos, alcanzaron las colinas de Túsculo. La tormenta de la guerra con todo
su peso se trasladó a aquella zona. Mientras tanto los hér- 4
nicos y los latinos, pareciéndoles vergonzoso, además de

[235] Los ediles, en un principio, eran todos plebeyos. A partir del año 367 a. C., dos plebeyos y dos patricios (ediles curules). Estaba a su cargo el orden público, la policía urbana, etc.

lamentable, no oponer resistencia a un enemigo común que se dirigía a Roma en son de guerra ni prestar ayuda alguna a unos aliados en estado de sitio, después de unir sus ejérci-
5 tos se dirigen a Roma. Al no encontrar allí al enemigo, siguiendo las huellas y noticias que les daban sobre él se lo encuentran cuando bajaba desde Túsculo al valle de Alba. La lucha que hubo allí fue muy desigual, y su lealtad les resultó poco afortunada a los aliados en aquella ocasión.
6 Los estragos de la enfermedad en Roma no son menores que los de las armas entre los aliados. El único cónsul que quedaba con vida, muere; murieron también otros hombres ilustres: los áugures Marco Valerio[236] y Tito Virginio
7 Rútulo y el jefe de los curiones[237] Servio Sulpicio; también entre la población anónima se extendió ampliamente la virulencia de la enfermedad; el senado, huérfano de ayuda humana, orientó hacia los dioses a su pueblo y sus súplicas: dispuso que los ciudadanos con sus mujeres e hijos fuesen a suplicar e implorar insistentemente la clemencia de los dio-
8 ses. Empujados cada uno por sus propias calamidades e invitados, además, por la autoridad oficial, llenan todos los templos; las mujeres, prosternadas por todas partes, barriendo los templos con sus cabellos, imploran el perdón de las iras del cielo y el fin de la peste.

8 A partir de entonces, paulatinamente, bien por haberse logrado la clemencia de los dioses o bien por haber pasado ya la estación más insalubre, los cuerpos afectados por la

---

[236] Posible corrupción del texto en vez de Manio Valerio, el hermano de Publio Valerio Publícola.

[237] La curia era una división muy antigua de la sociedad romana. Cada curia tenía sus lugares de culto y sus cultos propios, presididos, lo mismo que los comicios por curias, por su curión. El jefe de los curiones ostentaba la presidencia del colegio de los mismos. Sólo patricios al principio, también plebeyos desde el año 210. Diecisiete tribus ejercían su control mediante voto.

enfermedad empezaron a recuperar la salud; vueltos ya los 2
ánimos hacia los asuntos públicos, después de transcurrir varios interregnos Publio Valerio Publícola, dos días después de haber entrado en funciones de interrey, proclama cónsules a Lucio Lucrecio Tricipitino y Tito Veturio (o bien Vetusio) Gémino. El día once de agosto entran en 3
funciones de cónsul, contando ya la ciudad con fuerzas suficientes para una guerra no sólo defensiva sino incluso ofensiva. Por eso, al comunicar los hérnicos que el enemigo 4
había invadido su territorio, se les prometió ayuda sin vacilar. Se alistaron dos ejércitos consulares. A Veturio se le encomendó la misión de tomar la ofensiva contra los volscos. Tricipitino, encargado de alejar el pillaje del territorio 5
aliado, avanza hasta el país de los hérnicos sin sobrepasarlo. Veturio, en el primer combate, derrota y pone en fuga al enemigo. A Lucrecio, apostado en territorio hér- 6
nico, lo burló una columna de saqueadores guiada hasta lo alto de los montes de Preneste y después hacia el llano; saqueó los campos de Preneste y de Gabios, desde donde dio un rodeo hacia las colinas de Túsculo. Incluso la ciu- 7
dad de Roma experimentó un miedo muy intenso, más por lo repentino de la acción, que por falta de fuerzas para repeler una agresión. El gobierno de la ciudad estaba a cargo de Quinto Fabio; armó éste a la juventud y organizó un dispositivo de defensa, llevando a todas partes la seguridad y la calma. Por ello, el enemigo, después de saquear 8
las cercanías sin atreverse a acercarse a la ciudad, dio media vuelta y se retiraba, descuidando la vigilancia cada vez más a medida que se alejaba de la ciudad enemiga, cuando se encuentra con el cónsul Lucrecio, que había estudiado previamente su itinerario y tenía sus tropas formadas y listas para el combate. Así pues, preparados sus 9
ánimos de antemano, los romanos atacan a un enemigo presa de repentino pánico y, aunque inferiores en número,

derrotan y ponen en fuga a una enorme multitud, la
empujan hacia valles profundos de los que no había salidas
10 fáciles y la rodean. Estuvo allí a punto de ser borrado el
nombre de los volscos: según las referencias que encuentro
en algunos analistas, cayeron trece mil cuatrocientos
setenta en el combate y en la huida, mil setecientos cin-
cuenta fueron hechos prisioneros, veintisiete enseñas mili-
tares fueron tomadas. Aunque las cifras estén un poco
11 abultadas, sin duda alguna la matanza fue considerable. El
cónsul vencedor, dueño de un enorme botín, regresó a las
mismas posiciones en que estaba acantonado. Entonces los
cónsules unieron sus campamentos, y los volscos y ecuos
juntaron sus malparadas fuerzas. Se libró batalla por ter-
cera vez durante aquel año. La misma fortuna nos dio la
victoria; batido el enemigo, se tomó también su campamento.

Poder tribunicio contra poder consular: la proposición Terentilia

9 De esta manera la situación de Roma
volvió a ser la misma que antes, y los éxi-
tos bélicos reavivaron de inmediato la
2 agitación interna. Gayo Terentilio Harsa
era tribuno de la plebe aquel año. Pen-
sando que la ausencia de los cónsules dejaba campo a la
actuación de los tribunos, atacó ante la plebe durante
varios días el orgullo de los patricios; la tomó, sobre todo,
con el poder de los cónsules, tachándolo de excesivo e into-
3 lerable en un Estado libre, de ser únicamente de nombre
menos odioso, pero en la práctica casi más duro que el
4 poder de los reyes: realmente tenían dos amos en lugar de
uno, con un poder incontrolado, ilimitado, los cuales sin
sujetarse ellos mismos a moderación ni freno, hacían recaer
5 sobre la plebe todo el temor y los castigos de la ley; con el
fin de que aquella permisividad no les durase eternamente,
él iba a proponer una ley para que se nombrase una comi-
sión de cinco personas encargada de regular el poder con-

sular: los cónsules harían uso de los derechos que el pueblo
les concediese sobre sí mismo, en lugar de tener ellos por
ley su propio capricho y arbitrariedad. Al ser propuesta 6
esta ley, ante el temor de los patricios de que, en ausencia
de los cónsules, se les hiciese pasar bajo el yugo, Quinto
Fabio, prefecto de la ciudad, convoca el senado y lanza
unas invectivas tan violentas contra la proposición y contra
el propio autor de la misma, que ni aunque ambos cónsules
hubiesen asediado al tribuno con sus ataques les hubiese
quedado una amenaza ni un motivo de temor que añadir.
Dijo que el tribuno había estado al acecho y en el 7
momento oportuno había lanzado su ataque contra la
república; que si el año anterior, durante la peste y la gue- 8
rra, la ira de los dioses les hubiera enviado un tribuno
semejante, no hubieran podido resistir: muertos los dos
cónsules, postrada la ciudad en la enfermedad, en medio
del caos general, hubiera presentado proposiciones de ley
para suprimir de la república el poder consular, sirviendo
de guía a los volscos y ecuos para el asalto de Roma; pues, 9
en último término, ¿no le estaba permitido, si los cónsules
cometían alguna acción despótica o cruel contra algún ciu-
dadano, citarlos a comparecer y acusarlos ante aquellos
mismos jueces[238] contra uno de cuyos miembros se había
cometido desafuero?; no estaba él haciendo odioso e intole- 10
rable el poder consular, sino la potestad[239] tribunicia, que
una vez serenada y reconciliada con los patricios era relan-
zada de nuevo a las viejas contiendas; pero a él no iba a

[238] Es decir, ante los comicios por tribus.

[239] Traducimos por «potestad» el término *potestas,* que expresa las atribuciones inherentes a un cargo derivadas de la elección, y en la práctica se restringe a los tribunos. El término aplicable a los cónsules, *imperium,* lo traducimos por «poder», y tiene connotaciones de orden religioso, carismático, del jefe como tal, y aunque expresa atribuciones determinadas por la constitución, va más allá de la función.

11 suplicarle que abandonase el camino emprendido. «A voso-
tros —dijo Fabio—, a los tribunos restantes, os pedimos
que penséis, ante todo, que esa potestad vuestra fue insti-
tuida para la protección del individuo, no para la ruina de
la colectividad; que habéis sido elegidos tribunos de la
12 plebe, no enemigos de los patricios. Para nosotros es una
desdicha, pero para vosotros es una deshonra que se ata-
que a la república desasistida. Podríais, sin menoscabo de
vuestros derechos, poner un paliativo a vuestra deshonra.
Arreglaos con vuestro colega para que aplace por completo
este tema hasta la llegada de los cónsules. Ni siquiera los
ecuos y los volscos, cuando el año pasado la enfermedad se
había llevado a los cónsules, nos acosaron con una guerra
13 despiadada e implacable.» Los tribunos tratan la cuestión
con Terentilio; la discusión fue aparentemente aplazada, en
realidad suprimida; se hizo venir inmediatamente a los
cónsules.

10 Lucrecio regresó con un botín enorme, cubierto de una
gloria aún mayor. Gloria incrementada, además, porque al
llegar expuso en el Campo de Marte la totalidad del botín,
para que durante tres días pudiese cada uno reconocer y
retirar lo que fuera suyo. El resto cuyo propietario no apa-
2 reció fue vendido. Según opinión unánime se le debía el
triunfo al cónsul, pero fue aplazado al volver a tratar el
tribuno sobre el proyecto de ley, cuestión que, según él,
3 debía ser debatida con prioridad. El tema fue discutido
durante bastantes días tanto en el senado como en la
asamblea del pueblo; al fin el tribuno cedió a la dignidad
consular y retiró el proyecto. Se les rindieron entonces al
general y a su ejército los honores que se les debían.
4 Triunfó sobre los volscos y los ecuos; en su triunfo le
siguieron sus legiones. Al otro cónsul se le concedió la ova-
ción [240], entrando en Roma sin sus tropas.

---

240 La ovación era de rango inferior al triunfo: el general entraba no

Después, al año siguiente, la ley Terentilia, presentada 5
colegiadamente por todos los tribunos, atacó a los nuevos
cónsules, que eran Publio Volumnio y Servio Sulpicio.
Aquel año se vio arder el cielo; la tierra fue sacudida por 6
un tremendo temblor; una vaca habló, hecho al que se dio
una credibilidad que le había sido negada el año anterior.
Entre otros prodigios hubo una lluvia de carne, lluvia que,
según dicen, devoró una enorme cantidad de pájaros
volando en medio de ella; la que cayó a tierra permaneció
varios días esparcida por el suelo sin cambiar de olor lo
más mínimo. Los libros sibilinos fueron consultados por 7
los duúnviros sagrados; presagiaron peligros provenientes
de un grupo de extranjeros, ataques contra los puntos más
elevados de Roma y muertes a continuación; entre otras
cosas advertían que se evitasen las sediciones. Los tribunos
decían en tono acusatorio que aquello era un montaje para
obstaculizar la ley, y se avecinaba un tremendo conflicto.
De pronto, para que todos los años se repitiese el mismo 8
ciclo, los hérnicos anuncian que los volscos y los ecuos, a
pesar de haber sido destrozados, están recomponiendo sus
ejércitos: que el centro de la operación está en Ancio; que
en Écetra los colonos de Ancio celebran reuniones abier-
tamente; allí está la cabeza, allí el potencial de la guerra.
Después de comunicar esto en el senado, se decreta una 9
leva y se ordena a los cónsules que repartan entre sí la
dirección de las operaciones bélicas, de forma que uno se
encargue de los volscos y el otro de los ecuos. Los tribunos 10
gritaban abiertamente en el foro que era comedia lo de la
guerra de los volscos, que los hérnicos estaban aleccio-
nados para representar su papel; ya ni siquiera se atacaba
de frente la libertad del pueblo romano, sino que se la bur-

---

en carro sino a caballo o a pie, coronado no de laurel sino de mirto, rodeado no de sus tropas sino de músicos, y se sacrificaba no un buey sino una oveja.

11 laba con astucia; como ya no era creíble que, tras un exterminio casi total, los volscos y los ecuos pudiesen tomar la iniciativa de reemprender las hostilidades, se buscaba un enemigo nuevo: se desacreditaba a una colonia leal y cercana; la guerra se le declaraba a Ancio, que era ino-
12 cente, pero se le hacía a la plebe romana, a la que se sacaría de Roma a marchas forzadas cargada con las armas, vengándose de los tribunos con el exilio y relegación de los
13 ciudadanos; así, y que no fuesen a creer que se trataba de ninguna otra cosa, la proposición de ley estaba derrotada, a no ser que tomasen precauciones mientras nada se ha hecho aún, mientras están en casa, mientras son civiles, en orden a no ser desposeídos de la ciudad, a que no se les
14 haga pasar bajo el yugo; si tienen valor, no faltará ayuda: todos los tribunos está de acuerdo; no hay motivo de alarma, no hay peligro exterior ninguno: el año pasado los dioses se cuidaron de que la libertad pudiese ser defendida sin peligro. Así hablaban los tribunos.

11

Obstrucción violenta de los tribunos a las levas y de los patricios a la proposición Terentilia: Cesón, proceso y exilio

Pero, por el bando opuesto, los cónsules, con sus sillas colocadas a la vista de los tribunos, efectuaban el alistamiento. Los tribunos corren hacia allí y arrastran consigo a los reunidos en asamblea. Se llamó por su nombre a unos cuantos, como para tantear el terreno, e inmediatamente estalló la vio-
2 lencia. Cada vez que el lictor, por orden del cónsul, echaba mano de alguien, el tribuno ordenaba soltarlo. Nadie se mantenía dentro de los límites de sus derechos, sino que se confiaba únicamente en la fuerza; había que tomar por la violencia lo que se pretendía.

3 Igual que habían actuado los tribunos para obstaculizar el alistamiento, actuaban los patricios para obstaculizar la
4 ley, que era presentada todos los días de comicios. Comenzaba el alboroto cuando los tribunos ordenaban que el pueblo se repartiese por tribus[241], porque los patricios no consentían en moverse de su sitio. Las personas de más edad prácticamente no intervenían en el asunto, dado que no admitía un cauce racional, sino que estaba a merced de la irreflexión y la audacia. También los cónsules se mante- 5
nían bastante al margen, para no ver expuesta su dignidad a una afrenta en aquel desbarajuste.

Había un joven, Cesón Quincio, orgulloso tanto de la 6
nobleza de su apellido como de su estatura y de su fuerza; a estas cualidades, regalo de los dioses, había además añadido personalmente muchos brillantes hechos de guerra y una gran facilidad de palabra en el foro, de suerte que no había en Roma nadie de palabra o acción más pronta. De 7
pie, en medio del grupo de los patricios, sobresaliendo entre los demás, como llevando todas las dictaduras y todos los consulados en su voy y en su fuerza, se bastaba él solo para hacer frente a los ataques de los tribunos y a las tormentas populares. Con él a la cabeza, los suyos a menudo 8
expulsaron a los tribunos del foro y obligaron a la plebe a dispersarse y salir huyendo; el que caía en sus manos salía magullado y sin vestimenta, de forma que estaba suficientemente claro que, si se permitía que se actuase de aquel modo, la proposición de ley estaba derrotada. Entonces, 9
Aulo Virginio, estando ya los demás tribunos prácticamente abatidos, él sólo de todo el colegio presenta una acusación capital contra Cesón. Con ello, en lugar de asustar, lo que hizo fue inflamar aquel carácter irreductible; por ello, se oponía a la ley con mayor ardor, hostigaba a la plebe, acosaba a los tribunos como en guerra declarada. El 10
acusador dejaba que el acusado se fuese hundiendo, diese pábulo al odio y proporcionase materia para las acusacio-

[241] Las tribus respondían a un criterio territorial, de residencia, no de rentas, y los comicios por tribus votaban las leyes.

nes; presentaba, entretanto, la proposición de ley, no tanto por confiar en hacerla aprobar como por instigar el com-
11 portamiento irreflexivo de Cesón. Muchas cosas que entonces los jóvenes a menudo dijeron e hicieron a la ligera le fueron achacadas a Cesón, cuyo carácter era mirado con prevención. Seguía, empero, oponiendo resistencia a la ley,
12 y Aulo Virginio repetía a la plebe: «¿Es que no os dais cuenta ya, ciudadanos de Roma, de que no podéis tener a
13 la vez a Cesón por conciudadano y la ley que deseáis? Y eso que ¿qué digo ley? A la libertad, es a lo que hace obstrucción; gana en soberbia a todos los Tarquinios. ¡Esperad a que sea cónsul o dictador éste que, siendo un simple ciudadano, veis que muestra las fuerzas y la audacia de un rey!» Muchos se mostraban de acuerdo, quejándose de haber recibido malos tratos, e incitaban ellos mismos al tribuno a llevar la acusación hasta el final.

12 Se acercaba ya el día del juicio y era evidente que todo el mundo estaba en la idea de que de la condena de Cesón dependía la libertad. Al fin se vio forzado a humillarse profundamente y rebajarse a saludar a unos y a otros secun-
2 dado por sus parientes, lo más relevante de la ciudad. Tito Quincio Capitolino, que había sido cónsul tres veces, recordando las numerosas hazañas suyas y de su familia,
3 aseguraba que ni entre los Quincios ni en la ciudad de Roma había existido nunca un talante de un valor tan grande y tan acabado; que a sus órdenes se había iniciado en el servicio de las armas, habiendo sido él a menudo tes-
4 tigo de sus combates contra el enemigo. Espurio Furio decía que había acudido en su ayuda enviado por Quincio Capitolino cuando él estaba en circunstancias críticas, y que, en su opinión, nadie había hecho más por restablecer
5 la situación. Lucio Lucrecio, cónsul el año anterior, en pleno brillo de su reciente gloria, hacía a Cesón partícipe de sus méritos, recordaba sus combates, enumeraba sus bri-

llantes acciones tanto en las marchas como en el frente,
aconsejaba y advertía que aquel joven fuera de lo común, 6
dotado de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, de una importancia decisiva para cualquier Estado al que se dirigiese, era preferible que fuese ciudadano de Roma a
que lo fuese de un país extranjero; lo que había en él de 7
inaceptable, la fogosidad y la audacia, la edad lo iba eliminando de día en día; lo que en él se echaba de menos, la prudencia, iba en aumento de un día para otro: dado que sus defectos iban a menos y a más sus cualidades, sólo faltaba que dejasen que un hombre de tal valía llegase a la
ancianidad en su patria. En medio de los que así hablaban, 8
el padre, Lucio Quincio, por sobrenombre Cincinato, sin mostrarse reiterativo en los elogios para no aumentar el odio, sino pidiendo indulgencia para un extravío juvenil, rogaba que le dejasen a su hijo a él que no había hecho
daño a nadie de palabra ni de obra. Pero unos se mostra- 9
ban sordos a las súplicas por vergüenza o por miedo; otros, quejándose de haber recibido malos tratos ellos y los suyos, daban una dura respuesta preanunciando su sentencia.

Aparte del odio generalizado, pesaba sobre el acusado 13
un único cargo: Marco Volscio Píctor[242], que había sido tribuno de la plebe unos años antes, había venido a testifi-
car que, poco tiempo después de la peste de Roma, se 2
había él encontrado con un grupo de jóvenes que se divertían en la Subura[243]; que se había originado entonces una reyerta, y que su hermano mayor, todavía no recuperado suficientemente de la enfermedad, había caído derribado
por un puñetazo de Cesón; que lo habían llevado en brazos 3

---

[242] Nombre muy cuestionado debido a que Píctor no aparece aún como *cognomen* en estas fechas, y *Volscius* entonces sólo indicaba pertenencia a un pueblo.

[243] Este barrio de Roma, con fama de barrio bajo en tiempos de Livio, estaba entre el Quirinal y el Esquilino.

a casa inconsciente y que había muerto, según él consideraba, a consecuencias del golpe; pero que, durante los consulados de los años precedentes, no se le había permitido perseguir judiciaimente tan horrible crimen. Cuando Volscio pronunció a gritos esta declaración, la gente se soliviantó de tal forma que faltó bien poco para que Cesón
4 fuese muerto por la acometida popular. Virginio da orden de detener al acusado y encarcelarlo[244]. Los patricios rechazan la fuerza con la fuerza. Tito Quincio grita que, si pesa sobre alguien una acusación capital y se le va a juzgar muy pronto, no está permitido usar la fuerza contra él
5 antes de que se defienda, antes de que sea condenado. El tribuno dice que él no tiene intención de enviarlo al suplicio sin juicio, pero que, no obstante, lo va a retener en prisión hasta el día del juicio, de forma que el pueblo romano tenga posibilidad de castigar a quien ha dado
6 muerte a un hombre. Se recurre a los tribunos y toman una decisión intermedia dejando a salvo su derecho de intervención: se oponen a que sea encarcelado; dictaminan que el acusado comparezca y entregue una fianza[245] al pueblo
7 para el caso de que no se presente. Había dudas sobre cuál debía ser el montante de la fianza: se remite la cuestión al senado; el acusado, mientras los senadores deliberaban,
8 quedó retenido a la vista del público. Se acordó que presentase fiadores; cada fiador quedó obligado a abonar tres mil ases; se dejó a criterio de los tribunos el número de fiadores que debían ser presentados. Lo fijaron en diez: tal fue el número de fiadores que exigió la acusación, que fue la que por primera vez concedió fiadores en una causa

[244] Medida discutible, pues la prisión preventiva no era entonces aplicable a personas del rango de Cesón. En una causa pública el acusado era encomendado a un particular para su custodia.

[245] Tal era el procedimiento en una causa privada. En este caso la suma fijada parece anacrónica por lo abultada.

pública. Una vez que se le permitió abandonar el foro, Cesón, la noche siguiente, se exilió a Etruria. El día del 9
juicio, como se justificaba su falta de comparecencia por haber abandonado el territorio para exiliarse y, sin embargo, Virginio insistía en reunir la asamblea, se recurrió a sus colegas y la disolvieron. Al padre se le exigió el 10
dinero de la fianza con todo rigor, de forma que, después de vender a unos y otros todos sus bienes, vivió algún tiempo al otro lado del Tíber como relegado en una choza apartada.

Este juicio y la promulgación de la proposición de ley 14
mantuvieron agitada la ciudad; no hubo en el exterior conflictos armados. Los tribunos, en plan de vencedores, 2
creían que, al estar abatidos los patricios por el exilio de Cesón, la ley estaba prácticamente aprobada, y por lo que respecta a los patricios de más edad, habían renunciado a ejercer el poder; pero los más jóvenes, sobre todo la pandi- 3
lla de Cesón, no se desanimaron, pero en cierto modo moderaron sus ímpetus, lo cual les resultó enormemente provechoso. Cuando por primera vez después del exilio de 4
Cesón se presentó la proposición de ley, ordenados y dispuestos con el enorme ejército de sus clientes cayeron sobre los tribunos, tan pronto como les dieron un pretexto al ordenarles circular, tan a una que ninguno de ellos volvió a su casa individualmente señalado por la gloria o el odio, y la plebe se lamentaba de que habían surgido mil Cesones en lugar de uno. Durante los días en que los tribunos no 5
trataban sobre la ley, no había cosa más apacible ni más tranquila que ellos: saludaban amablemente a los plebeyos, conversaban con ellos, los invitaban a su casa, los asistían en el foro, permitían incluso que los tribunos celebrasen las demás asambleas sin interrumpir. Con nadie se mostraban nunca violentos, ni en público ni en privado, salvo cuando se comenzaba a tratar sobre la ley: fuera de ese caso eran 6

jóvenes que gozaban de popularidad. Los tribunos no sólo llevaron a cabo con tranquilidad sus otras tareas, sino que fueron reelegidos para el año siguiente, sin una sola palabra molesta e, incluso, sin la menor violencia. Poco a poco habían amansado a la plebe, a base de halagarla y lisonjearla. Maniobrando de esta forma a lo largo de todo el año se eludió la ley.

15 Los cónsules Gayo Claudio, hijo de Apio, y Publio Valerio Publícola se encuentran con una ciudad más tranquila. Nada nuevo aportó el nuevo año: la ciudad estaba dominada por la preocupación de proponer o aceptar la
2 ley. Cuanto más buscaban un acercamiento a la plebe los patricios jóvenes, mayor era el empeño con que les hacían la contra los tribunos para levantar contra ellos las suspi-
3 cacias de la plebe, con sus acusaciones de que estaba en marcha una conspiración, que Cesón estaba en Roma, que se había planeado asesinar a los tribunos y masacrar a la plebe, que los patricios de más edad habían encargado a los jóvenes que eliminasen de la república la potestad tribunicia y que la constitución volviese a ser la misma que antes de la ocupación del monte Sacro.

Exiliados y esclavos ocupan el Capitolio

4 Se temía, además, de parte de volscos y ecuos la guerra ya habitual, casi periódicamente repetida cada año; pero de improviso surgió, más cerca aún, otro
5 peligro sin precedentes: exiliados y esclavos, unos dos mil quinientos hombres, capitaneados por el sabino Apio Herdonio, ocuparon durante la noche el Capi-
6 tolio y la ciudadela. En la ciudadela llevaron a cabo la ejecución sumaria de los que se habían negado a entrar en la conjuración y empuñar las armas; otros, aprovechando el tumulto, bajan corriendo hacia el foro impulsados por el pánico; alternativamente se oían los gritos de: «¡A las armas!» y «¡El enemigo está dentro de la ciudad!»

Los cónsules tenían miedo de armar a la plebe y, a la 7
vez, de dejarla desarmada, al no saber a ciencia cierta qué calamidad repentina, de dentro o del exterior, procedente del odio de la plebe o de la perfidia de los esclavos, se había abatido sobre la ciudad; trataban de calmar la agitación, y queriendo calmarla, a veces la aumentaban, pues la multitud, aterrada y fuera de sí, era incapaz de seguir las instrucciones de la autoridad. Entregan armas, no obs- 8
tante, pero no a todo el mundo, sólo las necesarias, a falta de datos acerca del enemigo, para constituir un servicio de seguridad suficientemente firme ante cualquier eventualidad. El resto de la noche, dominados por la inquietud y sin saber quiénes ni cuántos eran los enemigos, lo pasaron colocando puestos de guardia en los lugares estratégicos de toda la ciudad. Por fin el alba puso al descubierto de qué 9
guerra se trataba y quién era su general. Apio Herdonio desde lo alto del Capitolio llamaba a los esclavos a la libertad, diciendo que él se había hecho cargo de la causa de todos los desgraciados para volver a llevar a su patria a todos los exiliados, injustamente expulsados, y quitar a los esclavos su pesado yugo; que prefería que esto se hiciese por iniciativa del pueblo romano, pero si por ese lado no había nada que esperar, concitaría a volscos y ecuos, trataría de echar mano de los recursos más extremados.

La situación quedó más clara para senadores y cónsu- 16
les. Temían, sin embargo, que detrás de aquello que se les hacía saber se escondiese una maniobra de los veyentes o los sabinos y que, con tan gran número de enemigos en el 2
interior de la ciudad, se presentasen enseguida siguiendo un plan preconcebido las legiones sabinas y etruscas, y luego sus sempiternos enemigos, los volscos y los ecuos, viniesen no a saquear el país, como anteriormente, sino por la ciudad, tomada ya en parte. Los motivos de temor eran 3
muchos y diversos; se destacaba entre todos el miedo a los

esclavos, el miedo a que cada uno tuviese en casa a su pro-
pio enemigo: no había seguridad suficiente ni fiándose de él
ni retirándole la confianza, pues al desconfiar podía vol-
4 verse más hostil; aun manteniendo la unión parecía que
costaría trabajo resistir. Al ser tan grandes los otros males
que se imponían y anegaban a Roma, nadie tenía miedo a
los tribunos o a la plebe; este mal doméstico, que reapare-
cía siempre que los demás estaban en calma, daba entonces
la impresión de haberse aquietado, aletargado por la ame-
5 naza exterior. Sin embargo, fue precisamente éste el que
más hizo notar su peso sobre la tambaleante situación. Y
es que los tribunos estaban tan fuera de sí que pretendían
que no era una guerra, sino un simulacro de guerra lo que
se había asentado en el Capitolio, con el fin de desviar la
atención de la plebe de la preocupación por la ley; que los
huéspedes y clientes de los patricios, si una vez votada la
ley veían que se habían revuelto en vano, se marcharían
6 más silenciosamente de lo que habían venido. Convocan,
pues, asamblea para votar la ley, después de hacer que el
pueblo deponga las armas. Entretanto, los cónsules reúnen
al senado ante la aparición del nuevo peligro representado
por los tribunos, más grave que el que había provocado el
enemigo durante la noche.

17 Cuando se comunicó que los hombres deponían las
armas y abandonaban los puestos de guardia, Publio Vale-
rio, mientras su colega mantiene reunido al senado, se
lanza fuera de la curia y se dirige acto seguido a los tribu-
2 nos, al lugar sagrado de la asamblea. «¿Qué significa esto?
—dice—. ¿Vais a echar abajo la república siguiendo las ór-
denes y los auspicios de Apio Herdonio? ¿Tanto éxito ha
tenido en corromperos el que no fue capaz de levantar a los
esclavos? Cuando el enemigo está sobre nuestras cabezas, ¿os
parece procedente que se depongan las armas y se propon-
3 gan leyes?» A continuación dirigió sus palabras a la multi-

tud: «Si no os preocupáis en absoluto, ciudadanos, por
Roma ni por vosotros mismos, al menos respetad a vues-
tros dioses, prisioneros del enemigo. Júpiter Óptimo
Máximo, Juno Reina[246], Minerva y los demás dioses y dio-
sas están sitiados; un campamento de esclavos tiene reteni-
dos a vuestros penates patrios. ¿Os parece ésta una política 4
de un pueblo en sus cabales? Hay una gran cantidad de
enemigos no sólo murallas adentro, sino en la ciudadela,
dominando el foro y la curia, y mientras tanto se celebra
asamblea en el foro, el senado se encuentra en la curia;
¡como en plena paz, los senadores exponen sus pareceres,
los demás ciudadanos votan! ¿No era nuestro deber, el de 5
patricios y plebeyos, cónsules, tribunos, dioses y hombres,
todos con las armas en la mano prestar ayuda, correr al
Capitolio, liberar y pacificar aquella augustísima morada
de Júpiter Óptimo Máximo? Padre Rómulo, infunde a tu 6
estirpe ese valor tuyo con el que, en otro tiempo, recupe-
raste de manos de estos mismos sabinos la ciudadela que
había sido conquistada con dinero; hazle tomar el mismo
camino que tomaste tú como general, que tomó tu ejército.
Mira, yo el primero, yo el cónsul te seguiré a ti y seguiré
tus huellas, en la medida en que, siendo un mortal, puedo
seguir a un dios.» Terminó su discurso diciendo que él 7
empuñaba las armas; que llamaba a las armas a todos los
ciudadanos; que si alguien se oponía, él, sin tener en cuenta
los poderes del cónsul[247] ni la potestad tribunicia ni las
leyes sagradas, a ese alguien, quienquiera que fuese, don-
dequiera que estuviese, en el Capitolio, en el foro, lo trata-
ría como enemigo; que los tribunos ordenasen, ya que lo 8

[246] En realidad, el culto a Juno Reina fue subsiguiente a su traslado desde Veyos (V 22, 3-7), siendo aquí un anacronismo su advocación.

[247] Es decir, sin tener en cuenta las limitaciones a su poder consular derivadas del hecho de estar en el interior de la ciudad y representadas, además, por los tribunos.

prohibían contra Apio Herdonio, tomar las armas contra
el cónsul Publio Valerio: él mostraría contra los tribunos la
misma decisión que su primer antepasado había mostrado
9 contra los reyes. Parecía que se iba a desencadenar una
violencia extrema y que se iba a dar al enemigo el espec-
táculo de una sedición en Roma. Sin embargo, ni la ley pudo
ser votada ni el cónsul dirigirse al Capitolio: la noche
sofocó los enfrentamientos en sus inicios; ante la noche, los
tribunos cedieron por temor a las armas de los cónsules.
10 Libres ya de los agitadores, los patricios rondaban a los
plebeyos y, mezclándose en sus corrillos, dejaban caer
comentarios adaptados a las circunstancias, les advertían
que viesen en qué brete estaban poniendo a la república:
11 que no se trataba de una pugna entre patricios y plebe, sino
que tanto los patricios como la plebe, la ciudadela de
Roma, los templos de los dioses, los penates de la patria y
12 los de la familia eran entregados al enemigo. Mientras se
actúa de esta forma en el foro con el fin de apaciguar la
discordia, los cónsules, para prevenir un movimiento de los
enemigos, sabinos y veyentes, se habían desplazado a las
puertas y las murallas.

18 Aquella misma noche llegan también a Túsculo las
noticias de la toma de la ciudadela, de la ocupación del
Capitolio y de la restante situación de agitación de la ciu-
2 dad. Era, entonces, dictador en Túsculo Lucio Mamilio.
Convoca éste rápidamente al senado, hace pasar a los men-
3 sajeros y expone su parecer poniendo énfasis en que no se
espere a que lleguen de Roma legados pidiendo ayuda: la
reclama el propio peligro y lo crítico de la situación, y los
dioses de las alianzas, y la fidelidad a los tratados [248]; nunca
los dioses concederán ocasión semejante de ganarse con su
4 servicio a un Estado tan poderoso y tan cercano. Se

[248] Túsculo estaba entre los firmantes del tratado latino.

acuerda que se envíe ayuda; la juventud se alista, se le dan
armas. Al llegar a Roma al rayar el alba, desde lejos se los
tomó por enemigos: se creyó que llegaban los ecuos o los
volscos; después, cuando la falsa alarma se disipó, son
recibidos en la ciudad y descienden en columna hasta el
foro. Allí formaba ya las tropas en orden de combate 5
Publio Valerio, habiendo dejado a su colega al frente de las
guardias de las puertas. Había resultado convincente el 6
peso de aquel hombre al asegurar que, una vez recuperado
el Capitolio y devuelta la paz a la ciudad, si dejaban que les
mostrase la trampa que los tribunos escondían en la propo-
sición de ley, él, fiel a sus antepasados, fiel a su sobrenom-
bre [249], por el que sus antepasados le habían transmitido
como una herencia la preocupación por servir al pueblo, no
pondría obstáculos a la reunión de la asamblea de la plebe.
Siguiendo sus órdenes, resultando inútiles las protestas a 7
voz en grito de los tribunos, ascienden en formación la
pendiente del Capitolio; se les une la legión de Túsculo.
Aliados y ciudadanos rivalizan en hacer suyo el honor de
recuperar la ciudadela; los dos generales animan cada uno
a los suyos. Cunde entonces el desconcierto entre los ene- 8
migos y en nada depositan suficiente confianza, salvo en su
posición; en plena confusión, los atacan los romanos y los
aliados. Ya se habían abierto paso hasta el vestíbulo del
templo, cuando Publio Valerio, que animaba el combate en
primera fila, es muerto. Publio Volumnio, antiguo cónsul, 9
lo ve caer. Encarga a los suyos que cubran el cuerpo y él
corre a ocupar el lugar y el puesto del cónsul. En el calor
del ataque los soldados no se aperciben de tan trascenden-
tal acontecimiento: obtienen la victoria antes de enterarse
de que combatían sin general. Muchos exiliados mancilla- 10
ron el templo con su muerte, muchos fueron hechos prisio-

[249] Publícola.

neros, Herdonio fue muerto. De esta forma fue recuperado el Capitolio. Los prisioneros, según fuesen libres o esclavos, fueron castigados de acuerdo con su condición[250]. Se le dieron las gracias a Túsculo, el Capitolio fue limpiado y
11 purificado[251]. Cuentan que los plebeyos fueron a casa del cónsul a depositar un cuarto de as cada uno para que sus funerales tuviesen mayor pompa.

19 Restablecida la paz, los tribunos presionaban a los patricios para que cumpliesen la palabra dada por Publio Valerio, presionaban a Gayo Claudio para que librase de perjurio a los dioses manes de su colega y permitiese debatir la ley. El cónsul decía que, antes de nombrar un sustituto a su colega, no consentiría que se discutiese la ley.
2 Esta tirantez se mantuvo hasta los comicios para la elección del cónsul sustituto. En el mes de diciembre, gracias al enorme empeño de los patricios, Lucio Quincio Cincinato, padre de Cesón, es elegido cónsul para ocupar el cargo

Lucio Quincio Cincinato, cónsul

3 inmediatamente. Estaba abatida la plebe, pues iba a contar con un cónsul lleno de resentimiento, fuerte por el apoyo de los patricios, por su propia valía y por sus tres hijos, ninguno de los cuales le iba a la zaga a Cesón en entereza de ánimo, aventajándolo
4 en prudencia cuando las circunstancias lo requerían. Desde el momento en que entró en funciones, tomó asiduamente la palabra desde lo alto de su tribunal, mostrándose tan enérgico en contener a la plebe como en reprender al senado, estamento a cuya dejadez se debía, según él, el que los tribunos de la plebe, perpetuados en su cargo, reinasen por su lengua y sus calumnias, como si estuviesen no en la república del pueblo romano, sino en una casa echada a

[250] Los libres, decapitados. Los esclavos, crucificados.

[251] Con agua, fuego o azufre.

perder; juntamente con su hijo Cesón habían sido expulsados de Roma y obligados a huir el valor, la firmeza de carácter, todas las cualidades militares y civiles de la juventud; los charlatanes, los sediciosos, semilla de discordias, tribunos por segunda y tercera vez merced a las peores artimañas, vivían a sus anchas como reyes. «El famoso Aulo Virginio —decía—, ¿merece acaso, por no haber ocupado el Capitolio, menor castigo que Apio Herdonio? Bastante mayor, por Hércules, si queremos valorar las cosas como es debido. Herdonio al menos, al declararse enemigo, prácticamente os avisó que empuñaseis las armas; este otro, diciendo que no había guerra, os quitó las armas y os arrojó indefensos en manos de vuestros esclavos y de los exiliados. Y vosotros (que mis palabras no ofendan a Gayo Claudio y al difunto Publio Valerio), ¿atacasteis la colina del Capitolio antes de echar del foro a estos enemigos? Da vergüenza ante los dioses y ante los hombres. Cuando los enemigos estaban en la ciudadela, en el Capitolio, cuando un cabecilla de desterrados y de esclavos, profanándolo todo, moraba en el santuario de Júpiter Óptimo Máximo, se tomaron las armas en Túsculo antes que en Roma; no quedó claro si quien liberaba la ciudadela romana era Lucio Mamilio, el general tusculano, o Publio Valerio y Gayo Claudio, los cónsules; ¡nosotros, que anteriormente no consentimos que los latinos tocasen las armas ni siquiera para defenderse a sí mismos cuanto tenían al enemigo dentro de sus fronteras, ahora, si los latinos no hubiesen tomado las armas por propia iniciativa, estaríamos sometidos y destruidos! ¿En esto consiste, tribunos, la defensa de la plebe, en entregarla inerme al enemigo para que la masacre? ¿Así que, si uno de los hombres de vuestra querida plebe de la que habéis hecho, después de desgajarla en cierto modo del resto del pueblo, vuestra patria y vuestra república particular, si uno de ellos os dijese que su

casa estaba sitiada por sus esclavos armados, no estimaríais
10 que había que prestarle ayuda? ¿Y Júpiter Óptimo Máximo, cercado por desterrados y esclavos armados, no era merecedor de ayuda humana alguna? ¿Y quieren ser tenidos por sagrados e inviolables éstos, para los cuales los
11 propios dioses no son ni sagrados ni inviolables? Y, sin embargo, cubiertos como estáis de sacrilegios y de crímenes, andáis repitiendo que vosotros haréis votar la ley este año. En caso de que la propusierais, ¡por Hércules!, el día en que yo fui elegido cónsul tuvo lugar una desgracia para el Estado, mucho peor que cuando murió el cónsul Publio
12 Valerio... Ahora, antes de nada, ciudadanos —dijo—, mi colega y yo tenemos pensado marchar al frente de las legiones contra los volscos y los ecuos. Yo no sé por qué fatalidad tenemos a los dioses más a favor cuando estamos en guerra que cuando estamos en paz. La gravedad del peligro en que nos hubieran puesto esos pueblos, de haber sabido que el Capitolio estaba ocupado por los exiliados, más vale conjeturarla como cosa pasada que experimentarla realmente».

20 El discurso del cónsul había hecho efecto en la plebe; los patricios, recobrados los ánimos, creían restablecida la situación pública. El otro cónsul, más dado a secundar que a tomar iniciativas, después de dejar de buen grado que su colega se adelantase en la adopción de medidas tan graves, en la ejecución de las mismas reclamaba la parte de funcio-
2 nes consulares que le correspondía. Entonces, los tribunos, burlándose de sus palabras como si fueran inconscientes, insistían en preguntar cómo se iban a arreglar los cónsules para sacar al ejército, dado que nadie les iba a consentir
3 que realizasen el alistamiento. «Pero si nosotros —dijo Quincio— no tenemos necesidad alguna de alistamiento, puesto que, cuando Publio Valerio entregó armas a la plebe para recuperar el Capitolio, todos hicieron juramento

de que se reunirían cuando el cónsul[252] lo ordenase y no se marcharían sin su mandato. Ordenamos, por consiguiente, 4
que todos los que prestasteis juramento os presentéis mañana armados en el lago Regilo.» En vista de ello, los tribunos recurrían a sofismas y pretendían desligar al pueblo de su compromiso sagrado diciendo que Quincio era un simple ciudadano en aquellas fechas en que les hicieron prestar juramento. Pero aún no había hecho su aparición 5
esta indiferencia hacia los dioses que domina nuestra época, ni a base de sutilezas acomodaba cada uno a su propio interés el juramento y las leyes, sino que, más bien, acomodaba a éstos su comportamiento. Por ello, los tribu- 6
nos, como no tenían la menor esperanza de impedir la campaña, trataban de retrasar la salida del ejército, sobre todo porque corría el rumor de que se había ordenado a los augures que se presentasen en el lago Regilo y consagrasen un espacio en el que, después de tomar los auspicios, se pudiese celebrar la asamblea del pueblo, de forma que todo lo que, debido a la violencia de los tribunos hubiese sido votado en Roma, fuese allí derogado en comicios: todos aprobarían lo que los cónsules quisieran; en 7
efecto, el derecho de apelar a los tribunos no existía a una distancia de Roma superior a una milla[253], y los tribunos, si acudían allí, estarían sometidos a la autoridad de los cónsules lo mismo que el resto de los ciudadanos. Estos 8
rumores los aterraban, pero lo que infundía en sus ánimos un terror mayor era el hecho de que Quincio andaba repitiendo que no iba a celebrar elecciones consulares: que los males que aquejaban al Estado eran de tal naturaleza que

---

[253] Fue controvertida hasta finales del siglo III a. C. la extensión del *ius* vinculante a la magistratura consular.

[253] Fue controvertida hasta finales del siglo III a.C. la extensión del *ius prouocationis* fuera de la propia Roma.

no se los podía atajar con los remedios habituales; que la situación política requería un dictador, de forma que el que se moviera para perturbar el orden establecido supiera que la dictadura es inapelable.

21 El senado estaba en el Capitolio; los tribunos acuden allí seguidos por la alterada plebe. La masa pide en un inmenso clamor unas veces la protección de los cónsules, otras la de los senadores; pero no consiguieron que el cónsul cambiase de parecer, hasta que los tribunos prometie-
2 ron que acatarían la decisión del senado. Informa, entonces, el cónsul acerca de las peticiones de los tribunos y de la plebe, y el senado decreta que ni los tribunos propondrán la ley aquel año, ni los cónsules sacarán al ejército de la ciudad; que, para el futuro, el senado declara anticonstitucional la prórroga de las magistraturas y la reelección de los
3 mismos tribunos. Los cónsules acataron la autoridad del senado; los tribunos, a pesar de las protestas de los cónsules, fueron reelegidos. Los patricios, a su vez, para no ceder en nada a la plebe, querían también ellos reelegir cónsul a Lucio Quincio. En todo el año no había pronunciado el
4 cónsul un alegato más vehemente: «¿Me voy a extrañar, senadores —dijo—, si vuestra autoridad ante la plebe es aparente? Vosotros la debilitáis; en efecto, porque la plebe ha violado vuestro decreto sobre la prórroga de las magistraturas, queréis violarlo vosotros también, para no ser
5 menos irreflexivos que la masa. ¡Como si el tener más poder en un Estado consistiese en mostrar mayor ligereza y falta de respeto a la norma! Pues, indudablemente, es una muestra mayor de veleidad y de frivolidad saltarse las deci-
6 siones y decretos propios, que los de otros. Estáis imitando, senadores, la irreflexión de la masa. Vosotros, que debéis servir de ejemplo a los demás, seguid el mal ejemplo ajeno, en vez de que los demás actúen correctamente siguiendo el vuestro; pero yo no voy a imitar a los tribunos

ni voy a consentir en ser proclamado[254] cónsul en contra
del senado-consulto. En cuanto a ti, Gayo Claudio, te insto 7
a que también tú apartes al pueblo romano de esta falta de respeto a la norma, y tengas por seguro que yo lo interpretaré no como que tú pones trabas a mi acceso al cargo, sino como que realzas la gloria de mi negativa al mismo y me evitas la deshonra que conllevaría la reelección.»
Luego, de común acuerdo, publican una disposición en el 8
sentido de que nadie vote a Lucio Quincio para el consulado; que si alguien lo hiciere, ellos no tendrán en cuenta tal voto.

Altibajos en las contiendas con ecuos y volscos, alternando con tensiones internas a causa de la ley

Fueron elegidos cónsules Quinto Fabio 22
Vibulano por tercera vez y Lucio Cornelio Maluginense[255]. Aquel año, se realizó el censo; se consideró contrario a la religión hacer el sacrificio de cierre del mismo, a causa de la toma del Capitolio y de la muerte del cónsul.

Durante el consulado de Quinto Fabio y Lucio Corne- 2
lio, nada más comenzar el año la situación cobró turbulencia: los tribunos instigaban a la plebe, latinos y hérnicos anunciaban una guerra de gran alcance por parte de volscos y ecuos; las legiones de los volscos estaban ya, según ellos, en Ancio. Había también un gran temor a que la propia colonia se pasase al enemigo. Costó trabajo conseguir que los tribunos consintiesen en dar prioridad a la
guerra. Entonces, los cónsules se repartieron las tareas: a 3
Fabio se le encargó conducir las legiones a Ancio, a Cornelio defender Roma en previsión de que algún contingente de enemigos viniese a saquear, cosa que los ecuos acos-
tumbraban hacer. Los hérnicos y los latinos recibieron ins- 4

[254] La proclamación validaba la elección por sufragio.

[255] Hijo del cónsul del año 485 a. C. y padre del decénviro (35, 11).

trucciones de proporcionar tropas de acuerdo con el tra-
tado, y el ejército se componía de dos tercios de aliados y
un tercio de ciudadanos. Una vez que llegaron los aliados
en la fecha señalada, el cónsul acampa fuera de la puerta
Capena. Luego, después de pasar revista al ejército, mar-
cha hacia Ancio y se sitúa a corta distancia de la plaza y de
5 los cuarteles enemigos. Como los volscos no se decidían a
librar batalla, porque todavía no había llegado el ejército
de los ecuos, y tomaban medidas para mantenerse a seguro
protegidos por empalizadas sin entrar en acción, al día
siguiente Fabio formó en torno a la empalizada del ene-
migo no un frente único mixto de aliados y ciudadanos,
sino tres frentes por separado, uno de cada uno de los tres
6 pueblos: él ocupaba el centro, con las legiones romanas.
Acto seguido, ordenó a los aliados que estuviesen atentos a
las señales para atacar a la par y, a la par, replegarse si
mandaba tocar a retirada. Igualmente deja a cada cuerpo
de ejército su caballería y la sitúa detrás de la primera
7 línea. De esta forma, atacando el campamento por tres
sitios, lo rodea y, presionando por todas partes, desaloja de
la empalizada a los volscos, incapaces de resistir el ataque;
salva, a continuación, las fortificaciones y echa fuera del
campamento al aterrado tropel que se había concentrado
8 en un solo punto. Cuando huían, luego, en desbandada, la
caballería, que había tenido dificultades para salvar la
empalizada y, hasta ese momento, había asistido a la lucha
como espectadora, al tener campo libre toma parte en la
9 victoria matando a los que huían aterrados. La matanza de
fugitivos fue considerable tanto dentro como fuera del
campamento, pero el botín fue aún mayor, porque el ene-
migo apenas pudo llevarse consigo las armas; y su ejército
hubiera sido exterminado, si los bosques no hubieran
cubierto su huida.

Mientras esto tiene lugar en Ancio, los ecuos envían 23
por delante lo más escogido de su juventud, apoderándose,
de improviso, por la noche, de la ciudadela de Túsculo, y
se asientan con el resto de su ejército a escasa distancia de
las murallas de Túsculo con el fin de dividir a las tropas
enemigas. Esta noticia, llevada a Roma a toda velocidad y 2
desde Roma al campamento de Ancio, provoca en los
romanos la misma reacción que si se anunciase la toma del
Capitolio: estaba reciente el meritorio servicio de los tuscu-
lanos, y la misma semejanza del peligro parecía reclamar el
mismo tipo de ayuda. Dejándolo todo, Fabio traslada 3
rápidamente el botín desde el campamento a Ancio, deja
allí una pequeña guarnición y corre a Túsculo a marchas
forzadas. A sus hombres no se les permitió llevar nada más
que las armas y los alimentos cocidos que había a mano[256];
el cónsul Cornelio suministra víveres desde Roma. La gue- 4
rra duró varios meses en Túsculo. El cónsul con una parte
del ejército asediaba el campamento de los ecuos, la otra
parte se la había cedido a los tusculanos para recuperar la
ciudadela. Nunca se pudo llegar hasta ella por la fuerza; al
fin, el hambre obligó a los enemigos a salir de allí: cuando 5
ésta los llevó a una situación extrema[257], fueron obligados
por los tusculanos a pasar todos bajo el yugo sin armas y
vestidos sólo con la túnica. Cuando se retiraban a casa en
vergonzosa huida, el cónsul romano les dio alcance en el
Álgido y les dio muerte sin dejar ni uno. Después de esta 6
victoria en Cólumen[258] (tal es el nombre del lugar), hace
volver al ejército y acampa. El otro cónsul, una vez que las
murallas de Roma habían dejado de correr peligro tras la
derrota del enemigo, salió también él de Roma. Así, los 7

[256] La provisión usual era la ración para 17 días.

[257] En caso de considerar preferible la lectura *quo*, en vez de *qua* (que es la que seguimos), la traducción sería: «cuando al fin se llegó hasta allí».

[258] Cerca de Túsculo, donde La Colonna actual.

cónsules, penetrando en territorio enemigo por dos sitios
distintos, devastan en tremenda porfía, por una parte, el
territorio volsco y, por otra, el ecuo.

Aquel mismo año, Ancio se pasó al enemigo, según la
mayor parte de los historiadores que he consultado; el cón-
sul Lucio Cornelio dirigió esta guerra y tomó la plaza. No
me atrevería a asegurarlo como cierto, porque no hay men-
ción alguna de tal hecho en los autores más antiguos.

24 Terminada esta guerra, la guerra intestina provocada
por los tribunos atemoriza al senado. Gritan que se man-
tiene en campaña al ejército con mala intención; que se
trata de una estratagema para escamotear la ley; que no
por eso dejarán ellos de llevar a término la tarea empren-
2 dida. Consiguió, sin embargo, Lucio Lucrecio, prefecto de
la ciudad, que la acción de los tribunos se aplazase hasta la
3 llegada de los cónsules. Había surgido, además, un nuevo
motivo de agitación. Los cuestores[259] Aulo Cornelio y
Quinto Servilio habían demandado a Marco Volscio por
haber testificado manifiestamente en falso en contra de
4 Cesón. Se desprendía, en efecto, de multitud de pruebas
que el hermano de Volscio desde el momento en que había
caído enfermo no había sido visto en público, es más, ni
siquiera se había levantado y había fallecido consumido
5 después de largos meses; y, por otra parte, Cesón no había
sido visto en Roma en aquellas fechas en las que el testigo
situaba el crimen, asegurando sus compañeros de armas
que, por entonces, él estaba presente en el ejército sin dis-
frutar de permiso alguno. Si Volscio decía que no era así,

[259] Las características originarias de la cuestura no han sido aún bien definidas. Los *quaestores parricidii*, fuesen magistrados anuales o delegados accidentales, tenían una función judicial en tales causas criminales (parece que únicamente pronunciarse sobre la culpabilidad, pues la causa la llevaban los *duouiri perduellionis*). Desde muy pronto tuvieron también una función financiera (la custodia del erario), única que pasó a época posterior.

muchos le proponían acudir ante el juez a título particu-
lar[260]. Como no se atrevía a acudir a la justicia, todos 6
aquellos datos coincidentes hacían tan segura la condena
de Volscio como lo había sido la de Cesón con el testimo-
nio de Volscio. Los tribunos retrasaban el asunto, diciendo 7
que no permitirían que los cuestores reuniesen la asamblea
para el juicio si antes no se reunía para la ley. Se alargaron
así ambos temas hasta la llegada de los cónsules. Una vez 8
que éstos hicieron su entrada triunfal en Roma con su ejér-
cito victorioso, como no se hablaba de la ley, la mayoría de
la gente creía que los tribunos estaban desmoralizados,
pero éstos, dado que el año tocaba a su fin, se presentaron 9
candidatos al tribunado por cuarta vez, convirtiendo la
polémica acerca de la ley en discusión sobre las elecciones.
Y, a pesar de que los cónsules se opusieron a la continui-
dad del tribunado con tanto empeño como si se tratase de
una propuesta de ley encaminada a menoscabar su propia
dignidad, la victoria de aquel enfrentamiento estuvo de
parte de los tribunos.

Aquel mismo año presentaron los ecuos una petición de 10
paz y les fue concedida. Se llevó a término el censo comen-
zado el año anterior y fue, según dicen, el décimo cierre del
lustro desde la fundación de Roma. Se censaron ciento die-
cisiete mil trescientos diecinueve ciudadanos. Los cónsules 11
lograron aquel año una gran gloria política y militar, por-
que alumbraron la paz en el exterior, y en el interior hubo,
aunque no armonía, sí, al menos, menores enfrentamientos
ciudadanos que en otras ocasiones.

Los cónsules nombrados a continuación, Lucio Minu- 25
cio y Lucio Naucio[261], afrontaron las dos cuestiones que

[260] La iniciativa de la demanda correspondía a los particulares y no al ministerio público, incluso en una causa criminal.

[261] Según otra lectura, Gayo Naucio, que había sido cónsul el 475 a. C. (II, 52, 6).

2 quedaban pendientes del año anterior. Los cónsules obstaculizaban la ley de la misma manera que los tribunos el juicio de Volscio. Pero los nuevos cuestores tenían más
3 energía y mayor ascendiente: juntamente con Marco Valerio, hijo de Manio y nieto de Voleso, era cuestor Tito Quincio Capitolino, que había sido cónsul por tres veces; éste, ya que a la familia Quincia no le podía ser devuelto Cesón ni al Estado un joven sin igual, perseguía con una guerra justa y legítima el falso testigo que había dejado a
4 un inocente sin la posibilidad de defenderse. Entre los tribunos, Virginio era el que más se ocupaba de la proposición de ley, y se les concedió a los cónsules un plazo de dos meses para que estudiaran el proyecto, de forma que, cuando hubiesen mostrado al pueblo qué trampas llevaba encubiertas, dejasen que se votase. La concesión de este plazo logró que la tranquilidad reinara en Roma.

5 Pero los ecuos no permitieron una calma duradera: rompiendo el tratado que había sido concluido el año anterior con los romanos, entregan el mando a Graco Clelio, que era entonces la persona más sobresaliente, con mucho,
6 en su país. A las órdenes de Graco se dirigen al territorio de Labicos y, después, al de Túsculo saqueándolos como enemigos, y cargados de botín acampan en el Álgido. A este campamento acuden Quinto Fabio, Publio Volumnio y Aulo Postumio emisarios de Roma para quejarse de los
7 daños y reclamar, en razón del tratado, los bienes. El general de los ecuos les dice que los encargos que traigan del senado romano se lo comuniquen a una encina, que él entretanto tiene otras cosas que hacer. La encina era un árbol enorme que dominaba el pretorio, y su sombra oscu-
8 recía el lugar de su asiento. Entonces, uno de los emisarios dijo al marchar: «Que esta encina sagrada[262] y cuantos dio-

[262] Infiérase: Júpiter.

ses hay se enteren de que el tratado ha sido roto por vosotros y que se pongan de parte de nuestras quejas ahora, de nuestras armas después, cuando castiguemos la violación de los derechos de los dioses y, a la vez, de los hombres.»
Cuando la legación regresó a Roma, el senado dispuso que 9
uno de los cónsules llevase su ejército contra Graco al Álgido y, al otro, le encomendó la misión de saquear el territorio de los ecuos. Los tribunos, según su costumbre, se oponían al reclutamiento y, tal vez, se hubieran opuesto hasta el final, pero sobrevino súbitamente una nueva amenaza.

Una enorme cantidad de sabinos se llega casi hasta las 26
murallas de Roma saqueando duramente: los campos fueron arrasados, la ciudad presa de pánico. Entonces la plebe de buena gana tomó las armas; en medio de las protestas infructuosas de los tribunos se alistaron dos grandes ejércitos. Con uno marchó Naucio contra los sabinos y, después 2
de acampar junto a Ereto[263], a base de expediciones de poca monta, casi siempre de incursiones nocturnas, causó tal devastación en el territorio sabino, que en comparación con ella el territorio romano parecía no haber sido afectado apenas por la guerra. Minucio no tuvo la misma 3
suerte ni la misma energía en el cumplimiento de su misión; en efecto, después de acampar a corta distancia del enemigo, sin haber sufrido ningún revés de consideración permanecía lleno de miedo en el interior del campamento.
Al darse cuenta de ello el enemigo, el miedo del contrario 4
acrecentó, como suele ocurrir, su audacia y, después de atacar por la noche el campamento, como la lucha abierta le había dado poco resultado, al día siguiente lo rodean de fortificaciones. Antes de que éstas, levantadas todo alrede-

[263] Ashby localizó Ereto cerca de Casa Cotta, a poco más de 25 kilómetros de Roma.

dor de la empalizada, cerrasen todas las salidas, cinco jinetes que sortearon los puestos de guardia enemigos llevaron a Roma la noticia de que el cónsul y el ejército estaban
5 cercados. Nada pudo ocurrir más imprevisto ni más inesperado. Por eso el terror y el desconcierto fueron tan acusados como si el enemigo sitiase Roma y no el campamento.

Lucio Quincio Cincinato, dictador

6 Se hace venir al cónsul Naucio. Pero, como parecía que éste representaba una protección insuficiente y se decidió nombrar un dictador para restablecer la apurada situación, Lucio Quincio Cincinato fue nombrado por acuerdo unánime.

7 Merece la pena que presten atención los que menosprecian todo lo humano, a excepción de las riquezas, y creen que no hay cabida para un gran honor ni para el valor, a
8 no ser allí donde las riquezas corren a raudales. Lucio Quincio, única esperanza del imperio del pueblo romano, cultivaba al otro lado del Tíber, justo enfrente del lugar donde ahora están las atarazanas, un campo de cuatro yugadas[264] llamado en la actualidad «Prado de Quincio».
9 Allí estaba cavando un hoyo hincando con todas sus fuerzas la azada o bien arando; lo cierto —de eso no hay duda— es que estaba atareado en una faena agrícola; una delegación, después del intercambio de saludos, le rogó que, para bien suyo y del Estado, vistiese la toga[265] para escuchar las instrucciones del senado. Sorprendido, pregunta varias veces: «¿Ocurre algo grave?», y manda a su esposa Racilia que traiga enseguida la toga de su choza.
10 Tan pronto como se acercó vestido con ella después de limpiarse el polvo y el sudor, los legados lo saludan como

264 La yugada era una medida agraria de unas 25 áreas: un rectángulo de 240 por 120 pies.

265 Como indumentaria oficial romana. Pasaje puramente legendario el de Cincinato.

dictador felicitándolo, le dicen que vaya a la ciudad, y lo informan del pánico que reina en el ejército. Por mandato 11
oficial había una embarcación a disposición de Quincio y, después de cruzar al otro lado, lo reciben sus tres hijos que habían salido a su encuentro, luego otros allegados y amigos y, por fin, los senadores en su mayoría. Rodeado por toda aquella concurrencia, precedido por los lictores, fue acompañado hasta su casa. Hubo también una enorme 12
afluencia de plebeyos, pero éstos no experimentaron en absoluto tanta alegría al ver a Quincio, pues consideraban excesivo el poder dictatorial y a aquel hombre lo consideraban más riguroso aún que la propia forma de poder. Durante aquella noche hubo en Roma un servicio de guardia sin más.

Al día siguiente el dictador, después de acudir al foro 27
antes del amanecer, nombra jefe de la caballería a Lucio Tarquicio, de ascendencia patricia, que había servido en infantería a causa de su carencia de recursos, pero que, no obstante, era considerado el mejor combatiente, con mucho, de la juventud romana. Acompañado por el jefe de 2
la caballería acude a la asamblea, proclama la clausura de los tribunales, ordena que se cierren las tiendas en toda la ciudad, prohibe que nadie realice negocio privado alguno; ordenó que los que estuviesen en edad militar se presenta- 3
sen en el Campo de Marte antes de la puesta del sol armados, con alimentos cocidos para cinco días y con doce estacas[266]; que los que ya no estaban en edad militar cociesen 4
los alimentos del vecino mientras éste preparaba las armas e iba a buscar las estacas. Corren los jóvenes a buscar las 5
estacas: las cogieron donde cada cual tenía más a mano; a

266 Cantidad difícil de creer, desde luego muy superior al número de estacas que formaban parte del equipo regular de un soldado destinadas a la empalizada del campamento.

nadie se le pusieron inconvenientes; todos se presentaron
6 prontamente de acuerdo con las órdenes del dictador. A con-
tinuación, formadas las tropas en orden de combate, tanto
como de marcha, por si las circunstancias así lo exigían, el
propio dictador se pone a la cabeza de las legiones y el jefe
de la caballería a la cabeza de sus jinetes. En ambos cuer-
pos se hacían las recomendaciones que las propias circuns-
7 tancias requerían: que alargasen el paso, que había que
darse prisa para poder llegar hasta el enemigo por la
noche; que el cónsul y el ejército romano estaban sitiados,
que era ya el tercer día de su cerco; que no se sabía lo que
podía suponer cada noche o cada día, que a menudo en un
instante cambia el curso de los acontecimientos más impor-
8 tantes. «Date prisa, abanderado», «sígueme, soldado», se
gritaban también unos a otros, complaciendo a sus jefes.
A media noche llegan al Álgido y, al saber que están ya
cerca del enemigo, hacen alto.

28 Entonces el dictador dio una vuelta a caballo e inspec-
cionó, en la medida en que la noche ofrecía visibilidad, las
dimensiones y la forma del campamento y, después, ordenó
a los tribunos militares que reuniesen en un montón los
bagajes y que los soldados, con sus armas y estacas, volvie-
2 sen a formar filas. Se cumplieron sus órdenes. Entonces, en
el orden en que habían realizado la marcha, despliega todo
el ejército en una larga línea en torno al campamento ene-
migo y ordena que, cuando se dé la señal, todos a la vez
lancen el grito de guerra; dado el grito, que cada uno cave
3 una trinchera delante de sí y levante una estacada. Trans-
mitida la orden, siguió la señal. Los soldados cumplen lo
dispuesto; el grito de guerra resuena en torno al enemigo,
sobrepasa su campamento y llega hasta el campamento del
cónsul, provocando en unos pánico y en los otros una
4 enorme alegría. Los romanos se dicen unos a otros, felici-
tándose, que es el grito de sus compatriotas y que ha lle-

gado la ayuda, y ellos mismos desde los puestos de guardia
y de centinela meten miedo al enemigo. El cónsul dice que 5
no hay tiempo que perder, que aquel grito significa no sólo
la llegada, sino el comienzo de la acción por parte de los
suyos, y que raro sería que no estuvieran ya atacando la
parte exterior del campamento enemigo. Por consiguiente,
manda que sus hombres empuñen las armas y lo sigan. En 6
plena noche entablaron combate; con su grito dan a enten-
der al dictador que también desde aquel lado la situación
había llegado al momento decisivo. Los ecuos se disponían 7
ya a impedir los trabajos de cerco cuando sus enemigos
sitiados iniciaron el ataque; para impedirles abrirse paso a
través de su campamento, se volvieron hacia los que ataca-
ban desde el interior, desentendiéndose de los que trabaja-
ban y dejándoles la noche libre para sus tareas, y combatie-
ron con el cónsul hasta el amanecer. Al rayar el alba, esta- 8
ban ya cercados por la empalizada del dictador y a duras
penas podían sostener la lucha contra un solo ejército.
Entonces el ejército de Quincio, que nada más terminar los
trabajos volvió a tomar las armas, ataca su atrinchera-
miento. Por un lado apremiaba un ataque nuevo, por el
otro el ataque primero no había remitido lo más mínimo.
Acosados, entonces, por la doble amenaza, los ecuos pasa- 9
ron de la lucha a las súplicas rogando tanto al dictador
como al cónsul que no cifrasen la victoria en la masacre,
que les dejasen marchar desarmados. El cónsul les indicó
que se dirigieran al dictador; éste, lleno de hostilidad, quiso
además deshonrarlos: manda que le traigan encadenados a 10
su general Graco Clelio y a los mandos superiores restantes
y que le entreguen la plaza de Corbión; que él no tiene
necesidad de la sangre de los ecuos, que pueden marchar;
pero para arrancarles la confesión de que su pueblo ha sido
sometido y dominado, que marcharán pasando bajo el
yugo. Se forma un yugo con las tres lanzas, dos clavadas 11

en tierra y una horizontal atada sobre ellas. Bajo este yugo
hizo pasar el dictador a los ecuos.
29 Dueño de su campamento, en el que abundaban toda
clase de efectos —pues los había despedido sin armas ni
bagajes—, entregó todo el botín exclusivamente a sus sol-
dados; al ejército consular y al propio cónsul los increpó
2 diciendo: «No tendréis parte, soldados, en el botín proce-
dente de un enemigo del que estuvisteis a punto de ser
presa vosotros. Y tú, Lucio Minucio, hasta que comiences
a tener el coraje de un cónsul, estarás al frente de estas
3 legiones como legado.» Dimite, pues, Minucio del consu-
lado y permanece en el ejército recibiendo órdenes. Pero,
por entonces, los ánimos se mostraban tan sumisamente
obedientes con un buen mando, que aquel ejército,
teniendo más presentes los servicios prestados que las
afrentas, dio su voto a una corona de oro de una libra de
peso para el dictador y, al marchar, lo saludó con el título
4 de Protector. En Roma el senado, reunido por el prefecto
de la ciudad Quinto Fabio, dispuso que Quincio entrase
triunfalmente en la ciudad con las tropas en columna tal
como venían. Desfilaron delante de su carro los jefes ene-
migos, precedidos por sus enseñas militares; detrás el ejér-
5 cito cargado con el botín. Dicen que había un festín prepa-
rado delante de cada casa y que los comensales, entonando
el canto de triunfo con las chanzas rituales, a modo de ale-
6 gre cortejo marchaban detrás del carro. Aquel día se le
concedió a Lucio Mamilio de Túsculo el derecho de ciuda-
danía con general aprobación. El dictador hubiera dejado
el cargo de inmediato, de no haberle retenido los comicios
para juzgar a Marco Volscio por falso testimonio. El
miedo al dictador impidió que los tribunos pusieran trabas;
7 Volscio fue condenado y se exilió en Lanuvio. Quincio
abandonó, al cabo de dieciséis días, la dictadura que había
recibido por seis meses.

Durante aquellos días el cónsul Naucio consigue una
brillante victoria sobre los sabinos en Ereto, desastre éste
que vino a sumárseles, a los sabinos, a la devastación de su
territorio. Fabio fue enviado al Álgido para reemplazar a
Minucio. A últimos de año los tribunos movieron la pro- 8
posición de ley; pero, como estaban fuera dos ejércitos, los
senadores consiguieron que no hubiese ningún debate
público; la plebe logró reelegir por quinta vez a los mismos
tribunos. Dicen que fueron vistos en el Capitolio lobos a 9
los que hicieron huir los perros y que, debido a tal prodi-
gio, se purificó el Capitolio. Éstos fueron los acontecimien-
tos de aquel año.

Guerra con ecuos y sabinos. Número de tribunos elevado a diez. Tensiones por la ley. El hambre y la peste

Los cónsules siguientes son Quinto 30
Minucio y Marco Horacio Pulvilo. A
principios de este año, mientras en el
exterior reinaba la tranquilidad, en el
interior creaban conflictos los mismos
tribunos y la misma proposición de ley;
las cosas hubiesen ido más lejos, excita- 2
dos como estaban los ánimos, de no ser porque, como
hecho a propósito, se anunció que, en un ataque nocturno
de los ecuos, se había perdido la guarnición de Corbión.
Los cónsules convocan al senado; reciben instrucciones de 3
alistar un ejército a toda prisa y marchar hacia el Álgido.
Dejando, entonces, a un lado la discusión de la ley, se ori-
gina un nuevo enfrentamiento a propósito del llamamiento
a filas; la autoridad consular estaba a punto de ser domi- 4
nada por el derecho de intervención de los tribunos,
cuando sobreviene una nueva amenaza: un ejército sabino
había bajado a saquear los campos romanos y de allí se
dirigía a Roma. El miedo a este peligro impulsó a los tri- 5
bunos a permitir el alistamiento de tropas, no sin haber
puesto como condición, sin embargo, que, dado que ellos
habían sido burlados durante cinco años y constituían una

protección escasa para la plebe, se creasen en adelante diez
6 tribunos de la plebe. La necesidad arrancó esta concesión a los patricios, poniendo únicamente una restricción: que no volviesen a ver a los mismos tribunos. Los comicios para elegir tribunos se celebraron de inmediato, para evitar que también aquel acuerdo, como los demás, quedara sin efecto
7 después de la guerra. Treinta y seis años después de la creación del tribunado fue elevado a diez su número[267], dos por cada clase, y se tomaron medidas para que las elecciones futuras tuviesen las mismas características.
8 Hechas a continuación las levas, Minucio marchó contra los sabinos y no encontró al enemigo. Horacio, como los ecuos, después de dar muerte a la guarnición de Corbión, habían tomado ya también Ortona, libra batalla en el Álgido; da muerte a muchos hombres; hace huir al enemigo no sólo del Álgido sino de Corbión y de Ortona. Además destruye Corbión por haber vendido a la guarnición.

31 Seguidamente fueron nombrados cónsules Marco Valerio y Espurio Virginio. Hubo tranquilidad en el interior y en el exterior; hubo dificultades con el abastecimiento de víveres a causa de las excesivas lluvias. Se promulgó una
2 ley disponiendo el reparto del Aventino[268]. Como tribunos de la plebe fueron reelegidos los mismos.

Éstos, al año siguiente, durante el consulado de Tito Romilio y Gayo Veturio, cantaban las excelencias del pro-

[267] El año 471 el número de tribunos pasó de dos a cuatro, asociados a las cuatro tribus urbanas. Pasaron a diez cuando el tribunado entró en la constitución romana, cambio que no debió de ocurrir antes del decenvirato.

[268] El Aventino se extendía fuera de las murallas y del pomerio y antes de mediados del siglo V estaba escasamente poblado. Se fue configurando como colina plebeya por excelencia, por razones de su poblamiento, y por razones políticas como base de ocupación «militar».

yecto de ley en todos sus discursos, diciendo que era una vergüenza para ellos el que se hubiera aumentado su número para nada, si el asunto quedaba durante los dos años de su cargo tan estancado como lo había estado a lo largo de los cinco años precedentes. Cuando mayor activi- 3
dad estaban desplegando en esta campaña, llegan temblorosos unos mensajeros de Túsculo a comunicar que los ecuos se encuentran en su territorio. Debido al reciente servicio prestado por aquel pueblo, dio reparo demorar la ayuda. Los dos cónsules, enviados con un ejército, encuentran al enemigo en su asentamiento habitual, el Álgido. Allí se desarrolló el combate. Más de siete mil enemigos 4
fueron muertos, los demás puestos en fuga; se consiguió un botín enorme. Los cónsules lo vendieron, debido a la escasez de recursos del erario. Sin embargo, esta medida fue mal vista por el ejército, y proporcionó a los tribunos una base para acusar a los cónsules ante la plebe.

Como consecuencia de ello, cuando abandonaron el 5
cargo, siendo cónsules Espurio Tarpeyo y Aulo Aternio, fueron demandados Romilio por Gayo Calvio Cicerón, tribuno de la plebe, y Veturio por Lucio Alieno, edil de la plebe. Ambos fueron condenados, con gran indignación de 6
los patricios: Romilio a una multa de diez mil ases y Veturio de quince mil. Pero este grave percance de los cónsules precedentes no aminoró la actividad de los nuevos. Se les podía condenar también a ellos, decían, pero ni la plebe ni los tribunos podrían hacer votar la ley. Abandonando 7
entonces la ley cuyo texto expuesto al público se había hecho viejo, los tribunos hicieron a los patricios una propuesta más moderada: que pusiesen por fin término a los enfrentamientos; ya que las leyes propuestas por la plebe no eran de su agrado, al menos que consintiesen en la creación en común de unos legisladores, tanto plebeyos como patricios, para que redactasen leyes útiles para ambos

estamentos y que sirviesen para asegurar a unos y otros el
8 mismo grado de libertad. Los patricios no desdeñaban la
propuesta, pero decían que no podría dictar leyes nadie
que no fuese patricio. Al haber acuerdo en cuanto a las
leyes y discrepancia únicamente en lo referente al legislador, se envió a Atenas una legación[269] integrada por Espurio Postumio Albo, Aulo Manlio y Publio Sulpicio Camerino, y se les encargó que copiasen las famosas leyes de Solón y tomasen conocimiento de las instituciones, costumbres y leyes de otras ciudades de Grecia.

32 Fue aquél un año tranquilo en cuanto a guerras del
exterior, y más tranquilo aún el siguiente, en que fueron
cónsules Publio Curiacio y Sexto Quintilio, con un silencio
permanente por parte de los tribunos, propiciado, en primer lugar, porque se estaba a la expectativa de la legación
2 que había ido a Atenas y de las leyes extranjeras y, en
segundo lugar, porque sobrevinieron simultáneamente dos
tremendas calamidades, el hambre y la peste, funestas para
las personas y para el ganado. El campo quedó despoblado, la ciudad se vació por las ininterrumpidas muertes;
3 muchas e ilustres familias estuvieron de luto. El *flamen* de
Quirino, Servio Cornelio, murió, y también el augur Gayo
Horacio Pulvilo, en sustitución del cual los augures eligieron a Gayo Veturio con gran contento, porque había sido
4 condenado por la plebe. Murió el cónsul Quintilio, y cuatro tribunos de la plebe. Fue un año ensombrecido por
múltiples desastres; por parte del enemigo hubo tranquilidad.
5 Después fueron cónsules Gayo Menenio y Publio Sestio
Capitolino. Tampoco aquel año hubo guerra exterior
6 alguna, pero en el interior estallaron los conflictos. Había
vuelto ya la legación con las leyes áticas. Por ello, los tribunos presionaban con mayor insistencia para que se diese

[269] Esta embajada a Atenas es de historicidad muy discutible.

comienzo, por fin, a la redacción de las leyes. Se decreta la
creación de un decenvirato cuyas decisiones serían inapelables, y que durante aquel año no hubiese ningún otro
magistrado. Se discutió durante algún tiempo si serían 7
integrantes también los plebeyos; al fin se dejó en manos de
los patricios, con la condición de que la ley Icilia referente
al Aventino y las demás leyes sagradas no fuesen
abrogadas.

El decenvirato. Los felices inicios del decenvirato. La ley de las Doce Tablas

El año 302 de la fundación de Roma[270] 33
se cambió de nuevo la constitución,
pasando el poder de los cónsules a los
decénviros, lo mismo que anteriormente
había pasado de los reyes a los cónsules.
Fue éste un cambio menos notable, porque no fue dura- 2
dero. Y es que los felices comienzos de esta magistratura
desembocaron en excesos abusivos que aceleraron su caída
y se volvió a confiar a dos magistrados el nombre y los
poderes de cónsules.

Fueron nombrados decénviros Apio Claudio, Tito 3
Genucio, Publio Sestio, Lucio Veturio, Gayo Julio, Aulo
Manlio, Publio Sulpicio, Publio Curiacio, Tito Romilio y
Espurio Postumio. A Claudio y Genucio, dado que habían 4
sido designados cónsules para aquel año, se les compensó
cargo con cargo, y a Sestio, uno de los cónsules salientes,
se lo nombró porque había propuesto aquella medida al
senado a pesar de la oposición de su colega. Después de 5
éstos, se nombró a los tres comisionados que habían ido a
Atenas, para que este honor les sirviese de recompensa por
una misión que los había llevado tan lejos y, a la vez, por

[270] Téngase en cuenta que en Livio se entrecruzan dos cronologías, una cuando hace referencia explícita a un hecho, muy próxima a la varroniana, y otra, la epónima, más corta.

estimar que sus conocimientos en leyes extranjeras serían
6 de utilidad en la redacción del nuevo cuerpo legal. Los
demás fueron para completar el número; se dice también
que los elegidos en último lugar fueron personas de edad y
ponderación, con el fin de que presentasen una oposición
7 menos encarnizada a los planteamientos de los otros. La
presidencia de todo el colegio la tenía Apio por contar con
el favor de la plebe: se había investido de una actitud tan
nueva que se había vuelto repentinamente un demagogo al
acecho del menor soplo de popularidad, en lugar del temi-
8 ble y cruel perseguidor de la plebe. Cada diez días adminis-
traba justicia al pueblo uno de ellos. Ese día el que tenía la
justicia a su cargo llevaba los doce fasces; sus nueve colegas
tenían a su servicio un solo subalterno cada uno. Había
entre ellos un entendimiento sin igual; semejante acuerdo
que hubiera podido resultar a veces perjudicial para los
particulares, era una equidad perfecta para con los demás.
9 Bastará reseñar un único ejemplo, para dar idea de su
moderación: se les había concedido un poder contra el cual
no cabía apelación; pues bien, se desenterró un cadáver en
casa de Publio Sestio, varón de familia patricia, y fue des-
10 cubierto y llevado ante la asamblea del pueblo; se trataba
de un delito a la vez manifiesto y atroz; el decénviro Gayo
Julio demandó a Sestio y se constituyó en acusador ante el
pueblo de un delito que según la ley debía juzgar, y cedió al
pueblo sus derechos para incrementar la libertad pública a
expensas del poder de su magistratura.

34 Mientras administraban así presta justicia, tan pura
como emanada de un oráculo, por igual a grandes y
pequeños, se dedicaban activamente a la redacción de las
leyes. En medio de una enorme expectación expusieron en
2 público las diez tablas, convocaron al pueblo a asamblea y,
deseando que fuese para bien, prosperidad y felicidad del
Estado, de ellos mismos y de sus hijos, lo invitaron a ir a

leer los textos legales que se le presentaban; que ellos, en la 3
medida en que la capacidad de diez hombres podía
lograrlo, habían equiparado los derechos de todos, grandes
y pequeños, pero que más valía la capacidad y la sabiduría
de una multitud; que cada uno en particular sopesase cada 4
disposición, después la discutiesen en sus conversaciones y,
finalmente, pusiesen en común lo que en cada norma había
que quitar o añadir: el pueblo romano iba a tener las leyes 5
que el acuerdo de todos se podría decir que no sólo había
sancionado, sino propuesto.

Cuando pareció que en las leyes se habían introducido 6
suficientes enmiendas de acuerdo con las opiniones que se
habían emitido sobre cada capítulo de ellas, los comicios
por centurias aprobaron las leyes de las Diez Tablas que,
incluso en la actualidad, en medio de este inmenso con-
glomerado de leyes acumuladas unas sobre otras, constitu-
yen la fuente de todo el derecho público y privado.

Se difunde, a continuación, el rumor de que faltan dos 7
tablas, cuya incorporación podría completar aquella espe-
cie de cuerpo de todo el derecho romano. Esta expectativa,
en la proximidad de la fecha de los comicios, hizo nacer el
deseo de nombrar decénviros por segunda vez. Además, la 8
plebe, aparte de que el nombre de cónsul le resultaba tan
aborrecible como el de rey, no echaba de menos ni siquiera
la protección de los tribunos, toda vez que los decénviros
cedían ante la apelación unos en favor de otros.

Pero, cuando los comicios para la elección de decénvi- 35
ros fueron fijados para el tercer mercado[271], se enardeció 2
de tal manera la acción de los candidatos, que incluso los
personajes más relevantes de la ciudad —por temor, sin
duda, a que la posesión de un poder tan grande fuese acce-

[271] Plazo que media entre la proclamación de la votación y la fecha de la asamblea para votar. El mercado se celebraba cada ocho días.

sible, si ellos dejaban el campo libre, a personas poco
dignas— saludaban al público, suplicando humildemente el
cargo, al que se habían opuesto con todas sus fuerzas, a
aquella misma plebe con la cual habían estado enfrentados.
3 La puesta en cuestión de su dignidad, a sus años y después
de los cargos que había desempeñado, servía de acicate a
Apio Claudio. No se sabría si contarlo entre los decénviros
4 o entre los candidatos; a veces daba más la impresión de
aspirar a tal magistratura, que de estar ejerciéndola. Des-
acreditaba a los nobles, ensalzaba a todos los candidatos
5 de menos peso y más oscuros; él mismo, en medio de extri-
bunos, de Duilios e Icilios, andaba dando vueltas por el
foro: sirviéndose de ellos trataba de congraciarse con la
plebe, hasta que sus propios colegas, que hasta entonces
habían estado entregados a él sin reservas, fijaron sus ojos
6 en él preguntándose sorprendidos qué pretendía. Les pare-
cía claro que no era nada confesable; que, sin duda alguna,
había un motivo para que un orgullo semejante se volviera
la afabilidad misma; que aquel afán desmedido por degra-
darse a sí mismo y hacer buenas migas con los particulares
no era tan propio de quien va a dejar enseguida un cargo,
como de quien busca un camino para la continuidad en el
7 mismo. Faltos de decisión para oponerse abiertamente a su
ambición, tratan de moderar sus ímpetus llevándole la
corriente. Por unanimidad lo encargan de presidir los
8 comicios, dado que es el de menor edad. Era una hábil
maniobra encaminada a que no pudiese nombrarse a sí
mismo, cosa que nunca nadie había hecho salvo los tribu-
nos de la plebe —e, incluso en este caso, sentando un pre-
cedente lamentable—. Sin embargo, él, después de manifes-
tar que para bien de todos presidiría los comicios, tomó el
9 obstáculo como una oportunidad; después de excluir por
coalición fraudulenta a los dos Quincios, Capitolino y Cin-
cinato, a su tío paterno Gayo Claudio, el más firme defen-

sor de la causa de los nobles, y a otros ciudadanos del
mismo rango, hace elegir decénviros a hombres que esta-
ban muy lejos de tener una trayectoria vital tan brillante, y 10
en primer lugar a sí mismo, acción que los buenos ciuda-
danos reprobaban tanto más cuanto que nadie le había
creído capaz de la misma. Juntamente con él fueron ele- 11
gido Marco Cornelio Maluginense, Marco Sergio, Lucio
Minucio, Quinto Fabio Vibulano, Quinto Petelio, Tito
Antonio Merenda, Cesón Duilio, Espurio Opio Córnicen y
Manio Rabuleyo [272].

El segundo colegio de decénviros: giro hacia la tiranía

Desde entonces, Apio dejó de llevar la 36
máscara de un personaje que no era el
suyo. Comenzó de inmediato a vivir se-
gún su verdadera manera de ser, y a
amoldar a su propio carácter a sus nue-
vos colegas, antes incluso de entrar en funciones de su
magistratura. Todos los días se reunían sin testigos; desde 2
entonces, haciendo provisión de proyectos desenfrenados,
que cocinaban en secreto, sin disimular ya su arrogancia,
difíciles de abordar, poco tratables para sus interlocutores,
se mantuvieron así hasta el 15 de mayo.

El 15 de mayo era, a la sazón, la fecha consagrada para 3
la entrada en funciones de los magistrados. Posesionados,
pues, de su cargo, el primer día que lo desempeñaron lo
señalaron con una manifestación aterradora, ya que,
siendo así que los decénviros precedentes habían mante-
nido la norma de que uno solo llevara los fasces y que este
distintivo regio fuese rotando por todos por turno, de
pronto aparecieron todos en público con los doce fasces.
Ciento veinte lictores llenaban el foro y llevaban las hachas 4

[272] El primer colegio decenviral era consular y patricio. El segundo, que Ogilvie considera una elaboración llevada a cabo a finales del siglo III a. C., incluye a cinco plebeyos (los cinco últimos de la lista) y sólo tres consulares (Claudio, Minucio y Fabio).

atadas a los fasces; lo explicaban diciendo que no procedía que se suprimiesen las hachas, dado que se les había confe-
5 rido una autoridad inapelable. Presentaban el aspecto de diez reyes, y se vio multiplicado el miedo no sólo de los humildes sino de los patricios más encumbrados, ante la idea de que andaban buscando un pretexto para comenzar la matanza, de suerte que si alguien decía una palabra alusiva a la libertad en el senado o ante el pueblo, se aprestarían inmediatamente las varas y las hachas para atemori-
6 zar, de paso, a todos los demás. Pues, aparte de que en el pueblo no había defensa alguna al haber sido suprimida la apelación, de común acuerdo habían derogado también la intercesión, mientras que los decénviros precedentes habían permitido que sus sentencias fuesen modificadas por vía de apelación a un colega, y habían remitido al pueblo algunos
7 asuntos que pedían parecer de su competencia. Durante algún tiempo, el terror fue igual para todo el mundo; poco a poco, fue recayendo por completo en la plebe: con los patricios no se metían, contra los humildes tomaban medidas crueles y a capricho. Para ellos contaba solamente la persona, no la causa, como era natural en quienes el favor
8 ocupaba el lugar de la justicia. Las sentencias las amañaban en su casa, las dictaban en el foro. Si alguien apelaba a uno de sus colegas, cuando volvía de hacerlo venía arre-
9 pentido de no haberse atenido a la primera sentencia. Circulaba incluso un rumor anónimo según el cual no sólo se habían concertado para sus desafueros de entonces, sino que entre ellos se había establecido bajo juramento un pacto secreto para no celebrar elecciones y, una vez obtenido el poder, mantenerlo mediante un decenvirato sin límite de tiempo.

37 Observaban, entonces, los plebeyos la expresión de los patricios y esperaban un soplo de libertad de aquellos por temor a cuya opresión habían llevado al Estado a una

situación semejante. Los patricios más notables odiaban a 2
los decénviros y odiaban a la plebe; no aprobaban lo que se le hacía, pero estaban convencidos de que se había merecido lo que le ocurría; no querían ayudar a quienes, en su ansia de correr hacia la libertad, habían caído en la esclavitud; que fuesen acumulando injusticias, para que, cuando 3
estuviesen hartos de la situación presente, echasen de menos a los dos cónsules y el antiguo estado de cosas. Había transcurrido ya la mayor parte del año y se habían 4
añadido dos tablas de leyes a las diez tablas del año anterior, y no había ya razón alguna, si se votaban también aquellas leyes en los comicios por centurias, por la cual el Estado tuviese necesidad de aquella magistratura. Se espe- 5
raba que se convocasen cuanto antes los comicios para la elección de cónsules; había únicamente una cuestión que preocupaba a la plebe: cómo restablecer el poder tribunicio, baluarte de la libertad, tras su interrupción; pero, 6
entretanto, no se hacía mención alguna a los comicios. Y los decénviros, que, en un principio, se habían exhibido ante la plebe rodeados de antiguos tribunos porque esto les daba un aire de popularidad, se hacían escoltar por jóvenes patricios: éstos cercaban en caterva sus tribunales; éstos 7
robaban a la plebe y entraban a saco en sus bienes, pues la fortuna estaba del lado de quien tenía el poder, fuesen cuales fueran sus caprichos. Ya ni siquiera se detenían ante los 8
castigos corporales: unos eran azotados, otros decapitados; y para que no fuese una crueldad sin provecho, el reparto de los bienes venía detrás del castigo de su dueño. Los jóvenes de la nobleza, corrompidos a este precio, no sólo no se enfrentaban a la injusticia, sino que preferían abiertamente la permisividad de que gozaban a la libertad pública.

Llegó el 15 de mayo. Sin haber sido designado ningún 38
magistrado para sucederlos, los decénviros, que eran sim-

ples particulares, sin disminuir su arrogancia en el ejercicio del poder ni los distintivos que representaban externamente su cargo, se presentan en público. Esto significaba, sin
2 duda alguna, la tiranía. Se da por perdida para siempre la libertad: ni hay libertador alguno ni parece que vaya a haberlo. No era sólo que los propios romanos estuvieran desmoralizados, sino que comenzaban a despreciarlos los pueblos limítrofes, que se indignaban de que la hegemonía
3 estuviese donde no existía libertad. Un gran contingente de sabinos hizo una incursión en territorio romano y extendió el pillaje. Después de llevarse impunemente un botín de hombres y animales, se retira a Ereto la columna que había campado por todas partes y asienta el campamento, cifrando sus esperanzas en la discordia de Roma, discordia
4 que impediría el reclutamiento de tropas. No sólo los mensajeros, sino los campesinos que llegaban huyendo a través de la ciudad hicieron cundir la alarma. Los decénviros deliberan acerca de las medidas que es necesario tomar, aislados en medio de la hostilidad de patricios y plebe. La
5 suerte viene a añadir un nuevo motivo de temor: los ecuos, desde otro lado, acampan en el Álgido y, desde allí, a base de incursiones saquean el territorio de Túsculo; unos emisarios enviados desde Túsculo a pedir ayuda traen la noti-
6 cia. El miedo consiguiente obligó a los decénviros a consultar al senado, al estar Roma cogida entre dos guerras simultáneas. Hacen llamar a los senadores a la curia, bien a sabiendas de la tormenta de odio que se les viene encima:
7 cargarían sobre ellos la responsabilidad toda de la devastación de los campos y de todos los peligros que amenazaban; aquello iba a suponer un intento de derrocar su magistratura, a no ser que se pusiesen de acuerdo para resistir e, imponiendo enérgicamente su autoridad sobre unos cuantos especialmente exaltados, sofocasen las tenta-
8 tivas de los demás. Cuando se oyó en el foro la voz del

Los decénviros en aprietos: ataques de sabinos y ecuos, absentismo y ataques por parte del senado

pregonero llamando a la curia a los senadores a presencia de los decénviros, el hecho casi insólito, porque habían interrumpido desde largo tiempo atrás la costumbre de consultar al senado, hizo que la plebe se preguntase extrañada qué habría ocurrido para que volviesen a una práctica que había estado en desuso tan largo tiempo;
habría que estar agradecidos al enemigo y a la guerra, por- 9
que se hacía algo que era habitual cuando el Estado era libre. Se busca con la vista a los senadores por todos los rincones del foro, y raro es descubrir a alguno en algún
sitio; se mira, después, a la curia y se ve el espacio vacío en 10
torno a los decénviros; el hecho de que los senadores no acudiesen lo explicaban los propios decénviros por la oposición concertada contra su autoridad, y la plebe porque unos particulares no estaban facultados para convocar el senado: ya hay un punto de partida para los que querían volver a la libertad, si la plebe se pone al lado de los senadores y, lo mismo que éstos después de ser convocados no
acuden al senado, la plebe se niega a ser movilizada. Éstos 11
son los comentarios de la plebe. Casi ningún senador había en el foro, muy pocos en la ciudad: indignados por la situación, se habían retirado a sus tierras y se ocupaban de sus propios asuntos a falta de los públicos, considerando que estaban lejos de la injusticia en la medida en que se apartasen de la compañía y el contacto con sus despóticos
amos. Como no respondían a la convocatoria, se enviaron 12
a sus casas alguaciles a exigir prendas y, a la vez, averiguar si se trataba de una negativa premeditada; vuelven diciendo que el senado está en el campo. A los decénviros esto les parecío mejor que si les dijesen que estaban presentes, pero
no reconocían su autoridad. Mandan que se les vaya a bus- 13
car a todos, y fijan la sesión para el día siguiente. La asis-

tencia fue bastante más numerosa de lo que ellos mismos esperaban. Esta circunstancia hizo pensar a la plebe que la libertad había sido traicionada por los senadores, porque habían obedecido como si tuvieran fuerza legal para reunirlos quienes habían cesado en su cargo y, de no mediar la violencia, eran simples particulares.

39 Pero fueron más dóciles en acudir a la curia que tími-
2 dos en exponer sus pareceres, según nuestros datos. Se recuerda que Lucio Valerio Potito, después del informe de Apio Claudio y antes del debate regular, pidió que se le autorizase para hablar acerca de la situación política [273]; al impedírselo los decénviros en tono amenazador, anunció
3 que se dirigiría a la plebe y originó un tumulto. Con no menor energía, Marco Horacio Barbato tomó parte en la polémica llamándoles «los diez Tarquinios» y recordando que los Valerios y los Horacios habían ido a la cabeza en la
4 expulsión de los reyes, que las gentes en aquella época no era el nombre de rey lo que aborrecían, pues con él se puede llamar a Júpiter [274], a Rómulo fundador de Roma y a los reyes siguientes, e incluso en las ceremonias religiosas ha sido conservado [275] como algo consagrado: era el despo-
5 tismo y la tiranía del rey lo que entonces se aborrecían; si esto resultó entonces intolerable en un rey, hijo de rey además [276], ¿quién lo iba a tolerar en tantos simples ciuda-
6 danos?; que anduviesen con ojo, no fuese a ser que, suprimiendo en la curia la libertad de palabra, obligasen a

[273] Cualquier senador podía proponer, como punto prioritario en una sesión del Senado, una moción de emergencia sobre la situación del Estado *(de republica)*.

[274] Aplicado a Júpiter, el de *rex* no era un título de culto, sino popular y/o poético.

[275] Referencia al *rex sacrorum;* ver II 2, 1.

[276] Oscuro el texto y su sentido. Según otra de las lecturas propuestas: «... rey, o hijo de rey...».

hablar fuera de la curia; que, además, no veía por qué él, un particular, iba a tener menos derecho a convocar al pueblo a asamblea que ellos a reunir al senado; que, 7
cuando quisiesen, comprobasen cuánto más fuerte es el sufrimiento en reivindicar la libertad que le corresponde que la ambición en dominar tiránicamente; ellos informan 8
sobre la guerra sabina, como si hubiera alguna guerra peor para el pueblo romano que la que sostiene con quienes, elegidos para legislar, no han dejado ni rastro de legalidad en la ciudad; quienes han suprimido las elecciones, las magistraturas anuales, la sucesión en el ejercicio del poder que es la única garantía de equitativa libertad; quienes, siendo unos simples particulares, tienen los fasces y el poder de los reyes; que, después de expulsados los reyes, 9
fueron magistrados los patricios, luego, a raíz de la secesión de la plebe, se crearon magistraturas plebeyas; pero a ellos les preguntaba a qué estamento pertenecían: ¿al pueblo?, porque ¿qué habían hecho por el pueblo?; ¿a la nobleza?, ¡hacía ya casi un año que no reunían al senado y ahora lo reunían de forma que le prohibían hablar de la situación política!; que no confiasen demasiado en el miedo 10
que se les tenía: a la población ya le parecían peores los males que padecía que los que temía.

Ante estos ataques a gritos de Horacio, como los 40
decénviros no veían la manera de reaccionar airadamente ni de pasarlo por alto, ni vislumbraban a dónde iría a parar la cosa, Gayo Claudio, que era tío del decénviro Apio, tuvo 2
una intervención más en tono de súplica que de polémica, pidiéndole por los manes de su hermano y padre que 3
tuviese más presentes los lazos de la sociedad en que había nacido que el pacto criminal que había hecho con sus colegas; que se lo pedía mucho más por su propio bien que por el del Estado, pues sin duda éste exigiría de ellos sus dere- 4
chos de grado o por la fuerza; pero que los enfrentamientos

violentos suscitaban por lo general violentas cóleras, ante
5 cuyas consecuencias se echaba a temblar. A pesar de que
los decénviros prohibían que se hablase de ninguna otra
cosa que no fuese la cuestión sometida a debate, tuvieron
reparos en interrumpir a Claudio. Logró, pues, que se
incluyese en el orden del día la propuesta de que se deci-
6 diese no dar ningún decreto del senado. Todos interpreta-
ban así que Claudio consideraba a los decénviros como
simples particulares, y muchos de los excónsules estuvieron
7 de acuerdo con sus palabras. Otra propuesta, más dura en
apariencia pero que tenía un alcance bastante más limi-
tado, invitaba a los patricios a reunirse para nombrar un
interrey. En efecto, emitiendo voto sobre cualquier asunto,
reconocían que eran magistrados los que presidían el
senado, declarados simples ciudadanos por quien había
8 propuesto que no se diese ningún decreto del senado. La
causa de los decénviros empezaba así a tambalearse,
cuando Lucio Cornelio Maluginense, hermano del decén-
viro Marco Cornelio y al cual se había reservado intencio-
nadamente para tomar la palabra en último lugar entre los
excónsules, aparentando preocupación por la guerra
9 defendía a su hermano y a los colegas de éste, diciendo que
no se explicaba a qué fatalidad se debía el que los ataques
contra los decénviros los lanzasen sólo o principalmente
10 quienes habían aspirado al decenvirato, ni por qué, durante
tantos meses en que la ciudad había estado tranquila, nadie
cuestionó la legitimidad de los magistrados que tenían la
autoridad suprema, y precisamente entonces, cuando los
enemigos estaban casi a las puertas, se sembraba la discor-
dia entre los ciudadanos; a no ser que pensasen que en la
confusión quedaría menos al descubierto qué era lo que
11 pretendían; que por otra parte, preocupados como están
los ánimos por problemas más serios, lo correcto es que se
evite prejuzgar un asunto tan importante: él propone que

lo que Valerio y Horacio han alegado, que los decénviros
han cesado en su cargo antes del 15 de mayo, se someta a
debate del senado, una vez finalizada la guerra inminente y
recuperada la tranquilidad pública; y que, desde este 12
momento, se vaya preparando Apio Claudio y que sepa
que deberá dar cuenta de los comicios que ha presidido
para la elección de decénviros siendo él mismo uno de los
decénviros, y de si han sido nombrados por un año o hasta
que se votasen las leyes que faltaban; que, por el momento, 13
él es partidario de que se deje a un lado todo excepto la
guerra: si se cree que los rumores extendidos acerca de ésta
son falsos y que no sólo los mensajeros, sino también los
legados de Túsculo han traído informes carentes de base,
propone que se envíen unos observadores que traigan datos
mejor comprobados; pero si se da crédito a mensajeros y 14
legados, que se lleve a cabo cuanto antes el reclutamiento y
que los decénviros lleven el ejército a donde les parezca, y
no se dé prioridad a ninguna otra cosa.

Los senadores más jóvenes estaban a punto de conse- 41
guir que se sometiese a votación esta propuesta. Pero se
levantaron de nuevo en contra con más energía Valerio y
Horacio, pidiendo a gritos que se permitiese hablar de la
situación política; que hablarían ante el pueblo si una fac-
ción no lo permitía en el senado, pues ni unos simples par-
ticulares podían impedírselo en la curia ni en la asamblea,
ni ellos iban a echarse atrás ante unos fasces imaginarios.
Entonces Apio, convencido de que, si no se hacía frente a 2
la violencia de aquéllos con una audacia igual, su autori-
dad estaba a punto de ser derrotada, dijo: «Será mejor no 3
opinar sino sobre el tema sometido a debate»; y mandó a
un lictor que se acercase a Valerio, que decía que un parti-
cular no le haría callar. Cuando ya Valerio imploraba la 4
ayuda de los ciudadanos desde el umbral de la curia, Lucio
Cornelio, abrazando a Apio y prestando un servicio no a

quien parecía, puso fin a la discusión; Cornelio consiguió
para Valerio permiso para decir lo que quisiera; como esta
libertad no fue más allá del uso de la palabra, los decénvi-
5 ros mantuvieron su propósito. Por su parte, los excónsules
y los senadores de más edad, por un poso de resentimiento
contra el poder tribunicio que creían que la plebe echaba
de menos mucho más intensamente que la autoridad consu-
lar, casi preferían que los propios decénviros abandonasen
más adelante el cargo voluntariamente, a que por odio
6 hacia ellos la plebe se levantase nuevamente: si la situación,
llevada con moderación y sin tumultos populares, abocaba
de nuevo en el consulado, las guerras que hubiese de por
medio o la moderación de los cónsules en el ejercicio de su
autoridad podrían llevar a la plebe a olvidarse de los tri-
bunos.
7 Se decretan, pues, levas sin que ningún senador diga
nada. Los mozos, por tratarse de un poder sin apelación,
responden al llamamiento. Una vez alistadas las legiones,
los decénviros acordaron entre ellos quiénes debían ir a la
8 guerra y tomar el mando de los ejércitos. Los decénviros
principales eran Quinto Fabio y Apio Claudio. Se preveía
una lucha de mayor consideración dentro que fuera. La
violencia de Apio les pareció más apropiada para reprimir
los motines de la ciudad; Fabio tenía una manera de ser
9 menos perseverante en el bien que activa en el mal (y es
que a este hombre, tiempo atrás distinguido en la política y
en la guerra, el decenvirato y sus colegas lo habían trans-
formado hasta el extremo de querer más parecerse a Apio
que a sí mismo): a éste le encomendaron la guerra sabina,
llevando como adjuntos a sus colegas Manio Rabuleyo y
10 Quinto Petelio. Marco Cornelio fue enviado al Álgido con
Lucio Minucio, Tito Antonio, Cesón Duilio y Marco Ser-
gio. Deciden que Espurio Opio ayude a Apio Claudio a velar
por Roma, y que todos los decénviros tengan poderes iguales.

Derrotas en ambos frentes bélicos. Muerte de Lucio Sicio por orden de los decénviros

La gestión pública no fue en modo 42
alguno más afortunada en lo militar que
en lo político. La única culpa de los 2
generales radicó en que se habían hecho
odiosos a sus compatriotas; toda la culpa
restante la tuvieron los soldados, los cua-
les, para que no se produjese el más mínimo triunfo bajo el
mando y los auspicios de los decénviros, se dejaban vencer
para deshonra de aquéllos y suya. Los ejércitos fueron 3
derrotados por los sabinos en Ereto, y en el Álgido por los
ecuos. El primero, huyendo de Ereto en el silencio de la
noche en dirección a Roma, atrincheró un campamento
entre Fidenas y Crustumeria en un lugar elevado; al perse- 4
guirlo el enemigo, no se atrevió a trabar combate a campo
raso y cifró su defensa en la naturaleza del terreno y la
empalizada, no en su valor o en sus armas. En el Álgido se 5
sufrió una ignominia mayor, y también un mayor desastre:
se perdió incluso el campamento, y las tropas, despojadas
de todo su material, se refugiaron en Túsculo buscando
sobrevivir merced a la lealtad y compasión de sus huéspe-
des, que, por otra parte, no les fallaron. A Roma llegaron 6
tan grandes señales de alarma, que el senado, dejando a un
lado su animosidad hacia los decénviros, decretó el estado
de alerta en la ciudad, ordenó que todos los que estuviesen
en edad de llevar armas vigilasen las murallas y montasen
guardia ante las puertas, acordó enviar armas a Túsculo 7
hasta completar las pérdidas, que los decénviros salieran de
la ciudadela de Túsculo y emplazasen las tropas en un
campamento, y que el otro campamento se trasladase de
Fidenas a territorio sabino y, tomando la ofensiva, disua-
diese al enemigo de su propósito de atacar Roma.
A los desastres infligidos por el enemigo, los decénviros 43
añaden dos crímenes nefandos, uno en el frente y otro en
Roma. En la Sabina, a Lucio Sicio, que, en vista del 2

ambiente hostil a los decénviros, andaba dejando caer entre
la tropa alusiones a la restauración del tribunado y a la
secesión en conversaciones secretas, lo envían a hacer un
reconocimiento con miras al emplazamiento del campa-
3 mento. A los soldados enviados para acompañarlo en la
expedición se les encarga atacarlo en un lugar adecuado y
4 darle muerte. No lo mataron impunemente, pues ofreció
resistencia y, en torno suyo, cayeron varios asesinos al
defenderse él solo con gran vigor, una vez rodeado, con
5 tantas fuerzas como coraje. Los supervivientes traen al
campamento la noticia de que han caído en una embos-
cada, que han perdido a Sicio que luchó brillantemente y,
6 con él, a algunos de sus hombres. En un primer momento
se dio crédito a los que trajeron la noticia; luego, una
cohorte fue a sepultar a los caídos con permiso de los
decénviros y, al ver que ninguno había sido despojado y
que Sicio yacía en medio con sus armas y que todos los
cadáveres estaban vueltos hacia él, y que de los enemigos
no había ningún muerto ni huellas de su retirada, trajeron
el cadáver manifestando que, sin duda alguna, había sido
7 muerto por sus hombres. Cundió la indignación en el cam-
pamento y estaban decididos a llevar a Sicio inmediata-
mente a Roma, pero los decénviros se apresuraron a
hacerle un funeral militar a expensas del Estado. Fue
sepultado en medio de la tristeza de los soldados y del des-
prestigio profundo y generalizado de los decénviros.

Atropello legal y muerte de Virginia

44 Se sucede en Roma un nuevo crimen,
de origen pasional, con unas consecuen-
cias tan tremendas como el que con la
violación y muerte de Lucrecia había
supuesto la expulsión de los Tarquinios
del trono y de Roma, de forma que no sólo tuvieron los
decénviros el mismo fin que los reyes, sino que también fue
la misma la causa de que perdieran el poder.

Se apoderó de Apio Claudio un violento deseo de hacer 2
suya a una joven plebeya. El padre de la muchacha, Lucio
Virginio, se distinguía como centurión en el Álgido y era
un hombre modelo de rectitud tanto en la vida civil como
en la milicia. En la misma línea había sido formada su
mujer y eran formados sus hijos[277]. Había prometido a su 3
hija a Lucio Icilio, extribuno, hombre fogoso y de probado
valor en la defensa de la causa de la plebe. Apio, loco de 4
amor, trató de seducir a aquella joven, núbil[278] ya y de
notable belleza, con regalos y con promesas; cuando vio
que a todo ponía obstáculos el pudor, recurrió a una vio-
lencia cruel y despótica. Encargó a su cliente Marco Clau- 5
dio que reclamase a la joven como esclava y que no cediese
a las demandas de libertad provisional, pensando que
había oportunidad para el desafuero porque el padre de la
joven estaba ausente. Cuando la joven se dirigía al foro 6
—pues allí, en unas tiendas, estaban las escuelas
primarias[279]— el agente del apasionado decénviro le echó
mano llamándola esclava suya, hija de una de sus esclavas,
y le ordenó seguirlo: que si ofrecía resistencia la llevaría a
la fuerza. Estupefacta la asustada muchacha, a los gritos de 7
su nodriza que pedía socorro a los ciudadanos se forma
una aglomeración. Se repiten los populares nombres de su
padre Virginio y de su prometido Icilio. Los conocidos, por
simpatía hacia ellos, y la masa por lo indignante del hecho,
se ponen de parte de la joven. Estaba ya a salvo de la vio- 8
lencia, cuando el pretendido amo dice que no hay necesi-
dad alguna de que la multitud se soliviante, que él procede

---

[277] No tenía más hijos que Virginia. Aulo Gelio mencionó el uso arcaico del plural *liberi* para un solo hijo.

[278] De más de doce años *(adulta)*.

[279] Dato anacrónico, si la primera escuela de Roma la abrió un liberto de Espurio Carvilio, cónsul el año 234 a. C.; anteriormente la instrucción tenía lugar en casa.

por la vía del derecho, no de la fuerza. Cita a la joven a
comparecer ante la justicia. Los que estaban presentes pro-
9 pusieron seguirlos[280]; se llegó hasta el tribunal[281] de Apio.
El demandante representa una comedia conocida por el
juez[282], como que era él mismo el autor del argumento: que
la muchacha, nacida en su casa, raptada después y trasla-
dada a casa de Virginio, le fue presentada a éste como hija;
10 que esto lo alega basándose en una prueba y que lo va a
dejar demostrado a juicio incluso del propio Virginio, el
más afectado por aquel fraude; que, entretanto, lo justo es
11 que la esclava siga a su amo. Los defensores de la mucha-
cha, después de manifestar que Virginio está ausente por
servir al Estado, que en dos días se presentará si se le avisa
12 y que no es justo cuestionar la paternidad de un ausente, le
piden a Apio que aplace todo el asunto hasta la llegada del
padre; que, de acuerdo con la ley dada por él mismo, con-

[280] Otra lectura del texto, *sequeretur*, significaría: «le propusieron (a Virginia) que lo siguiese».

[281] El *tribunal* era una plataforma mueble de madera, que se colocaba en el comicio en los primeros siglos, sobre la cual administraba justicia el *praetor*.

[282] El proceso de Virginia ha dado pie a multitud de interpretaciones jurídicas. Posiblemente, la intención literaria, dramática, del pasaje envuelve los aspectos técnicos, resultando difícil decidir cuándo determinados términos están tomados en sentido técnico o en sentido más general *(uindiciae, uis...)*. En la fase *in iure* de una causa cabía una asignación provisional de la persona en litigio; en la fase *in iudicio*, si es que ha lugar, interviene y zanja el litigio el *iudex* designado por el magistrado. Ya en la primera fase puede el magistrado pronunciarse por la libertad de la persona en cuestión *(uindiciae secundum libertatem)* o dejarla asignada al reclamante hasta la segunda fase, salvo que un ciudadano cualificado haga una contrarreclamación *(uindicatio in libertatem)*, pues en tal caso le es asignada a éste, con una excepción: cuando la persona en litigio no es *sui iuris* (caso de Virginia; sólo el paterfamilias es competente para hacer la contrarreclamación; si él no está, tiene preferencia el pretendido amo).

ceda la libertad provisional y no consienta que una joven
núbil corra el riesgo de perder la reputación antes que la
libertad.

Apio, antes de pronunciarse, dice que precisamente esa 45
ley que los amigos de Virginio invocan en apoyo de su
demanda demuestra cuánto ha hecho él en favor de la
libertad; pero que esa ley será un firme baluarte de la liber- 2
tad, si no varía según las causas y las personas; ahora bien,
en el caso de los que reivindican la libertad, como cual-
quiera puede acogerse a la ley, la libertad provisional es de
derecho, pero en el caso de aquella joven que está sometida
a la autoridad paterna, únicamente a favor del padre puede
el amo renunciar a la posesión; que, por consiguiente, 3
decide que se haga venir al padre; que, entretanto, el
reclamante no pierde su derecho de llevarse a la muchacha,
prometiendo presentarla a la llegada del que dicen ser el
padre.

Como contra la injusticia de la sentencia murmuraban 4
muchos, pero ni uno solo se atrevía a protestar, se presen-
tan Publio Numitorio, abuelo[283] de la muchacha, e Icilio,
su prometido; se les abre calle entre la masa, convencida la 5
multitud de que sobre todo con la intervención de Icilio se
le podrá hacer frente a Apio, y entonces el lictor dice que
se ha dictado sentencia y aparta a Icilio que hablaba a gri-
tos. Una injusticia tan escandalosa hubiera inflamado 6
incluso a un carácter flemático. «A hierro me tendrás que
apartar de aquí, Apio —dijo—, para llevarte en silencio lo
que quieres ocultar. Yo me voy a casar con esta joven, y
pura la tomaré por esposa. Por consiguiente, ya puedes 7
reunir a todos los lictores incluidos los de tus colegas;
manda preparar las varas y las hachas; no se quedará fuera
de la casa de su padre la prometida de Icilio. Aunque le 8

[283] Tío materno, según III 54, 11.

hayáis quitado a la plebe romana la protección de los tri-
bunos y el derecho de apelación, las dos fortalezas para la
defensa de la libertad, no por eso se ha entregado a vues-
tros caprichos la soberanía también sobre nuestros hijos y
9 nuestras esposas. Ensañaos contra nuestros cuerpos y nues-
tras cabezas, pero que al menos el pudor esté a salvo. Si a
ésta se le hace violencia, imploraremos yo la ayuda de los
ciudadanos aquí presentes en favor de mi prometida, Vir-
ginio la de los soldados en favor de su única hija y todos la
de los dioses y de los hombres, y tú no ejecutarás nunca
10 semejante sentencia a no ser que nos quites la vida. Te
pido, Apio, que consideres una y otra vez el paso que das.
11 Virginio verá, cuando venga, lo que decide con relación a
su hija; sólo una cosa debe saber: que si cede a las preten-
siones de éste, tendrá que buscar un partido para su hija.
Yo, en la defensa de la libertad de mi prometida, perderé
antes la vida que la fidelidad.»

46 La multitud estaba soliviantada y el enfrentamiento
parecía inminente; los lictores rodeaban a Icilio. Pero la
cosa no pasó, sin embargo, de las amenazas, pues Apio
dijo que no era que Icilio defendiese a Virginia, sino que
aquel hombre pendenciero que incluso entonces se sentía
tribuno andaba buscando ocasión para una revuelta; que él
3 no iba a darle motivos aquel día, sino que, para que
supiera ya desde aquel momento que no era una concesión
a su petulancia sino a la ausencia de Virginio, a su título de
padre y a la libertad, no iba a administrar justicia aquel día
ni a intervenir con un decreto: iba a pedir a Marco Claudio
que renunciase a su derecho y permitiese que la muchacha
4 quedase en libertad provisional hasta el día siguiente; pero,
si el padre no se presentaba al día siguiente, él le advertía a
Icilio y a los que eran como Icilio que ni el legislador falta-
ría a su propia ley ni la firmeza le faltaría al decénviro; y
que él no necesitaba en modo alguno llamar a los lictores

de sus colegas para reprimir a los promotores de una
revuelta: se contentaría con los suyos.

Al quedar aplazada la injusticia y retirarse los defenso- 5
res de la muchacha, se decidió que antes de nada el her-
mano de Icilio y el hijo de Numitorio, dos jóvenes activos,
se dirigieran enseguida directamente hacia la puerta de la
ciudad y con la mayor rapidez posible hiciesen venir a Vir-
ginio del campamento: que la salvación de la muchacha 6
dependía de que al día siguiente se presentase a tiempo
para oponerse legalmente a la injusticia. Obedecen, se
ponen en camino y a galope tendido llevan el mensaje al
padre. Como el reclamante instaba a la muchacha a que 7
proporcionase garantes de su libertad provisional e Icilio
decía que eso era lo que se estaba haciendo, poniendo buen
cuidado en ganar tiempo mientras se adelantaban los emi-
sarios enviados al campamento, por todas partes levantó la
mano la multitud e hizo ver a Icilio que todos estaban dis-
puestos a servir de garantes. Y él, arrasados los ojos en 8
lágrimas, dijo: «Gracias; mañana recurriré a vuestra ayuda;
ahora hay suficientes garantes.» Queda así Virginia en
libertad provisional saliendo fiadores sus parientes. Apio, 9
después de permanecer allí unos instantes para que no
diese la impresión de que había tomado asiento expresa-
mente para aquel asunto, como nadie se presentaba por
dejar de lado todos los demás para ocuparse exclusiva-
mente de aquél, se retira a su casa y escribe a sus colegas al
campamento que no den permiso a Virginio y que lo man-
tengan incluso bajo arresto. La inicua recomendación llegó 10
tarde, como debía, y Virginio, conseguido un permiso,
había partido ya en el primer relevo de la guardia, reci-
biéndose, inútilmente, la carta sobre su retención al día
siguiente por la mañana.

En Roma, al amanecer, toda la ciudad estaba en el foro 47
en vilo por la expectación, cuando Virginio, vestido de

luto, lleva allí a su hija cubierta de andrajos acompañada
de algunas matronas con una enorme comitiva de defenso-
2 res. Una vez allí, comienza a dar vueltas suplicando a la
gente, y no se limita a implorar la ayuda como un favor,
sino que la reclama como un deber: él, para defender a sus
hijos y mujeres está en el frente un día tras otro, y no existe
otro soldado de quien se puedan citar más acciones bélicas
llenas de valentía y de arrojo; ¿de qué sirve que Roma esté
a salvo, si sus hijos tienen que sufrir lo último que sería de
3 temer en caso de haber sido tomada? Con esta especie de
arenga se iba dirigiendo a unos y a otros. Expresiones
parecidas salían de los labios de Icilio. La comitiva de
mujeres con su llanto callado resultaba más conmovedora
4 que todas las palabras. Ante todo esto, Apio sigue empeci-
nado, tan intensamente le había trastornado el desvarío,
más exactamente que la pasión; sube al tribunal y, después
de algunas quejas preliminares del demandante en el sen-
tido de que a base de intrigas la víspera no se le había
hecho justicia, antes de que terminase de exponer su recla-
mación y sin dar a Virginio oportunidad de responder
5 interviene Apio. En cuanto a los considerando en que basó
su fallo, es posible que los historiadores antiguos recogie-
sen alguno con exactitud; pero, como absolutamente nin-
guno me parece verosímil en tan vergonzosa sentencia,
opto por consignar escuetamente el hecho comprobado:
6 decretó que fuese tenida por esclava. En un primer
momento el estupor dejó a todos paralizados, asombrados
ante semejante atrocidad, y siguió un momento de silencio.
Después, al ir Marco Claudio a echar mano de la joven en
medio de las matronas y recibirlo los lamentos y los llantos
7 femeninos, Virginio, tendiendo los brazos hacia Apio dijo:
«A Icilio, Apio, no a ti, he prometido a mi hija, y la he
educado para el matrimonio, no para ser deshonrada. ¿Te
parece bien entregarse al coito de forma indiscriminada, al

estilo del ganado y de las fieras? No sé si los presentes con-
sentirán semejante cosa: espero que los que llevan armas
no lo consentirán.» Al ser rechazado por el grupo de muje- 8
res y de defensores circunstantes el que reclamaba a la
joven, el pregonero impuso silencio.

El decénviro, fuera de sí de pasión, dice que no sólo por 48
las injurias de Icilio del día anterior y por la violencia de
Virginio de la que es testigo el pueblo romano, sino,
además, por pruebas seguras sabe con certeza que durante
toda la noche se han celebrado reuniones en toda la ciudad
con miras a suscitar un levantamiento; que, consecuente- 2
mente, él, sabedor de aquella refriega, ha bajado al foro
acompañado de hombres armados, no para maltratar a
nadie que se estuviera tranquilo, sino para castigar, en con-
sonancia con la majestad de su cargo, a los perturbadores
de la paz ciudadana. «Así que mejor será no moverse. Lic- 3
tor —dice—, ve, aparta a la multitud y abre paso al amo
para que eche mano de su esclava.» Como esto lo dijo con
voz tonante y lleno de cólera, la multitud por sí sola se
apartó y la muchacha quedó aislada como presa de la
injusticia. Entonces, Virginio, al ver que no recibía ayuda 4
de nadie dijo: «Te lo ruego, Apio, ante todo perdona al
dolor de un padre, si en algo he sido demasiado duro al
increparte; en segundo lugar, permite que aquí en presencia
de la joven pregunte a su nodriza qué hay de este asunto,
para salir de aquí con el ánimo más tranquilo en el caso de
haber sido considerado padre equivocadamente.» Obtenida 5
la autorización se lleva aparte a su hija y a la nodriza a las
proximidades del templo de Cloacina[284] junto a las
actualmente llamadas Tiendas Nuevas[285], y allí, echando

[284] Venus Cloacina («purificadora»).

[285] Las originarias ardieron en el año 210 a. C. y las reconstruidas (lo fueron antes del 192 a. C.) se llamaron Nuevas.

mano del cuchillo de un carnicero, dice: «Hija, te doy la libertad de la única forma que puedo.» Acto seguido, le atraviesa el pecho y, volviéndose hacia el tribunal, dice:
6 «Apio, por esta sangre te maldigo a ti y a tu cabeza.» Apio, puesto en pie ante el griterío que se levantó a la vista de un hecho tan horrible, manda prender a Virginio. Éste se abría camino con el cuchillo por cualquier parte que iba hasta que, gracias también a la protección de la multitud que lo
7 seguía, llegó a la puerta de la ciudad. Icilio y Numitorio levantan el cuerpo exangüe y lo muestran al pueblo; deploran el crimen de Apio, la belleza fatal de la muchacha y la
8 ineluctable obligación en que se ha visto el padre. Las matronas los siguen preguntando a gritos si a esto está destinada la procreación de los hijos, si ése es el premio a la honestidad, y todo lo que en circunstancias semejantes les sugiere el dolor a las mujeres, más agudo porque son más débiles de espíritu y, por eso mismo, más conmovedor en
9 sus lamentos. Las palabras de los hombres, y sobre todo de Icilio, se referían, en su totalidad, a la supresión de la potestad tribunicia y del derecho de apelación al pueblo y a los escándalos oficiales.

Reacción popular, tropas incluidas: caída de los decénviros

49 La multitud se subleva, en parte por lo atroz del crimen y en parte por la esperanza de estar ante la oportunidad de
2 recuperar la libertad. Apio manda que comparezca Icilio; después, como se niega, que lo detengan, y, finalmente, como no se les permitía a sus subalternos acercarse, él mismo acompañado por un grupo de patricios jóvenes, adelantándose por entre
3 la masa, hace que lo lleven a la cárcel. En ese momento se encontraban en torno a Icilio no sólo la multitud, sino los jefes de ésta, Lucio Valerio y Marco Horacio; éstos, después de rechazar al lictor, decían que, si Apio quería actuar por la vía de la legalidad, ellos defenderían a Icilio de un

particular, y si intentaba hacer uso de la fuerza, también en ese terreno estarían a su altura. Se origina entonces una 4
violenta refriega. El lictor del decénviro va por Valerio y Horacio; la multitud rompe los fasces. Apio sube a la tribuna: le siguen Horacio y Valerio; a éstos la Asamblea los escucha, pero ahoga con sus gritos la voz del decénviro. Ya Valerio, 5
haciendo las veces de la autoridad, mandaba a los lictores que abandonasen a un particular, cuando Apio, quebrantada su energía, temiendo por su vida, se tapa la cabeza y se refugia en su casa, que estaba cerca del foro, sin que sus enemigos lo adviertan. Espurio Opio, para ayudar a su 6
colega, irrumpe en el foro por el lado opuesto. Ve la autoridad superada por la fuerza. Llevado, luego, de acá para allá por los consejos que le daban desde todas partes y sumido en el desconcierto por decir que sí a todos, acabó por convocar el senado. Esta medida, dado que gran parte 7
de los senadores parecían estar en desacuerdo con el comportamiento de los decénviros y cabía la esperanza de que el senado pusiese fin a aquella forma de poder, apaciguó a la multitud. El senado decidió que no había que soliviantar 8
a la plebe y que, más bien, había que dar prioridad a la toma de medidas para que la llegada de Virginio no crease revuelo en el ejército.

Por ello, los senadores más jóvenes enviados al cam- **50**
pamento, que estaba entonces en el monte Vecilio, advierten a los decénviros que por todos los medios eviten una rebelión de la tropa.

Pero Virginio suscitó allí una agitación mayor que la 2
que había dejado en Roma. Pues no solamente se hizo notar su llegada con un grupo de casi cuatrocientos hombres que habían decidido acompañarlo desde la ciudad encendidos de indignación por lo ocurrido, sino que, ade- 3
más, el cuchillo que empuñaba y la sangre de que él mismo iba salpicado atraen sobre él las miradas de todo el cam-

pamento. Por otra parte, las togas que se veían por todos lados en el campamento daban la impresión de que se trataba de un número de civiles bastante mayor del que era.
4 Al preguntarle qué ocurría, durante largo rato no pudo articular palabra a causa del llanto; por fin, cuando se calmó el tumulto de la concurrencia y se hizo silencio, lo expuso todo detalladamente tal como había sucedido.
5 Tendiendo luego las manos hacia lo alto, dirigiéndose a sus camaradas, les pedía que no le imputasen a él un crimen del que era responsable Apio Claudio, ni le volviesen la
6 espalda como autor del parricidio de sus hijos; que la vida de su hija habría sido para él más querida que la suya propia, si hubiera podido vivir libre y pura; pero, al ver que le era arrebatada como esclava para ser deshonrada, le había parecido que era preferible perder a los hijos por la muerte antes que por la deshonra, y por piedad se había visto abo-
7 cado a lo que parecía crueldad; él no hubiera sobrevivido a su hija, de no ser porque había cifrado la esperanza de vengar su muerte en la ayuda de sus compañeros de armas: también ellos tenían hijas, hermanas y esposas, y la lujuria de Apio Claudio no se había extinguido con su hija, sino que cuanto mayor fuese su impunidad, mayor sería su de-
8 senfreno; la desgracia ajena era para ellos una advertencia para que se pusiesen en guardia contra una injusticia semejante; en cuanto a él, el destino le había arrebatado a su esposa, y su hija, dado que no pudo seguir viviendo casta-
9 mente, había tenido una muerte triste pero honrosa; en su casa ya no quedaba sitio para la lujuria de Apio; de otras violencias suyas él sustraería su cuerpo con la misma entereza con que había sustraído el de su hija: que los demás mirasen por sí mismos y por sus hijos.

10 A estos gritos de Virginio respondía la multitud que no iba a ser indiferente ni al dolor de él ni a su propia libertad. También los civiles, mezclados entre la masa de los solda-

dos, proferían las mismas quejas y hacían ver en qué medida los hechos vistos parecían, como era natural, más indignantes que los oídos, manifestando al mismo tiempo que la situación en Roma había recibido un golpe decisivo; además, otros, llegados a continuación, decían que Apio, 11
que había estado a punto de ser muerto, había huido al exilio, y consiguieron que se gritase: «¡A las armas!», se arrancasen las enseñas y se marchase hacia Roma. Los 12
decénviros, trastornados por lo que estaban viendo y por lo que habían oído que había ocurrido en Roma, corren cada uno en una dirección por el campamento para calmar el tumulto. Si actúan con suavidad, no reciben respuesta, si invocan su autoridad, les contestan que son hombres de valor y que están armados. Marchan en columna hacia 13
Roma y ocupan el Aventino[286], animando a los plebeyos según se los van encontrando a recuperar la libertad y nombrar tribunos de la plebe. No se oyó ninguna otra palabra de violencia. Espurio Opio reúne al senado. No se 14
aprueba ninguna medida rigurosa, en vista de que los propios decénviros han dado lugar a la sedición. Se envía una 15
delegación de tres excónsules, Espurio Tarpeyo, Gayo Julio y Publio Sulpicio, a preguntar, en nombre del senado, quién les había dado orden de abandonar el campamento y qué pretendían los que habían ocupado armados el Aventino y, abandonando la guerra contra el enemigo, habían tomado su propia patria. No les faltaba qué 16
responder, les faltaba un portavoz, al no tener aún un jefe claro ni tener nadie individualmente suficiente decisión para exponerse a represalias. Se limitaron a gritar en masa que les enviasen a Lucio Valerio y Marco Horacio, que a éstos les darían la respuesta.

286 Parece poco cuestionable la historicidad de esta segunda secesión, igual que la relativa a la primera.

51 Después de despedir a los legados, Virginio hace notar
a los soldados que, en una cuestión que no tenía mayor
importancia, acaban de pasar apuros porque son una mul-
titud sin jefe y que se ha dado una respuesta que, aunque
no ha estado fuera de lugar, se ha debido más a una coin-
2 cidencia fortuita que a un plan elaborado en común; él
propone que se nombren diez hombres encargados del
mando supremo, y se les dé el título y el rango de tribunos
3 militares. Al querer asignarle a él el primero tal cargo, dijo:
«Guardaos esa opinión que tenéis de mí para cuando mis
4 circunstancias y las vuestras sean mejores. Ni el hecho de
que mi hija no haya sido vengada permite que me resulte
grato honor alguno, ni perturbada como está la situación
política os resulta de utilidad que os manden quienes susci-
5 tan mayor hostilidad. Si en algo puedo seros útil, lo seré
6 igualmente como simple particular.» Nombran, pues, diez
tribunos militares.

Tampoco el ejército de la Sabina se estuvo quieto.
7 También allí, por instigación de Icilio y Numitorio, se rom-
pió con los decénviros en una reacción de cólera tan vio-
lenta por el recuerdo de la muerte de Sicio como la susci-
tada por las recientes noticias acerca de la joven tan
8 vergonzosamente convertida en blanco de la lujuria. Icilio,
cuando se enteró de que en el Aventino habían sido nom-
brados tribunos militares, quiso evitar que los comicios
civiles se sintiesen arrastrados por la elección previa de los
comicios militares y nombrasen a los mismos como tribu-
9 nos de la plebe: buen conocedor de las reacciones popula-
res y aspirante también él a aquel cargo, antes de partir
para Roma se encarga de que los suyos nombren un
número igual de magistrados con la misma autoridad.
10 Entraron en la ciudad por la puerta Colina con sus bande-
ras al frente, y en columna por el centro de Roma conti-
núan hasta el Aventino. Reunidos allí con el otro ejército,

encargaron a los veinte tribunos militares que designasen a
dos de entre ellos para detentar el mando supremo. Eligen 11
a Marco Opio y Sexto Manilio.

Los senadores, preocupados por la situación general,
tenían sesión todos los días, empleando el tiempo más en
disputas que en deliberaciones. Se les echaba en cara a los 12
decénviros el asesinato de Sicio, la lujuria de Apio y los
desastres militares. Eran del parecer de que Valerio y
Horacio fuesen al Aventino. Éstos decían que no irían, si
no era con la condición de que los decénviros depusiesen
los distintivos de su cargo en el que estaban cesantes desde
el año anterior. Los decénviros, quejándose de que se los 13
degradaba, decían que no depondrían su autoridad antes
de hacer votar las leyes objeto de su nombramiento.

La plebe, puesta al corriente por Marco Duilio, que 52
había sido tribuno de la plebe, de aquellas discusiones
interminables con las que nada se solucionaba, se traslada
del Aventino al monte Sacro, al asegurar Duilio que los 2
patricios no se preocuparán de verdad hasta ver que Roma
es abandonada; que el monte Sacro los advertirá de la fir-
meza de la plebe y les hará saber cuál es la potestad sin
cuya restauración no se puede llegar a la concordia. 3
Saliendo por la vía Nomentana, que entonces se llamaba
Ficulense, establecieron el campamento en el monte Sacro,
imitando la moderación de sus padres en no cometer vio-
lencia alguna. La plebe siguió al ejército, sin que nadie a
quien la edad le permitiese ir se echara para atrás. De cerca 4
les siguen sus mujeres e hijos, preguntándoles patética-
mente en manos de quien los dejaban en aquella ciudad en
la que no se respetaba ni la decencia ni la libertad.

La considerable falta de población había hecho en 5
Roma insólitas todas las cosas; en el foro no había más que
algunos ancianos; los senadores, convocados con urgencia
al senado, vieron el foro vacío y ya eran muchos los que,

6 además de Horacio y Valerio, gritaban: «¿A qué esperáis, senadores? Si los decénviros no ponen fin a su empecinamiento, ¿vais a dejar que la ruina y las llamas acaben con todo? Pero, ¿qué poder es ése, decénviros, al que estáis afe-
7 rrados? ¿Pensáis legislar para los techos y las paredes? ¿No os da vergüenza de que se vea en el foro casi mayor número de lictores vuestros que de ciudadanos y de otras personas?[287]. ¿Qué vais a hacer en caso de que el enemigo llegue hasta Roma? ¿Y si dentro de poco la plebe, al ver que la secesión apenas surte efecto, se presenta armada? ¿Queréis que vuestro poder termine con la caída de Roma?
8 Una de dos: o no tendremos plebe, o hemos de tener tribunos de la plebe. Antes renunciaremos nosotros a las magis-
9 traturas patricias que ellos a las plebeyas. A nuestros padres les arrancaron esa potestad nueva sin haber tenido experiencia de la misma; mucho menos ahora van a soportar su falta, después de haberlos seducido su atractivo, sobre todo dado que nosotros no ejercemos la autoridad con moderación para que no necesiten de su salvaguarda.»
10 Como estos reproches eran proferidos por todos, los decénviros, abrumados por la unanimidad, afirman que,
11 dado que así parece, están a disposición del senado. Únicamente piden y, a la vez, advierten que se los defienda contra el odio y que no se acostumbre a la plebe con su sangre a castigar con la muerte a los patricios.

53 Entonces son enviados Valerio y Horacio para lograr, con las condiciones que consideren oportunas, el retorno de la plebe y el arreglo de la situación; reciben también instrucciones de preservar a los decénviros de la cólera y los ataques de la multitud.

2 Se ponen en camino y son recibidos en el campamento con una alegría desbordante, por parte de la plebe, como

[287] Otra variante del texto: «... de lictores vuestros que del resto de ciudadanos?».

libertadores indiscutibles tanto en la puesta en marcha del movimiento como en el resultado de la empresa. Por esto, a su llegada, se les dan las gracias. Icilio pronuncia unas palabras en nombre de la multitud. Fue él también quien, 3
al tratar de las condiciones, cuando los comisionados preguntaron cuáles eran las peticiones de la plebe, siguiendo un plan trazado previamente a la llegada de los delegados, presentó unas peticiones que dejaban claro que cifraban sus esperanzas más en que las cosas se hicieran con justicia que en las armas; pedían, en efecto, que se restableciese el 4
poder tribunicio y el derecho de apelación, que habían sido las dos defensas de la plebe antes de la creación del decenvirato, y que no hubiese represalias contra nadie por haber concitado a los soldados o a la plebe a reconquistar la libertad por medio de la secesión. Únicamente en relación 5
con el castigo de los decénviros la petición fue escalofriante: como que les parecía justo que les fueran entregados, y amenazaban con quemarlos vivos. A esto, los dele- 6
gados responden: «Lo que en común habéis acordado pedir es tan de razón que os debió ser ofrecido espontáneamente; pedís, en efecto, unas salvaguardas de la libertad, no de la permisividad para atacar a otros. Vuestra cólera hay que 7
perdonarla más que consentir que os dejéis llevar por ella, puesto que por odio a la crueldad caéis en la crueldad y, casi antes de ser libres vosotros mismos, ya queréis tiranizar a vuestros adversarios. ¿Es que nunca nuestra ciudad 8
va a poner tregua a las venganzas de los patricios contra la plebe romana, o de la plebe contra los patricios? Os hace más falta el escudo que la espada. El de abajo tiene de 9
sobra con vivir en la sociedad sin infligir ni sufrir la injusticia. Incluso en el caso de que tengáis que haceros temer en 10
alguna ocasión, como, una vez recuperados vuestros magistrados y vuestras leyes, podréis someter a juicio nuestras vidas y nuestros bienes, entonces decidiréis según cada

caso: por el momento es suficiente con recuperar la libertad.»

54 Todos autorizan a los delegados a que actúen según su
criterio, y éstos aseguran que en breve estarán de vuelta
2 con todo ultimado. Partieron, y cuando expusieron al
senado las propuestas de la plebe, los otros decénviros,
viendo que, contra lo que ellos esperaban, no se hacía
mención alguna a su castigo, no pusieron ninguna obje-
3 ción; Apio, hombre de carácter hosco y singularmente
odioso, midiendo la ojeriza de los demás hacia él por la
que él sentía hacia los demás, dijo: «No ignoro la suerte
4 que nos amenaza. No se me oculta que la lucha contra
nosotros se pospone hasta que se les entreguen armas a
nuestros enemigos. Hay que entregarle sangre al odio. Ni
siquiera yo me muestro remiso en absoluto en abandonar
5 el decenvirato.» El senado decretó que los decénviros dimi-
tiesen de su cargo de inmediato; que Quinto Furio, ponti-
fice máximo, procediese a la elección de tribunos de la
plebe, y que nadie fuese perseguido por la secesión del ejér-
6 cito y de la plebe. Una vez levantada la sesión, después de
dar estos senadoconsultos, los decénviros se presentan ante
la asamblea y dimiten de su cargo, con inmensa alegría por
parte del público.
7 Se le va a dar la noticia a la plebe. Los hombres que
quedaban en Roma siguen a los delegados. Al encuentro de
esta multitud sale otra, llena de alegría, del campamento.
Se felicitan de que la libertad y la concordia hayan sido
8 devueltas a la ciudad. Los delegados se dirigen a los reuni-
dos: «Para bien, prosperidad y felicidad vuestra y del
Estado, volved a vuestra patria al lado de vuestros penates,
de vuestras esposas y vuestros hijos; pero que la modera-
ción de que habéis dado muestras aquí, donde ninguna
propiedad ha sufrido destrozos, a pesar de las numerosas

necesidades para atender a tan gran multitud, que esa
misma moderación os acompañe a la ciudad. Id al Aven-
tino, de donde partisteis: allí, en aquel lugar propicio en el 9
que pusisteis los primeros fundamentos de vuestra libertad,
elegiréis tribunos de la plebe. El pontífice máximo estará
dispuesto para presidir los comicios.» Dieron su aproba- 10
ción con grandes aclamaciones y entusiasmo general. Acto
seguido, se ponen en marcha y los que se dirigen a Roma
compiten en alegría con los que les salen al encuentro. Cru-
zan armados la ciudad en silencio y llegan al Aventino. Una 11

Restauración y afianzamiento legal de las instituciones republicanas

vez allí, inmediatamente el pontífice dio
curso a las elecciones y nombraron tri-
bunos de la plebe, en primer lugar, a
Lucio Virginio, a continuación, a Lucio
Icilio y Publio Numitorio, tío materno de
Virginia, promotores de la secesión; después, a Gayo Sici- 12
nio, descendiente de aquel que, según la tradición, fue el
primer tribuno de la plebe nombrado en el monte Sacro, y
a Marco Duilio, que había desempeñado de manera nota-
ble la función de tribuno antes de la creación del decenvi-
rato y no había desasistido a la plebe durante los conflictos
con los decénviros. Por último resultaron elegidos, más por 13
lo que prometían que por los méritos contraídos, Marco
Titinio, Marco Pomponio, Gayo Apronio, Apio Vilio y
Gayo Opio. Nada más ocupar el cargo, Lucio Icilio pro- 14
puso a la plebe y ésta decretó que nadie fuese perseguido
por haberse rebelado contra los decénviros. Inmediata- 15
mente, Marco Duilio logró que se aprobara su propuesta
sobre nombramiento de cónsules y derecho de apelación.
Todo esto se llevó a cabo en la asamblea de la plebe en los
Prados de Flaminio[288], llamados Circo de Flaminio en la
actualidad.

---

[288] En la zona sur del Campo de Marte, donde el censor Gayo Flaminio construyó el Circo Flaminio en el año 220 a. C.

55 A continuación un interrey proclamó cónsules a Lucio
Valerio y Marco Horacio, que ocuparon el cargo inmedia-
tamente. Su consulado gozó de popularidad sin lesionar los
derechos de los patricios, pero no sin malestar por parte de
2 éstos, pues cualquier medida que se tomase para salva-
guardar la libertad de la plebe les parecía que menoscababa
3 su poder. En primer lugar, como había una cierta contro-
versia jurídica sobre si los patricios estaban obligados o no
por los decretos de la plebe, propusieron a los comicios por
centurias una ley, en el sentido de que lo que la plebe
reunida por tribus acordase obligaba a todo el pueblo; con
esta ley se puso un arma temible en manos de los tribunos
4 para sus proposiciones de ley. Luego, otra ley consular
sobre el derecho de apelación, baluarte único de la libertad,
abolida por la autoridad de los decénviros: no sólo lo res-
tablecen, sino que lo afianzan de cara al futuro sancio-
5 nando una nueva ley, según la cual nadie podía crear
magistratura ninguna sin apelación; al que la crease, la
religión y la ley permitían darle muerte sin ser acusado de
6 crimen por ello. Una vez asegurada suficientemente la con-
dición de la plebe por medio tanto de la apelación como de
la protección de los tribunos, también proclamaron de
nuevo la inviolabilidad de los propios tribunos, cuyo
recuerdo ya casi se había borrado, recuperando algunas
7 ceremonias rituales largo tiempo interrumpidas, y les confi-
rieron la inviolabilidad legal, además de la religiosa, san-
cionando por ley que, si alguien agredía a los tribunos de la
plebe, a los ediles o a los jueces decénviros [289], su cabeza
sería inmolada a Júpiter, sus pertenencias familiares serían
vendidas en pro del templo de Ceres, Líber y Líbera.

8 Los intérpretes del derecho dicen que, en virtud de esta
ley, ninguno de estos magistrados es inviolable, sino que se

[289] Probablemente, plebeyos.

declara inmolado a Júpiter al que agreda a alguno de ellos;
que, por consiguiente, un edil puede ser apresado y encar- 9
celado por un magistrado superior, lo cual, aun siendo ile-
gal (pues es maltratar a alguien a quien esta ley no lo per-
mite), constituye, sin embargo, una prueba de que el edil
no es considerado inviolable; los tribunos sí son inviola- 10
bles, en virtud del antiguo juramento de la plebe cuando se
creó tal potestad. Hubo quienes pretendieron que esta 11
misma ley Horacia afectaba también a los cónsules y a los
pretores, creados bajo los mismos auspicios que los cónsu-
les, pues el cónsul recibe el título de juez. Esta interpreta- 12
ción queda rebatida por el hecho de que, en aquella época,
todavía no se usaba el llamar al cónsul juez, sino pretor.

Tales fueron las leyes debidas a los cónsules. También a 13
ellos se debe la práctica de remitir al templo de Ceres, a
manos de los ediles plebeyos, los senadoconsultos, que
anteriormente los cónsules suprimían o alteraban a su arbi-
trio. Después, Marco Duilio, tribuno de la plebe, propuso 14
a la plebe y ésta decretó que quien dejase a la plebe sin
tribunos y quien crease una magistratura sin apelación,
sería azotado y decapitado. Todo esto se llevó a cabo con- 15
tra la voluntad de los patricios, pero sin que se opusieran,
porque todavía no se atentaba contra nadie en particular.

Procesamiento de los exdecénviros: Apio y Espurio Opio

Una vez bien asentados el poder tribu- 56
nicio y la libertad de la plebe, los tribu-
nos, considerando que ya era momento
de atacar con garantías a las individuali-
dades, seleccionan como primer acusador
a Virginio y como primer acusado a Apio. Cuando Virgi- 2
nio demandó a Apio y Apio bajó al foro con su escolta de
jóvenes patricios, automáticamente revivieron todos el
recuerdo de su tenebrosa tiranía al verlo a él y a sus guar-
daespaldas. Entonces, Virginio dijo: «La oratoria se 3
inventó para las causas dudosas; por consiguiente, ni yo

perderé el tiempo acusando ante vosotros a un individuo
de cuya crueldad vosotros mismos os librasteis por medio
de las armas, ni voy a consentir que semejante individuo
4 añada a sus otros crímenes el descaro de defenderse. Por
eso, Apio Claudio, paso por alto todas las fechorías que de
manera impía y detestable tuviste la osadía de acumular
una tras otra a lo largo de dos años. Únicamente por un
delito: haber negado la libertad provisional a una persona
libre decretando ilegalmente su esclavitud, ordenaré que te
metan en la cárcel, a no ser que aceptes comparecer ante
5 un juez.» Apio no abrigaba la menor esperanza ni en la
intervención de los tribunos ni en el juicio del pueblo; sin
embargo, recurrió a los tribunos y, como ninguno ponía
impedimento, le echó mano el *viator,* y entonces él dijo:
6 «Apelo.» Al oír la palabra que por sí sola garantizaba la
libertad provisional pronunciada por los mismos labios que
poco antes habían decretado la esclavitud provisional, se
7 hizo silencio. Todos murmuraban por lo bajo que, en defi-
nitiva, hay dioses y no se desentienden de las cosas de los
hombres, y que el castigo del despotismo y la crueldad,
8 aunque tarde, llega, y no pequeño: apelaba el que había
suprimido la apelación, e imploraba la protección del pue-
blo el que había pisoteado todos los derechos del pueblo, y
era arrastrado a la cárcel privado del derecho de libertad
provisional el que había entregado a la esclavitud a una
persona libre. En medio de estos comentarios de la asam-
blea se oía la voz del propio Apio implorando la ayuda del
9 pueblo romano: recordaba los servicios civiles y militares
de sus antepasados al Estado, su malhadada inclinación
hacia la plebe romana, inclinación que le había impulsado
a abandonar el consulado con gran disgusto por parte de
los patricios con el fin de que las leyes fuesen iguales para
todos; sus propias leyes, vigentes aún mientras el autor de
10 las mismas era llevado a prisión. Por lo demás, si se le da

oportunidad de defender su causa, entonces se atendrá a
sus propios actos, buenos o malos; por el momento, en
nombre del derecho común a todo ciudadano, él, ciuda-
dano romano, pide que el día del juicio se le permita hablar
y atenerse al juicio del pueblo romano; que su temor al 11
odio no es tan intenso como para no esperar nada de la
equidad y la compasión de sus conciudadanos; y si se le
mete en prisión sin dejarle pronunciar su defensa, apela por
segunda vez a los tribunos de la plebe y les aconseja que no
imiten a aquellos a los que odian; y si los tribunos confie- 12
san que están obligados por un pacto de no dar curso a la
apelación, pacto semejante a aquel por el que acusaron de
conspiración a los decénviros, en ese caso él apela al pue-
blo e invoca las leyes sobre la apelación, tanto las debidas a
los cónsules como las debidas a los tribunos, promulgadas
ese mismo año; pues, ¿quién va a apelar, si no tiene dere- 13
cho a ello él, que no ha sido condenado y cuya defensa no
ha sido oída?, ¿qué humilde plebeyo va a tener apoyo en
las leyes, si Apio Claudio lo tiene?; él va a ser una prueba
de si con las nuevas leyes se ha afianzado la tiranía o la
libertad, y de si el recurso a los tribunos y la apelación al
pueblo contra un desafuero de los magistrados son sólo
una ficción con palabras vacías o una concesión real.

Replicó Virginio que únicamente Apio Claudio estaba 57
fuera de la ley y de toda convención propia de la sociedad
y la naturaleza humana; que la gente volviese la vista hacia 2
su tribunal, baluarte de todos los crímenes, donde aquel
decénviro a perpetuidad, enemigo de los bienes, el cuerpo y
la sangre de los ciudadanos, amenazando a todo el mundo
con las varas y las hachas, menospreciando a los dioses y a
los hombres, escoltado por verdugos, que no lictores, des- 3
viando ya su atención de la rapiña y las muertes para cen-
trarla en bajas pasiones, había regalado a su cliente, pro-
veedor de su alcoba, una joven libre, como si se tratase de

una cautiva de guerra, después de arrancarla de los brazos
4 de su padre a la vista del pueblo romano; tribunal, donde
por un cruel decreto y un pronunciamiento infame, había
armado la mano de un padre en contra de su hija, y donde
había ordenado meter en la cárcel al prometido y al tío de
la joven que recogieron su cuerpo agonizante, más trastor-
nado por ver fallido su atentado al pudor de la joven que
por su muerte; también para él se había construido la cár-
5 cel que solía llamar residencia de la plebe romana; por con-
siguiente, ya puede Apio apelar dos y muchas veces, que
también él dos y muchas veces lo llevará ante el juez a ver
si no se pronunció por la esclavitud de una persona libre; si
no quiere comparecer ante el juez, ordenará meterlo en pri-
6 sión como si hubiese sido condenado. Así como nadie des-
aprobó la medida, también es verdad que los ánimos se
vieron muy impresionados cuando fue metido en la cárcel,
pues a la plebe le parecía abusar de su propia libertad al
castigar a tan relevante personaje. El tribuno le señaló una
fecha para comparecer a juicio.

7 A todo esto, llegaron a Roma unos legados de los lati-
nos y de los hérnicos a dar la enhorabuena por la reconci-
liación de patricios y plebe y, por tal motivo, llevaron al
Capitolio como presente a Júpiter Óptimo Máximo una
corona de oro de poco peso, puesto que su situación no era
muy próspera y practicaban la religión con piedad más que
8 con magnificencia. También por informes suyos se tuvo
conocimiento de que los ecuos y los volscos se estaban
9 esforzando al máximo en preparar la guerra. Se les dieron,
pues, a los cónsules instrucciones de que se repartieran las
competencias. A Horacio le correspondieron los sabinos, a
Valerio los ecuos. Cuando decretaron levas para ambos
frentes, debido al favor de la plebe con que contaban se
apresuraron a alistarse no sólo los jóvenes, sino también un
gran porcentaje de voluntarios que ya estaban libres del

servicio de armas, con lo cual resultó un ejército más
sólido, no sólo por el número, sino por la calidad de sus
efectivos en los que figuraban veteranos. Antes de salir de 10
la ciudad expusieron públicamente las leyes de los decénvi-
ros, llamadas de las Doce Tablas, grabadas en bronce.
Según algunos historiadores, esta labor la desempeñaron
los ediles por orden de los tribunos.

Gayo Claudio, por odio a los crímenes de los decénvi- 58
ros y sobre todo por aversión a la tiranía de su sobrino, se
había retirado a Regilo, patria de sus antepasados; siendo
ya de edad muy avanzada, había retornado para salvar del
peligro con sus súplicas a aquel de cuyos vicios había huido
y, vestido de luto acompañado por su familia y clientela,
abordaba a todo el mundo pidiendo que no deseasen mar- 2
car a la familia de los Claudios con el baldón de parecer
merecedores de cárcel y cadenas; que un hombre cuya ima-
gen[290] iba a ser muy honrada por la posteridad, un legisla-
dor y fundador del derecho romano, yacía encadenado
entre asaltantes nocturnos y bandidos; que su actitud 3
pasase de la ira a un examen meditado, y prefiriesen con-
ceder un solo Claudio a tantos Claudios que lo suplicaban,
antes que por odio a uno solo despreciar los ruegos de
muchos; que también él hacía aquella concesión a su 4
estirpe y a su nombre, sin haberse reconciliado con la per-
sona cuya desgracia quería remediar; con su valor habían
recobrado la libertad, con la clemencia se podía estabilizar
el entendimiento entre las clases. En algunos hacía mella, 5
más por su cariño hacia los suyos que por la causa de
quien era objeto de sus desvelos. Pero Virginio pedía que
se compadeciesen, más bien, de él y de su hija; que no
escuchasen las súplicas de la familia Claudia, de la que era
propio el tiranizar a la plebe, sino las de los parientes de

[290] El retrato en cera conservado en la mansión de la familia Claudia.

Virginia, de los tres tribunos, nombrados para socorrer a la plebe, que a su vez imploraban la ayuda y la protección de
6 la plebe. Estas lágrimas parecían más justas. Consiguientemente, perdida toda esperanza, antes de que llegase la fecha de la citación Apio se quitó la vida.

7 Acto seguido, Publio Numitorio presentó acusación contra Espurio Opio, el más odiado después de Apio, porque estaba presente en Roma cuando su colega pronunció
8 la injusta sentencia. Se le aborreció más, sin embargo, por las injusticias que él mismo cometió que por la que no había impedido. Fue presentado un testigo con veintisiete campañas en su haber y ocho condecoraciones extraordinarias que presentaba a la vista del pueblo; se rasgó la ropa y mostró la espalda marcada por las varas, pidiendo únicamente que, si el acusado era capaz de citar algún delito suyo, se ensañase de nuevo con él, aun siendo ya un parti-
9 cular. También Opio fue llevado a prisión y, antes del día del juicio, puso allí fin a su vida. Los tribunos confiscaron los bienes de Claudio y de Opio. Los colegas de éstos abandonaron el país para exiliarse, sus bienes fueron con-
10 fiscados. Marco Claudio, el reclamante de Virginia, demandado y condenado, indultada la pena capital gracias
11 al propio Virginio, se exilió a Tíbur, y los manes de Virginia, más dichosa en muerte que en vida, después de vagar por tantos domicilios reclamando venganza, al fin, cuando ya no quedó ningún culpable, descansaron.

59 Un miedo cerval se había apoderado de los patricios, y el aspecto que presentaban los tribunos era el mismo que habían presentado los decénviros. Entonces, Marco Duilio, tribuno de la plebe, imponiendo una saludable moderación
2 a aquel poder desmedido, dijo: «Ya está bien de libertad por nuestra parte y de castigos a nuestros enemigos; por consiguiente, este año no voy a consentir que se demande
3 ni se meta en prisión a nadie. No está bien volver sobre

viejos delitos ya olvidados, puesto que los recientes han sido expiados con el castigo de los decénviros, y por otra parte la atención permanente de ambos cónsules a la defensa de vuestra libertad garantiza que no se cometerá ningún otro que requiera la intervención enérgica de los tribunos.» Tal muestra de moderación por parte del tri- 4
buno, en primer lugar, disipó el temor de los patricios, pero, al mismo tiempo, incrementó la enemiga de éstos contra los cónsules, porque, a su entender, se habían puesto tan completamente del lado de la plebe, que un magistrado plebeyo se había preocupado por la salvación y la libertad de los patricios antes que los magistrados patricios, y sus adversarios se habían cansado de castigar antes de que los cónsules dieran señales de que iban a salir al paso de sus excesos. Eran muchos los que decían que las 5
deliberaciones habían adolecido de blandura, al haber aprobado el senado las leyes que ellos habían propuesto; no había duda de que ante la turbulencia de la situación política se habían plegado a las circunstancias.

Guerras y victorias sobre ecuos, volscos y sabinos

Los cónsules, una vez solucionados los 60
problemas de la ciudad y afianzada la situación de la plebe, marcharon cada uno a su cometido. Valerio, frente a los ejércitos de los ecuos y los volscos reunidos ya en el Álgido, tuvo el buen acuerdo de dar largas a la guerra; porque, si hubiese probado suerte inmediatamente, 2
dado el estado de ánimo en que entonces se encontraban los romanos y los enemigos a raíz de las desdichadas campañas de los decénviros, no sé si la confrontación no hubiese costado un grave desastre. Mantenía a las tropas 3
en el interior del campamento, que había situado a una milla del enemigo; éste ocupaba el espacio intermedio entre los dos campamentos en formación de combate, y sus pro-

vocaciones a la lucha quedaban sin respuesta por parte de
4 los romanos. Cansados, al fin, de estarse a pie firme y espe-
rar en vano la batalla, los ecuos y volscos, convencidos de
que prácticamente se les concedía la victoria, marchan a
saquear a territorio hérnico unos, latino otros; dejan una
guarnición para protección del campamento, más que fuer-
5 zas suficientes para combatir. Al apercibirse de esto el cón-
sul, les devuelve las amenazas que antes habían proferido
y, formando sus líneas, hostiga a su vez al enemigo.
6 Cuando éste, sabedor de cuántas fuerzas le faltaban,
rehusó la pelea, automáticamente subió la moral de los
romanos y daban por vencidos a quienes temblaban de
7 miedo en el interior de la empalizada. Después de perma-
necer a pie firme durante todo el día dispuestos para el
combate, al llegar la noche se retiraron. Los romanos, lle-
nos de confianza, reponían fuerzas; los enemigos, en un
estado de ánimo bien distinto, envían atropelladamente
mensajeros en todas direcciones para hacer volver a los
saqueadores. Llegan corriendo los de las cercanías: los más
8 alejados no fueron encontrados. Al amanecer, los romanos
salen del campamento dispuestos a asaltar la empalizada, si
no se les da posibilidad de combatir. Cuando el día estaba
ya muy entrado sin que el enemigo hiciera movimiento
alguno, el cónsul dio la orden de ataque; puestas en movi-
miento las líneas, a los ecuos y volscos les dio coraje que a
sus victoriosos ejércitos los protegiese una empalizada y no
su valor y sus armas. Por eso, también ellos reclamaron
insistentemente de sus generales la señal de combate y la
9 obtuvieron. Una parte estaba ya fuera de las puertas y, tras
ellos, los demás se organizaban yendo cada uno a ocupar
su puesto, cuando el cónsul romano, antes de que el frente
enemigo se consolidase con la integración de todos sus
10 efectivos, lanzó el ataque; habiendo acometido al enemigo
cuando en parte no había salido aún y la parte que había

salido no había podido desplegar suficientemente sus
líneas, cae sobre un conglomerado de hombres faltos de
resolución que dan vueltas de acá para allá dirigiendo en
torno la mirada, hacia sí mismos y hacia los suyos,
viniendo a contribuir a su trastorno el grito de guerra y la
carga. En un primer momento los enemigos retrocedieron; 11
después, al recobrar valor y preguntarles a gritos con rabia
sus generales si iban a ceder ante unos vencidos, se resta-
blece la lucha.

En el bando opuesto el cónsul decía a los romanos que 61
tuviesen presente que aquél era el primer día en que, libres,
luchaban por una Roma libre; que iban a vencer en su
propio beneficio, no para ser, vencedores, presa de los
decénviros; que no era Apio quien dirigía las operaciones, 2
sino el cónsul Valerio, descendiente de los libertadores del
pueblo romano, su libertador él mismo; que dejasen claro
que en los combates precedentes el que no venciesen había
dependido de los generales, no de los soldados; que sería 3
una vergüenza que hubiesen demostrado mayor valor con-
tra sus conciudadanos que contra sus enemigos, y que
hubiesen tenido más miedo a la esclavitud ante los suyos
que ante los de fuera; Virginia, cuyo pudor había corrido 4
peligro durante la paz, era una sola; Apio, el ciudadano
cuya lujuria representaba un peligro, era uno solo; pero, si
la suerte de la guerra se muestra desfavorable, para los
hijos de todos ellos el peligro estará representado por
muchos miles de enemigos; que no quiere presagiar lo que 5
ni Júpiter ni el padre Marte van a permitir que le ocurra a
una ciudad fundada bajo tales auspicios. Les recordaba el
Aventino y el monte Sacro, para que llevasen intacto su
poderío al lugar donde la libertad había sido conquistada
pocos meses antes, y demostrasen que los romanos tenían 6
el mismo espíritu militar después de la caída de los decén-
viros que antes de su creación, y que la igualdad legal no

7 había aminorado la valentía del pueblo romano. Después
de pronunciar estas palabras ante las enseñas de infantería,
corre, acto seguido, hacia la caballería y dice: «Vamos,
muchachos, superad en valor a la infantería lo mismo que
8 la superáis en honor y rango. Al primer choque la infante-
ría hizo retroceder al enemigo; vosotros cargad a rienda
suelta para derrotarlo y arrojarlo fuera de su terreno. No
resistirá el ataque; incluso ahora más que resistir vacila.»
9 Espolean los caballos y los lanzan contra el enemigo, des-
articulado ya por el ataque de la infantería, y después de
romper sus filas e internarse hasta la última línea, una
parte de ellos, al llegar a campo libre, dan la vuelta y
cortan la retirada hacia el campamento a un gran número
que emprendía la huida por todas partes y los mantiene a
10 raya cabalgando a lo largo de la empalizada. El cuerpo de
infantería y el propio cónsul y todo el peso de la batalla se
centran en el campamento del que se apoderan haciendo
una matanza enorme, adueñándose de un botín mayor
aún.

Llegada la noticia de esta batalla no sólo a Roma, sino
11 a la Sabina al otro ejército, en Roma fue celebrada con
alegría y, en el campamento, inflamó el coraje de los sol-
12 dados para emular la hazaña. Ya Horacio, a base de some-
terlos a incursiones y de experimentarlos con escaramuzas
de poca importancia, los había acostumbrado a confiar en
sí mismos, en vez de recordar el ignominioso descalabro
sufrido a las órdenes de los decénviros, y los pequeños
choques habían sido útiles para darles esperanzas sobre el
13 resultado global. Los sabinos, por su parte, envalentonados
por su triunfo del año precedente, no cesaban de hostigar-
los preguntándoles de manera apremiante por qué pasaban
el tiempo actuando como bandoleros, saliendo en peque-
ños grupos y volviendo a la carrera, y fraccionaban en mul-
titud de peleas de poca monta el conjunto de una única

guerra; por qué no libraban una batalla en regla y dejaban 14
que la Fortuna decidiese de una vez.

Aparte de que los romanos habían ya cobrado ánimos 62
por sí mismos, la indignación acababa de encenderlos: el
otro ejército iba a regresar ya victorioso a Roma, mientras
que a ellos el enemigo, encima, los escarnecía con sus insul-
tos; ¿cuándo, si no entonces, iban a presentar cara al ene-
migo? Cuando el cónsul notó que en el campamento los 2
soldados hacían estos comentarios, mandó reunirlos y dijo:
«Supongo, soldados, que habéis oído cómo han ido las
cosas en el Álgido. El ejército estuvo a la altura que debe
estar el ejército de un pueblo libre: con la táctica de mi
colega y con el valor de los soldados se gestó la victoria.
Por lo que a mí respecta, mis planes y mi actitud depende- 3
rán de vosotros, soldados. Se puede alargar la guerra ven-
tajosamente, y se le puede dar término rápidamente. Si 4
hemos de alargarla, yo haré que de día en día vuestra con-
fianza y vuestro valor vayan en aumento, por el mismo
sistema que he utilizado; si ya os encontráis con ánimos
suficientes y os gustaría que esto se decidiese, entonces
vamos, lanzad ahora un grito como el que vais a lanzar en
el campo de batalla, en demostración de vuestra decisión y
de vuestro valor.» Una vez lanzado el grito de guerra con 5
enorme entusiasmo, les asegura —sea ello para bien— que
hará lo que ellos desean y que, al día siguiente, los llevará
al combate. El resto del día lo emplearon en aprestar las
armas.

Al día siguiente, tan pronto como los sabinos ven a los 6
romanos formarse en orden de batalla, salen también ellos,
ansiosos de batirse ya desde hacía tiempo. La batalla fue la
que correspondía a dos ejércitos llenos, ambos, de con-
fianza en sí mismos, crecidos, uno, por su antigua e ininte-
rrumpida gloria y, el otro, por su reciente victoria. Los 7
sabinos potenciaron además con la táctica sus fuerzas; en

efecto, presentaron un frente tan amplio como el enemigo,
manteniendo dos mil hombres de reserva, con el fin de que
cayesen sobre el ala izquierda de los romanos en pleno
8 combate. Cuando éstos, atacando de flanco, presionaban
sobre nuestra ala prácticamente rodeada, la caballería de
las dos legiones, unos seiscientos hombres, descabalga de
un salto y, al comenzar a retroceder los suyos, se lanza a
primera línea, haciendo frente al enemigo por una parte y
encorajinando por otra a la infantería, en primer lugar por
correr su mismo peligro y en segundo lugar por pundonor,
9 pues les daba vergüenza que la caballería combatiese a
caballo y a pie, y que la infantería ni siquiera en el combate
a pie estuviese a la altura de la caballería desmontada.

63 Vuelven, pues, al combate interrumpido por su parte y
recuperan la posición desde la que habían retrocedido; y, al
momento, no sólo se reequilibra la lucha, sino que incluso
2 se repliega el ala sabina. La caballería, cubierta por las
líneas de infantería, vuelve a los caballos; galopa luego
hasta la otra ala anunciando a los suyos la victoria y,
simultáneamente, carga sobre el enemigo, trastornado ya
por haber sido derrotada su ala más consistente. Ningún
otro cuerpo tuvo un comportamiento más brillante en
3 aquella batalla. El cónsul está atento a todo, elogia a los
valientes, lanza imprecaciones si en algún punto la lucha
decae. Los que eran recriminados automáticamente se
comportaban como valientes, la vergüenza los acicateaba
4 tanto como a los otros los elogios. Después de lanzar de
nuevo el grito de guerra, esforzándose todos desde todos los
puntos obligan al enemigo a volver la espalda; a partir de
ese momento, la fuerza de los romanos fue irresistible. Los
sabinos, dispersados en desbandada por los campos, dejan
el campamento como presa del enemigo. En él los romanos
recuperan no los bienes de los aliados como en el Álgido,
sino los suyos propios, perdidos en el saqueo de los campos.

Por la doble victoria conseguida en dos batallas en dos 5
lugares distintos, el senado, malintencionadamente, decretó
en nombre de los cónsules un solo día de acción de gracias.
El pueblo, al margen de su disposición, acudió en masa
también al otro día a dar gracias, y esta ceremonia espontánea y popular contó casi con mayor adhesión y concurrencia. Los cónsules, de común acuerdo, se acercaron a 6
Roma en dos días consecutivos y convocaron al senado en
el Campo de Marte. Cuando estaban allí dando cuenta de
lo que habían hecho, los senadores más notables se quejaron de que se había reunido al senado en medio de las
tropas con la finalidad expresa de intimidarlo. En vista de 7
ello, los cónsules, para que el emplazamiento no diese pie a
protestas, trasladaron de allí la sesión a los Prados de Flaminio, al lugar donde hoy se encuentra el templo de Apolo
—ya entonces llamado «Finca de Apolo»— [291]. Como allí 8
se votó por inmensa mayoría en contra del triunfo, el tribuno de la plebe Lucio Icilio propuso ante la asamblea del
pueblo el triunfo de los cónsules; surgieron muchas opiniones que lo desaconsejaban, sobre todo la de Gayo Claudio
que gritaba que los cónsules querían triunfar sobre el 9
senado, no sobre el enemigo, y reclamaban una recompensa por sus particulares servicios al tribuno, no un
homenaje a su valor; que nunca con anterioridad había el
pueblo entrado en debate acerca del triunfo; siempre la
valoración y la decisión sobre tal honor había correspondido al senado; que ni siquiera los reyes habían mermado 10
las prerrogativas del más alto estamento; cuidado con que
los tribunos hiciesen llegar su poder a todos los ámbitos,
hasta el extremo de no consentir la existencia de ningún

[291] Si los cónsules entran en Roma, pierden la opción al triunfo; pero pueden convocar al Senado fuera de la ciudad, siempre que sea en un recinto consagrado.

consejo de Estado; la ciudad sería al fin libre, las leyes iguales para todos, si cada estamento mantenía sus dere-
11 chos, su dignidad. Los restantes senadores de mayor edad expusieron muchas razones en el mismo sentido, pero las tribus en su totalidad aprobaron la proposición. Entonces, por vez primera, el triunfo fue acordado por el pueblo sin el refrendo del senado.

Tensiones internas: la reelegibilidad, la negativa al llamamiento a filas

64 Esta victoria de los tribunos y de la plebe estuvo a punto de derivar en un abuso peligroso, al producirse un acuerdo entre los tribunos en orden a salir reelegidos los mismos y, para que su ambición quedase menos al descubierto, en orden a que también a los cónsules se les prorrogase la magistra-
2 tura. Daban como razón el que los senadores se habían puesto de acuerdo para conculcar los derechos de la plebe
3 por vía de afrentas a los cónsules; ¿qué ocurriría si, estando las leyes aún sin consolidar, por medio de cónsules de su facción atacaban a unos tribunos sin experiencia? Porque no siempre iban a tener cónsules como un Valerio y un Horacio, que antepusiesen la libertad de la plebe a su pro-
4 pio poder. Por una coincidencia afortunada dadas las circunstancias, salió a suertes, el primero, para presidir los comicios Marco Duilio, hombre sensato que veía en la prórroga de la magistratura la inminencia de enfrentamientos.
5 Al decir éste que no tendría en cuenta la candidatura de ninguno de los tribunos salientes, y conminarlo sus colegas a que dejase a las tribus libertad de voto o dejase la dirección de los comicios en manos de sus colegas, dispuestos a hacer unas elecciones de acuerdo con la ley y no con la
6 voluntad de los patricios, se produjeron tensiones; Duilio pidió a los cónsules que se acercasen a su asiento y les preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a las elecciones consulares; respondieron que nombrarían cónsules

nuevos, y al encontrarse con que aquellas personas populares compartían un criterio impopular, se presentó con ellos a la asamblea. Una vez allí, los cónsules, presentados ante 7
el pueblo e interrogados sobre qué pensaban hacer en caso de que el pueblo romano los nombrase cónsules de nuevo en memoria de la libertad civil recuperada gracias a ellos y en memoria de sus hazañas militares, no cambiaron en nada su respuesta; después de elogiarlos por perseverar 8
hasta el final en no parecerse a los decénviros, celebró las elecciones. Una vez elegidos cinco tribunos de la plebe, como, debido a la labor de los nueve tribunos anteriores que hacían campaña abiertamente los otros candidatos no obtuvieron en las tribus el número de votos requerido[292], disolvió la asamblea y, después, no la volvió a reunir para celebrar elecciones. Decía que se había cumplido con la ley, 9
la cual se limitaba a estipular que quedasen elegidos tribunos sin determinar el número en ninguna parte, y disponía que los que hubiesen sido elegidos eligiesen a sus colegas. Y citaba la fórmula de la ley, según la cual: «Si os pido que 10
elijáis diez tribunos de la plebe, si vosotros eligiereis hoy menos de diez tribunos de la plebe, entonces, que aquellos a los que éstos escogieren para colegas suyos sean legítimos tribunos de la plebe con los mismos derechos que los que eligiereis hoy tribunos de la plebe.» Como Duilio mantuvo 11
hasta el final su insistencia en que la república no podía tener quince tribunos de la plebe, después de salir triunfante sobre la ambición de sus colegas abandonó el cargo contando con la aceptación tanto de los patricios como de la plebe.

Los nuevos tribunos de la plebe halagaron los deseos de 65
los patricios al elegir a sus colegas; incluso escogieron a dos

[292] Porque las tribus que votaron por los otros nueve fueron descalificadas por Duilio y, entonces, otros candidatos no pudieron conseguir mayoría.

patricios, excónsules además, Espurio Tarpeyo y Aulo
2 Aternio. Los cónsules nombrados, Espurio Herminio y Tito Virginio Celimontano, sin inclinarse de manera notoria a la causa patricia ni a la plebeya, tuvieron paz interior
3 y exterior. Lucio Trebonio, tribuno de la plebe, hostil a los patricios, porque decía que éstos lo habían engañado en la cooptación de los tribunos y que sus colegas lo habían trai-
4 cionado, presentó una proposición de ley, en el sentido de que quien pidiese a la plebe romana que eligiese tribunos de la plebe continuaría la elección hasta completar diez tribunos de la plebe. Se pasó su tribunado en invectivas contra los patricios, por lo cual se le añadió el sobrenombre de Áspero.

5 Los cónsules nombrados a continuación, Marco Geganio Macerino y Gayo Julio, suavizaron la tirantez originada entre los tribunos y los jóvenes de la nobleza, sin atacar la potestad tribunicia como tal y salvaguardando la
6 dignidad de los patricios; decretaron levas para la guerra con los volscos y los ecuos y evitaron que la plebe se sublevase, dando largas al asunto[293] y aseverando que si en el interior había calma, también en el exterior habría tranquilidad total, que eran las discordias civiles las que hacían
7 crecerse a los extranjeros. La preocupación por la paz fue, asimismo, causa de entendimiento interno. Pero, siempre, uno de los dos órdenes preponderaba a costa de la moderación del otro: los jóvenes patricios comenzaron a cometer
8 desafueros contra la plebe, que estaba tranquila. Cuando los tribunos salían en defensa de los humildes, al principio servía de poco; pero, después, ni siquiera los propios tribunos se libraban de los malos tratos, especialmente durante los meses finales, cuando se formaban las coaliciones de los poderosos para burlar la ley, y por otra parte la fuerza de la autoridad en todas sus formas casi siempre se debilitaba

[293] Dejando en suspenso la ejecución del decreto de movilización.

un poco en la segunda parte del año. La plebe comenzaba 9
ya a condicionar su confianza en el tribunado al hecho de tener unos tribunos del estilo de Icilio, pues a su entender durante dos años no había tenido más que nombres. Los 10
patricios viejos, por el contrario, así como juzgaban excesiva la audacia de sus jóvenes, así también preferían que, si alguien tenía que extralimitarse, fuesen los suyos antes que sus adversarios los que anduviesen sobrados de temeridad. Tan difícil resulta la moderación en la defensa de la liber- 11
tad: mientras se simula pretender la igualdad, cada uno se encumbra a sí mismo a costa de rebajar al otro, y mientras se busca evitar el temor, uno se convierte a sí mismo en temible, y la injusticia que rechazamos de nosotros mismos se la infligimos a otros, como si no hubiera más alternativa que cometerla o padecerla.

Los cónsules nombrados a continuación, Tito Quincio 66
Capitolino por cuarta vez y Agripa Furio, no se encontraron ni sedición dentro ni guerra fuera, pero una y otra eran inminentes. La discordia ciudadana ya no podía ser conte- 2
nida por más tiempo, al estar, tanto los tribunos como la plebe, soliviantados en contra de los patricios y al perturbar continuamente las asambleas con nuevos debates las querellas contra alguno de los nobles. Al primer rumor de 3
estos problemas, los ecuos y los volscos, como si se les hubiera dado una señal, tomaron las armas, porque además sus generales, ávidos de botín, los habían convencido de que, durante los dos años precedentes, no se habían podido llevar a cabo las levas decretadas, porque la plebe rechazaba ya la autoridad: por eso, no habían sido envia- 4
dos ejércitos en contra suya; la indisciplina destruía sus hábitos guerreros, y Roma no era ya patria común; toda la cólera y la rivalidad que habían sentido frente a los extranjeros se habían vuelto contra ellos mismos; era el momento de acabar con aquellos lobos cegados por la rabia intestina.

5 Reunidos sus ejércitos, empezaron por saquear por com-
pleto el territorio latino; después, como allí nadie les salía
al paso para oponerse, en medio de la euforia de los parti-
darios de la guerra[294], se acercaron devastando hasta las
propias murallas de Roma, asolando los campos de
6 manera ostensible para afrentar a la ciudad. Después que
se fueron de allí impunemente, llevándose el botín por
delante, y retornaron en columna a Corbión, el cónsul
Quincio convocó al pueblo a asamblea.

Intervención de Tito Quincio Capitolino. Victoria sobre volscos y ecuos

57 Allí habló, según se dice, en este sen-
tido: «Aunque no tengo conciencia de
ninguna falta, ciudadanos, sin embargo
me presento en la asamblea ante vuestros
ojos sumamente avergonzado. ¡Que vos-
otros tengáis que saber, que la posteridad tenga que recor-
dar que los ecuos y los volscos, apenas comparables hace
poco a los hérnicos, siendo Tito Quincio cónsul por cuarta
vez, se llegaron armados hasta las murallas de la ciudad de
2 Roma sin recibir su merecido! A pesar de que, desde hace
ya largo tiempo, se vive de una forma y el estado de cosas
es tal que nada bueno se barrunta, si yo hubiese sabido que
semejante ignominia iba a ocurrir precisamente este año,
hubiese evitado el cargo mediante el exilio o la muerte, si
3 no había otra forma de escapar de él. ¡Así que, si unos
soldados de verdad hubiesen empuñado esas armas que
estuvieron ante nuestras puertas, Roma pudo haber sido
tomada siendo yo cónsul! Ya estaba bien de cargos, bas-
taba y sobraba con lo que había vivido; debí morir después
de mi tercer consulado.

4 »En definitiva, ¿a quién menospreciaron éstos, los más
cobardes de nuestros enemigos? ¿A nosotros los cónsules o
a vosotros, romanos? Si la culpa es nuestra, quitad la auto-

---

294 Los «halcones», que formaban facciones en los distintos pueblos.

ridad a quienes no somos dignos de ella, y si esto no es
suficiente, castigadnos encima; si es vuestra, que no sea 5
dios ni mortal alguno quien castigue vuestras faltas, roma-
nos: basta con que os arrepintáis de ellas. No es que ellos
hayan despreciado vuestra cobardía o que hayan confiado
en su propio valor; sin duda, después de haber sido tantas
veces derrotados y puestos en fuga, despojados de sus
campamentos, castigados con la confiscación de sus tierras,
obligados a pasar bajo el yugo, se conocen y nos conocen:
les han hecho crecerse la falta de entendimiento entre las 6
clases y lo que envenena a esta ciudad, las luchas entre
patricios y plebeyos, mientras a nosotros nos falta modera-
ción en la autoridad y a vosotros en la libertad, vosotros
estáis hartos de las magistraturas patricias, nosotros de las
plebeyas.

»¡Que los dioses me asistan!, ¿qué es lo que queréis? 7
Deseasteis tribunos de la plebe: en pro de la concordia, lo
concedimos. Anhelasteis decénviros: dejamos que se nom-
brasen. Os cansasteis de decénviros: los obligamos a dejar
el cargo. Como persistía vuestra ira contra ellos cuando 8
eran ya unos particulares, dejamos morir y marchar al exi-
lio a personajes nobilísimos que habían desempeñado los
más altos cargos. Quisisteis crear de nuevo tribunos de la 9
plebe: los creasteis; nombrar cónsules partidarios vuestros:
aunque veíamos su hostilidad hacia los patricios, vimos
también la magistratura patricia convertida en un regalo a
la plebe. El apoyo de los tribunos, la apelación al pueblo,
los decretos de la plebe impuestos a los patricios, nuestros
derechos conculcados so pretexto de igualar las leyes, todo
lo hemos soportado y lo seguimos soportando. ¿Cuál será 10
el límite de las discordias? ¿Es que algún día se podrá con-
tar con una sola ciudad, algún día nuestra patria podrá ser
la de todos? Nosotros, vencidos, nos mantenemos más
serenos que vosotros, vencedores.

1 »¿Os basta con que tengamos que temeros? Contra nosotros se toma el Aventino, en contra nuestra se ocupa el monte Sacro, pero cuando vimos las Esquilias prácticamente tomadas por el enemigo y a los volscos subiendo el terraplén, nadie rechazó al enemigo: sólo contra nosotros sois hombres valerosos, contra nosotros estáis armados.

8 »Adelante, pues, tras sitiar aquí al senado y hostilizar el
2 foro y llenar la cárcel de ciudadanos importantes, y con ese mismo arrebato salid al otro lado de la puerta Esquilina o, si ni siquiera a esto os atrevéis, contemplad desde lo alto de las murallas vuestros campos pasados a hierro y fuego, ved cómo se llevan el botín, cómo humean por todas partes las
3 casas incendiadas. Pero se dirá que es el Estado el que está en peor lugar: los campos quemados, la ciudad asediada, la gloria militar del lado enemigo... ¿Y qué, en definitiva? ¿Vuestros bienes particulares en qué estado se encuentran? De inmediato se le va a comunicar a cada cual qué daños han sufrido sus tierras. ¿Qué hay aquí con lo que podáis
4 suplir esos daños? Los tribunos ¿os van a devolver o reparar lo que habéis perdido? La voz, las palabras os las prodigarán todas cuantas queráis, y también acusaciones contra personajes importantes, y proposiciones de ley una tras otra, y asambleas; pero de tales asambleas nunca ninguno
5 de vosotros volvió a casa más rico. ¿Es que alguien pudo llevarle a su mujer y a sus hijos algo más que odios, enemistades, rivalidades públicas y privadas, de las cuales siempre tiene que libraros no vuestro valor o vuestra integridad, sino la intervención ajena?

6 »Pero, ¡por Hércules!, cuando militabais a las órdenes nuestras, de los cónsules, no a las de los tribunos, y en el campamento, no en el foro, y vuestro grito de guerra ponía los pelos de punta a los enemigos en el campo de batalla, no a los patricios romanos en la asamblea, entonces, cargados de botín tras la conquista del territorio enemigo,

repletos de riquezas y cubiertos de gloria de la patria y vuestra, regresabais en triunfo a casa, a vuestros penates: ahora dejáis marchar al enemigo cargado de vuestros
bienes. Seguid ahí clavados, atentos únicamente a las 7
asambleas, y pasad la vida en el foro: el deber de combatir, al que os sustraéis, no se separa de vosotros. Os resultaba duro marchar contra los ecuos y los volscos: la guerra está a la puerta. Si no se la rechaza de allí, enseguida estará dentro de las murallas y escalará la ciudadela y el Capitolio
y os acosará hasta vuestras casas. Hace dos años el senado 8
ordenó que se hiciese un alistamiento y se pusiese en marcha el ejército hacia el Álgido: ¡nos quedamos en casa sentados mano sobre mano discutiendo entre nosotros como comadres, encantados de la paz del momento, sin ver que aquella tranquilidad momentánea nos iba a suponer múltiples guerras!

»Ya sé que se podría decir cosas más agradables que 9
éstas; pero, aunque mi manera de ser no me impulsase a decir la verdad, y no lo que agrada, el deber me obliga a hacerlo. Indudablemente querría agradaros, ciudadanos de Roma; pero prefiero con mucho que os salvéis, sea cual sea
la actitud que vayáis a tener hacia mí. La naturaleza dis- 10
puso las cosas de forma que el que habla a la masa buscando su propio interés cae mejor que el que piensa únicamente en el interés público; ¿o es que acaso pensáis que esos aduladores públicos, esos demagogos, que no os dejan ni tomar las armas ni vivir en paz, os incitan y os
instigan por vuestro bien? Os soliviantáis para honor o 11
provecho de ellos, y como ven que no son nadie en absoluto si hay entendimiento entre las clases, quieren ser jefes de tumultos y sediciones , de algo malo antes que de nada.
Si, al fin, sois susceptibles al hastío de todo esto y queréis 12
asumir las viejas costumbres de vuestros antepasados y vuestras en lugar de estos hábitos nuevos, yo aceptaré

13 cualquier clase de suplicio si en pocos días no les quito el campamento a estos saqueadores de nuestros campos, después de derrotarlos y ponerlos en fuga, y desplazo el pánico que provoca esta guerra, y que os tiene consternados, de nuestras puertas y murallas a sus ciudades.»

69 Pocas veces el discurso demagógico de un tribuno encontró mayor aceptación, por parte de la plebe, que,
2 entonces, el del cónsul lleno de dureza. Incluso la juventud, que en circunstancias alarmantes como aquellas solía considerar la negativa al servicio militar como su arma más fuerte en contra de los patricios, ponía sus miras en las armas y la guerra. Además, los campesinos que huían, y los despojados y heridos en el campo, que contaban cosas peores aún que las que estaban al alcance de la vista, llenaron
3 de ira la ciudad entera. Tan pronto se reunió el senado, todos se volvieron entonces hacia Quincio, viendo en él al único adalid de la dignidad de Roma, y los senadores principales decían que su discurso había sido digno de su autoridad consular, digno de sus consulados anteriores tan numerosos, digno de toda su vida, llena de cargos desempeñados con frecuencia y merecidos con mayor frecuencia
4 aún; otros cónsules o bien habían adulado a la plebe traicionando la dignidad de los patricios o bien, en su cerrada defensa de los derechos de su clase, habían exasperado más a la masa al intentar domarla; pero Tito Quincio había pronunciado un discurso que tenía en cuenta la dignidad patricia, el entendimiento entre las clases y las circunstan-
5 cias presentes por encima de todo; le pedían a él y a su colega que se hiciesen cargo del Estado; pedían a los tribunos que, de común sentir con los cónsules, pusiesen voluntad en rechazar la guerra lejos de Roma y de sus murallas, e hiciesen a la plebe obedecer en tan críticas circunstancias al senado; que la patria común apelaba a los tribunos e imploraba su auxilio cuando los campos estaban asolados

y la ciudad casi asaltada. Se decreta por unanimidad y se 6
lleva a cabo la movilización. Los cónsules declararon, en la asamblea del pueblo, que no había tiempo para examinar las causas de exención del servicio militar: que todos los jóvenes se presentasen al día siguiente al amanecer en el Campo de Marte; que, una vez finalizada la guerra, ellos 7
dedicarían un tiempo a examinar las causas de aquellos que no se hubiesen alistado; que sería considerado desertor aquel cuyos motivos no fuesen válidos [295]. Toda la juventud se presentó al día siguiente. Cada cohorte eligió sus centu- 8
riones, y al mando de cada una fueron puestos dos senadores. Todo esto se llevó a cabo con tal rapidez, según nos dice la tradición, que aquel mismo día los cuestores sacaron del Tesoro público [296] las enseñas y las llevaron al Campo de Marte, y a las diez de la mañana se emprendió la marcha desde el Campo de Marte, y el nuevo ejército, seguido por algunas cohortes de veteranos voluntarios, hizo alto en el miliario diez. Al día siguiente se avistó al 9
enemigo y el campamento se plantó frente a frente cerca de Corbión. Al tercer día, como a los romanos los incitaba la 10
ira y a los enemigos la conciencia de su culpa y la desesperación después de haberse levantado en armas tantas veces, no se demoró ni un instante el combate.

Aunque en el ejército romano los dos cónsules tenían 70
igual autoridad, sin embargo el mando supremo, lo cual es una medida muy conveniente cuando se trata de dirigir empresas de envergadura, por concesión de Agripa lo tenía su colega [297]; éste, en respuesta al hecho de haber sido pre-

---

[295] El declarado «desertor» podía sufrir penas de cárcel, de muerte incluso, o ser vendido como esclavo. Por «jóvenes» se entiende los comprendidos entre 17 y 45 ó 46 años.

[296] Estaba en el templo de Saturno.

[297] Lo normal era que alternasen en el mando, un día cada uno.

ferido y a la buena disposición del que se había puesto a sus órdenes, se mostraba deferente compartiendo con él
2 planes y gloria y tratando como igual a su inferior. En el frente de batalla, Quincio se hizo cargo del ala derecha, Agripa de la izquierda; al legado Espurio Postumio Albo se le encarga del centro; al otro legado, Publio Sulpicio, lo
3 ponen al mando de la caballería. La infantería del ala derecha peleó admirablemente, ofreciendo los volscos una dura
4 resistencia. Publio Sulpicio con la caballería se abrió paso por el centro del frente enemigo. A pesar de que podía retornar por el mismo sitio hasta los suyos antes de que el enemigo pudiese rehacer sus líneas en desorden, le pareció preferible atacarlo por la espalda, y en un instante hubiese destrozado al enemigo al cogerlo entre dos frentes cargando sobre él por la retaguardia, de no haberlo mantenido la caballería de los volscos y los ecuos ocupado
5 durante algún tiempo librando su propio combate. Sulpicio, entonces, gritó que no era momento de andar con vacilaciones, que estaban rodeados y con el paso hacia los suyos cortado, a no ser que pusiesen todo su empeño en
6 liquidar el combate con la caballería; y que no era suficiente con hacerla huir ilesa, había que acabar con caballos y hombres, para que ninguno se incorporase después a la lucha o iniciase un ataque; que no podían resistir a quienes habían obligado a retroceder a las apretadas filas de la
7 infantería. No prestaron oídos sordos a estas palabras. En una sola carga desbarataron a toda la caballería, derribaron de sus monturas a un gran número y atravesaron con la punta de sus armas a hombres y caballos. Se dio así fin
8 al combate de caballería. Lanzando, entonces, su ataque contra las líneas de infantería, mandan recado de su triunfo a los cónsules, cuando ya el frente enemigo comenzaba a ceder. La noticia les subió la moral a los romanos, que estaban venciendo, y desmoralizó a los ecuos, que estaban

retrocediendo. Comenzaron a sufrir la derrota por el 9
centro de su frente, por donde la irrupción de la caballería había roto sus filas; luego, el ala izquierda comenzó a ceder 10
ante el empuje del cónsul Quincio; el ala derecha dio muchísimo trabajo. Entonces Agripa, lleno de coraje porque era joven y fuerte, al ver que en todos los frentes la lucha era mejor llevada que en el suyo, arrancó las enseñas de manos de sus portadores y se adelantó personalmente con ellas, comenzando incluso a tirar alguna entre las apretadas filas enemigas; espoleados por el temor a la ver- 11
güenza de perderlas, los soldados se lanzaron sobre el enemigo. De esta forma la victoria fue igual en todos los sectores. Le llegó, entonces, comunicación de Quincio de que había vencido y estaba ya a punto de caer sobre el campamento enemigo, pero que no quería lanzarse al asalto hasta saber que también en el ala izquierda estaba resuelto el combate: si ya había derrotado al enemigo, que acudiese a 12
reunirse con él, para que todo el ejército participase a la vez en la toma del botín. Agripa, victorioso, se dirige hacia 13
el campamento enemigo al encuentro de su victorioso colega, felicitándose mutuamente. Pocos defensores había en él, y fueron puestos en fuga en un instante; sin lucha asaltan el atrincheramiento y traen de vuelta al ejército dueño de enorme botín, recuperados incluso los bienes que se habían perdido al ser saqueados nuestros campos. No 14
tengo noticias de que ellos pidiesen el triunfo ni que el senado se lo concediese, ni hay referencias de por qué menospreciaron este honor o no tuvieron esperanzas de obtenerlo. Por lo que yo puedo conjeturar a tantos años de 15
distancia, al haberles sido negado por el senado el triunfo a los cónsules Valerio y Horacio que habían conseguido la gloria de llevar a buen término la guerra contra los volscos y los ecuos y, además, contra los sabinos, a los cónsules les dio reparo pedir el triunfo por un éxito la mitad menos

importante, para que no diese la impresión, en caso de obtenerlo, de que se habían tenido en cuenta las personas más que los merecimientos.

Vergonzosa tercería de la asamblea del pueblo

La honrosa victoria conseguida sobre el enemigo se vio afeada, en el interior, por un vergonzoso juicio del pueblo en una discusión de límites entre los aliados. Las poblaciones de Aricia y Árdea se habían disputado, repetidas veces, con las armas un territorio de dudosa posesión; cansados de numerosas derrotas alternativas, recurrieron al arbitraje del pueblo romano[298]. Cuando acudieron a defender su causa ante la asamblea del pueblo convocada por los magistrados, se desarrolló un debate muy tenso. Habían sido presentados ya los testigos y lo que procedía era hacer el llamamiento de las tribus para que el pueblo votase, cuando se levanta el plebeyo Publio Escapcio, de edad muy avanzada, y dice: «Si se me permite, cónsules, hablar de los intereses del Estado, no dejaré que el pueblo se equivoque en este asunto.» Al negarse los cónsules a oírlo, porque hablaba sin ton ni son, y ordenar que se lo llevasen cuando comenzó a gritar que se estaba traicionando la causa del Estado, apela a los tri-
5 bunos. Los tribunos, como casi siempre se dejan llevar por la masa en lugar de dirigirla, concedieron a la plebe, que estaba ansiosa de escucharlo, que Escapcio dijese lo que
6 quisiese. Entonces comienza a decir que tiene ya ochenta y dos años cumplidos y que militó en el territorio en cuestión no en su juventud sino durante su vigésima campaña, cuando la guerra de Coríolos; que, por eso, él aporta un dato borrado ya por el paso del tiempo, pero grabado en
7 su memoria: el territorio en litigio estaba dentro de las

[298] El arbitraje de Roma entre Árdea y Aricia no ofrece credibilidad ni de conjunto ni de detalle.

fronteras de Coríolos y, con la toma de Coríolos, había pasado por derecho de guerra a propiedad del pueblo romano; que está asombrado de la desfachatez con que los de Árdea y Aricia esperan quitarle al pueblo romano, del cual han hecho un árbitro en lugar de legítimo propietario, un territorio sobre el que nunca pretendieron tener derecho mientras Coríolos era independiente; que a él le queda 8
poco tiempo de vida, pero no ha podido avenirse a no reivindicar de viejo con sus palabras, único medio a su alcance, un territorio que él contribuyó como soldado a conquistar por las armas; que él aconseja encarecidamente al pueblo que no se pronuncie en contra de su propia causa por un pudor inútil.

Los cónsules, al advertir que Escapcio era escuchado no 72
sólo en silencio, sino con muestras de asentimiento, ponen a los dioses por testigos de que se está gestando un tremendo escándalo y hacen venir a los senadores más importantes. Con ellos van recorriendo las tribus y piden que no 2
cometan la vergonzosa acción, que no den el ejemplo, aún peor, de unos jueces que vuelven a su favor el objeto de litigio, habida cuenta, sobre todo, de que, aunque el juez tiene derecho a cuidar de sus intereses, en modo alguno es tanto lo que se gana haciendo suyo el territorio como lo que se pierde al enajenarse el aprecio de sus aliados con una injusticia; porque, sin duda, las pérdidas de la reputa- 3
ción y de la credibilidad son más importantes de lo que podría pensarse: ¡que los delegados cuenten esto en su país, que se divulgue, que llegue a oídos de los aliados y de los enemigos, con qué dolor por parte de aquéllos y con qué alegría de éstos! ¿Creen, acaso, que los pueblos circundan- 4
tes van a responsabilizar a ese Escapcio, viejo charlatán de asambleas? Esto será para Escapcio un título de nobleza[299],

[299] Hay una pequeña mutilación en el texto, pero no parece privarlo

pero el pueblo romano representará el papel de delator[300] y de juez que se lleva por sorpresa el objeto de litigio entre terceros; pues, ¿qué juez de un asunto privado actuó de forma que se adjudicase a sí mismo el objeto controvertido?; ni siquiera el propio Escapcio lo haría, a pesar de tener muerto ya el sentido del pudor. Esto es lo que dicen a gritos los cónsules y los senadores; pero la codicia y Escapcio que dio pie a ella se imponen. Llamadas a votar las tribus dieron el veredicto de que el territorio era propiedad del pueblo romano. Nadie discute que lo mismo hubiera ocurrido si se hubiera acudido a otros jueces: pero lo ignominioso de aquel juicio no queda paliado, en absoluto, por la bondad de la causa, y no les pareció más vergonzoso y triste a los de Aricia y Árdea que a los patricios de Roma.

Durante el resto del año reinó la calma, sin perturbaciones interiores ni exteriores.

---

de sentido: atribución irónica a Escapcio del *ius imaginum*, reservado a los nobles.

300 El término latino es *quadruplator*, aplicable al denunciante que recibía en recompensa la cuarta parte de los bienes del denunciado.

ÍNDICE GENERAL